

Arrastrada hacia el *Altar*



CATHERINE BROOK

Arrastrada hacia el altar

Catherine Brook

Contenido

Capítulo 1	4
Capítulo 2	10
Capítulo 3	15
Capítulo 4	23
Capítulo 5	29
Capítulo 6	34
Capítulo 7	40
Capítulo 8	47
Capítulo 9	53
Capítulo 10	63
Capítulo 11	67
Capítulo 12	74
Capítulo 13	79
Capítulo 14	86
Capítulo 15	91
Capítulo 16	99
Capítulo 17	107
Capítulo 18	114
Capítulo 19	120
Capítulo 20	125
Capítulo 21	134
Capítulo 22	140
Capítulo 23	149
Capítulo 24	155
Capítulo 25	163
Capítulo 26	169
Capítulo 27	177
Capítulo 28	183
Capítulo 29	188
Capítulo 30	194
Capítulo 31	202
Capítulo 32	209
Capítulo 33	217
Capítulo 34	227

Capítulo 1

Londres, 1816.

Arrastrando un vestido tan blanco como la nieve, Katherine Blane se deslizó entre la multitud que ocupaba el salón, con la esperanza de llegar a algún lugar donde pudiera descansar sus doloridos pies.

«Caballeros arrogantes y desconsiderados», pensó con desdén. Le pedían un baile tras otro sin considerar que ella pudiera estar cansada y, no conforme con eso, la atacaban con conversaciones tediosas y ridículas, ante las cuales no le quedaba otra opción que asentir y sonreír como una boba porque así lo dictaba el protocolo. No sabían que sus acciones más que enamorarla, la alejaban.

Hacía tiempo que Katherine había decidido que no se conformaría con nada menos que casarse por amor. Ella había vivido con unos padres, que se habían casado por conveniencia, y todavía pagaba las consecuencias. Así que no importaba cuántos bailes le pidieran o cuántas flores llegaran a su casa, todos los caballeros de esa noche estaban descartados como futuros esposos porque ya sabía que no eran capaces de amar a alguien más que a sí mismos.

Siguió caminando con disimulo entre la gente. No tardó en divisar a lord Micheal, por lo que se escondió tras una de las grandes columnas que se encontraba en una esquina del gran salón de la casa londinense de los Blaiford. El caballero debía de estar buscándola para reclamar la pieza prometida. Dado que sus piernas no se veían capaces de soportar un baile más, temía caerse a mitad de la pista, por lo que prefirió evitarlo, y le importaba poco la descortesía que eso suponía. Ella había intentado rechazar ese baile, pero él había sido muy insistente, hasta el punto de escribir su nombre en el carnet de Katherine cuando ella no encontró con rapidez otra excusa para librarse.

Mientras esperaba que el hombre desapareciera, le devolvió la sonrisa de complicidad que su amiga Claire o, mejor dicho, lady Blaiford, le brindaba desde el otro lado del salón. Eran amigas desde niñas, por lo que no había secretos que no compartiesen; y aunque muchos podrían decir que eran tan diferentes como la noche y el día, en el fondo se parecían bastante, sobre todo porque ambas albergaron siempre el mismo sueño: encontrar el amor. Claire lo había conseguido. Al principio, su matrimonio había sido obligado, y tuvo muchos problemas, pero Claire, con su hermosa personalidad y una inagotable paciencia, había conseguido, no sin dificultad, robarse el corazón de lord Blaiford, antes conocido por ser un libertino. Incluso tenían una hermosa hija, Danielle, que había nacido hacía tres meses. La fiesta era en su nombre. Aunque muchos se habían visto decepcionados por el sexo del bebé, la niña era querida por sus familiares, y al parecer crecería siendo la consentida de su padre si no tenían más hijos.

Suspiró de tristeza al recordar que ella aún no había conseguido el amor, y ya había cumplido los veinte años. ¡Veinte años! Dentro de dos años más se empezaría a considerar una solterona. Su hermano y su madre dirían que era su culpa, pues gracias a su belleza pretendientes nunca le habían faltado. Poseía el pelo Rubio y ojos azules, muy de moda entre la sociedad, y unos rasgos delicados y nada desagradables a la vista. Sin embargo, ella no había elegido a nadie porque ninguno de los que decían quererla le atraían en lo más mínimo. Sabía que nadie adoraba a quien era en realidad, solo admiraban su belleza. La veían como un trofeo que debían conseguir para después mostrarlo ante todos, para vanagloriarse. Ella no quería eso. Conseguiría el amor aunque se le fuese la vida en ello.

Bueno, no podía tomarse toda la vida. En realidad, sería conveniente que se casara

rápido. Su familia no estaba en sus mejores momentos económicos, aunque todavía nadie lo sabía. Ni siquiera se había atrevido a comentárselo a Claire, pues sabía que su amiga intentaría ayudar y metería a su esposo en el asunto, y eso no era responsabilidad de ellos. Sin embargo, si su hermano seguía tomando decisiones erróneas, pronto se encontrarían en apuros que no podrían seguir disimulando, por lo que la presionaban para que se casara, cosa que a ella no le parecía justo. Katherine creía que su familia no debería ser responsabilidad de su esposo, no cuando había un varón entre sus miembros capaz de trabajar. El flojo de su hermano iba a tener que empezar a ser de utilidad. Tal vez su futuro marido lo podría asesorar en lo que respecta a las decisiones de negocios, y de Andrew dependería sacar adelante a la familia; al fin y al cabo, él era el que conservaría el apellido y el que tendría una familia que mantener. Ella no tenía por qué cargar con todos los problemas.

No obstante, aunque se negara a casarse por conveniencia, sí apreciaría que Eros se apurara en lanzarle una flecha. Su padre estaba muy enfermo y ella sabía que, en cuanto muriese, Andrew se quedaría con su tutela y la obligaría a contraer matrimonio. Kate se negaba a pensar en ellos, pues adoraba a su padre con fervor, pero sabía que tenía que elegir un esposo mientras todavía este le concediera la potestad de hacerlo.

Lord Michel pasó de largo sin ubicarla. Katherine siguió caminando en dirección a la terraza, donde esperaba poder tener un momento a solas. Estaba a punto de llegar cuando su paso se vio interrumpido por un grupo de mujeres que rodeaban a un caballero, intentando atraer su atención. El caballero en cuestión era Robert Colling, mejor conocido como lord Lansdow. Lo reconocía a pesar de la multitud femenina que lo rodeaba, pues les sacaba como una cabeza a todas.

Pelo castaño, ojos grises, mandíbula firme, fortuna envidiable y un marquesado como título, era uno de los solteros más codiciados de todo Londres y de Inglaterra. Kate no negaba que era un hombre bastante atractivo, tanto física como económicamente, pero había un defecto que para ella desplazaba a todas las otras cualidades: el hombre era más frío que un témpano de hielo. Desde que lo conocía, no lo había visto cambiar nunca su semblante serio y la única vez que vez que lo había visto expresar sus emociones había sido durante un altercado que tuvieron, en el cual le demostró a Kate otras características negativas de su carácter. Para ella estaba lejos de ser un buen candidato, aunque todos se empeñaran en decir lo contrario.

No todo en la vida era título y fortuna. De hecho, Kate creía que eso no servía de nada si había carencias afectivas. Tal vez era demasiado exigente y estaba pidiéndole a la vida algo lo imposible, pero no podía darse por vencida sin intentarlo.

Caminó hacia la derecha con el fin de rodear su obstáculo. Estaba sumergida en sus pensamientos, por lo que no se dio cuenta de adónde iba y tropezó con un cuerpo que la sujetó por los hombros con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó una voz exasperantemente familiar—. Deberías estar bailando con lord Michael.

—¿Ahora también te sabes todos los nombres anotados en mi carnet de baile? —preguntó enarcando las cejas—. Me sorprendes, Andrew. No creí que fuera posible, pero cada vez te vuelves más insoportable —espetó con desprecio—. Hazte a un lado, por favor.

—No hasta que me digas por qué no estás en la pista de baile.

—Quiero descansar un poco —argumentó, intentando no perder su escasa paciencia.

—Descansando no conseguirás marido.

—No, pero por lo menos podré conseguir que mis pies caminen mañana.

—Tienes que conseguir un esposo rápido, y lo sabes —le recordó—. Nuestra situación no

está para tus caprichos.

—Tampoco para los tuyos, pero no te veo a ti buscando esposa, pero sí tomando y apostando.

Había perdido la paciencia.

—Katherine... —habló a modo de advertencia. Ella no se dejó intimidar y mantuvo los hombros rectos—, recuerda que nuestro padre está enfermo. Lo que menos necesita es una desilusión. Él quiere ver a su hija bien casada.

Había dado en el clavo, y lo sabía. Andrew era consciente de lo mucho que amaba a su padre, y en los últimos meses se había aprovechado de ello para presionarla, pero era suficiente.

—Él quiere ver a su hija feliz —contraatacó—. Tú eres el que desea una buena alianza.

—Pronto te darás cuenta de que todo es por tu bien —le dijo agarrándola del brazo mientras ella trataba de zafarse sin causar escándalo—. Vamos, lord Michael debe estar buscándote.

—Suéltame, Andrew, o te juro que...

No necesitó continuar, su salvación llegó en ese momento luciendo un traje tan azul como el cielo de la noche.

—Buenas noches, espero que la estén pasando bien —saludó la dulce voz de lady Blauford.

—Buenas noches, milady —respondió Andrew tomándole la mano con la suya libre para besarla, pero sin soltar el brazo de Kate—. Una maravillosa velada, sin duda.

—Me alegro, señor Blane. ¿Le importaría prestarme un momento a su hermana? No he podido cruzar palabra con ella en toda la noche y tengo algunas cosas importantes que comentarle.

Andrew miró a Kate y recibió una sonrisa de esta. No lo dijo, pero ella leyó en sus ojos que tenían una conversación pendiente.

—Por supuesto —respondió de mala gana.

Andrew se despidió de ellas con una inclinación de cabeza y se fue a regañadientes. Sabía cuáles eran las intenciones de lady Blauford, pero la educación lo obligaba a no denegar una petición de sus anfitriones.

—No me creyó, ¿cierto? —preguntó Claire, mirando en la dirección en la que se había ido un enfadado Andrew.

—No —respondió Kate alegremente—, pero me has salvado. Gracias.

Claire se encogió de hombros y sonrió también.

—Esa era la idea. ¿Cómo la estás pasando?

—Estoy a punto de caer al piso, mis pies no soportan un baile más.

—Me alegra nunca haber tenido ese problema.

Claire nunca fue muy popular entre la sociedad londinense. Era demasiado tímida para socializar y muchos no la consideraban hermosa; sin embargo, otros, como lord Blauford, lograron ver la belleza tanto interior como exterior que se encontraba en ese personaje de piel pálida y de ojos y cabello negro. Aunque su matrimonio había sido arreglado por su padre y al principio los motivos de su esposo para casarse no habían sido los mejores, ya todo se había arreglado entre ellos, el amor había triunfado. Kate quería algo parecido para ella; de preferencia, sin el matrimonio arreglado ni las dificultades.

—¿Adónde ibas antes de ser interceptada por tu hermano? —preguntó Claire con curiosidad.

—A la terraza. Quería tomar aire fresco y descansar.

—Entonces te recomiendo que aproveches que tu hermano se distrajo y escapes en este momento —dijo mirando hacia donde se encontraba Andrew; hablaba con unos caballeros y parecía haberse olvidado de ellas.

—Eso haré. Saluda de mi parte a lord Blaiford y su madre.

Caminó con más prisa de la necesaria, hasta que por fin se encontró en la seguridad de la terraza. Como había supuesto cuando se le ocurrió la idea, no había nadie. Todos debían estar bailando o disfrutando de la fiesta, y pocos deseaban la soledad.

Se sentó en una de las escasas sillas que allí se encontraban y que parecían llamarla a gritos. Sus pies lo agradecieron. Cerró los ojos y pensó en su situación actual. Desde que su padre había enfermado y su hermano había tomado el control de los bienes, las cosas no iban como deberían; y, aunque sabía que no era responsabilidad de ella, no podía quedarse con los brazos cruzados sin hacer nada mientras su familia se iba a la quiebra. No quería casarse por conveniencia, pero tampoco se le venía a la mente una forma de ser útil. Trabajar estaba descartado, la sociedad la repudiaría y causaría más desgracia para ella y su familia de la que provocaría el saberse que estaban en la quiebra.

No sabía qué hacer.

Estaba tan absorta en sus ideas que no sintió que alguien más entraba en la terraza. Solo el olor a perfume de caballero le hizo saber que no estaba sola. Instintivamente, puso las manos en su ridículo, [\[1\]](#) en donde guardaba un arma para protegerse.

—No creo que sea necesario llegar a la violencia, señorita Blane —dijo una voz masculina que, lamentablemente, conocía muy bien.

Demasiado bien.

Capítulo 2

Esa voz. Esa irritante voz la hubiese reconocido a diez millas de distancia, al igual que hubiera identificado a la persona que en esos momentos se encontraba frente a ella.

—Eso era lo que pensaba, ¿verdad? —prosiguió el hombre—. Sacar la pistola que, según recuerdo, dijo alguna vez siempre llevaba consigo a las veladas.

«Hombre odioso», pensó. Él sabía que ella cargaba un arma en su ridículo por protección y no por gusto, se los había confesado a él y a lord Blaiford cuando planeaban el rescate de su amiga Claire, que había sido secuestrada por un padre que la odiaba y por una loca exprometida de lord Blaiford. Aunque su semblante estaba serio, ella sabía que se estaba burlando.

—Nunca se sabe qué clase de alimaña se puede encontrar, lord Lansdown —comentó maliciosamente, pero como era de esperar, el hombre no se inmutó.

Pasaron unos minutos de silencio en los que ignoró su presencia. Miraba fijamente el jardín con esos ojos plateados. Kate, que carecía del don de la paciencia, se estaba empezando a exasperar por la presencia del hombre.

—Lord Lansdown, no debería estar aquí —dijo con su particular sinceridad.

—¿Puedo saber por qué no? —preguntó él tranquilamente.

—Bueno, he desaparecido de la fiesta. Mi madre y mi hermano deben estar buscándome, y debo decir que en estos meses han desarrollado la manía de encontrarme un marido a como dé lugar. Si nos ven solos, usted mismo se habrá condenado. No quiere eso, ¿verdad?

Robert se encogió de hombros.

—Si tanto le molesta mi presencia, ¿por qué no se retira usted? —preguntó con un tono un tanto molesto que Kate no supo justificar. Ella debería ser la que se mostrase enojada. Él había ido a invadir su lugar de descanso.

—¡Porque yo he llegado primero! —replicó levantándose—. Además, es muy poco caballeroso que me eche de forma tan grosera, cuando ha sido usted quién ha venido a interrumpir la paz de la que disfrutaba.

Robert soltó un suspiro de cansancio.

—Podríamos mantener la paz si los dos guardamos silencio —sugirió.

—Yo preferiría estar sola.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó curioso. El enfado de Kate incrementó al ver que había ignorado su comentario—. ¿No debería estar disfrutando de la velada?

—La razón por la que estoy aquí no es de su incumbencia.

—Supongo que no —concedió él, no queriendo discutir más. Se giró, se apoyó en la baranda de la terraza y observó el jardín. Estaba agotado.

Robert solo había ido a esa fiesta porque Brandon era un gran amigo suyo, pero solía detestar las veladas por el cansancio mental que suponía alejar a las jóvenes casaderas que le caían como abejas a la miel, una situación que empezaba a irritarlo. No tenía nada en contra del matrimonio, solo no deseaba casarse con una de esas damas tontas que nada más pensaban en encontrar un marido con título que les diera una vida llena de lujos. Para tener un matrimonio así, prefería seguir sus discretas aventuras con mujeres viudas, que la mayor parte de las veces no exigían nada más que pasar un buen rato. A diferencia de lo que había sido su amigo Brandon, él no se metía con mujeres casadas; respetaba el matrimonio, por eso esperaba encontrar a la mujer ideal con quien contraerlo. No esperaba amor, pues era reacio a creer en algo que nunca había recibido ni experimentado, sin embargo, quería que la mujer con la que se casara fuera por lo

menos merecedora de su respeto.

Sabía que la señorita Blane estaba en la terraza. La había visto ir a ella después de una corta conversación con lady Blaiford en la que le dio la impresión de que huía. La experiencia le había enseñado que cualquier encuentro con esa mujer siempre terminaba en pelea. Pero eso no le había impedido ir hasta allí, pues incluso las discusiones con ella eran más tolerables que las jóvenes solteras.

Debía admitir que Katherine Blane era un dilema. Una mujer diferente a las demás, con un carácter que no sabría definir si era impresionante o insufrible. Y lo más sorprendente de todo: hacía todo lo posible por formar pelea en lugar de buscar la manera de ganarse su favor. Robert era lo suficientemente curioso para querer analizarla.

Kate miró a Robert, que estaba de espaldas a ella. Debía admitir que era un hombre imponente. Su porte era elegante y su cuerpo, musculoso. Era alto y su presencia se distinguiría en cualquier lugar así estuviese lleno de gente. Katherine se había sorprendido varias veces comparando sus ojos con la luna, porque al verlos sentía que veía dos lunas llenas. No solo por el color gris, sino por el brillo de misterio que estos reflejaban, como si guardara muchos secretos que incitaban a cualquiera a indagar en ellos. Incluso a ella, aunque fuera reacia a admitirlo.

Al ver que él no pensaba marcharse, supo que tendría que hacerlo ella. Le disgustaba abandonar su descanso, pero tenía que mantener su reputación.

Estaba a punto de salir cuándo él la detuvo con su voz.

—Señorita Blane.

Ella se giró para mirarlo y se encontró con sus ojos, que la clavaron en el sitio como si de una clase de magia se tratara.

—¿Sí?

—Me gustaría saber qué es lo que le produce tanta animadversión hacia mí.

Katherine se tensó. La pregunta la había tomado por sorpresa. Era consciente de que tanto él, como todos, debían saber que el marqués no era de su agrado. Sin embargo, jamás había imaginado tener que dar sus razones. Nadie solía ser tan maleducado para cuestionarlas. ¿Qué le respondería? ¿Sería suficiente decirle que lo consideraba tan frío como un témpano de hielo y que su carácter tranquilo y serio la exasperaba porque contrastaba con el de ella?

La educación le diría que se abstuviera de responder, pero Katherine pocas veces seguía las normas.

—Supongo que se debe a su carácter —admitió—. Nunca he tolerado a las personas tan serias, que no se expresan, que no hacen el mínimo intento de mostrar quiénes son y que, al contrario, se esconden bajo una máscara impenetrable.

—Entonces —dijo él con calma—, ¿mi único defecto es no formar escándalo por la mínima cosa y no divulgar mis pensamientos a toda voz? Interesante.

Esa respuesta la enfureció.

—A esto me refiero, con usted no se puede hablar —espetó con desdén—. No se toma nada en serio, no le interesa nada, es tan... tan... ¡Frío!

Esa afirmación hizo que Robert abriera ligeramente los ojos, el único gesto que demostraba su sorpresa.

—¿Frío? —repitió, acortando la distancia que los separaba—. Interesante adjetivo, señorita Blane.

Su tranquilidad la exasperó aún más, haciendo que Kate se pusiera roja de rabia sin saber muy bien por qué le molestaba tanto.

—¡Sí, frío! —gritó—. Más frío que la nieve, que los inviernos rusos y que un témpano de

hielo.

De inmediato, se sintió más tranquila por haberse liberado.

Entonces, empezó a pensar cuáles serían las consecuencias de ese arrebato infantil. ¡Acababa de insultar a un marqués!

Lo miró y notó que tenía un brillo extraño en los ojos. No sabía qué era, pero no tenía nada de frío; todo lo contrario, parecía tan... ¿ardiente?

El instinto la hizo retroceder hasta terminar pegada a la baranda de la terraza. Robert la siguió y se detuvo tan solo a unos centímetros de distancia. Katherine supo en ese preciso instante que se había pasado de la raya. ¿Cuándo aprendería a controlar su lengua?

Quizás debería disculparse.

—¿Sabe? Creo que me he pasado, lo sien...

No pudo continuar, pues una exclamación de sorpresa salió de su garganta cuando Robert la encerró con sus brazos, poniéndolos a ambos lados de ella.

—¿Así que piensa que soy frío, señorita Blane? ¿Me permitiría contradecir esa afirmación?

Algo en su tono de voz hizo que Kate quisiera salir huyendo y quedarse al mismo tiempo. Su voz se había vuelto ronca, seductora. La propuesta le resultaba interesante, tentadora. Sin embargo, la parte razonable de su cabeza se impuso y la hizo reaccionar.

—No...

No pudo terminar, ya que los labios de él se apoderaron de los suyos.

La sorpresa no la dejó reaccionar al instante. Cuando lo hizo, su primer impulso fue alejarse, pero él la rodeó con sus brazos y le puso una mano sobre la nuca para no dejarla escapar. Sus labios eran suaves, y Kate no supo definir las sensaciones que se estaban formando dentro de ella. Algunos de sus pretendientes le habían robado uno que otro beso, pero ninguno comparado con lo que estaba sintiendo en esos momentos: un placer exquisito unido con la necesidad de responderle, una necesidad que se incrementó cuando sintió la lengua de él invadir su boca. Esa acción bastó para que todas sus defensas cayeran. Su sangre hervía. Rodeándole el cuello con los brazos, empezó a responder al beso guiada por un instinto primario.

En esos momentos el tiempo dejó de existir. Todo lo que había alrededor desapareció, solo era consciente de la sensación de sus labios unidos a los suyos.

Una voz en su cerebro le intentó hacer entender que eso que hacía no estaba bien, que había perdido la razón. Le intentaba advertir de algo, pero Kate desechó la idea rápidamente. No fue hasta que se oyeron unos murmullos provenientes de la entrada de la terraza que volvió a la realidad. Se separaron con brusquedad y miraron algo temerosos a la puerta de la terraza, donde se encontraba un grupo de personas, y se podía observar que se aproximaban para poder mirar mejor el espectáculo.

Kate sintió que quería morirse. Esto no podía estar sucediéndole a ella.

Lo peor de todo era que su hermano estaba ahí.

¿En qué lío se había metido?

Capítulo 3

Estaba pálida. Toda la excitación que había sentido en esos momentos desapareció tan rápido como había llegado, y cerró los ojos, deseando que todo fuera un error. Sentía que estaba como en una especie de trance, una pesadilla de la que pronto despertaría.

Pero en el fondo sabía que todo era real y un presentimiento le decía que ya su vida no sería la misma.

Se agarró del barandal para sostenerse, pues tenía la certeza de que sus piernas no lo harían. Podría jurar que estaba a punto de desmayarse en ese momento, ¡y ella nunca se desmayaba! No era una de esas mujeres débiles que perdían el sentido por todo, pero cómo deseaba desmayarse en ese momento para no ser consciente de lo que sucedería a continuación, para despertar luego con la ilusión de que todo había sido un sueño y de que nada de esto había sucedido. ¿Qué la había impulsado a actuar de esa manera? ¿Cómo había perdido la razón en menos de cinco minutos? ¿Por qué no le había hecho caso a su conciencia cuando le había advertido que estaba haciendo algo mal?

Debió haber sacado el arma cuando tuvo la oportunidad.

Como tarde o temprano tendría que afrontar la realidad, abrió los ojos. Tal y como esperaba, todas las miradas estaban puestas en ella, pero Kate no se atrevía a ver a nadie a los ojos, ya que sabía lo que encontraría: reprobación, lástima por su moral arruinada, y felicidad en la cara de su hermano por lo que esa situación podría desencadenar. Ella sabía muy bien que sucedería y no quería ni pensar en ello, pues, de hacerlo, perdería la cordura.

Percibió vagamente que Claire y su esposo se abrían paso entre la multitud hasta llegar al frente. Claire hizo una mueca de tristeza y murmuró algo que parecía un «¡Oh, Kate!». Lord Blaiford, en cambio, parecía estar conteniendo la risa. ¡La risa! ¡El desgraciado se atrevía a reírse en un momento como ese! Tomó nota mental de agradecerle a Claire el codazo que le dio a este para que guardara la compostura. Si algún día volvía a pronunciar palabra.

Los invitados se empezaron a retirar por órdenes de los anfitriones. No deseaba ni mirar a su lado para ver qué tal se lo había tomado lord Lansdow, pues algo le decía que seguía con el mismo semblante de siempre. Aun así volteó, y tal como había predicho, era imposible descifrar lo que pensaba. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Ella estaba a punto de perder el sentido. ¿No se daba cuenta de la gravedad de la situación? Por supuesto, él era hombre, la sociedad siempre es más benevolente con los hombres, pero ¿qué sucedería con ella? No quería ni pensarlo.

La gente ya se había marchado, pero ella seguía sin poder soltarse del barandal. En la terraza solo quedaban Claire, lord Blaiford, Andrew y... ¡su madre! Todo iba empeorando.

No pasaron muchos segundos después de que la gente se dispersara para que su hermano y su madre adoptaran el papel de parientes ofendidos y empezaran a atacarlos con recriminaciones.

—¿Cómo es posible que esto sucediera?! —exclamó su madre con dramatismo mientras se abanicaba con fuerza.

—Qué decepción, Katherine —dijo su hermano—. Respecto a usted, lord Lasndow, no puedo creer que...

—¡Basta! —gritó Katherine, lo menos que necesitaba en esos momentos era una discusión.

No se sentía bien. El cansancio acumulado durante toda la noche, más lo sucedido en ese momento, sumado a lo que eso podría afectar en su futuro hicieron mella en ella, que no aguantó más y se desmayó ante la mirada atónita de los presentes.

Un olor fuerte la hizo volver en sí.

—Kate —dijo la voz suave de Claire—, ¿estás bien?

Kate abrió los ojos. Se dio cuenta que el olor era provocado por unas sales que sostenía enfrente de su nariz alguien a quien reconoció como lady Warwick, la tía de Claire. Kate la conocía desde que llegó a vivir en la casa de campo de los Lethood, que era vecina de la suya, y se llevaba muy bien con la mujer, la quería mucho.

Se incorporó con lentitud en la silla donde la habían sentado y comprobó que no le dolía nada, por lo que alguien debió sostenerla antes de que cayera al suelo.

Miró a su alrededor y notó con nostalgia que todos la observaban. Al parecer había sido demasiado pensar que todo había sido un mal sueño y que nada había ocurrido, pues las expresiones de las personas que tenía enfrente le recordaban la realidad.

No miró hacia donde estaba lord Lansdow para no morir de vergüenza, así que se giró hacia donde se encontraba su madre, que la observaba con reprobación. Se dejó caer de nuevo en la silla cuando se le vino a la cabeza lo que seguro pensaba su madre. Se había desmayado, y considerando lo que acababa de suceder eso solo podía significar para ellos una cosa.

¡Lo que le faltaba!

La cereza del pastel sería que la creyeran embarazada. Si así era, las cosas se complicarían, y por el semblante sombrío de su hermano y su madre Kate supo que nadie los convencería de lo contrario. O tal vez no querían convencerse pues la situación les convendría.

No quería ni imaginar qué futuro le esperaba.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia sus familiares.

—Quiero irme a casa.

Caminó hacia las escaleras que conectaban la terraza con el jardín, lo que menos quería era pasar por el salón para enfrentarse a toda esa gente. No miró a nadie y solo marchó hasta la entrada para pedir el carruaje, sin percatarse de las palabras que su hermano le susurró a lord Lansdow antes de seguirla.

—Quiero hablar con usted mañana a primera hora.

El viaje hasta su casa en Londres no fue mejor que el resto de la noche, pues no pudo seguir conteniendo a su familia y durante todo el trayecto a casa tuvo que aguantar sus reproches. En realidad, no les prestó mucha atención; en parte porque no quería escucharlos y oír algo de lo que no deseaba saber, y porque su mente estaba en otro lado: en el beso.

Por más que lo intentaba, no podía sacarse de la cabeza lo que ese simple beso —si se podía calificar como «simple»— significó. ¿Cómo era posible que hubiera disfrutado de algo que venía de alguien a quién detestaba? Y pero aún, ¿cómo no lo había detenido desde el principio? ¿Por qué había permitido que todo llegara tan lejos? Aunque, en el fondo, debía admitir que le había gustado el beso. Pero eso no significaba que la persona que se lo había dado le cayera mejor que antes; al contrario, le desagradaba más, pues había descubierto en él un nuevo defecto: la arrogancia. Esa maldita arrogancia seguramente había sido lo que lo había impulsado a besarla para demostrarle lo equivocada que estaba cuando le dijo que era frío. Y sí, se lo había demostrado, pero jamás lo admitiría en voz alta. Sin embargo, ella también tenía parte de culpa. Nadie la había forzado a abrir la boca ni a responder al beso como toda una cualquiera. Se moría de vergüenza de solo pensarlo, nunca más podría volver a mirar al marqués a la cara.

No obstante, debía concentrarse en los problemas que le acarrearía esa conducta. La ruina social, por ejemplo. ¿Qué hombre querría casarse con ella creyendo que su virtud estaba arruinada? ¿Cómo se suponía que conocería al amor de su vida si era repudiada en la sociedad?

Nadie se le querría acercar, y todos se mantendrían alejados. Excepto los mujeriegos que la creerían una conquista fácil.

Pensó con amargura que lord Lansdow tendría más suerte que ella. Como era hombre, se le exoneraría de toda culpa. No importaba que el comportamiento que tuvo fuera todo lo contrario al del caballero que se suponía que era ante todos, un caballero intachable, con honor... ¡Honor! No había tomado en cuenta eso hasta el momento. Lo había pensado, pero su cabeza se negada a formular por completo la idea. Lord Lansdow era un hombre de honor, y eso podría llevarlo a... Y si su familia exigía...

No. No daría forma al pensamiento, no quería ni que se cruzara por su cabeza. Ya encontraría la forma de arreglar el embrollo en que se había metido. Todavía no sabía cómo, pero la hallaría. De alguna forma su vida tendría que solucionarse. Tal vez pronto todo se arreglaría: la gente se olvidaría del escándalo, ella podría insertarse nuevamente en la sociedad, encontraría al amor de su vida y tendría su final feliz. Sí, las cosas tenían que suceder así. Al menos se lo respetaría varias veces hasta convencerse de lo imposible.

—Estás metido en un buen lío —le dijo Brandon a Robert mientras le servía una copa.

Después de que la familia Blane se fuera, Brandon le dijo a Robert que lo acompañara a su despacho para hablar un rato y logró convencer a Claire de que los dejara solos poniendo como excusa que alguien necesitaba atender a los invitados. Ella había aceptado a regañadientes murmurando un «no es justo» antes de irse.

—Eso parece —respondió Robert.

Brandon no aguantó más y se desplomó entre risas. La situación no debería ser graciosa, pero para él lo era, pues por primera vez su amigo, siempre tan calmado y prudente, había cometido una imprudencia, y no una cualquiera, sino una que lo metería en problemas.

—¿En qué estabas pensando, Robert?

Robert se limitó a encogerse de hombros, dándole a entender que no deseaba hablar del tema.

La verdad era que ni él mismo sabía el motivo. Las palabras de la señorita Blane lo habían provocado, sí, pero él no era dado a perder el control con facilidad, así que todavía no entendía cómo pudo hacer lo que hizo, por qué el hecho de ser llamado frío por esa mujer lo afectó hasta tal punto. Quizás la respuesta era que siempre quiso besarla, probar esos tentadores labios, pero ¿quién no deseaba hacerlo? Era una mujer hermosa y tenía algo que atraía a cualquier hombre. Él había logrado controlarse gracias a su buen juicio, sin embargo, este lo abandonó en cuanto ella lo había provocado, dejándolo a merced de los impulsos primitivos. No se arrepentía del beso, ya que lo había disfrutado bastante, pero no estaba seguro de poder decir lo mismo de lo que se avecinaba.

Brandon entendió que su amigo no deseaba comentar el asunto y decidió finalizar el interrogatorio, aunque se muriera de curiosidad.

—Bueno, no creo que Claire te perdone que hayas convertido la fiesta en honor a nuestra hija en un espectáculo —se burló.

—A toda anfitriona le gusta que hablen de su velada, y, créeme, se hablará bastante de esta, lo suficiente para que todos quieran asistir a la próxima.

Brandon sonrió.

—Supongo que sí, pero no te garantizo que ella sea de la misma opinión considerando que la afectada es casi como su hermana. No te sorprendas si no te vuelve a dirigir la palabra, ni

siquiera por cortesía.

Robert volvió a encogerse de hombros y tomó el contenido de la copa que tenía en la mano.

—Me pregunto qué te espera ahora —dijo Brandon con la sonrisa que siempre lo caracterizó.

Ambos sabían qué le esperaba.

—Y yo me pregunto qué tiene de graciosa la situación —respondió con sequedad.

Brando alzó su copa a modo de brindis.

—Pronto lo sabrás.

El día siguiente llegó con demasiada rapidez para gusto de Kate. Aunque había pasado todo lo que quedaba de la noche preparándose para lo que se avecinaba, no estaba lista para el escándalo que se formaría, ni para afrontar las consecuencias de lo sucedido, y menos para ver cómo todos sus sueños desaparecían por ese error.

¡Qué decepcionado se sentiría su padre cuando se enterara! Rogaba a Dios por que no lo supiera todavía; la noticia podría matarlo y ella moriría de culpa si era así. Se había quedado en la casa de campo porque no le gustaba la ciudad. Ojalá ella también hubiera permanecido allá en lugar de ir a Londres para la temporada. Casi nunca iban a Londres, y por su situación económica actual habría sido conveniente no hacerlo. Sin embargo, su madre había insistido alegando que era la mejor forma de conseguir un esposo.

Desanimada, se levantó de la cama y se dirigió al espejo para comprobar lo que ya temía: ¡su aspecto era terrible! Y no solo porque se acababa de levantar, sino porque sus ojos azules eran opacados por las negras sombras oscuras que demostraban lo poco que había dormido.

Resignada, se limitó a echarse un poco de agua en la cara y empezó a vestirse. No necesitaba ayuda, pues el vestido matutino verde manzana que se iba a poner se abrochaba delante en el corpiño. No tenía ganas de ver a nadie, ni siquiera a Anne. El chisme ya debía haberse corrido por toda la casa y no deseaba ver compasión en la cara de su doncella.

Después de colocarse el vestido, se cepilló la dorada cabellera y dejó que esta le cayera como una cascada sobre los hombros. Como no tenía pensado salir, no tenía por qué recogerse. Además, le gustaba más suelto.

Salió de su cuarto, dispuesta a bajar a desayunar. Esperaba no toparse con nadie.

No había llegado todavía a la escalera que la llevaría a la planta baja cuando Anne le interrumpió el paso.

—Qué bueno que la veo, señorita. —Se detuvo a tomar aire; estaba agitada, como si hubiera ido corriendo a buscarla—. Su hermano está en el despacho, desea hablar con usted ahora.

—¿No puede ser después de desayunar? —preguntó haciendo un puchero. Tenía hambre.

—Me dijo que la fuera a buscar inmediatamente, e incluso me ordenó que si estaba dormida la despertara y la arreglara lo más rápido posible para que fuera a verlo.

Kate soltó un suspiro muy poco femenino y se dirigió de mala gana al despacho de su hermano. El estómago le reclamaba comida, estaba de mal humor y no creía tolerar una reprimenda, más a esa hora del día y en ese estado.

Cuando por fin llegó a la puerta del estudio, no se molestó en tocar.

—¿Qué quieres, Andrew? —preguntó mientras entraba—. Me estoy muriendo de hambre y juro que no tengo ánimos de escuchar otra reprimenda... —se calló bruscamente cuando se percató de que su hermano no estaba solo.

Robert estaba sentado frente al escritorio del señor Blane, observando la escena con diversión.

La muchacha había entrado como un remolino en la habitación. Tenía el cabello suelto, que se moldeaba a cada uno de sus bruscos movimientos al igual que el vestido, y había empezado a hablar a la defensiva. Se notaba que no estaba de buen humor, y seguramente saldría de uno peor cuando su hermano le contara lo que había decidido.

—Siéntate, Katherine, por favor —le pidió haciendo caso omiso a la descortesía de la muchacha. Le indicó la silla al lado de Robert.

Kate caminó hacia la silla, no contenta de tener que sentarse al lado de él. Estaba segura de que se había puesto roja solo de verlo, y eso no le gustaba. No se molestó en saludarlo. Además, que él estuviera allí no era buena señal. Tampoco lo era el que su hermano la mandara a sentar, pues significaba una conversación larga.

Se sentó y evitó a toda costa mirar al marqués para no ponerse peor de lo que estaba; en cambio, le dijo con la mirada a Andrew que se apresurara en hablar.

Después de aclararse la voz Andrew, comenzó:

—Como sabrán, su comportamiento anoche fue deplorable, inconcebible, y como toda acción trae su consecuencia...

—¡Andrew, di lo que tengas que decir! —lo apuró Kate—. Pareces un tutor regañando a dos niños que acababan de cometer una travesura.

—Eso no está muy lejos de la verdad.

—¡Pero ninguno de los dos somos niños para escuchar una reprimenda! —exclamó exasperada.

Un sonido parecido a una tos interrumpió la conversación. Ambos se giraron hacia Robert.

—Lo siento —se disculpó él—, creo que estoy pronto a contraer una gripe.

Kate lo miró extrañada. Si no lo conociera, hubiera jurado que se estaba riendo y que había intentado ocultarlo con una tos.

—Bueno, como venía diciendo... —continuó Andrew—. Tu reputación quedó arruinada, Kate.

—Casi no soy consciente de ello —murmuró ella en voz baja para que no la escucharan, pero al parecer Andrew sí lo hizo, porque su semblante se endureció más.

—¡Estoy hablando en serio, Katherine! —dijo en tono duro—. Hay que buscar una manera de solucionarlo, y hablando con lord Lansdown hemos llegado a la única solución posible.

Kate palideció.

—¿Cuál? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Te casarás con Lord Lansdown.

Capítulo 4

«Sobre mi cadáver», pensó Katherine.

Casarse con ese hombre no estaba en sus planes. Sabía que la posibilidad siempre había estado patente, pero había evitado pensar en ello durante toda la noche. Ahora su más temido miedo se había cumplido. ¿Acaso iba a permitir que todos sus sueños fueran tirados por la borda por un simple error?

«Por supuesto que no», se dijo.

—No —respondió Katherine.

—¿No? —Andrew la miró atónito.

—No me casaré.

Ambos hombres la observaron. Andrew no podía creer que su hermana estuviera rechazando la oportunidad que podía salvarlos a todos. Robert, por su parte, ya se esperaba la respuesta, pero eso no evitó que esta lo molestara. ¿Sabía esa mujer cuántas jóvenes querían estar en su lugar? Por más arrogante que sonase, era la verdad; y, además, ella no tenía muchas opciones. Era el matrimonio o su reputación quedaría arruinada. La expulsarían de la sociedad y nadie querría casarse con ella. ¿Sentía tanto desprecio por él que no le importaban las consecuencias?

—La decisión está tomada, Katherine —dijo su hermano en un tono que no admitía réplica, .

—¿Mi opinión no cuenta? —espetó ella, levantándose. Sentía cómo la rabia se apoderaba de ella.

—Señorita Blane, entiendo que la situación es difícil de asimilar, pero no hay otra solución —intervino Robert, ofreciéndose como mediador.

Kate se giró hacia él.

—Siempre hay otra solución —replicó—. Solo hay que tomarse el tiempo para pensarla.

—¡Basta, Katherine! —gritó Andrew encolerizado. No entendía por qué su hermana parecía querer arruinar su salvación—. La decisión está tomada. Es lo mejor para *todos* —enfaticó la última palabra para hacerla entender.

Entonces ella comprendió. Como había esperado, su hermano estaba dispuesto a venderla al mejor postor, y la oportunidad se la había puesto ella misma en bandeja de plata con sus acciones. Pero no le iba dar el gusto. Ella no pensaba sacrificarse por nadie. Tenía que haber otra forma de resolver tanto el problema económico como su arruinada reputación. No tenía ni idea de cuál podía ser esa otra solución, pero no sería el matrimonio.

—¡No! —respondió también a gritos—. ¡La decisión no está tomada!

—Dije que basta! —Andrew golpeó el escritorio con un puño—. ¡Vete, Katherine!

—¡Tengo derecho a permanecer aquí, es de mi futuro del que hablan!

—¡Vete!

—¡Suficiente! —La voz profunda de Robert se hizo escuchar entre tantos gritos—. No es necesario armar tal escándalo. Señorita Blane, ¿podría salir un momento, por favor? Quiero hablar a solas con su hermano —le pidió con amabilidad.

Ella dudó un instante, pero al final asintió, y salió echa una furia del estudio.

—Disculpe el espectáculo, lord Lansdown.

Robert miraba al hombre con frialdad.

—Como supuse, la novia no está dispuesta a colaborar.

Andrew palideció.

—No lo tome personal, lord Lansdow. Katherine siempre ha sido muy consentida, pero le aseguro que pronto atenderá a razones y se dará cuenta de lo beneficiada que saldrá con esta boda.

Robert lo dudaba.

—Soy consciente de que he cometido un error y es mi deber repararlo, pero no por eso tengo intención de arrastrar a la novia hacia el altar. Avíseme si logra persuadirla de que se case.

Dicho eso, salió del estudio dejando a Andrew como quién estaba a punto de perder su pase al cielo.

Kate se paseaba de un lado a otro en el recibidor, esperando a que el marqués saliera. Con la noticia, hasta el hambre había desaparecido.

Estaba a punto de creer que la alfombra se desgastaría bajo sus pies cuando por fin Robert abandonó el estudio, y se dirigió a la puerta sin percatarse de su presencia. Ya había tomado su sombrero de las manos del mayordomo y estaba a punto de salir cuando la voz de Kate lo detuvo.

—Lord Lansdow, necesito hablar con usted.

Él se giró y Kate lo alcanzó en la puerta.

—De preferencia, afuera —añadió, mirando a los criados que se encontraban alrededor.

Robert asintió.

—¿De qué desea hablar? —le preguntó una vez estuvieron en los escalones de la entrada. El carruaje de Robert lo estaba esperando.

—Sabe sobre qué deseo hablar.

Robert asintió y esperó a que ella continuase.

—Soy consciente de que la situación es crítica, pero no creo que sea necesario llegar al matrimonio.

—¿Tiene otra solución en mente?

—No, pero pronto se me ocurrirá una.

Robert alzó las cejas y Kate se exasperó.

—¡Claro que sí! Sé que se me ocurrirá algo. No es necesario llegar a medidas tan drásticas.

—Su hermano jura que está embarazada —comentó al recordar que, cuando había llegado, de eso había sido lo primero de lo que lo habían acusado—. Le di mi palabra de que no era cierto, o que, al menos, no era mi responsabilidad.

—¡Y no es cierto! —Kate empezó a jugar con su cabello—. Simplemente me desmayé en el momento más inoportuno.

—Sin embargo, su hermano se atreve a dudar de mi palabra, y eso no ayuda a reducir el problema.

—Lo que suceda conmigo no es su responsabilidad.

—Lo es cuando la situación en la que se encuentra es mi culpa.

Kate se sonrojó al recordar ese momento.

—Los dos nos metimos en un problema —admitió—, pero mi situación actual la puedo resolver sola, y no pregunte cómo —añadió al ver que la iba a interrumpir—. No sé cómo, pero se me ocurrirá algo.

—¿Tan malo resultaría un matrimonio conmigo? —le preguntó con el tono más dulce que ella le había escuchado. No obstante, su expresión seguía siendo fría.

—Anoche dejamos claro que no congeniamos, y en otros momentos también hemos comprobado que no podemos dejar de pelear.

—Nunca ha sido mi intención iniciar una pelea con usted.

—¿Me está echando la culpa a mí?

El silencio de él fue muy revelador. Kate tuvo que contener una réplica mordaz para no darle la razón.

—Como sea. No es ese el tema que tratamos. No dudo que sea un hombre de honor y por eso es que está asumiendo toda la responsabilidad, pero yo tengo otras aspiraciones. Lo libero de cualquier compromiso.

Robert suspiró.

—Creo que usted no ha entendido la gravedad de la situación, señorita Blane. Está arruinada. No hay forma de que su reputación se recupere, ni aunque pasen años. Nadie la aceptará ni le pedirá matrimonio. Su familia caerá en vergüenza. ¿Eso es lo que desea?

Kate se quedó callada un rato. Sabía que él tenía razón, pero ¿qué podía hacer? Ella no quería casarse, sin embargo, tampoco podía dejar que su familia pagara por sus acciones. Su padre... Él estaba muy enfermo, no podía causarle una desilusión. No obstante, su lado egoísta la instaba a seguir con sus sueños y olvidarse de todo.

—No —murmuró—. No es ese mi deseo, pero debe haber otra solución.

Se lo repetiría cuantas veces fuera necesario para convencerse.

—No la hay.

Kate lo miró.

—Entonces, ¿no va a cambiará de opinión respecto al compromiso?

Él negó con la cabeza.

Kate decidió jugar su última carta, aunque hubiese preferido no hacerlo.

—Mi familia está en quiebra —le confesó—. Esa es la razón por la que mi hermano y mi madre desean que este matrimonio se realice. Desde que mi padre enfermó, mi hermano ha despilfarrado las arcas familiares. —Parpadeó para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con desbordarse por el recuerdo de su progenitor enfermo—. Ha invertido en malos negocios buscando una forma de salvarse, pero solo ha empeorado todo. Mi padre no sabe nada, así que Andrew desea que yo me case con un buen partido para solucionar la situación. A mí no me parece justo; si él lo arruinó todo, ¿por qué lo tengo que solucionar yo? Tampoco me parece aceptable que se vea involucrado en el asunto. Usted no me agrada, pero eso no significa que desee engañarlo de esta manera. Lo único que nos queda es mi dote, pues no la ha gastado para mantener las apariencias y así atraer un buen partido. —Respiró hondo para recuperar el aire perdido—. Ahora ya sabe todo. ¿Aún desea casarse?

Robert la miró sorprendido. No podía creer la confesión que le acababa de hacer. Debía estar verdaderamente desesperada por romper el compromiso para confesar algo así. Pero también creció su admiración hacia ella. Decía la verdad, lo veía en sus ojos, y su deseo de que él supiera todo era sincero. Pero algo le decía también que, así como se lo había dicho a él, se lo contaría a cualquier caballero con el que deseara casarse y que no solo lo confesaba para ahuyentarlo, sino porque tenía derecho a saberlo.

Analizó la situación. Ella tenía razón, no era su responsabilidad asumir deudas ajenas, pero la posibilidad de que ella encontrara un buen partido había disminuido, sino desaparecido, y era culpa suya. Sin embargo, la muchacha hacía todo lo posible por rechazar su ayuda, aun sabiendo en el fondo que estaba perdida. No sabía cuál era la razón que la movía para actuar así, dejando a un lado el interés, pero la sinceridad hacía de Katherine Blane una mujer admirable de

lo que pensó en un principio.

Tomó una decisión.

—Conseguiré una licencia especial —le comunicó con calma—. Podremos casarnos en una semana. —Le colocó la mano sobre el hombro a modo de consuelo—. No se aflija, señorita Blane. Esto solo será terrible si se empeña en pensar que lo será.

Se montó en su carruaje, dejando a Katherine con la boca abierta.

Pasaron varios minutos hasta que ella pudo salir de su estupor. ¿Acaso acababa de confirmarle su boda? ¿No había escuchado nada de lo que le había dicho? ¿Cómo era posible que aún deseara casarse con ella después de saber que su familia estaba en la ruina? ¡Y en una semana! Debía tomarse muy en serio su sentido del honor. Eso era admirable, pero ella no podía permitir esa boda.

Tenía menos de una semana para pensar en un plan que la sacara de todo este lío, y tenía que comenzar a idearlo desde ese momento.

Entró en la casa y se dispuso a subir a la habitación, no sin antes pasar por la cocina para robar uno o dos pastelitos. El hambre había vuelto y nadie podía pensar con el estómago vacío.

Ya en su cuarto, Kate paseó de un lado otro mientras su cerebro trabajaba para buscar una solución que la sacara del problema en el que se había metido. En algo tenían razón su hermano y lord Lansdow: su reputación estaba arruinada. Nadie la aceptaría y ningún caballero respetable le pediría matrimonio, y eso le quitaba la posibilidad de conocer al amor de su vida. Quería pensar que, si alguien de verdad la quería, desafiaría todas las reglas por ella, pero no era tan idealista. Si nadie la consideraba respetable, no atraería a nadie así.

Le estaba empezando a doler la cabeza. No se le ocurría nada que pudiera reintegrarla a la sociedad. Estaba perdida. La única forma de hacerlo sería casarse con el marqués y, si lo hacía, todos estarían bien menos ella, porque aunque podría volver a los salones de fiesta como una dama respetable, ya no podría encontrar al amor de su vida. ¡O peor! Si lo encontraba, sería un amor imposible. Viviría infeliz el resto de su vida, y ¿a cambio de qué? ¿De un estatus social alto que complaciera a todos los seres respetables de Inglaterra?

Inglaterra...

De pronto, se le ocurrió una idea. El escándalo ya se debía de haber expandido por Londres, y no tardaría en regarse por los salones de toda la alta sociedad de Inglaterra. Pero escándalos había en todos lados, y no necesariamente a cada lugar al que fuera la reconocerían como «Katherine Blane, la dama deshonorada». ¡Se le había ocurrido la idea perfecta! Solo necesitaba comentarla con la única persona en la que confiaba y, si podía convencerla, pondría en marcha el plan esa misma tarde.

Capítulo 5

—¿Te has vuelto loca?! —exclamó Claire al ser informada de los planes que tenía Kate en mente.

—Silencio —la calló, mirando la cuna donde una niña dormía plácidamente—. Habla en voz baja. Costó mucho dormir a Danielle, ¿quieres despertarla?

Claire negó con la cabeza,

—Vamos al salón y discutamos ahí el asunto —propuso Claire, viendo el escaso espacio del cuarto de los niños.

—No, mejor permanezcamos aquí, así nadie nos oye.

—Kate, la idea que tienes en mente es una completa locura.

—Por supuesto que no, es perfecta. En Francia nadie me conocerá y podré buscar al candidato ideal para contraer matrimonio con él. Tal vez esta era la señal que necesitaba para buscar nuevos horizontes, pues aquí no he conseguido a nadie.

—No puedes ir a Francia sola —insistió Claire. No entendía cómo su amiga no veía todas las cosas que podían salir mal.

—No iré sola, Anne irá conmigo. —Aunque eso significase pagar doble pasaje, y no estaba segura de cómo conseguiría el dinero, pero ya resolvería. Tenía una que otra joya que podía vender—. Mis tíos me recibirán gustosos, estoy segura. Llevan años invitándome a ir con ellos.

—Que tú desaparezcas no significa que el escándalo lo haga. ¿No piensas en tu familia?

Un brillo de remordimiento apareció en los ojos de Kate, pero no se dejó convencer.

—Si regreso bien casada, todo se olvidará —argumentó.

—¿Cómo estás tan segura de que te vas a casar? ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para conseguirlo? ¿Qué garantías tienes de que, en caso de que te cases, tu marido quiera venir a Inglaterra en lugar de quedarse en Francia? —Claire estaba muy preocupada.

—Si quiere vivir en Francia, no hay problema, pero podré convencerlo de visitar Inglaterra para presentarlo ante la sociedad y los rumores por fin se acallen.

—No creo que sea tan sencillo, Kate.

—No estoy diciendo que lo sea, pero al menos tengo que intentarlo.

—¿No es más fácil que te cases con lord Lansdown?

Ella negó enfáticamente con la cabeza.

—¿Cómo puedes sugerirlo? Tú sabes que siempre que nos vemos, discutimos. No existen en el mundo dos personas tan distintas como nosotros.

—¿Ni siquiera te gustó el beso? —preguntó curiosa.

Kate se ruborizó y no contestó. Claire sonrió.

—Brandon y yo también somos muy distintos, pero vivimos muy felices —le recordó.

—Ustedes dos estaban destinados a estar juntos, nosotros no.

—¿Cómo estás tan segura?

—¡Lo estoy! —afirmó Kate exasperada—. Nunca dos personas que viven en una pelea continua pueden llegar a ser felices.

—A veces la vida puede sorprenderte —dijo Claire. Decidió cambiar de táctica al ver que Kate empezaba a exasperarse—. Piensa en también en la reputación de lord Lansdown. Si no cumple con su deber, quedará como un completo granuja.

—Es hombre —argumentó Kate, negándose a dejarse sentir culpable—. La sociedad

siempre es benevolente con los hombres. Pronto todo se olvidará, y con su dinero y título todo será más sencillo para él. En menos de un mes estará de nuevo rodeado de jovencitas casaderas y madres casamenteras que estarán felices de que no haya sido atrapado en matrimonio.

Claire no pudo negar la veracidad de ese hecho.

—Me has dicho que la boda es en una semana. Tardarás más de una en enviar una carta a tus tíos y recibir respuesta. No creo que puedas aplazar la boda hasta entonces y menos convencer a tu hermano de que no haga público el compromiso.

—Me iré antes a un lugar donde estoy segura que nadie me encontrará.

—¿Adónde? —preguntó Claire con miedo de la respuesta.

—A Bath, con mi tía Charlotte.

—¡Tu tía Charlotte! —gritó Claire, abriendo los ojos por la sorpresa.

Kate le hizo un gesto para que bajara la voz.

—Dime que escuche mal —pidió Claire conmovida.

—No, es la idea perfecta. A nadie se le ocurrirá buscarme ahí.

—Por razones obvias. Kate, tu tía es...

—Una cortesana muy famosa que ha sido repudiada por su familia, lo sé —contestó como si no fuera nada grave.

Lo que le había pasado a su tía Charlotte hacía más de quince años no había sido muy diferente a lo que era su situación actual. La diferencia fue que, en el caso de su tía, ella había estado enamorada y había sido descubierta en un interludio amoroso con un caballero que había prometido casarse con ella y que, después del escándalo, la repudió. La sociedad la había apartado de sus círculos. Según había escuchado Kate, su tía había jurado nunca volver a confiar en un hombre y solo utilizarlos para su conveniencia, por eso había decidido convertirse en lo que era en esos momentos: una cortesana cuya belleza le proporcionaba como protectores temporales los mejores y más ricos aristócratas de Inglaterra, causando que el débil apoyo que su familia todavía le profesaba se desvaneciera. Kate no estaba de acuerdo con la decisión que su tía había tomado, pero tampoco la juzgaba; al fin y al cabo, eran familia y, por lo que ella, recordaba no era una mala persona, simplemente había sufrido un desengaño que había marcado su vida.

—Si se supiera que está con ella, no habrá salvación para tu reputación —le advirtió Claire.

—Nadie se enterará. Una vez esté allí, me quedaré dentro de la casa hasta recibir la respuesta de mis tíos. No me rechazará, ella sabe lo que se siente serlo. Estoy segura de que me recibirá y será muy discreta al respecto.

—Estoy segura de que tus tíos nunca mandarían la respuesta a la casa de tu tía Charlotte. Darán alerta a tu familia.

—No —convino Kate—, pero ellos no saben la dirección exacta de nuestra casa en Londres, por lo que la respuesta la enviarán aquí y tú me la enviarás a mí —dijo con una sonrisa.

Claire debió habérselo imaginado.

—¿Sabes la dirección de tu tía en Bath?

Kate asintió.

—Hace tiempo le mandó una carta a mi madre queriendo arreglar las cosas. Esta, por supuesto, hizo caso omiso de la carta, pero creo que no tuvo valor suficiente para quemarla. La tenía guardada entre sus cosas y una vez la encontré.

—¿Estás segura de que sigue siendo la misma dirección?

—La carta es reciente.

No era del todo cierto. Había sido enviada hacía tres años, pero todo dependía de la

definición que cada quién tuviera de la palabra «reciente».

Claire soltó un suspiro de resignación.

—No te podré convencer de lo contrario, ¿cierto?

Kate negó con la cabeza y le tomó las manos con una sonrisa victoriosa.

—¿Me ayudarás? —preguntó para confirmarlo.

Claire asintió.

—¿Cómo llegarás a Bath? —le preguntó—. ¿Y piensas ir sola con Anne?

—Tomaré prestado uno de nuestros carruajes y me llevaré a dos lacayos de confianza —la tranquilizó—. Y, por supuesto, una pistola en el ridículo —sonrió.

Claire también lo hizo.

—En ese caso, ya no hay nada que discutir.

Cuando Kate regresó a su casa, estaba más tranquila. Tenía la certeza de que todo saldría bien. Saldría al día siguiente, al amanecer, cuando todos aún durmieran.

Le costó mucho convencer a Anne de lo acertado de su plan, pero no más de lo que le costó convencer a los dos lacayos que pensaba llevar consigo de que la acompañaran. A ellos no les podía decir el verdadero motivo de su viaje, y tuvo que recurrir a unas cuantas mentirillas para convencerlos, tales como asegurarle que la familia iba allí de vacaciones, pero ella se adelantaba porque deseaba atender a un familiar enfermo y que su hermano y madre lo seguirían después. Otro problema fue conseguir que le prometieran que no molestarían ni a su madre ni a su hermano con una pregunta de algo que ya estaba decidido. Al final después de muchas mentiras logró convencerlos, finalizando así la última parte de su plan de escape.

Se pasó el resto del día evitando en lo posible a su familia para que estos no tuvieran ninguna sospecha. Su padre solía decirle de pequeña que cuando tenía una travesura en mente, sus ojos la delataban. Siempre pensó que solo él podía verlo, pero no quería arriesgarse.

Su padre...

Kate deseaba que no le pasase nada mientras ella estuviera fuera, y pudiera tener así la dicha de verla casada y feliz, como siempre había soñado. No pensaría negativo, su padre se pondría bien y las cosas resultarían como esperaba.

Los débiles rayos del sol, que apenas lograban entrar por la ventana, le indicaron a Kate que ya era la hora.

Con mucho sigilo, Kate dejó la carta que había escrito para su familia en la cómoda y agarró, no sin esfuerzo, el baúl que había preparado el día anterior con alguna de sus cosas: uno pocos vestidos de mañana y dos de noche para cuando llegara a Francia, unas zapatillas, algunas enaguas y ropa interior. Allí sus tíos se encargarían de aportarle vestuario de acuerdo a la moda francesa para las fiestas de sociedad.

Bajó las escaleras intentando hacer el mínimo ruido posible. Una tarea un tanto complicada cada vez que estaba a punto de dejar caer el baúl.

Cuando al fin lo logró, se dirigió a la puerta de entrada y la abrió con cuidado. Por suerte, el mayordomo todavía no se había despertado.

Salió y le entregó el baúl a uno de los lacayos para que este lo acomodara. Si alguno de ellos se cuestionó el porqué de la salida tan temprano, no lo expresó en voz alta. Se limitaron a acomodar las cosas para la partida.

Estando todo listo, ella y Anne entraron en el carruaje. Uno de los lacayos sujetó las riendas de los caballos, el otro se sentó al lado de este, y así partieron.

Mientras sentía el traqueteo del camino, Kate miraba por la ventanilla como el carruaje se alejaba de su casa por las vacías calles de Londres. Pensó en todo lo que le esperaba. Tal vez la

decisión había sido impulsiva, pero ya estaba tomada y, fuera cual fuera el resultado, no había marcha atrás. Al fin y al cabo, aunque se quedara, su vida cambiaría.

Solo esperaba haber tomado la decisión correcta.

Capítulo 6

—¿Cómo que se ha ido?!

Robert no daba crédito a lo que acababa de escuchar de la boca del que sería su cuñado.

Andrew parecía verdaderamente incómodo. Tamborileaba con frenesí los dedos contra el escritorio y no sabía qué decir.

Robert había llegado esa mañana a la casa de los Blane con intención de ver a Katherine. Tenía paciencia renovada para intentar convencerla de que el matrimonio era la única solución antes de que cometiera una locura, pues algo le había dicho que la señorita Blane no aceptaría tan fácilmente la decisión que habían tomado los otros con respecto a ella. Su presentimiento no había sido erróneo, pero sí tardío.

Cuando llegó, el señor Blane y su madre habían intentado distraerlo afirmándole que Kate se encontraba algo indispuesta y no podía verlo, pero Robert era de los que olía la mentira a varias millas de distancia, y más cuando las personas que la decían no dejaban de tartamudear. Al final, después de un intenso interrogatorio, terminaron confesándole todo.

—Dejó una carta —explicó la señora Blane, limpiándose una farsa lágrima de los ojos—. Andrew, muéstrasela.

El joven Blane no parecía estar muy de acuerdo con la idea, pero terminó cediendo, y abrió un cajón de su escritorio, de donde sacó una hoja de papel y se la entregó. Robert desdobló el papel y comenzó a leer el contenido de la carta en silencio, sin permitir que su expresión cambiara a medida que sus ojos avanzaban con la lectura.

Querida madre y hermano:

Cuando lean esta carta, ya yo estaré de camino a una nueva vida. Es probable que no me entiendan y ardan en cólera al leer estas primeras líneas, pero quiero que sepan que no me olvidé de ustedes. Sé que la situación es crítica, y mi decisión puede ser tomada como irresponsable e insensible, pero no es así. Encontré la solución perfecta para el problema, y les prometo que cuando regrese lo haré bien casada, solo que será con una persona de mi elección, que satisfaga todos esos sueños que siempre he tenido y que solo reciben el apoyo de mi padre. Cuando vuelva con un buen marido, ya nadie le prestará atención al escándalo, y todo se solucionará. Les pido que tengan fe, así como la tengo yo.

Denle mis disculpas a lord Lansdown y díganle que, aunque sé que sus intenciones son nobles, no puedo casarme con él por motivos que ya debería conocer.

Los quiero.

Suya siempre,
Katherine Blane.

Robert le regresó la carta a Andrew y no supo qué decir. La nota era clara: se había marchado en busca de un marido que no sabía cómo conseguiría y que, además, satisficiera todos sus sueños, fueran cuales fueran. Sin embargo, no dejaba ningún indicio de a dónde podía ir.

—¿A qué sueños se refiere?

Supuso que lo mejor era comenzar por ahí.

Andrew no pudo disimular la sorpresa que le causó la pregunta, ya que él esperaba que le exigieran una explicación con respecto a la situación crítica que se mencionaba en la carta.

—Bueno... —empezó, pero la señora Blane lo interrumpió con resquemor:

—Katherine siempre ha sido muy consentida por su padre. Crecer creyendo que se le permite cualquier cosa ha desarrollado ciertos ideales que están un tanto fuera de lugar.

—¿Qué clase de ideales? —preguntó Robert con paciencia.

—Bueno... Tiene la absurda idea de que en algún lado existe una persona especialmente hecha para ella, y que es con esta con quien debe casarse. Por años he tratado de hacerla ver la realidad, pero ha sido inútil.

Robert por fin lo entendió todo, la rotunda negativa a casarse con él y el porqué le caía tan mal. Ella no solo quería un matrimonio por amor, sino que seguramente su opinión del hombre perfecto distaba mucho de él. El único fallo en lo que ella consideraba un plan perfecto era que el problema no se resolvería con tanta sencillez. El escándalo se haría mayor con su desaparición, se empezaría a formar chismes que en nada la favorecerían y, para cuando regresara, las consecuencias serían irreversibles, aunque volviera casada con el mismísimo rey. ¡¿Por qué esa mujer no pensaba bien las cosas antes de hacerlas?! Si no la encontraban pronto y no se casaban en menos de un mes, o al menos no se anunciaba un compromiso formal, Katherine Blane no sería recibida nunca más en los salones de la buena sociedad y, tanto ella como su familia, estarían en la ruina social. Si no fuera porque toda la situación había iniciado por su culpa, hacía rato que habría desaparecido de escena. Empezaba a creer que la señorita Blane tenía problemas mentales.

—¿Alguna idea de dónde pueda estar? —preguntó intentando no perder la calma. Esa mujer tenía el don de alterarlo aunque no estuviera cerca.

—Ninguna —respondió Andrew.

—¿No tienen ningún familiar que esté dispuesto a darle cobijo?

—Mi esposo tiene una hermana que se casó con un aristócrata francés, pero es imposible que se haya dirigido hasta allá —informó la señora Blane.

Viniendo de Katherine Blane, todo le parecía posible.

—¿Están seguros?

—Seguros. No tenemos los medios para... —se calló bruscamente y Robert supo que estuvo a punto de mencionar su mala situación económica— para comunicarnos con ellos. Desconocemos su dirección.

—¿No tienen más familiares?

—Mis padres murieron hace algunos años. Tengo un hermano que vive aquí, en Londres. En la mañana me comuniqué con él y no sabe nada de Katherine —contestó la señora Blane.

—¿No tiene hermanas?

—Ninguna.

No supo si fue idea suya, pero le pareció que la mujer dudó al responder.

—Eso no nos deja ningún sitio donde buscarla. ¿Adónde puede ir una mujer sola sin llamar la atención?

—No fue sola —intervino Andrew—, se llevó a su doncella y a dos lacayos. Dios sabrá cómo los habrá convencido.

«Que consuelo», pensó sarcásticamente Robert, aunque por lo menos sabía que estaba algo protegida.

—Tal vez lady Blaiford le haya dado asilo —sugirió la Señora Blane—. Ellas son muy amigas.

Robert negó con la cabeza. Sabía que Brandon jamás se lo ocultaría, al menos que no supiera el porqué de la huida, lo que era improbable, pues ¿qué otra excusa se podría inventar la señorita Blane para justificar la huida de su casa?

—No, ella no —les dijo—. Pero acabo de tener una idea. —Se puso de pie—. Hasta pronto.

Se marchó sin dar más explicaciones.

Robert salió de la casa de los Blane con una idea clara de a dónde dirigirse. Si alguien sabía el paradero de Katherine, esa era Claire. El problema recaía en que se lo dijera.

Claire estaba terminando de arreglarse para la visita que pensaba hacerle a su tía, cuando una criada fue a avisarle que Brandon deseaba verla.

Poniendo fin a la inútil tarea de colocarse el sombrero en su indomable cabello, Claire bajó hacia el estudio de Brandon, extrañada por la petición. Él nunca la mandaba a llamar, siempre la buscaba si quería decirle algo, estuviese donde estuviese.

Rogando porque no quisiera hablar de lo que ella pensaba, Claire se dirigió hacia el estudio y, para su sorpresa, la puerta estaba entreabierta, por lo que pudo ver que su esposo no estaba solo y que su compañía no era alguien con quien deseara enfrentarse.

Dio media vuelta con la intención de buscar a la criada y decirle que le dijera a su marido que ella ya había salido, pero no había dado ni dos pasos cuando la voz de Brandon la interrumpió:

—Claire, cariño ¿adónde vas? —preguntó con burla. Estaba segura de que, si se volteaba, lo encontraría sonriendo.

Agradeció estar de espaldas para poder ocultar el rubor ocasionado por la vergüenza de que la hubiesen descubierto huyendo.

—Iba a pedir que nos trajeran el té —mintió, esperando sonar convincente. Por la pequeña risa de Brandon, supo que no fue así.

—El té ya lo trajeron, no tienes que preocuparte. Ven, siéntate con nosotros.

Claire respiró hondo para serenarse y se giró con su mejor sonrisa.

—Lord Lansdow, ¿cómo está? Un placer verlo —saludó.

—Lady Blaiford —dijo a la vez que se levantaba para besar su mano—. El placer es mío. ¿Le sorprende verme? Supongo que sabe por qué he venido.

—Sinceramente, sí estoy sorprendida. Esperaba ver primero al señor Andrew Blane o a su madre.

Robert permitió que una leve sonrisa se asomara a sus labios. Siempre le había caído muy bien lady Blaiford, pues su carácter dulce y travieso había logrado atrapar el corazón de su amigo.

—Entonces debo suponer que tiene la información que vine buscando.

—Yo no he dicho eso —dijo mientras se sentaba.

—Creo que los dejaré hablar a solas —comentó Brandon, y se puso de pie—. Suerte si deseas sacarle algo —le murmuró a Robert antes de salir.

—Pero la tiene —insistió Robert después de que Brandon se fuera.

—Sí.

—¿Me la va a dar?

—No. —Claire sonrió—. Lord Lansdow, usted más que nadie sabe lo que significa la lealtad hacia un amigo.

—¿Su silencio es una venganza? —preguntó enarcando las cejas.

Hacía varios meses Claire había acudido a él buscando cierta información acerca de Brandon y, por lealtad hacia su amigo, Robert no se la había dado. Las tandas parecían haberse invertido.

—Admito que es una oportunidad perfecta, pero no soy una mujer vengativa —dijo mientras servía dos tazas de té y le daba una a él—. Entiéndame, por favor, esta vez he sido yo la

que ha jurado guardar el secreto.

—La entiendo, pero la situación es diferente. Están en juego cosas muy importantes.

Claire se abstuvo de mencionar que en aquella ocasión había estado en juego su matrimonio.

—La reputación y seguridad de su amiga están en peligro —intentó convencerla él.

—¿Por qué dice que está en peligro su seguridad? —preguntó. No pudo disimular su preocupación y Rober se aprovechó de eso.

—Una mujer que viaje solo con la compañía de una doncella puede correr muchos peligros.

—No fue solo con una doncella, se llevó a dos lacayos consigo.

—Veo que está muy bien informada.

—No la hubiese dejado partir si no hubiera tenido la certeza de que iría bien cuidada.

—¿Hubiera podido convencerla de que se quedara? —inquirió él con sarcasmo.

Claire frunció el ceño.

—Posiblemente no, pero entonces no hubiera contado con mi silencio.

Robert suspiró. No estaba llegando a ningún lado.

—Aunque se pueda considerar que va segura, su reputación no se salvará. Cuando regrese, no será aceptada en ningún lugar respetable, venga casada con quien venga casada.

Claire se mostró sorprendida.

—¿Cómo sabe esa parte del plan?

—Dejó una carta a su familia.

Claire asintió.

—Créame, lo sé. Intenté convencerla, pero Kate suele ser a veces un tanto...

—¿Imprudente? ¿Irresponsable? ¿Inmadura?

—Impulsiva —terminó Claire—. Yo la quiero mucho, solo deseo su felicidad.

—¿Y cree que será feliz al ser repudiada por la sociedad?

—Tal vez esa parte del plan no salga bien, pero si todo lo demás sí, estoy segura de que será feliz, y solo por esa posibilidad cuenta con todo mi apoyo.

Robert comprendió que ya no valía la pena seguir insistiendo. Claire estaba del lado de Katherine y, en el fondo, la admiraba por ello. Él tampoco traicionaría a un amigo, aunque supiera que este no estaba haciendo las cosas de la mejor manera.

Se levantó, listo para irse.

—Ha sido un gusto volver a verla. —Inclinó la cabeza a modo de despedida y se dirigió a la puerta.

Antes de salir, la voz de Claire lo detuvo.

—Lord Lansdow. —Esperó a que él se girara para continuar—. No pierda las esperanzas. El destino da muchas vueltas, y si Kate está destinada a un futuro aquí, le aseguro que, a pesar de mi silencio, la encontrará.

Robert le sonrió en respuesta y salió de la habitación.

En la puerta de entrada se encontró con Brandon.

—No conseguiste nada, ¿cierto?

—No.

Salió para ahorrarse la sonrisa de su amigo.

En el camino a su casa, no pudo dejar de pensar en todo lo sucedido ese día. Lady Blauford tenía razón, si el destino quería que se realizara la boda, la encontraría antes de que el escándalo fuera irremediable y, si no, ya vería cómo iban las cosas. Sin embargo, no iba a dejar

de investigar, ¿Quién dijo que no se podía presionar un poco a destino?

Capítulo 7

Kate soltó un suspiro de alivio cuando vio a través de la ventanilla la modesta casa al estilo georgiano que estaba en el horizonte. Le había costado bastante trabajo encontrarla, ya que esta se ubicaba en una zona con pocos vecinos, e incluso Anne tuvo que preguntar si era ahí donde vivía madame Charlotte, como era conocida.

El carruaje se detuvo y Kate bajó impacientemente, sin esperar ayuda. Estaba harta de estar sentada, llevaban demasiadas horas viajando sin más descanso que unas cuantas paradas en algunas posadas, donde parte del dinero que había obtenido en Londres al vender su cadena de oro y unos pendientes se había esfumado. Como una mujer soltera, no debía lucir joyas tan extravagantes como las que usa una mujer casada. Lo que había obtenido vendiéndolas no era suficiente para dos pasajes a Francia. Esperaba que su tía le pudiera prestar el resto.

Ajustó la capa que la protegía de la vista de extraños, se acercó a la hermosa casa de piedra y tocó la puerta de manera. En unos segundos, una mujer mayor le abrió.

—Buenas días —saludó—, ¿se encuentra madame Charlotte?

La mujer regordeta de cabello canoso la miró extrañada, como si no estuviera habituada a recibir visitas, al menos no de mujeres.

—¿Quién la busca?

Antes de que Kate pudiera responder, otra mujer más joven, de unos treinta y cinco años que vestía un moderno vestido de mañana color azul se acercó a la puerta.

—¿Quién es, Maggi? —preguntó con un tono de voz suave mientras llegaba a la puerta.

—¡Tía Charlotte! ¡Qué gusto verte! —exclamó Kate.

La mujer de ojos claros y pelo castaño no daba crédito a lo que veía.

—Katherine, ¿eres tú?

Ella asintió.

No lo podía creer. No veía a su sobrina desde hacía más de diez años, cuando había roto toda relación con su familia después de ser repudiada por la sociedad. La última vez que la había visto, Kate debió haber tenido unos seis o siete años. Pero a pesar de todo el tiempo transcurrido, era imposible no distinguir a la muchacha. Sus ojos azules tan claros y expresivos eran difíciles de olvidar, así como el dorado de su cabello, aunque nada de eso se comparaba con la belleza que siempre había poseído y la vitalidad que demostraba al decir solo unas palabras.

—¿Podemos pasar? —preguntó al ver que su tía estaba estupefacta.

—Por supuesto. Las caballerizas están por allá —les indicó a los lacayos, quienes se apresuraron a bajar el equipaje; y mientras uno lo metía dentro de la casa otro, se llevaba los caballos al establo.

Kate y Anne entraron en la casa. Las paredes del vestíbulo eran de color ocre y unos muebles de caoba se encontraban pegados en algunas partes de estas. Se podía apreciar varias salas adyacentes y dos habitaciones en la planta baja a cada uno de los lados. La elegancia del lugar y su considerable tamaño demostraban que a su tía no le había ido mal en los últimos años.

—Katherine, ¿qué haces aquí? —preguntó sin rodeos.

Kate suspiró, sabía que pronto vendrían las preguntas.

—He venido a quedarme un tiempo aquí, tía. Te explicaré todo, te lo prometo —dijo al ver que la iba a interrumpir—. Pero ¿podría primero tomar un baño y descansar un rato? Llevo viajando por un largo tiempo sin descanso y estoy agotada.

Charlotte asintió y ordenó a una de sus criadas que se encargara de prepararle un baño en

la habitación de huéspedes. Después, le dijo a la mujer que les había abierto la puerta que les enseñara sus dormitorios.

Kate y Anne siguieron a la anciana a través de los pasillos en la planta superior hasta llegar a uno de los cuartos. La habitación era espaciosa, tenía una antesala y estaba decorada en color crema. Adyacente a la suya, había otro cuarto más pequeño, donde Kate supuso que dormiría Anne. Sin embargo, en lo único que podía pensar era en sumergirse en el agua que estaban llevando en esos momentos a la sala de baño y luego echarse a dormir en la elegante cama de dosel que la llamaba a gritos. La habitación no había sido acondicionada para recibir huéspedes, pues su visita era inesperada, pero eso fue lo que menos le importó.

El agua tibia calmó sus doloridos músculos. Verse libre de polvo contribuyó a que se sintiera mejor y más relajada, por lo que le costó mucho abandonar el agua.

Cuando entró en la habitación, cubierta solo por una tela de lino, ya habían arreglado los aposentos. Rechazó la propuesta de Anne de ayudarla a vestirse y la despidió diciéndole que se fuera a descansar a la vez que se tumbaba en la cama y caía en un profundo sueño.

Despertó cuando sintió que había alguien en la habitación. Abrió los ojos y descubrió a Anne rebuscando en su baúl.

—¿Qué hora es? —preguntó con un bostezo.

—Casi la tres, la hora del té —respondió la doncella mientras seguía buscando en el baúl.

Para Kate era la hora perfecta para ir a almorzar, pues su estómago le estaba recordando que no comía nada desde hacía horas.

—Su tía quiere hablar con usted —continuó Anne al mismo tiempo que sacaba un vestido azul cielo del baúl—. Esto estará bien.

Sin mucho ánimo, Kate abandonó la cama y dejó que Anne la ayudara a vestirse. Cuando estuvo lista, bajó para encontrarse con su tía en un salón que podía ser ideal para que varias damas se reunieran y tomaran el té, ya que, aunque era pequeño, los colores verde manzana y blanco le daban un aire acogedor. Además, tenía una puerta ventana que daba a un pequeño jardín y un piano que Kate se dijo pediría permiso a su tía para tocar pronto. No había nada que le gustara más que la música.

Su tía estaba sentada en una silla alrededor de una pequeña mesa donde habían servido té y galletas. Tal vez no fuera el almuerzo deseado, pero aguantaría con ello.

—Siéntate, Kate, tenemos que hablar. —Le indicó una silla enfrente suyo.

Kate se sentó, no muy animada. Tenía que elegir sus palabras con cuidado porque de eso dependería su futuro.

—Ahora, estoy esperando la explicación —dijo Charlotte mientras le servía una taza de té.

Kate suspiró con dramatismo y empezó a contar todo lo sucedido y los motivos que le habían traído hasta allí, sin saltarse ningún detalle. Cuando terminó, Charlotte estaba verdaderamente sorprendida.

—Déjame ver si entendí, ¿me estás diciendo que estuviste involucrada en un escándalo, se te ofreció la posibilidad de salvarte y has preferido seguir ahogándote?

—Dicho de ese modo, me haces parecer una tonta —se quejó Kate—. Te estoy diciendo que deseo irme a Francia y encontrar lo que tanto deseo: el amor. Ya le mandé una carta a mis tíos, solo tengo que esperar aquí un tiempo hasta que llegue la respuesta para poder partir.

Charlotte estuvo tentada de decirle que el verdadero amor no existía, que solo era una ilusión de juventud que servía para traer dolor, pero no quería destrozar los sueños de su sobrina; al fin y al cabo, que eso fuera lo que ella creyera no significaba que todos pensasen así.

—Katherine —dijo en tono comprensivo—, yo sé lo que puedes estar pasando. También he sido repudiada por la sociedad, por eso te puedo decir que esta no olvida. No importa cuántos años pasen y cómo evolucionen las cosas. Tu única salvación está en ese marqués que tuvo el honor suficiente para afrontar las consecuencias de sus actos.

—Mi vida a su lado sería un infierno, tía. No logramos llevarnos bien ni aunque pongamos todo el empeño en ello.

—A veces las cosas no salen como uno desea, cariño.

—Tía, por favor —rogó con lágrimas en los ojos—. Sé que todo va a salir bien. Por favor, ayúdame.

Charlotte no tuvo corazón para negarle lo que le pedía. Era cierto que las posibilidades de que los planes de su sobrina salieran bien eran muy pocas, por no decir nulas, pero no pudo destruir sus esperanzas porque ella sabía lo que era perder todo tipo de fe.

—¿Eres consciente de que, si se enteran de que estás aquí, no habrá nada que te salve?

—Lo sé. Nadie lo sabrá. Ni siquiera saldré de la propiedad y me esconderé cuando tengas visitas.

Charlotte asintió y prefirió no mencionar que casi no tenía visitas, o por lo menos no en esos momentos, pues se encontraba sin protector.

—Te ayudaré, pero no podré evitar que te lleven si alguien te viene a buscar.

—Nadie lo hará.

—Katherine, Katherine... —suspiró—. Espero que no estés agrandando el problema.

Kate se levantó y abrazó a su tía. La mujer sonrió, dejando entrever que sus rasgos eran verdaderamente bellos a pesar de la edad.

—Bueno, ya está bien —dijo, soltándose del abrazo—. Mejor dime, ¿cómo están mis hermanos?

Con una sonrisa, Kate le habló de la familia por horas. Parecía no cansarse, pues la alegría que la inundaba era inmensa. Hasta el momento, todo iba saliendo como esperaba y, si seguían así, sería muy feliz.

Algo le estaban ocultando. Habían pasado casi cuatro días desde la desaparición de Katherine y Robert había hablado con todas las personas que pudieran saber algo de ella, incluido su tío, Richard Birdwhistle. Sin embargo, Robert sabía que había un dato que le estaban ocultando. Tanto la señora Blane como el señor Birdwhistle parecían incómodos cuando se les preguntaba sobre si Kate no tenía más familiares que pudieran acogerla. Como al parecer no había ninguna señal de donde se pudo haber metido la chica, estaba dispuesto a excavar en ese último recurso, que presentía era lo que necesitaba, y ya sabía cómo les sacaría todo.

Tocó la puerta de la residencia Blane. No necesitó esperar a que preguntaran si podían recibirle, pues el mayordomo lo condujo directamente al despacho de Andrew Blane como si tuviera órdenes de hacerlo cuando lo vieran.

—Me gustaría que la señora Blane estuviera presente —le dijo a Andrew una vez sentado—, lo que he de decirles les incumbe a ambos.

Andrew lo miró extrañado, pero mandó a buscar a su madre.

Cuando la señora Blane entró en el estudio, Robert la saludó con educación. —Seré directo. He venido a decirles que me libero de toda responsabilidad respecto a esto —informó, haciendo caso omiso de las miradas de perplejidad y preocupación de sus receptores—. Puesto que la señorita Blane parece haber desaparecido, no veo por qué debo seguir tomándome la

molestia de buscarla cuando es obvio que ella no desea ser encontrada.

Madre e hijo se miraron preocupados y Robert casi podía ver a su mente funcionando para poder decir algo que lo hiciera desistir de la decisión que acababa de tomar.

La señora Blane fue la primera en reaccionar.

—Lord Lansdown, por favor. Como madre me es difícil admitirlo, pero Katherine siempre ha sido muy consentida. Esto no es más que un acto de rebeldía que debemos solucionar antes de que sea demasiado tarde. Estoy segura de que, si se casa con un hombre como usted, pronto cambiará y se volverá más madura.

A Robert le costó mucho mantener el semblante serio cuando imaginó la cara que pondría la señorita Blane si escuchara semejante frase. Probablemente armaría un escándalo.

—No habrá boda si no aparece.

—No hay que perder las esperanzas —intervino Andrew.

—Yo no pienso intervenir más en el asunto, ya que no hay ninguna pista que nos pueda llevar a su paradero. Estoy perdiendo mi tiempo.

La verdad era que Robert se estaba preguntando desde hace días por qué se estaba tomando tantas molestias para encontrar a una muchacha consentida que ni siquiera quería casarse con él. No sabía por qué estaba empeñado en liberarla de un escándalo del que no quería ser liberada. Tal vez era que su conciencia se empeñaba en recordarle que todo lo que estaba sucediendo en esos momentos era culpa de él; que, si nunca la hubiera besado en la terraza, nada de eso estaría sucediendo y ella habría seguido, al igual que él, su vida normal. Pero el «hubiera» no existía. La realidad era que, si no la encontraba pronto, no había nada que la salvara.

Miró a la señora Blane, que removía sus manos nerviosas en su regazo. Tenía la apariencia de alguien que estaba a punto de tomar una decisión importante pero que no se decidía. Robert sabía que pronto capitularía, por lo que esperó con paciencia a que lo hiciera.

Pasaron varios minutos de silencio en los que Andrew y su madre se lanzaron varias miradas. Él le advertía con los ojos algo, pero la señora Blane asentía con la cabeza como rindiéndose a lo inevitable.

—Yo creo saber dónde está —dijo con firmeza.

Robert guardó silencio y esperó a que continuara.

—Tengo... Tengo una hermana que ha sido la vergüenza de la familia desde hace más de diez años. Fue repudiada por la sociedad cuando decidió tener una relación a escondidas con un hombre que mi padre había descartado como candidato. Siempre fue muy rebelde, por lo que no le importó desobedecer a nuestro padre y seguir encontrándose con este hombre, quien resultó ser su ruina. Después de eso, se dedicó a una vida poco digna y decidimos romper toda relación con ella. Creo... Creo que vive en Bath.

Robert tenía miedo de preguntar lo que tenía en mente, pero aun así lo hizo:

—¿Qué quiere decir con «una vida poco digna»?

La señora Blane se ruborizó y bajó la mirada, parecía incapaz de responder. Fue Andrew el que habló.

—Es una cortesana.

Robert se quedó mudo como pocas veces en su vida. Apenas contuvo el impulso de soltar una maldición en voz alta. ¿Katherine Blane había perdido por completo el juicio? ¿Cómo era posible que fuera a buscar refugio allá estando su reputación en entredicho? Se negaba a creer semejante insensatez. ¿Cómo pensaba conseguir un marido respetable estando en ese lugar? ¿Acaso pensaba conseguir una propuesta matrimonial de uno de los protectores de su tía? Tampoco comprendía cómo lady Blaiford apoyara esa idea. No, debía haber una parte del plan

que se le escapaba. No descartaba por completo la posibilidad de que estuviera allá, de hecho, estaba casi seguro de ello; sin embargo, tenía la sospecha de que las cosas no eran lo que parecían. No creía que la señorita Blane tuviera planeado encontrar al amor de su vida en ese ambiente.

—Tienen la dirección, supongo —dijo con aparente tranquilidad.

Los Blane parecieron aliviados de que no dijera nada con respecto al asunto.

—Sí —afirmó la señora Blane.

—¿Va a buscarla? —preguntó esperanzado Andrew.

Robert le dedicó al hombre Rubio una mirada de desprecio.

—Mándeme la dirección —le indicó a la señora Blane mientras salía sin dedicar ni siquiera una despedida, en esos momentos le importaban muy poco las normas de cortesía.

Decidió que esa misma tarde saldría de camino a Bath y, si todo salía bien, podría traerla de regreso, aunque dudaba que pudiera convencerla de volver por voluntad propia a Londres. No importaba; si fuera necesario, se la traía sobre el hombro. No solo era la reputación de ella la que estaba en juego, y estaba cansado de esa situación. No sabía qué sucedería a partir de ese momento, pero sí tenía claro un asunto.

Katherine Blane sería su esposa antes de que terminara la semana.

Capítulo 8

Los días siguientes a su llegada, Kate estableció una rutina. Se levantaba temprano y desayunaba con su tía que, a diferencia de su familia, no dormía hasta el mediodía. Luego salía a dar un paseo por el pequeño jardín para disfrutar del aire libre, siempre cuidando que nadie la viera; algo poco probable, porque la casa de su tía estaba muy alejada de las otras. En la tarde tocaba un rato el piano y llenaba la casa de una hermosa melodía. Su tía le comentó que tocaba como los ángeles, pero ella creía que exageraba.

Durante esos días pudo conocer mejor a la mujer que no veía desde hacía tantos años. Confirmó que su tía no era una mala persona, solo había decidido llevar una vida distinta a la de los demás, y que no era aprobada por la sociedad. De hecho, descubrió que era una mujer bastante agradable; no solo la apoyó con lo que según ella era un plan descabellado, sino que la trataba como a un huésped especial. A menudo hablaban, lo que les permitía conocerse mejor; e incluso había accedido a prestarle el dinero necesario para completar el pasaje a Francia, afirmando que dinero no le faltaba y que no había mejor manera de gastarlo que ayudando a un familiar.

Para fortuna de Kate, su tía no había recibido en esos días ninguna visita, por lo que podía andar libremente por la casa, y suponía para ella un alivio. Sin embargo, al cuarto día de su estadía allí hubo una visita que casi hace que se desmaye de la impresión.

Era de mañana y Kate regresaba de su paseo diario. Cuando entró en la casa, no pudo evitar escuchar desde el vestíbulo que su tía Charlotte se encontraba en el salón en que la había recibido la primera vez con una compañía masculina.

Sabía que lo más correcto era que subiera con sigilo hacia su habitación para esconderse allí hasta que la visita se fuera, pero la curiosidad con la que había sido dotada desde su nacimiento la impulsó a acercarse cada vez más hasta que se encontró detrás de la puerta escuchando la conversación. Sabía que estaba mal, y que además era peligroso, pero como ya había sido demostrado en veces anteriores, su lado impulsivo siempre se imponía ante el sentido común. Además, no sería peligroso si nadie la veía.

No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos y de tener la oreja pegada a la puerta, no pudo escuchar más que murmullos y la risa coqueta de su tía.

Decepcionada, se alejó, dispuesta a subir, pues no había nada de interesante en escuchar nada, pero, para su mala suerte, cuando iba a mitad de camino a las escaleras, se abrió la puerta del pequeño salón y salieron los que se encontraban ahí.

Kate se detuvo y el ambiente se llenó de tensión, principalmente porque sabía que ellos también se habían detenido, ya que la conversación se detuvo. Esto estaba mal; lo menos que necesitaba era que alguien la reconociera, pero tampoco podía salir corriendo escaleras arriba para no dejar ver su rostro, ¿o sí? No, eso causaría más controversia que si se giraba. Así que, reuniendo todo el valor posible y elevando una plegaria porque no fuera nadie que supiera su identidad, se volteó, y casi se derrumba al ver al hombre que estaba frente a ella.

«Lord Blaiford», gesticuló con los labios, pero la palabra no salió de su boca. Estaba pálida. Su mente trataba desesperadamente de convencerse de que lo que estaba pasando no era cierto. Claire no la pudo haber traicionado, ella jamás lo haría. Ese pensamiento hizo que su mente analizara con más calma la situación y al hombre que tenía frente a sí.

Con un suspiro de alivio comprobó que el hombre no era lord Blaiford, pero bien podría ser su hermano gemelo. La única diferencia entre ambos era el color negro de sus ojos y la

estatura, el caballero frente a ella era más bajo que el conde.

—Kate —dijo su tía, algo incómoda por la situación—. Te presento al señor Robinson Robinson, un... amigo. —Se dirigió al hombre—. Señor Robinson, ella es Katherine. Es... una pariente lejana que ha venido a quedarse aquí unos días antes de embarcarse a un viaje.

El hombre se acercó y caballerosamente le tomó la mano y depositó un breve beso en ella, haciendo que a Kate se le erizara la piel, pero no porque le hubiera gustado su contacto; al contrario, el hombre le generaba recelo.

—Un placer conocerla, señorita.

—Castle —respondió su tía apresuradamente—. Katherine Castle.

Kate agradeció en silencio la rápida respuesta de su tía, no quería revelar su verdadera identidad.

—Un placer, señorita Castle.

—El placer es mío, señor Robinson —respondió cautelosa.

—Vamos, Charles —apuró Charlotte, tomándolo del brazo—. Seguramente se te hace tarde. Te acompaño a la puerta.

Kate vio cómo el hombre salía de la casa y sintió alivio.

—No te conocía, ¿verdad? ¿Nunca lo has visto? —preguntó algo inquieta su tía.

Kate negó con la cabeza para tranquilizarla.

—En mi vida lo he visto. Sin embargo, no podía dejar de pensar que conocía a alguien bastante parecido físicamente.

Charlotte soltó un suspiro de alivio.

—Menos mal. Charles fue un antiguo cliente, uno de los primeros cuando todavía no era tan exigente en la tarifa. —Sonrió al ver la expresión de sorpresa en los ojos de Katherine—. Desde entonces, mantenemos una relación de amistad. No lo veo desde hace unos cinco años. Creo que estaba en Francia, tal vez por eso no se conocen. —Se encogió de hombros—. Has tenido suerte, pues siendo parte de la aristocracia debe ir a todas esas veladas que frecuentes, habría sido una desgracia para ti que se hubieran visto antes.

—¿Es parte de la aristocracia?

—Es el tercer hijo de un vizconde. Goza de posición social, pero no de un título ni de una fortuna considerable.

—No me agradó —confesó Kate.

Charlotte frunció el ceño.

—No lo conozco lo suficiente para opinar.

Kate no dijo nada más y subió a su cuarto.

Al día siguiente, Kate desayunó sola. No sabía adónde había ido su tía, pero, según el mayordomo, había salido y le mandaba a avisar que regresaría pronto.

Cuando se estaba preparando para dar su paseo diurno, el mayordomo entró en la estancia.

—Señorita, el señor Robinson está aquí; desea ver a su tía. Le he informado que no está y me ha preguntado por usted, ¿lo hago pasar?

—¿Cuánto tardará en llegar mi tía? —preguntó Kate a su vez.

—Salió bastante temprano, no debe tardar.

Kate dudó. No deseaba quedarse a solas con ese hombre así fuera por poco tiempo. Sin embargo, sería una descortesía bastante grande rechazarlo. Se recordó que no debía juzgar a las personas sin conocerlas, y con el hombre apenas había cruzado un saludo; entonces, ¿por qué su aversión hacia él? Tal vez fuera el parecido con lord Blaiford lo que la perturbaba. Decidida, le

indicó al mayordomo que lo hiciera pasar mientras rogaba en silencio que su tía llegara pronto.

—Señorita Castle —saludó haciendo una pequeña reverencia—. Qué gusto volver a verla.

—El gusto es mío. —Le costó pronunciar las palabras, pues no era propensa a mentir—. Siéntese, por favor. —Indicó los muebles a un lado de la estancia—. Mi... Charlotte no debe tardar en llegar.

Ella se sentó y el hombre la imitó.

—¿Desea algo de tomar? ¿Té? ¿Café?

Él negó con la cabeza.

—Nada, gracias.

Se produjo un incómodo momento de silencio hasta que Charles lo rompió.

—¿Qué tipo de pariente es usted de Charlotte? —le preguntó.

—Es... una prima lejana —mintió esperando sonar convincente. Al parecer lo logró, pues el hombre no dio muestras de no creerle.

—Según escuché, se embarcará pronto en un viaje. ¿Puedo saber adónde?

—Francia.

El hombre sonrió.

—Francia es un lugar maravilloso. Viví allí muchos años.

—Interesante —fue lo único que se le ocurrió decir a Kate, y se removió incómoda en el asiento ante la mirada del hombre. Todavía no le había dado motivos para pensar que pudiera ser una mala persona, pero seguía sin gustarle.

Respiró hondo para serenarse y rezó porque su tía llegara pronto.

—Es usted una mujer muy hermosa —comentó.

La afirmación la sorprendió. No era que no se lo hubiesen dicho antes, de hecho, lo habían hecho tantas veces que en ocasiones hasta le molestaba, pero los hombres que se lo decían solían querer cortejarla, y estaba casi segura de que esa no era la intención del caballero.

—Gracias —respondió por cortesía.

—Me sorprende que una belleza como usted siga soltera.

El comentario tan indiscreto la molestó y aumentó su desagrado hacia el hombre sin saber por qué. La frase en sí no era del todo inapropiada ni mal vista; sin embargo, no le gustó que indirectamente le preguntara por qué no se había casado.

—Aunque tal vez no desee casarse —prosiguió tranquilamente—. Entiendo que hay algunas mujeres que prefieren otro estilo de vida, ¿es usted una de ellas? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

Eso sí la enfureció e hizo que se pusiera roja de indignación. No había forma de que hubiera malinterpretado su comentario. ¿Cómo se atrevía? Supuso que era su culpa por recibirlo sin ninguna carabina. Además, ¿qué esperaba? Estaba quedándose en el hogar de una mujer que se dedicaba a eso. No importaba que nunca le hubiera dado a entender que no era una mujer decente, así funcionaba el mundo.

Le lanzó una mirada que podría matar a cualquiera y respondió como si no hubiese entendido:

—De hecho, estoy comprometida. —No sabía de dónde habían salido esas palabras, pero parecieron surtir el efecto deseado, pues el hombre se mostró sorprendido e incómodo—. Voy a Francia a preparar el ajuar.

Sabía que tarde o temprano se recriminaría lo que estaba diciendo en esos momentos, pero no veía otra solución para salir del problema. Daba gracias a Dios de que ni su familia ni el

marqués pudieran escucharla.

—¿Quién es el afortunado caballero?

—¡Charles! —exclamó una nueva voz.

Kate agradeció la oportuna llegada de su tía, que la salvó de responder a la pregunta. Ya bastante había hecho con admitir que estaba comprometida, lo que menos deseaba era mencionar también el nombre del marqués.

—Querida Charlotte —saludó el hombre, poniéndose de pie.

—Si me disculpan, me retiro.

Kate no esperó respuesta, y se escabulló lejos de ese lugar y de ese hombre tan despreciable que esperaba no volver a ver en su vida.

El resto del día se la pasó de mal humor, y por más intentos que hizo, no pudo ocultarlo. No le contó a su tía acerca del incidente con el señor Robinson, pero sabía que ella debía de suponer que había sucedido algo, pues su cambio de humor era notable; a pesar de eso, no se atrevió a confesarle la verdad cuando le preguntó qué le pasaba. No quería que se sintiera responsable de lo sucedido, lo que sin duda sucedería si se enteraba de que la habían confundido con una mujer de mala vida solo porque se hospedaba con ella. Además, podría quitarle su apoyo, y tampoco quería eso.

En realidad, su rabia se debía más que al insulto a la decepción. Cada vez se decepcionaba más de los que decían llamarse «caballeros» y sentía que el hombre de sus sueños era muy difícil de encontrar.

No había hecho su paseo matutino ese día, pero no quiso perder la rutina; así que, después del almuerzo, se dirigió al salón de música, y empezó a tocar, descargando sus emociones a través de las teclas del piano.

No sabía cuánto tiempo llevaba tocando, sin embargo, hubo un momento en que se le erizó el vello de la nuca, indicándole que no estaba sola.

Volteó la cabeza, esperando ver a su tía, pero con lo que encontró no solo hizo que la música muriera, sino que logró que su piel adquiriera el color de una hoja de papel. Kate llegó entonces a la conclusión de que el día no podía ser peor.

Capítulo 9

Cerró los ojos y contó hasta diez con la esperanza de que, cuando los volviera a abrir, él hubiera desaparecido.

No sucedió.

Él estaba allí, recostado al lado del marco de la puerta, y la observaba atentamente con una mirada que a Kate le causó escalofríos. Estaba molesto, aunque se esforzaba por ocultarlo. Tragó saliva, pensando en lo que se avecinaba.

Miró a su tía y le suplicó con los ojos ayuda, pero esta se encogió de hombros en señal de impotencia. Ya le había dicho que no podía hacer nada si alguien la venía a buscar, y eso era lo que acababa de ocurrir.

—Los dejo solos —anunció su tía, saliendo de la habitación.

Se mordió la lengua para no soltar un improperio y encaró a Robert con una mirada que bien podía matar a un ejército de completo.

Robert la observó a su vez. No estaba del mejor humor. Había estado viajando dos días a toda velocidad y sin descanso, y todo para comprobar que la niña malcriada que ahora lo miraba como si quisiera matarlo sí había ido a casa de su tía. ¿Qué tenía esa muchacha en la cabeza para ir a parar allí?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Kate, cruzándose de brazos.

Robert intentó armarse de paciencia

—Creo que la respuesta es obvia.

—No me voy a ir con usted, no tiene ningún derecho sobre mí y no puede obligarme.

—Cierto. Entonces, debo mandar a llamar a su hermano. Incluso a su padre. Estaré encantado de dejarles la tarea a ellos.

—¡Mi padre está enfermo! —exclamó—. No puede viajar, ni siquiera debería enterarse de lo sucedido. No lo sabe, ¿verdad?

La preocupación que vio en sus ojos le hizo entender que quería mucho a su padre.

—No que yo sepa.

Ella suspiró aliviada.

—¡No me casaré con usted!

Robert empezaba a impacientarse.

—No creo que tenga muchas opciones —espetó—. A menos que ya haya conseguido al amor de su vida. Dígame, ¿lo encontró?

Kate enrojeció en parte de vergüenza y en otra parte de furia.

—Leyó la carta —lo acusó.

Él asintió.

—Su hermano me la mostró cuando ya no pudo seguir ocultando su huida. Pero no me ha contestado, ¿lo encontró?

—Ese no es su problema.

—Considerando que sería su única opción de escape, creo que sí lo es.

Kate lo miró con rabia y después de unos minutos confesó:

—No pensaba buscarlo aquí.

No valía la pena seguir ocultando su plan, tenía la impresión de que ya no podría llevarlo a cabo.

—Lo supuse. ¿En dónde, entonces?

—No es de su incumbencia.

Robert puso los ojos en blanco e hizo acopio de toda su paciencia para seguir con la conversación y no arrastrarla hacia el carruaje.

—Debo entender que no lo ha encontrado, por lo que la única opción que queda es la que se decidió desde un principio.

—¡No!

—No crea que yo tengo muchas ganas de casarme con una muchacha inmadura —dijo perdiendo la paciencia—, pero es la única solución, y lo sabe. Quizás no haya pensado en ello, señorita Blane, pero mi reputación también está en juego si este matrimonio no se lleva a cabo. No es usted la única perjudicada.

Kate optó por guardar silencio. A su modo de ver, él siempre sería perdonado; después de todo, era un gran partido.

Robert vio que todavía le quedaba algo de sensatez y decidió cambiar de táctica.

—Piénsalo, Katherine. ¿Qué crees que pensará tu padre cuando se entere de todo? Porque lo sabrá. Tengo entendido que pasan la mayor parte del tiempo en el campo y que solo fueron a Londres para la temporada social, ¿qué pasará cuando les toque regresar pronto y tú no estés con ellos? ¿Qué le dirán?

Eso la hizo pensar, ni siquiera se percató de que la había llamado por su nombre de pila. Tenía razón, aunque le doliera admitirlo; no había pensado en ello en profundidad, pues sabía que al final desistiría si lo hacía. Su padre sufría del corazón y el médico había recomendado que no fuera expuesto a emociones o noticias fuertes, eso sin tomar en cuenta la desconocida enfermedad que lo aquejaba. Su plan por cuestiones de distancias no se podía llevar a cabo antes de que acabara la temporada, por lo que su familia regresaría al campo. Tendría que hacerlo o su padre se preocuparía. ¿Y entonces? ¿Qué pasaría? No podían afirmar que ella se había quedado en la ciudad, pues su padre sabía que prefería el campo, empezaría a sospechar y luego... No quería ni imaginar lo que sucedería luego. Moriría de remordimiento si algo le pasara a su progenitor por su culpa.

Por más que le doliera admitirlo, no había muchas opciones en su caso. Una parte de su mente se negaba a abandonar todos los sueños por los que estaba luchando, por los que había llegado hasta ahí, pero la otra le presentaba la realidad que se había negado a ver cegada por la desesperación del momento. Una realidad que no podía seguir ignorando sin rayar en lo egoísta. Tenía que regresar a Londres, aunque eso significara renunciar al sueño que había gobernado su vida siempre, pues una vez que llegara allí sabía lo que sucedería. No podría evitar la boda o quedaría hundida en un escándalo que la perseguiría siempre y que, tarde o temprano, llegaría a oídos de su padre. El desenlace sería el mismo que si se quedaba allí, y eso no era lo que quería.

Por primera vez se sintió vulnerable. Sintió cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero se negaba a dejarlas salir.

Robert pareció notar el momento en que claudicó, porque se acercó a donde estaba y se agachó frente a ella. Fue entonces cuando vio cómo luchaba con las lágrimas y comprendió que tal vez todo ese asunto del amor de su vida significaba más para ella más que un simple capricho; era un sueño que se desvanecía, y por eso sentía dolor, aunque hiciera lo posible por ocultarlo. Vaya que era orgullosa.

—Katherine... —dijo con una voz que pretendía tranquilizarla.

Nunca había podido soportar ver a una mujer llorar, ya que no sabía qué hacer.

Kate levantó la mirada al oír su nombre. Si le pareció extraño oírse pronunciar, no lo comentó, solo se limitó a respirar hondo para controlarse y mirarlo de frente.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Kate era reacia a responder, así que Robert tuvo que esperar con paciencia. Le limpió una lágrima que se le había escapado y vio como Kate abría los ojos ante el gesto.

—Iré a preparar mis cosas y podemos salir apenas termine.

Se levantó y abandonó con prisas la habitación por miedo a que notara su turbación. Ese gesto le había causado un mar de emociones que no sabía describir y la habían dejado confusa, tal vez por lo tierno que resultaba.

Dos horas más tarde, Kate estaba despidiéndose de su tía mientras los lacayos acomodaban sus cosas.

—Bueno, Katherine, creo que el destino ha decidido por ti —le dijo su tía después de abrazarla.

—Me ha jugado una mala pasada, que es distinto. Y no me refiero al hecho de que me hayan encontrado, sino al originar todo este embrollo.

—El destino solo hace que lo tiene preparado para cada quien, es responsabilidad de nosotros ver si lo tomamos como algo bueno o malo.

—¿Esta era la vida que deseabas? —le preguntó sin tapujos.

—Es una vida con la que estoy conforme, en cierta forma me siento libre. No soy propiedad de ningún hombre como lo hubiera sido si no me hubiera pasado nada de lo que me pasó, y eso para mí es suficiente. Como te digo, es cuestión de cómo lo veas.

—Por más que lo intento, no puedo verle el lado bueno.

—Yo sí. Si alguna vez hubiera querido casarme, lo hubiera hecho con un hombre como ese. —Le echó una mirada de reojo a Robert, que estaba hablando con el cochero de los Blane—. Rico, guapo, con un rango alto, y con solo verlo puedo adivinar que sería un perfecto aman...

—¡Tía!

—Marido —se corrigió con una sonrisa maliciosa—. Un perfecto marido. Si yo sí le veo el lado bueno, tú también puedes verlo. No te irá tan mal, Katherine, solo intenta controlar ese carácter tan impulsivo tuyo —le dijo mientras la empujaba suavemente hacia afuera, donde los carruajes los esperaban.

Kate le dio un último abrazo a su tía y se dirigía a su carruaje cuando la voz de Robert la detuvo.

—Viajas conmigo, Katherine —dijo en tono tan autoritario que Kate se mordió la lengua para no soltar una respuesta mordaz.

—Preferiría ir en mi carruaje.

—Y yo preferiría no tener que comenzar otra persecución, esta vez de un carruaje en huida.

Kate enrojeció de rabia, y ya había abierto la boca para contestar cuando su tía intervino.

—Seguramente viajarás más cómoda en el carruaje del marqués —le dijo mientras le pasaba por el lado y le susurraba al oído—: Recuerda lo que te dije.

Kate respiró hondo y se dirigió a regañadientes a la puerta del vehículo que Robert mantenía abierta.

—¿Y Anne? —preguntó antes de subir.

—Yo iré en el otro, señorita —se apresuró a responder la doncella.

Kate la fulminó con la mirada, pero Anne caminó hacia el carruaje. No deseaba estar en el mismo que ellos.

Kate suspiró, resignada, y aceptó la ayuda que le ofrecía el marqués para subir. Él lo hizo después y, segundos más tarde, el carruaje se puso en marcha. Kate miraba por la ventana cómo

todas sus ilusiones desaparecían, pero se negó a llorar de nuevo, así que decidió comenzar una conversación.

—¿Sabe? Es del todo inapropiado que viajemos solos en un carruaje.

Vio con asombro cómo las comisuras de sus labios se curvaban levemente, o al menos eso le pareció a ella.

—Un poco tarde para preocuparnos por el decoro, ¿no crees?

Kate se encogió de hombros.

—¿Cómo me encontró?

—Tu madre me habló de tu tía.

—Imposible, nunca la menciona. ¿Por qué cree que me pareció el escondite ideal?

—La desesperación se adueñó de ella al no saber nada de ti y decidió confesar el que podía ser el único lugar donde buscar.

Prefirió decir eso a confesar que la señora Blane había estado desesperada porque la boda sí se llevase a cabo.

Kate frunció el ceño, clara muestra de que le parecía extraña la respuesta.

—¿Seguro?

—¿Por qué habría de mentirte?

—Me parece extraño, pues mi madre es... Quiero decir que ella siempre... No importa — descartó con un ademán de manos.

¿Cómo podía explicar que su madre no era el tipo de personas que sintiera un intenso interés por sus hijos? A menos que fuera un interés económico. A ella siempre le había interesado más la sociedad y sus reglas que otra cosa, por lo que le era difícil creer que pudiera estar muy preocupada por ella.

Robert la miró. Estaba claro que iba a confesar algo que no debía y se arrepintió. No le parecía extraño que mostrara escepticismo ante lo que acababa de decirle; conocía poco a la señora Blane, pero no le parecía una persona muy afectuosa y, seguramente, Katherine lo sabía muy bien. Sin embargo, no era algo que pareciera afectarla demasiado, o tal vez disfracaba lo que sentía con indiferencia. De todas maneras, no tenía intención de decirle la versión original, no valía la pena.

Pasaron un rato en silencio en el que Robert pudo evitar observar atentamente a Katherine. Estaba recostada en la puerta del carruaje, en una posición muy poco apropiada que hacía que el vestido de muselina verde manzana se le subiera dejando al descubierto sus tobillos. Tenía el cabello recogido con una trenza simple que ya se había deshecho en gran parte, pero en vez de aminorar su belleza, la aumentaba, pues el aspecto desordenado que tenía concordaba con su personalidad. Sin embargo, su semblante tenía un aire de melancolía imposible de ocultar. Pensó en que era normal, dadas las circunstancias; pero a veces la vida era así, compleja, ponía a todos en circunstancias no deseadas y solo había que aprender a aceptarlas. Katherine tendría que aprender a hacerlo, aunque no sabía por qué le dolía verla así, y le entraban unos impulsos de consolarla que apenas era capaz de controlar. A decir verdad, esa mujer le inspiraba cosas que nunca había experimentado y que iban más allá de un don admirable para hacerle perder la paciencia.

Vio cómo se removía incómoda en el asiento y, después de una serie de caras de fastidio, se giró para mirarlo.

Kate estaba aburrida. No era de las que se la pasaba sin hacer nada, y cuando tenía que viajar siempre intentaba mantener una conversación. Durante el viaje de ida a Bath atosigó a Anne con todo tema de conversación posible y ambas mantuvieron una charla de los últimos

chismorreos de la sociedad, excluyendo el de ella. Aunque la mayor parte de la conversación la llevó Kate, el viaje fue agradable. Sin embargo, ¿de qué podía hablar con un hombre que parecía disfrutar del silencio y con el que siempre terminaba peleando? Lo peor de todo era que en esos momentos necesitaba más que nunca una conversación para que el silencio no le hiciera reflexionar sobre lo que se avecinaba; lo que menos deseaba era ponerse a pensar en un futuro que, según ella, no le deparaba nada bueno. ¿Por qué la vida tenía que ser así? Tan injusta, compleja y difícil de entender. Siempre supo que los errores tenían sus consecuencias, pero ¿tendría que pagar toda su vida por eso? Definitivamente no era justo. No recordaba haber sido mala persona, un tanto rebelde, sí, pero nunca mala; entonces, ¿por qué le pasaban esas cosas a ella? Se removió incómoda en el asiento, buscando la forma de olvidar esos pensamientos, pero no podía pensar en algo más, por lo que decidió irse por la peligrosa opción de tratar de volver a iniciar un tema de conversación.

De repente, se le ocurrió el tema perfecto, lo suficientemente seguro para evitar terminar en una discusión, y que podría saciar su curiosidad.

—Milord —lo llamó para captar su atención.

Él la miró.

—Robert.

—¿Perdón?

—Llámame Robert. Creo que es hora de abandonar las formalidades.

Kate recordó que él había empezado a hacerlo desde que la encontró.

—Está bien —aceptó, no muy convencida. Le parecía extraño llamarlo por su nombre, sobre todo porque le recordaba la situación íntima en la que se encontraban.

—¿Y bien? ¿Qué querías decirme? —la apremió.

—Ah, sí. ¿Sabe usted...? ¿Sabes si lord Blaiford tiene algún familiar que se llame Charles Robinson?

Kate vio cómo Robert se tensaba y su semblante mostró una sorpresa que no pudo disimular.

—¿Dónde escuchaste ese nombre? —preguntó con lo que a ella le pareció un tono lleno de preocupación. ¿Lord Lansdow preocupado? Eso sí que era una hazaña.

—Lo conocí en una ocasión en que fue a visitar a mi tía. Me pareció sorprendente su parecido con lord Blaiford, yo diría que podrían ser gemelos. De hecho, en un principio lo confundí con él... —calló al darse cuenta de que Robert no la estaba escuchando. Parecía absorto en sus pensamientos. Su cuerpo seguía tenso y su semblante no estaba mejor. Kate no sabía por qué se había puesto así, pero prefirió no insistir en el tema, aunque el misterio que este significara avivara cada vez más su curiosidad.

Pasó un rato hasta que Robert la volvió a mirar.

—¿Dices que lo conociste en una visita que le hizo a tu tía?

Kate asintió.

—Fueron dos visitas —murmuró. No pudo disimular el tono de desprecio al recordar su último encuentro y lo grosero que este caballero había sido.

Robert entrecerró los ojos.

—¿Sucedió algo durante alguna de esas visitas?

Vaya que era perceptivo.

—Nada fuera de lo común. No hablamos más allá del saludo.

Él la miró un rato y luego comentó:

—¿Sabías que tus ojos te delatan cuando mientes?

Kate recordó que su padre siempre decía lo mismo. Iba a tener que mentir mientras se miraba en un espejo para ver exactamente lo que la delataba. No le parecía buena idea que él pudiera descubrir cuándo mentía.

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar.

—Nada —insistió.

—Está bien —accedió, aunque su tono dejaba entrever que volvería a sacar el tema más adelante.

Kate prefirió no seguir hablando, aunque se tuviera que morder la lengua. Por algún motivo, sus conversaciones siempre eran extrañas y terminaban siendo desfavorables para alguno de los dos; con frecuencia, para ella. Se removió varias veces en el asiento sin encontrar nunca una posición cómoda. No supo cuánto tiempo estuvo en silencio. De vez en cuando le echaba unas ojeadas a Robert y lo veía pensativo. Se preguntaba por qué la conversación lo había afectado.

Pasaron varias horas en las que evitó a toda costa pensar en lo que se avecinaba, hasta que empezó a sentirse adormilada. No supo si se durmió, pero empezó a volver a la realidad cuando sintió que alguien la sacudía levemente. Abrió los ojos y percibió que era el marqués el que la había despertado, así como notó que el carruaje se había detenido. Era imposible que hubieran llegado a Londres, al menos que se hubiera dormido un día entero.

—¿Por qué nos detenemos? —le preguntó.

—Vamos a descansar esta noche en una posada. No pienso tolerar otro viaje sin descanso.

Kate lo observó fijamente y se dio cuenta de que sí se veía bastante agotado. Tenía una leve barba de días y la ropa bastante arrugada, lo que demostraba que había viajado a Bath tan rápido como ella.

Kate asintió y aceptó la ayuda que Robert le ofrecía para bajar del carruaje. Ella también estaba bastante cansada y los sucesos del día la habían dejado agotada. No se quejaría por tener una cama donde dormir hasta el amanecer, a pesar de que apenas se estaba ocultando el sol.

—¿Quieres cenar algo primero?

Kate negó con la cabeza. Se había comido un refrigerio que su tía le había preparado.

—Quiero dormir —dijo bostezando.

Robert curvó los labios, pero ella no lo notó.

—Entremos, entonces.

Cuando tocó la cama, cayó rendida. Apenas pudo decirle a Anne que se podía ir a dormir o a comer y que no la necesitaba. Los sucesos del día la habían agotado, y urgentemente necesitaba descansar.

Sentado en una de las sillas del bar de la posada, Robert removía el contenido de su copa aún llena. No podía dejar de pensar en la conversación que había terminado con la certeza de que Charles Robinson había regresado a Londres, y no con las mejores intenciones. Brandon no se alegraría al saber la noticia, aunque contaba con la ventaja de que su esposa ya sabía la verdad y no tendría tantos problemas como la última vez. Charles era el medio hermano de Brandon, fruto de una aventura de su padre con una mujer de la alta sociedad que al final había terminado casada con un vizconde que ya tenía dos hijos y no había visto inconveniente en hacer pasar a Charles como uno más. Sin embargo, el hecho de que se le hubiera robado su derecho a un condado por ser el primogénito hizo que el hombre creciera con rencor al que era su medio hermano e hiciera todo lo posible para vengarse de él. Tal era su rabia que había llegado a involucrarse con la que seis años atrás había sido la prometida de Brandon, lady Elizabeth, una

arpía que les había causado muchos problemas y sabía Dios dónde se encontraba en ese momento. Quizás, escondida en algún lugar seguro, ya que era prófuga de la justicia.

Robert no tenía ni idea de por qué había regresado después de tanto tiempo, pero era mejor estar preparados ante cualquier circunstancia. Bien podía haber vuelto porque estaba harto de Francia, pero nunca se podía estar seguro con una persona que siempre había estado dominada por el rencor.

Por otra parte, estaba la actitud de Katherine al mencionarlo. Algo debió haber sucedido en ese encuentro que Charles se ganó la enemistad de la Rubia. Aunque sabía por experiencia propia que eso no era muy difícil de lograr. Sin embargo, presentía que había algo más en todo ese asunto. Una de las cosas que había descubierto de Katherine Blane era que, a pesar de que podía mentir con facilidad, había algo en sus ojos que la delataba: culpabilidad, por haberlo hecho. Por eso, él estaba convencido de que algo había sucedido en esos cortos encuentros que la habían disgustado sobremanera y no se lo quería decir. No la culpaba. No había confianza suficiente entre ellos para hacer confesiones incómodas, y menos si tomaban en cuenta que los encuentros que habían mantenido hasta el momento no terminaban de la mejor forma. Robert no sabía qué futuro le esperaba con una mujer tan complicada, pero no deseaba pensar en ello. Acababa de aprender que de nada valía hacer planes para futuro cuando el destino ya tenía todo escrito y movía las piezas como si de un juego de ajedrez se tratara.

Negándose a pensar en lo que se avecinaba, Robert se tomó el contenido de la copa y se fue a descansar. Había sido un día largo y cansado. Apostaba a que vendrían otros peores.

Capítulo 10

Kate observaba sin ganas cómo los últimos rayos del sol iluminaban las conocidas calles de Londres. Estaban a medio camino de su casa y cada yarda que cruzaban se sentía peor. Su aventura en busca del amor había durado, como mucho, una semana, y ahora estaba allí, derrotada, regresando para enfrentarse a un futuro inminente.

Admitía que su idea había sido descabellada; y la única manera en que habría funcionado hubiera sido si su padre no estuviera enfermo. Lo que más le molestaba era que no había podido disfrutar de la victoria por un tiempo más prolongado. Nunca en su vida se había sentido tan derrotada y deprimida. Estaba acostumbrada a tomar sus decisiones, y la mayoría de ellas, aunque siempre eran imprudentes, le salían bien. Supuso que no siempre podía ganar.

Lo peor de todo era que ni siquiera iba a poder llegar y dormir a ver si se relajaba un rato, primero tendría que escuchar los reproches de su madre y su hermano. Entonces no solo se iría a la cama cansada, sino también con dolor de cabeza. Un gruñido muy poco femenino salió de su boca al imaginar lo que le esperaba.

—¿Suced algo? —preguntó el marqués al escucharla.

Eran las primeras palabras que le oía decir en todo el día, además del «buenos días» que le había dedicado por cortesía esa mañana antes de emprender la marcha. No había dicho ni una sola palabra y Kate tampoco se había molestado en llenar el incómodo silencio por miedo a cómo terminaría un intento de conversación.

—¿Sería mucho pedir que me dejara en casa de Claire esta noche para dormir tranquila y enfrentarme a mi familia mañana, cuando tenga más paciencia?

—Lo sería, ya que deduzco que tu familia debe suponer que estamos por llegar. ¿Temes enfrentar las consecuencias de tus actos?

—Creo que las consecuencias ya las estoy empezando a pagar. —Lo miró con rabia—. Lo que temo es que el dolor de cabeza que me cause el reproche me impida dormir.

—Temo que no puedo hacer nada para evitarlo.

Kate volvió a gruñir.

—¡No es justo! —se quejó—. ¿Por qué tiene que estar sucediendo todo esto?

—A mí también me encantaría conocer la respuesta.

Kate lo fulminó con la mirada.

—¿Es que no se da cuenta? Nuestras vidas no volverán a ser como antes.

—Me doy cuenta de que no vale la pena quejarse por algo que ya no se puede cambiar.

Kate lo observó durante un rato y al final terminó admitiendo a regañadientes que él tenía razón, aunque no pensaba decírselo.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó casi en un murmullo, como si las palabras se negaran a salir de su boca. Era la primera vez que se atrevía a tocar el tema.

—Conseguí una licencia especial para el sábado.

Katherine se dejó caer en el asiento en una posición poco apropiada y casi se le escapa otro gruñido. Sábado. Tomando en cuenta que era miércoles, eso significaba que solo le quedaban dos días de libertad. En dos días toda su vida cambiaría, ¡y todo por un beso! ¿Quién lo hubiera imaginado? Ella no. Todavía no entendía cómo había podido dejarse llevar hasta ese punto...

Sacudió la cabeza en un intento de alejar los pensamientos. Las cosas no podían terminar tan mal. Kate era creyente de que las desgracias solo les pasaban a las personas malas, por lo que

el destino no podía ser tan cruel. Tal vez no sucediera nada de lo que había planeado para su vida, pero no podía ser tan malo, o eso quería pensar. Le haría caso a su tía y buscaría el lado bueno de la situación, aunque tardaría un tiempo en hallarlo. A Kate nunca le había interesado que su futuro marido tuviera título alto ni extensas riquezas. No negaba que eran atributos apreciables, pero eso nunca había su prioridad, ni lo era en ese momento, así que tendría que buscar otras cosas buenas.

—Lo siento, Katherine.

Kate lo miró sorprendida. No se molestó en preguntar por qué se disculpaba, pues ya lo sabía.

—Para ser justos, nadie me mandó a abrir la boca en un principio.

Robert curvó los labios, y esto no le pasó desapercibido a Kate.

—Creo que es algo que no puedes evitar, pero yo no debí perder el control.

—Y yo debí hacer que lo recuperaras en lugar de... —Se sonrojó y movió la cabeza para quitarle importancia—. No importa. ¿No acabas de decir que no se puede hacer nada para cambiar la situación?

—No, no se puede.

Se miraron varios minutos en silencio, pero este no era incómodo, al contrario. Kate comprobó que sí podían tener una conversación normal.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él, sorprendiéndola.

—¿Quieres la verdad?

—No esperaré otra cosa de ti.

—Me siento triste, pues los sueños que tenía desde niña, aunque a muchos les parezcan ridículos, ya no van a ser posibles. Pero supongo que hay cosas peores que sueños rotos.

Kate se sorprendió por sus propias palabras, pero más se sorprendió por las que él dijo a continuación.

—Creo que no hay nada peor que los sueños rotos.

Ella no supo cómo interpretar eso, pero por primera vez desde que lo conocía pudo identificar un sentimiento en esos ojos grises: empatía. Sintió cómo se formaba una especie de vínculo, al que siguió un momento de tensión.

Kate no estaba acostumbrada a momentos melancólicos, así que respondió: —Supongo que siempre puede ser peor, podríamos haber terminado comprometidos con personas totalmente opuestas a lo que representamos —comentó irónicamente.

Por más sorprendente que pareciera, Robert sonrió mostrando una perfecta hilera de dientes blancos.

—Sí, eso sería una desgracia.

Se veía apuesto cuando sonreía. Su rostro se iluminaba y, por un momento, dejaba de parecer ese hombre cuyo serio semblante siempre le había caído mal. Se veía tan distinto que Katherine creyó estar alucinando.

Se levantó un poco del asiento y se inclinó hacia él con el objetivo de ver mejor lo que sus ojos se negaban a aceptar.

Robert arqueó una ceja ante el gesto, pero no perdió la sonrisa.

—¿Sabes? Creo que... ¡Ahh!

Un giro brusco del carruaje hizo que la frase imprudente quedara incompleta, ya que la tumbó directo al regazo de Robert.

—¡Estas calles cada vez están peores! —exclamó mientras intentaba no sonrojarse al tomar consciencia de a dónde había ido a parar.

—¿Estás bien? —le preguntó Robert, mirándola a los ojos de una forma profunda que hizo que Kate se estremeciera, y no de frío.

Por primera vez en su vida le faltaron las palabras. La situación era bastante incómoda.

—Sí —logró decir.

Después de varios segundos, Kate pareció salir de su trance e intentó levantarse, pero Robert le sostuvo un brazo para detenerla.

Ella lo miró a los ojos y descubrió en ellos algo similar a lo que había visto aquella noche en la terraza. Por más que una parte de sí le advirtió que se alejara, una fuerza misteriosa la impulsó a quedarse en su sitio. Al fin y al cabo, ya no había nada que perder.

Él inclinó la cabeza y, sin pensarlo dos veces, tomó posesión de sus labios. Al principio de manera suave, pero luego fue profundizando el beso hasta el punto de querer explorar cada rincón de la boca femenina.

Kate no sabía a qué se debían los impulsos primitivos que le hacían responder al beso, pero le era imposible no hacerlo, ya que una necesidad en su interior así se lo exigía. Necesitaba saborearlo, disfrutar del momento, aunque después se recriminara por ello. Pero por el momento no existía el después; al igual que la última vez, estaba centrada solo en las sensaciones.

El carraspeo de un lacayo hizo que se separaran inmediatamente. No se había dado cuenta cuando el carruaje se detuvo ni cuando el lacayo abrió la puerta. ¡Por Dios! ¿Qué tenía ese hombre que le hacía perder el sentido de la realidad? Lo miró y vio que estaba tan turbado como ella. No, es no era la palabra correcta para describir el semblante de Robert. Tenía más bien una expresión de frustración. Miraba al lacayo con enfado.

Kate se descubrió pensando que ese día lo había visto cambiar de expresión más que en todo el tiempo que lo conocía.

Intentado recuperar la dignidad, aceptó la mano que le tendía el lacayo para bajar, pero antes de hacerlo vio a Robert, que parecía haber recuperado el control.

—Nos vemos el sábado —comentó con desgana.

Él se limitó a asentir y ella bajó pensando en que ya era hora de enfrentar la realidad.

Le empezó a doler la cabeza solo de imaginarlo.

Suspiró y caminó con paso decidido hacia su ejecución. Era posible que lord Lansdown quedara viudo antes del matrimonio.

Capítulo 11

Al día siguiente, Kate estaba de camino hacia la residencia de campo en donde estaba su padre, pues ahí se celebraría la boda.

También seguía viva e intacta. Había soportado una hora de reproches y regaños, además de sermones y una mala interpretación dramática de su madre, que fingió haberse pasado toda la semana preocupada por ella. Pero seguía viva, por lo que sí tendría que casarse. Y debía admitir que el que hayan pensado que la boda debía ser en la casa de campo porque su padre no podía viajar era un detalle maravilloso. Para ella debió haber sido obvio, y quería pensar que tarde o temprano, una vez resignada, hubiera recordado que su padre debía de estar presente en la boda y habría obligado a todo el mundo a trasladarse al campo.

Cuando se preguntó cómo reaccionaría su padre ante un matrimonio tan inesperado, se encontró con que Andrew había resuelto la situación.

—Le informamos por carta que lord Lansdow había estado cortejándote por un tiempo y que tú te enamoraste perdidamente de él, por lo que lo convenciste de que se casaran lo más pronto posible, porque no querías esperar más tiempo.

—Eso es ridículo, ¿se lo creyó? —había preguntado Kate. Su padre no era estúpido.

Andrew se había limitado a encogerse de hombros.

—Parecía extrañado, pero te cree enamorada. Y si en tus cinco sentidos cometes locuras, enamorada más, así que lo consideró posible.

Kate estaba sorprendida, pero su padre la conocía mejor que nadie, y la historia cobraba sentido. Si hubiera estado locamente enamorada, quizás habría hecho eso.

Sentada en el carruaje, intentó ignorar la conversación de su madre y hermano, que seguro estaban planeando el futuro de ellos. Esperaba que Robert hubiera recordado su advertencia. Sin duda, era un hombre prudente.

Se rio al darse cuenta de que ya no solo veía defectos en él. Era sorprendente lo que una conversación normal podía hacer, cambiar el concepto que se tiene de una persona. Ya no lo consideraba totalmente frío; de hecho, había dejado de verlo así desde la noche en la terraza, y, por lo menos, también sabía que podía sonreír y mostrar emociones. Sin embargo, seguía siendo un hombre misterioso. Pero eso no se podía calificar con un defecto, todo el mundo tenía secretos. Lo único que aún la fastidiaba era que fuera tan serio e inexpresivo. Ella era una persona que no podía ocultar lo que sentía y siempre decía lo que pensaba, aunque fuera un comentario imprudente. ¿Cómo se iba a llevar bien con una persona tan distinta a ella? No había muchas formas de lograrlo, por no decir que no había ninguna. Pero ya no había nada que hacer, igual terminaría casada.

Miró por la ventana, agradeciendo que estuvieran a punto de llegar. Si continuaba divagando, podría ocurrírsele otra locura.

Llegaron a la entrada de la residencia y Kate fue la primera en bajar. Ni siquiera esperó a que el lacayo abriera la puerta y desplegara los escalones, sino que lo hizo por su cuenta, y entró en la casa después de saludar cortésmente al mayordomo que tenía la entrada abierta para ellos.

Cuando se encontró en el vestíbulo, se sintió de nuevo en casa. Siempre le había gustado más la tranquilidad del campo que el ajetreo de Londres.

—¡Kate! Qué bueno verte, hija.

Kate se giró hacia su padre con una sonrisa. Estaba sentado en una silla, pues de pie se cansaba mucho.

—¡Padre! —exclamó—. A mí también me alegra verlo.

Se acercó a donde estaba y le dio un abrazo, que él correspondió como pudo.

En sus mejores tiempos, Henry Blane había sido un hombre fornido y que irradiaba vitalidad. Sin embargo, la enfermedad desconocida estaba acabando con él, era apenas la sombra del hombre que un día fue, pero sus ojos azules iguales a los de Kate seguían vivos, llenos de energía, y miraban en ese momento con mucho cariño a su hija.

En ese instante ingresaron su madre y Andrew que, después de saludar a Henry y preguntarle por su salud, se excusaron afirmando cansancio, y se retiraron.

—No podía creer cuando mis ojos leyeron que te casabas —le dijo una vez quedaron solos—, y menos tan rápido. No sabes cuánto me alegro de que al fin hayas encontrado al hombre ideal para ti y que estés tan enamorada para casarte tan rápido.

Kate asintió sin atreverse a pronunciar ni una sola palabra, recordando que sus ojos la delataban cuando mentían.

—Me alegro mucho, lord Lansdown es un caballero excepcional. Si te soy sincero, nunca pensé que fuera el tipo de hombre que te atrajera, pero me alegra mucho que seas feliz.

—La vida es muy irónica —comentó. No era una mentira.

—Creo que deberías ir a descansar, Kate. Ha sido un viaje largo, y mañana tendrás un día ajetreado con los preparativos de tan apresurado matrimonio.

—Tú también deberías descansar —le dijo al ver que parecía agotado.

—Yo iré en un rato. Anda, ve.

Kate le dio un beso en la mejilla y obedeció.

Al día siguiente, un zarandeo fuerte hizo que abandonara el plácido sueño en el que estaba inmersa. Se incorporó en la cama y le lanzó una mirada que hubiera intimidado a cualquiera, menos a la persona que acababa de despertarla.

—¿Qué haces aquí?

—Vine para estar presente mañana en tu boda. No creías que me la iba a perder, ¿verdad? —dijo Claire con una sonrisa.

—En otras circunstancias no te lo habría perdonado, pero ahora me da igual.

Claire la miró compasiva y se sentó en la cama a su lado. Tenían la suficiente confianza para entrar en la casa de la otra como si fuera la suya, tanta que hasta se permitía la libertad de ir a su habitación a despertarla.

—Vamos Kate, ánimate, no todo puede ser tan malo.

Kate prefirió no responder a eso.

—Además —continuó Claire—, solo tenemos un día para organizar algo medianamente decente.

—Mi madre estará feliz de aceptar tu ayuda y la de quien sea. Ahora déjame dormir. —Se arrojó con la sábana, pero Claire se la arrebató.

—No podemos hacer nada sin la novia.

—Claro que pueden, tienen mi consentimiento para todo lo que elijan.

—¿Y si decidiéramos prepararte un vestido negro?

Kate odiaba el negro, pero en ese momento se encogió de hombros.

—Iría bien con mi estado de ánimo.

Claire la miró con el ceño fruncido en un gesto de desaprobación.

—Basta, Kate, tú no eres así. ¿Qué te pasa?

—Quiero disfrutar de mi último día de libertad.

—¿En la cama? Ya son las diez, y nunca te despiertas después de las ocho.

Kate suspiró.

—No estoy de mi mejor ánimo.

—Ya me he dado cuenta.

—Todo fracasó, Claire —dijo como si eso lo explicara todo, y, efectivamente, para Claire lo hacía.

—Las cosas pasan por algo.

—Pero ¿por qué me tiene que suceder esto a mí?

—Lo mismo me pregunté yo cuando me obligaron a casarme.

—No es lo mismo.

—Yo lo veo parecido.

Kate optó por guardar silencio.

—A veces —prosiguió Claire— nos preguntamos por qué pasan las cosas, pero lo cierto es que todo está escrito y no hay nada que cambiar.

—Y no vale la pena amargarse por lo que no se puede controlar —culminó Kate, recordando la conversación con Robert.

—¡Exacto! —exclamó Claire animada.

—Bueno, entonces supongo que tampoco vale la pena quedarme aquí como si estuviera enferma —dijo mientras se levantaba—. Al fin y al cabo, tengo que disfrutar del día.

—Esa es la Katherine que conozco. Por suerte, has comprendido. No sabría qué le hubiera dicho a tu padre para justificar tu ausencia. O mejor dicho, no, no habría sabido cómo decírselo para que me creyera.

Kate sonrió.

—Él siempre sabe cuándo alguien miente.

Claire asintió.

Después de que Kate terminó de arreglarse, ambas bajaron, y Kate se dirigió al comedor para desayunar, ya que moría de hambre. Cuando pasó por la salita que servía de antesala a este, no pudo ocultar su sorpresa al ver que Claire no era la única visita ese día.

Sentados y charlando animadamente estaban su padre, lord Blaiford y su «adorado» prometido, o eso era lo que debía creer su padre. Tenía miedo de las cosas que su padre pudo haber comentado en el tiempo que llevaban reunidos. Por lo menos Andrew debía seguir dormido. Miró a Claire con una mirada acusadora que no pudo disimular.

Ella sonrió inocentemente.

—¿Olvidé mencionar que había más visitas?

—Sí.

—Lo lamento, en verdad. No sé dónde tengo la cabeza últimamente.

Kate respiró con lentitud e intentó controlarse para no decirle unas cuantas cosas a su amiga; en cambio, compuso su mejor sonrisa y saludó a los presentes, haciendo un esfuerzo mayor cuando le tocó saludar a Robert. No deseaba que su padre sospechara nada.

—¡Qué bien se ve señorita, Blane! —comentó Brandon con una sonrisa que a ella le pareció irritante—. El compromiso le sienta bien. El amor es increíble, ¿cierto?

Kate enrojeció y le dirigió a Brandon una mirada fulminante, mientras Claire se acercaba a él para sentarse a su lado y le lanzaba una de reproche como diciéndole «¿sabes lo que me costó hacerla bajar?».

Katherine tuvo la certeza de que su padre había hablado demás. No era un hombre callado, siempre decía lo que pensaba, y si estaba alegre o enojado no dudaba en comentarlo y expresar lo que pensaba, según fuera el caso. Maldijo en su mente a Andrew por haber contado

semejante historia, aunque también era posible que su padre no aceptara el matrimonio hasta que estuviera completamente seguro de que ella sería feliz, ¿y qué mejor manera de saberlo que creyéndolos enamorados? No quería ni imaginar sobre qué habían estado hablando mientras ella estaba arriba no queriendo levantarse de la cama.

—Pero ¿sabe algo? —continuó Brandon aún sonriendo, a pesar del codazo de advertencia de Claire y de que Robert lo miraba con una expresión más seria de lo normal—. En el fondo los entiendo, el amor puede lograr cosas maravillosas.

Kate apretó los dientes y respiró varias veces para intentar controlar la furia que empezaba a apoderarse de ella mientras se repetía mentalmente que ya se las cobraría.

—Hombre, ya déjela en paz —interrumpió el señor Blane sonriendo, se notaba que la estaba pasando bien—. La última vez que alguien la molestó tanto, Andrew terminó esquivando por pura suerte un jarrón que iba directo a su cabeza.

Kate miró a su padre como se mira a un traidor.

—¡Yo no recuerdo eso! —exclamó.

—Fue hace diez años —le recordó su padre, para consternación de Kate.

—¡Oh, yo lo recuerdo! —comentó Claire, haciendo caso omiso de la mirada de reproche de su amiga—. Estaba allí. Pero no fue un jarrón, fue el sombrero que estaba al lado. Por algún motivo, el jarrón y el sombrero se parecían mucho. Creo que el que creó el jarrón lo hizo basándose en un sombrero —dijo con las manos en la barbilla, en una actitud pensativa.

—No, no, fue el jarrón —aseguró el papá de Kate—. Recuerdo que a Edwina casi le da una apoplejía cuando se rompió. Se lo había traído mi hermana cuando viajó a Roma y era de un material bastante fino.

—¿En serio? Yo juraría que había sido el sombrero...

—¡Fue el jarrón! —interrumpió Kate, exasperada—. Solo que mi intención había sido lanzar el sombrero y, por equivocación, tomé el jarrón. No me di cuenta hasta que este quedó estrellado en el piso.

—Es sorprendente que no te hayas dado cuenta de la diferencia de peso cuando lo tomaste —Robert habló por primera vez.

Kate lo miró, e iba a responder con un comentario igual de cortante, cuando Claire predijo sus intenciones y habló antes que ella.

—Kate, ¡pero qué desconsiderados al retenerte aquí! ¿No ibas a desayunar? ¿Por qué no vas y te reúnes con nosotros después?

Kate captó la indirecta y asintió. Se dirigía a la puerta del comedor, cuando oyó decir a Brandon:

—Me alegra entonces que no haya por aquí ningún jarrón parecido a un sombrero.

Kate estaba en el marco de la puerta y se giró para espetar:

—Créame, a usted sí le lanzaría en jarrón sin dudarlo.

Entró en el comedor escuchando sus carcajadas, y se preguntó cómo era posible que en algún momento le hubiese caído bien.

Apenas había probado el primer bocado de desayuno en el momento en que Robert ingresó en el comedor.

—Tu padre sugirió que alguien viniera a hacerte compañía —se excusó.

—La discreción no es una de sus virtudes —dijo antes de llevarse una tostada a la boca.

—Al parecer, es de familia —comentó él, y Kate frunció el ceño en gesto de desaprobación.

—Prefiero no saber qué pretendes decir con eso.

—Tu padre me cae bien.

—Es lo mejor que encontrarás en la familia.

—¿Se tiene en tan baja estima? —preguntó arqueando una ceja.

—Claro que no. Solo quiero advertirle que todavía está a tiempo de no presentarse mañana; al fin y al cabo, nadie lo sabe aún.

—Pero todos se lo esperan.

—Pero nadie lo sabe —insistió.

Era más una broma que un intento de disuadirlo. Kate sabía que ya nada se podía hacer.

Suspiró con dramatismo y se metió otro bocado de comida a la boca.

Ninguno habló más por un rato. Casi terminaba de comer cuando sintió la mano de Robert sobre la suya. Sus dedos acariciaron suavemente los de ella y Kate sintió una oleada de calor atravesarle el cuerpo.

—Creo que te debo un anillo —le dijo él.

Ella se encogió de hombros.

—No importa.

No sabía qué clase de hechizo se había formado, parecía no ser consciente ni de nada ni de nadie. La incomodidad hizo que tomara el último bocado que le quedaba de desayuno y rompiera la magia.

—Creo que debemos regresar.

La visita de los hombres no se prolongó por más de una hora; sin embargo, Claire se quedó más tiempo, haciendo de vez en cuando unas idas a su casa para ocuparse de Danielle. Por suerte, ambas eran vecinas, y después de la muerte de su padre, el esposo de Claire quedó a cargo de la propiedad a falta de herederos de este.

Su madre, Claire, y ella se la pasaron organizando los detalles de la pequeña ceremonia que se celebraría al día siguiente, aunque Kate solo estaba presente físicamente, porque su mente estaba en otra parte. No podía dejar de pensar en todo lo que se avecinaba, lo que sería su vida de ahora en adelante, como tampoco podía dejar de recordar las sensaciones nuevas que experimentaba cuando estaba cerca de Robert. No sabía cómo definir las, y tampoco deseaba hablar de eso con nadie. Ni siquiera con Claire. No se atrevía.

Percibió distraídamente que las mujeres buscaban un vestido, pues no hubo tiempo de mandar a hacer uno; y también creyó escuchar algo referente a la comida, pero no estaba segura.

De lo único que estaba convencida era de que solo faltaba un día para que toda su vida diera un vuelco completo.

Capítulo 12

El día siguiente llegó con demasiada rapidez para su gusto. Kate se paseaba nerviosa de un lado a otro de su habitación, descalza, para no hacer ruido ni alertar a los demás de que estaba despierta. Era todavía muy temprano, y no había dormido en toda la noche. Debía tener unas ojeras espantosas y, seguramente, su madre se espantaría al verlas, después la reprendería por no haber dormido bien, y luego buscaría la forma de ocultarlas.

La boda se realizaría temprano y, según sus cálculos, le quedaban al menos una hora antes de que alguien tocara a su puerta para despertarla y cinco para que se llevara a cabo el tan temido matrimonio.

Se sentó en el canapé para observar por la ventana. Desde su cuarto se podía ver gran parte de los jardines en los que había pasado tiempo de niña. Ese recuerdo le trajo varios más, como los paseos a caballo con Claire. Las horas pasadas en el salón de música. Cuando su padre se sentaba frente a la chimenea del salón principal y le contaba historias cómicas de su vida. Incluso la vez que había intentado ayudar a la cocinera a hacer sus galletas preferidas y la mujer había terminado llena de harina.

De pronto sintió la necesidad de recorrer su casa por última vez.

Tomó una bata, se calzó lo primero que encontró y salió de su cuarto. Los sirvientes ya estaban levantados arreglando todo, pero no le importó, recorrió el que había sido su hogar por tantos años. Lamentó tener que dejarlo y sintió pesar por no poder recorrer toda la extensión de la tierra, sentir el aire libre al cabalgar. Entró en cada una de las habitaciones y rememoró las cosas que había vivido en cada una de ellas. Se demoró en la sala de música. Era su lugar preferido de todos. Se sentó en la silla del piano y se quedó un rato allí, acariciando las teclas sin tocarlas. No supo cuánto tiempo permaneció en ese lugar, pero el alboroto causado por los gritos de su madre la sacaron de la ensoñación.

Salió del salón de música, y en el vestíbulo halló a su madre gritando y dando órdenes como una loca.

—¡No se pudo haber ido! —exclamó con desesperación—. ¡Búsquenla bien!

—¿Qué sucede? —preguntó Kate lo suficientemente alto para hacerse oír entre el alboroto.

Su madre la miró y una expresión de alivio pasó por su rostro, pero luego dio paso a un ceño fruncido.

—¿Dónde te habías metido?! Creí que habías escapado otra vez —la reprendió, moviendo enérgicamente los brazos mientras hablaba.

—Ya que lo menciones, aún estoy a tiempo de reconsiderarlo —replicó Kate, estaba molesta. Su padre pudo haber oído los gritos y preocuparse.

Esa réplica le ganó una mirada asesina de su madre.

—Tenemos que arreglarte, vamos —dijo, y la tomó de la mano—. ¿Por qué tienes tantas ojeras? ¿No has dormido bien?

Kate gruñó y se dejó guiar de mala gana hasta su habitación, en donde estaba Anne y otras mujeres listas para comenzar a arreglarla.

Soportó con mucha paciencia todos los arreglos.

Claire se unió al séquito, dos horas más tarde. Kate agradeció su compañía, pues su madre limitaba sus regaños cuando había personas externas presentes.

A las once estaba lista. Usaba un vestido de noche color blanco. Recordaba haberlo

encargado hacía dos años, pero nunca lo había usado. Alguien lo había arreglado según la moda y el resultado era un sencillo vestido blanco de escote decente al que le habían agregado algunos encajes de color lila en las mangas y en el dobladillo. Anne le realizó un peinado que la mantuvo sentada dos horas y se había llevado muchas horquillas. Para haber organizado todo en dos días, se las habían arreglado bien, aunque Kate sospechaba que su madre había empezado a organizar todo desde que había surgido el escándalo, sabiendo ya el desenlace de este.

—¡Estás preciosa! —exclamó Claire sonriendo.

Kate se preguntó por qué todos parecían felices menos ella.

La señora Blane empezó a despachar a todo el que se encontraba en la habitación, y una vez estuvo a solas, le dijo seriamente a Kate:

—Tenemos que hablar.

—Llegaremos tarde.

No tenía ganas de llegar a la capilla, pero tenía menos ánimos de escuchar lo que fuera que su madre le iba a decir.

—Siempre es bueno hacerse esperar un poco. Nos da tiempo de hablar.

Kate se dejó caer en una silla.

Diez minutos después deseó haber salido de la habitación con los demás. Su progenitora no lo sabía, pero la había dejado con menos ánimos de continuar con la boda de los que ya tenía, pues había conseguido que pensara en algo que no había considerado antes. Sería un milagro que lograra pronunciar los votos con lo nerviosa que se encontraba.

Salió de su habitación y vio que en el salón la estaba esperando su padre para acompañarla a la pequeña capilla de la propiedad. Su ánimo debió de reflejarse en su cara, ya que él preguntó:

—¿Estás bien, Kate?

Ella asintió.

—Solo son nervios.

Su padre sonrió comprensivo, y ambos emprendieron el camino hacia la capilla.

Cuando llegaron, se le hizo imposible mantenerse tranquila. El corazón estaba acelerado, las manos le insistían en arrugar el vestido, y en la puerta de la iglesia echó un vistazo hacia atrás barajando por un momento la posibilidad de salir corriendo y esconderse en algún lado.

Respiró hondo y miró al frente, donde el novio la esperaba. Debía admitir que se veía muy apuesto con el traje negro que hacía contraste con la camisa blanca y que, además, realzaba sus anchos hombros. Sin embargo, estaba demasiado nerviosa para pensar en eso o en algo en particular. En tan solo minutos su vida ya no sería lo misma.

No recordaba nada de lo que sucedió después. Las palabras del párroco no parecían llegar a su mente y ni siquiera recordaba haber dicho los votos. Solo salió de la ensoñación cuando escuchó mencionar su nombre, e instintivamente respondió:

—¿Sí?

Pero el vicario siguió hablando, con el ceño algo fruncido. Ella volvió a aislarse.

Supo que la boda había finalizado porque sintió el roce de los labios de Robert sobre los suyos.

No volvió a la realidad hasta que se encontró en la pequeña recepción de su casa. Su padre se había ido a descansar y su madre hablaba con Andrew, mientras que Brandon y Robert estaban en una esquina charlando. Ella estaba con Claire en la esquina contraria. Todos esperaban a que se sirviera el almuerzo.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Claire.

—Me acabo de casar —murmuró como si todavía no lo creyese.

—Sí, estuve presente —respondió Claire con dulzura.

—¿Es que no entiendes lo que eso significa?

La mirada de Claire se volvió comprensiva.

—Todo saldrá bien. —Sonrió y, para aligerar el ambiente, dijo—: Tu madre empalideció cuando el párroco te preguntó si aceptabas a Robert como tu esposo y tardaste en responder.

—¿Tardé en hacerlo?

Kate no recordaba ni siquiera haber contestado.

Claire la miró con preocupación.

—Te tuvieron que preguntar dos veces, y cuando respondiste juraría que lo hiciste en forma de pregunta. ¿Qué estaba pasando por tu cabeza, Kate? Todos se dieron cuenta de que solo era tu cuerpo el que estaba presente en la boda, tu mente no.

—Espero que mi padre no se haya percatado, los demás no me interesan. Mi familia y ustedes saben por qué me casé. Y sí, tenía la cabeza en otras cosas; como mi futuro, por ejemplo.

—Oh, Kate...

—¿Cómo se siente estar casada, lady Lansdow? —preguntó Brandon, que se había acercado a ellas sin que lo notaran. Kate quiso borrarle la sonrisa con una bofetada. ¡Qué irritante era ese hombre!

—Brandon... —advirtió Claire.

Brandon le dedicó a Claire una sonrisa inocente.

—¿Le han dicho alguna vez que es un hombre odioso? —preguntó Kate con aparente tranquilidad, como si estuvieran hablando del clima.

Él amplió la sonrisa.

—Nunca me han descrito así.

—Entonces, ya puede agregar la característica a su lista infinita de defectos: es usted un hombre odioso.

—Pues...

—Brandon, tráenos una limonada, por favor —interrumpió Claire, mirando a su esposo de una forma que no admitía réplica.

Él le dio un beso fugaz y, sin perder la sonrisa, fue a buscar limonadas.

—Me pregunto cómo lo toleras —murmuró Kate.

Claire sonrió.

—Lo amo.

Antes de que Kate dijera algo, entraron por la puerta un hombre y una mujer. Ella era muy bonita y no parecía tener más de treinta años, tenía el cabello negro y unos ojos grises bastantes familiares. El hombre debía tener más o menos la misma edad, y poseía el típico aspecto de un inglés: pelo Rubio, flaco y ojos claros. Supuso que eran un matrimonio.

Antes de que el mayordomo pudiera decir quiénes eran y el porqué los había dejado pasar, la mujer se lanzó hacia Robert y lo abrazó con efusividad.

Capítulo 13

—¡Robert! —exclamó la desconocida mientras lo abrazaba—. ¡Qué alegría verte! No creerías que me iba a perder tu boda, ¿cierto? Aunque, por lo que veo, creo que sí me la perdí. Y eso que los caballos venían a todo galope... —Kate no escuchaba lo que decía, pero sí podía ver que la mujer hablaba muy rápido y apenas respiraba—. Debo estar hecha un desastre. No importa; estoy aquí, al menos para conocer a la afortunada. Por cierto, mi invitación se debió haber perdido en el camino. —Le lanzó una mirada acusadora—. Por suerte, me enteré de la boda porque no se habla de otra cosa en Inglaterra. De inmediato viajamos a Londres, donde tu mayordomo me informó que el matrimonio se celebraría aquí. Lamentablemente, he llegado tarde, pero he llegado. Quiero decirte que lamento las situaciones en que se celebró la unión, sin embargo, estoy segura de que todo al final terminará bien. Te lo mereces —concluyó soltando todo el aire contenido.

Robert sonrió y dejó anonadados a los presentes que observaban sin disimulo la escena.

—A mí también me alegra verte, Emily. No envié una invitación, pero sí una carta informándote.

—Eso espero; me sentiría ofendida si no lo hubiese hecho. Revisaré toda la correspondencia cuando llegue para comprobar lo que me dices, y espero que la carta esté allí. No sabes lo sorprendida que me quedé cuando comentaron el matrimonio en casa de lady Durham. Edward se mostró igual de asombrado que yo y ambos estuvimos de acuerdo en venir a Londres a comprobarlo. —Eduard le lanzó una mirada escéptica y ella se corrigió—: Bien, en realidad tuve que presionarlo un poco para convencerlo de hacer tan apresurado viaje, pero estoy segura de que él también deseaba saber lo que sucedía, ¿no es cierto, Edward?

—Por supuesto, querida —contestó como alguien que estaba acostumbrado al parloteo de la mujer—. Lansdow, felicitaciones —le dijo a Robert, y este asintió.

—¿Te quedas en la casa, supongo? —le preguntó Robert a Emily.

—¿Y molestar a los recién casados? Por supuesto que no. La señora Berches me ha ofrecido hospedaje en su casa de campo.

—¿Te ha *ofrecido* hospedaje?

—Sí, solo tuve que lanzarle una que otra indirecta —dijo sonriendo—. Nos quedaremos allí unos días y luego iremos a casa de lady Pembroke, que hará su famosa reunión de campo anual, a la que supongo estás invitado.

—Supongo —contestó Robert sin interés.

—Y yo deduzco que la invitación debe estar perdida en algún rincón de tu despacho. Espero que el matrimonio te quite lo ermitaño. Por cierto, qué maleducado te has vuelto. ¿No piensas presentarnos a tu esposa? —Robert iba a contestar, pero ella siguió hablando—. Hemos viajado tanto solo para tener el gusto y tú te muestras así de descortés. No puedo creerlo...

Claire y Kate observaban la escena desde la esquina haciendo un gran esfuerzo para mantener la boca cerrada. En el momento en que Kate se iba a dirigir hacia donde estaban los protagonistas de la escena, entró Brandon en el salón con las dos limonadas y casi las deja caer al ver a los recién llegados.

—¡Ay, no! Emily —dijo con una mueca de disgusto—. Creo que me empieza a doler la cabeza.

—¿Quién es Emily? —preguntaron las mujeres al unísono.

Brandon no respondió; miró hacia la puerta de forma anhelante, como si barajara la

posibilidad de salir corriendo, pero en ese momento Robert les hizo una seña para que se acercaran y sus intenciones se vieron frustradas, por lo que caminó junto a las damas con una expresión de resignación en los ojos.

—¿Por qué dolor de cabeza? —le preguntó Claire en un murmullo.

—Ya lo verás.

Kate llegó primero al grupo, llena de curiosidad, mientras Brandon arrastraba los pasos como si deseara retrasar el momento.

Robert tomó a Kate por la cintura. Ella se tensó ante el contacto y le tomó un tiempo concentrarse en las presentaciones. El gesto era simple pero a la vez posesivo. Le recordaba su nueva posición.

—Katherine, ella es Emily Hamilton, mi hermana; él es su esposo, el señor Edward Hamilton. Emily, ella es mi esposa, Katherine.

—¿Hermana? —fue lo único que atinó a decir.

—Sí, hermana —contestó rápidamente la mujer—. ¿No me digas que no te ha hablado de mí? No me sorprende, no es muy comunicativo. De hecho, siempre... No importa, la verdad es que las circunstancias tampoco... Oh, siempre me desvíó del tema, lo lamento. Suelo hablar mucho.

—Ya me he dado cuenta —murmuró Kate.

Emily se rio.

—Es un placer conocerte. Puedes llamarme Emily; al fin y al cabo, somos familia. Yo te llamaré Katherine. No, mejor Kate; Katherine es muy largo. Puedo decirte Kate, ¿verdad? —Esta asintió, e iba a mencionar que todos la llamaban así, pero la mujer siguió hablando—. Estoy segura de que nos llevaremos de maravilla...

—También es un placer conocerte. Y sí, seguramente nos llevaremos bien —interrumpió Kate, que se estaba mareando por tanto parloteo.

Robert volvió a sonreír y presentó a Claire.

—Ella es Claire, lady Blaiford. Lady Blaiford, ella es mi hermana Emily, y él, su esposo Edward. A Brandon ya lo conoces.

—Un gusto —comentó Claire.

—El gusto es mío —respondió Emily sonriendo—. Me tiene que decir cómo logró atrapar a lord Blaiford. Juro que cuando me llegó la invitación a la boda no podía creer que lo leían mis ojos. Lamentablemente, no pude asistir, pero ahora veo que es verdad. Debe ser usted una mujer excepcional. Yo intenté atraparlo por un año entero, más o menos, y solo conseguí que huyera de mí como si fuera una peste. Me gusta consolarme diciendo que huía de todas las jóvenes casaderas, pero sé que de mí en especial. Cuando visitaba a Robert, se aseguraba de hacerlo en los momentos en que yo no estuviera presente y se iba apenas llegaba yo, ¿no es cierto, lord Blaiford? —Soltó una risita al ver la expresión de Brandon—. Por suerte, poco después conocí a Edward y me enamoré. Actualmente llevo seis felices años de casada.

Robert vio a Brandon hacer un gesto de fastidio, Claire tenía el ceño fruncido. Después, sintió temblar el cuerpo de Kate y se dio cuenta de que esta contenía la risa que le causaba la escena.

Se descubrió observando su sonrisa. Era la primera vez que la veía reír en toda la ceremonia, o en toda la semana. Sabía que la situación era difícil para ella, pero en el fondo deseaba ver de nuevo esa sonrisa en su rostro que hacía que su belleza aumentara. Agradeció por ello la visita de su hermana, y se sorprendió pensando en cuánto le gustaría verla sonreír más a menudo.

—Me sorprende que el señor Hamilton no haya pedido a estas alturas la anulación — murmuró Brandon cuando Emily se alejó hacia donde estaba la familia de Kate para presentarse, sin importarle que ese no fuera el protocolo.

—Estás hablando de mi hermana, Brandon —le advirtió Robert.

—Lo sé, pero debes admitir que es difícil tolerar tanto parloteo.

Robert no cuestionó el asunto, llevaba años aguantando aquello. Emily era dos años menor que él y siempre había sido una mujer alegre, llena de energía y, sobre todo, bastante parlanchina. En una reunión la conversación siempre la dirigiría ella, porque no dejaba hablar a nadie más. Robert era el cabeza de la familia después de que su padre muriera cuando él contaba apenas con veinte años y su hermana, con dieciocho. Hubo un momento en el que pensó que no le encontraría marido, pues la lengua de Emily los espantaba a todos, pero, por algún milagro, se casó a los veintitrés para alivio de su tía, quien la había guiado en la sociedad y ya la empezaba a considerar una solterona, a pesar de su belleza. Siempre fueron muy unidos. La madre de ambos había muerto pocos años después del nacimiento de Emily y su padre se amargó desde entonces, por lo que solo tenían la compañía mutua y no había nada que no hiciesen por no ver feliz al otro.

Giró la cara hacia Kate y se topó con que su semblante se había vuelto serio, pensativo.

Kate todavía trataba de entender cómo dos personas tan distintas podían ser hermanos. Era impresionante lo diferentes que podían ser. No lograba entender por qué Emily era tan divertida, simpática y habladora, y él era... Bueno, era él. Lo que más le sorprendía era darse cuenta de que de que no sabía nada acerca de su esposo. No conocía al resto de la familia. ¿Tendría una? Por supuesto, todos tenían una, aunque fueran parientes lejanos. Suponía que sus padres ya habían muerto; de otra forma, estarían allí. Miles de pensamientos y preguntas rondaban su cabeza. Ni siquiera notó cuando avisaron que el almuerzo estaba listo y que podían pasar al comedor. Se hubiese quedado allí de pie si no fuera porque Robert la llamó.

Ella salió de su ensimismamiento.

—¿Sí? —Miró alrededor—. ¿Dónde están todos?

—De camino al comedor. Pero la pregunta correcta sería: ¿dónde estás tú?

Kate bajó la mirada, avergonzada.

—He estado un poco dispersa hoy.

Él asintió.

—Bastante, diría yo.

Ella abrió la boca para replicar, pero la cerró de nuevo. Él tenía razón, había estado perdida en sus pensamientos la mayor parte del día, pero ¿quién no lo estaría en su situación?

Robert le ofreció el brazo y, después de un segundo de duda, ella lo aceptó. No sabía por qué, pero su cercanía la incomodaba. Bueno, esa no precisamente la palabra, digamos que la hacía sentir... extraña.

Durante el almuerzo, su madre inició una conversación en la que Emily participó inmediatamente y que luego continuó ella sola, pues casi no dejaba hablar a los demás.

En varias ocasiones, Kate tuvo que reprimir la risa que le causaban las expresiones de los demás. Andrew tenía una cara de fastidio que no podía disimular —solo por lograr eso le cayó bien su nueva cuñada— y Brandon no estaba mejor. Claire disfrutaba de la comida tranquila, sin parecer incómoda, al igual que Robert y el señor Hamilton, que tenían la cara de personas acostumbradas a la situación. Pero lo mejor de todo era la falsa sonrisa de su madre que amenazaba con convertirse en una mueca, ya temblaba en su rostro.

—Dime, Katherine ¿cuál es tu actividad favorita? —preguntó Emily, curiosa.

Kate se sorprendió por el simple hecho de que la fuera a dejar hablar, por lo que se apresuró a responder antes de que ella misma empezara a sugerir ideas.

—Me encanta la música. Puedo pasar varias horas tocando el piano.

—Y debo decir que lo hace excelente —intervino su madre.

—Estoy de acuerdo —concordó Claire.

—También es muy buena en lo referente al bordado y la costura, como toda dama —continuó su madre, y Kate casi se atraganta con el jugo que estaba tomando.

—Por supuesto, mi especialidad es el bordado sin sentido ni forma —mencionó Kate, por lo que se ganó una mirada reprobatoria de su madre.

Kate vio cómo Robert la miraba con una media sonrisa impresa en el rostro y los ojos brillando de diversión.

Emily soltó una pequeña risa.

—A mí tampoco se me da muy bien el bordado, pero me encanta montar a caballo. Me gustaría que durante los días que esté por aquí lo hiciéramos, ¿qué te parece? Usted también está invitada, lady Blaiford. ¿Puedo llamarla Claire? —Ella asintió, sabiendo que lo haría aun sin autorización—. Sería maravilloso, las tres nos divertiremos bastante. Incluso podríamos hacer una carrera.

—Claire nos dejará en el terreno —advirtió Kate—. Hace tiempo aprendí que una carrera con ella no vale la pena, al menos de mi parte.

—No te recordaba tan cobarde —la provocó Claire.

—Sé cuándo voy a perder.

Robert tuvo que contener la risa ante semejante comentario.

—No hay duda al respecto —comentó, y obtuvo una mirada fulminante por parte de Kate.

Emily aligeró la tensión haciendo lo que mejor sabía hacer: hablar.

Para alivio de muchos, el almuerzo terminó, y las personas se dividieron en dos grupos. Andrew invitó a los hombres a tomar una copa en el despacho y las mujeres se quedaron en el pequeño salón adyacente al comedor charlando de cosas triviales. Aunque, en realidad, Emily y su madre fueron las que conversaron mientras Kate hablaba con Claire algo alejadas de las demás.

—¿Por qué lady Warwick no ha venido? —le preguntó.

Claire sonrió.

—Mi tía está por protagonizar el próximo escándalo del año.

—Ah, ¿sí?

Claire asintió.

—El viejo conde de Herford la está cortejando. ¿Te imaginas? Una viuda que se casa ya pasado los cuarenta años será algo digno de qué hablar —lo dijo en tono de broma, pero Kate sabía que estaba muy feliz por su tía; ella también lo estaba.

—¿De verdad crees que se casen?

—Eso espero, se lo merece. Todos tenemos derecho a ser felices.

El semblante de Kate se entristeció y Claire supo lo que pensaba.

—No, no permitiré que te pongas melancólica otra vez. Todo saldrá bien con tu matrimonio, estoy segura.

Kate asintió, pero Claire supo que no le creía y también que en ese momento no valía la pena insistir.

Las horas pasaron. Alrededor de las tres de la tarde los hombres entraron nuevamente en

el salón. Brandon y Robert lucían una expresión bastante seria, sobre todo Brandon, lo cual era extraño en él, y Kate se preguntó qué habría sucedido.

Cuando vio a Caire intentó sonreír, pero por el ceño fruncido de su amiga supo que esta también se había dado cuenta de que algo pasaba.

Se acercaron a donde ellas estaban y Robert fue el primero en hablar.

—Creo que hora de irnos; de otra forma, nos agarrará la noche en el camino —le dijo a Kate.

Ella asintió, nerviosa.

—Iré a despedirme de mi padre —respondió.

Se levantó y desapareció del salón.

Cuando bajó, tuvo que luchar para contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos después de la despedida. Extrañaría mucho a su progenitor, a su casa, e incluso a Andrew y a su madre.

Todos estaban afuera y los carruajes listos para salir. Kate abrazó a su madre y luego a Andrew. Después se despidió de Claire.

—Iré pronto a verte —prometió su amiga—. Y llevaré a Danielle conmigo.

—No te lo perdonaría si no lo hicieras.

Kate no podía dejar de pensar en lo irónica que era la vida. Una vez había jurado no casarse con ese hombre, y así había terminado. Recordó con una sonrisa triste la ocasión en que lo hizo, una vez que había ido a visitar a Robert con el fin de intentar convencer al marqués de que revelara un secreto que ayudaría al matrimonio de Claire y Brandon. Alzó la cabeza y miró hacia el cielo, atrayendo la atención de todos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Claire.

Kate contestó sin dejar de mirar hacia arriba:

—Digamos que espero ver cerdos volar.

Todos fruncieron el ceño ante la respuesta, pero Robert lanzó una carcajada que desconcertó a los demás. Kate sabía por qué.

«Volarán los cerdos antes de casarme con usted», había dicho en una ocasión. No volvería a hacer ese tipo de promesas, a veces la vida demostraba lo fácil que podía romperlas.

Un tanto apartada, Emily sonrió. Hacía mucho tiempo que no escuchaba a Robert reír así, y si esa mujer era capaz de lograrlo, se había ganado ya toda su simpatía y su apoyo para que ese matrimonio funcionara. Dios sabía que cuando Emily se proponía algo, no había poder humano en la tierra que la detuviera.

Capítulo 14

—¿No pudiste elegir un sitio menos... cuestionable? —preguntó Charles, haciendo una mueca ante la desgastada apariencia de la taberna que tenía enfrente.

—Si tienes dinero para pagar algo mejor, acepto la invitación —respondió su amigo Wiston.

Charles gruñó y entró en el lugar. No, no tenía dinero para ir a un sitio más sofisticado.

Se sentaron en una mesa y pidieron algo de tomar.

—No esperaba que regresaras —comentó Wiston.

—El ambiente de Francia me aburrió.

—Creí que era porque tu padre murió y tus hermanos se niegan a darte más dinero.

Charles le lanzó una mirada fulminante. Si él supiera que esos no eran sus hermanos ni el difunto su padre.

—¿Acaso vinimos aquí para hablar de mí o para entretenernos?

—Para entretenernos, por supuesto.

—Bien.

En ese momento una mesera con un escandaloso vestido rojo les trajo el alcohol. Al inclinarse, dejó ver una gran porción de sus pechos.

Wiston le guiñó un ojo y esta le dedicó una sonrisa llena de dientes amarillos. Se podía decir en su favor que al menos los tenía todos. Era una de las mejores que se podía encontrar en ese lugar.

—Qué porquería —espetó Charles al probar el licor.

Wiston se encogió de hombros y bebió todo el contenido de su copa de un solo trago.

Charles miró disgustado a todas las taberneras. No había ninguna con la que le apeteciera pasar una noche. Todas tenían un aspecto demacrado, estaban en los huesos y poseían pocos atributos.

Paseando la vista de un lado a otro con desagrado se encontró con alguien que le llamó la atención. Una mujer bajaba de donde se encontraban las habitaciones. No la veía bien, pero notó que era Rubia. Vio que cojeaba un poco cuando caminó hacia una esquina en donde se encontraban las demás, y también pudo distinguir con dificultad que una cicatriz arruinaba un rostro que en su tiempo debió ser hermoso. Un rostro que le parecía conocido.

—¡No puede ser! —susurró cuando al fin cayó en la cuenta de quién era la mujer.

Wiston miró hacia donde miraba su amigo, pero no pudo encontrar el motivo de la expresión de sorpresa e incredulidad que tenía su rostro.

—¿Has visto a alguna que te interese? —le preguntó.

Charles no respondió, se levantó y se dirigió hacia donde estaba la mujer.

Cuando llegó, ella estaba de perfil, pero pudo comprobar que estaba en lo cierto. Era ella. Por más imposible que pareciera, se trataba de la misma mujer que había conocido hacía cinco años.

—Elizabeth —murmuró todavía sin poder creerlo.

La mujer volteó al escuchar el nombre que no oía desde hacía años y sus ojos no dieron crédito al hombre que tenía frente a ella. Tardó varios segundos en reaccionar. Al final esbozó una sonrisa malvada y respondió con esa voz tan dulce como la de un ángel:

—Mi querido Charles, qué alegría volver a verte.

Kate hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no removerse incómoda en el carruaje. Los nervios la estaban carcomiendo y sus pensamientos no le daban tregua. Lo peor de todo era que el viaje en carruaje sería bastante largo, pues sabía por experiencia que la residencia Lansdow quedaba un tanto alejada, por lo que si no hacía algo pronto, se volvería loca.

—¿Qué le contaste a lord Blaiford para que perdiera la alegría que lo caracterizó todo el día?

Robert la miró y respondió tranquilamente:

—Solo le mencioné unas disputas recientes en la Cámara de los Lores.

Kate frunció el ceño y soltó un bufido, dándole a entender que no le creía. Aunque no le interesaba mucho el tema, solo deseaba tener algo de qué hablar. Antes le gustaban los chismes relacionados con escándalos, hasta que descubrió que no era muy lindo verse involucrada en uno; sin embargo, en ese momento no le interesaba qué tema de conversación pudiera salir, solo deseaba romper el incómodo silencio que hacía que su mente se pusiera a trabajar.

—Me cayó bien tu hermana —comentó.

—Debo entonces agradecer el milagro. Emily suele ser un poco... difícil de tratar.

—No deja hablar a nadie —dijo Kate sinceramente—, pero hay algo en ella que me agrada. Son muy diferentes.

—¿No será ese el motivo? —preguntó él con sarcasmo.

—A lo mejor sí —respondió ella con una sonrisa.

Otros minutos de silencio pasaron hasta que Kate no pudo aguantar más y volvió a hablar.

—¿Sabe...?

—Creo que tú tampoco puedes permanecer callada.

Ella lo miró disgustada.

—Se ha dado cuenta muy tarde, milord. Le advertí ayer que todavía estaba a tiempo de echarse para atrás, pero decidió ignorar mi consejo.

—No recuerdo que retractarme fuera una de mis opciones, y tampoco la que más te favorecería. Y te dije que dejaras las formalidades. Por si no lo recuerdas, estamos casados.

—Se me hace difícil olvidarlo —respondió seca—. Si se hubiera retractado, habría encontrado la manera de resolver el problema.

—¿Llevando a cabo una idea tan maravillosa como la de huir a Francia? —preguntó enarcando las cejas.

Kate reprimió los impulsos de lanzarle algo porque no tenía nada a la mano que tirarle.

—¡Es usted el ser más insoportable que he conocido en mi vida!

Él no cambió su expresión de superioridad.

—¿Tengo un nuevo adjetivo, entonces? ¿Ya no soy frío?

Kate prefirió no recordar cuándo había dejado de adjuntarle ese calificativo.

—¡Es insoportable, arrogante, y posee muchos más defectos, se lo aseguro!

—Y tú eres malcriada, inmadura e irresponsable. Ambos tendremos que tolerar cualidades del otro que nos desagradan.

Kate estaba roja de rabia.

—¿No te gusta que te digan las verdades, Katherine?

—¡A nadie le gusta!

—Ten piedad y deja de gritar. —Él también había alzado un poco la voz, enervado—. El cochero debe estar preguntándose qué está pasando.

Ella se obligó a recobrar la compostura. Suspiró y recostó la cabeza en la puerta del carruaje.

«Comenzamos mal», pensó. ¿Acaso podría ir bien un matrimonio que comenzaba mal? Lo dudaba.

—Esto no funcionará —murmuró, sin intención de ser escuchada.

Sin embargo, Robert la escuchó, y su semblante se ablandó un poco. Suspiró, recostándose en el asiento. Tendrían muchos obstáculos que atravesar. Quiso pensar que Katherine estaba más irritable ese día que otros por todos los acontecimientos sucedidos, pero sospechaba que solo se comportaba así con él. Nunca fue su intención molestarla con el comentario de que hablaba mucho, pero ella no se lo tomó de la mejor manera. Sí, las cosas serían difíciles.

—No puedo creerlo. —Charles no daba crédito a lo que acababa de escuchar de la boca de Elizabeth—. Entonces los culpables de tu situación actual son mi querido hermano y su esposa.

—Así es —respondió la mujer.

Charles no creía que todo fuera culpa de ellos. Si consideraba todas las locuras que, sin remordimiento, Elizabeth le acababa de confesar que había hecho, desde el asesinato de su marido hasta el secuestro de la esposa de Brandon, podía llegar a entenderlo. Podía, pero no quería hacerlo. Le guardaba mucho rencor a Brandon para ponerse de su parte.

—Y esto —señaló la cicatriz de su rostro y luego se pasó una mano por su pierna— se lo debo a Lansdow y a una chiquilla estúpida y entrometida.

Charles se pasó una mano por los cabellos y se acomodó lo mejor que pudo en la silla del pequeño cuarto en el que se encontraban, el único lugar donde podían obtener algo de privacidad.

Todavía estaba bastante sorprendido por lo que acababa de descubrir, pero lo que más le asombró fue saber lo bajo que había caído lady Elizabeth Cromwell. Siempre había sido una mujer que se dejaba llevar por las pasiones, pero su título de nacimiento le daba cierto estatus. En ese momento no era más que una vulgar prostituta, y ese hecho lo conmovió.

—Necesito que me ayudes —pidió Elizabeth—. Deseo vengarme de todos los que contribuyeron a mi situación actual.

—No veo cómo podré ayudarte, no tengo ni un penique. Mi «padre» murió y mis «hermanos» no desean darme más dinero, lo que me queda es poco.

—Pero volverás a introducirte en la alta sociedad, ¿cierto?

—Eso espero. De preferencia, para encontrar una esposa con una buena dote.

—No creo que alguien quiera casar a su hija con un hombre sin título ni fortuna.

—Siempre habrá solteronas desesperadas y padres aún más desesperados.

Se encogió de hombros.

—Si regresas a la sociedad, serás una parte valiosa de mi plan, serás mi vía de información.

Sus ojos brillaban con una locura que asustó a Charles.

—¿Y qué gano yo participando en tu plan?

—La satisfacción de destruir a tu querido hermanito y saldar la cuenta pendiente con Lansdow.

Los ojos de Charles brillaron de interés. Por una fracción de segundo pareció dudar, pero

al final el odio ganó.

—¿Cuál es tu idea?

Elizabeth sonrió triunfante y procedió a contar su plan.

Capítulo 15

Kate palideció cuando vio a través de las ventanillas la imponente mansión que se cernía sobre el horizonte.

No había vuelto a abrir la boca desde la discusión, aunque eso significó quedar a merced de sus pensamientos que, lejos de relajarla, la pusieron peor. Ahora que se acercaba cada vez más a la que sería su nueva casa, no sabía explicar cómo se sentía. Solo podía decir que era una mezcla de miedo, preocupación y, tal vez, una pequeña parte de curiosidad.

Nunca había sido propia a mostrar su nerviosismo ante otros, sobre todo porque pocas veces se encontraba en ese estado; sin embargo, en ese momento le parecía una tarea monumental estarse quieta y aparentar calma.

No quería pensar cómo sería su vida a partir de ese momento, aunque se hacía una idea. Estaría llena de peleas y conflictos que solo se podrían evitar si ninguno de los dos se dirigía la palabra, por lo que su matrimonio no distaría mucho de los otros de la alta sociedad. El problema radicaba en que Kate no deseaba un matrimonio igual a los otros, eso y que era incapaz de permanecer callada por más de una hora. Al menos que estuviera dormida, claro. Por lo tanto, a la única conclusión a la que podía llegar era que su matrimonio terminaría siendo un completo desastre.

Sintió cómo la tristeza se apoderaba de nuevo de ella, pero se negó a llorar. No valía la pena hacerlo cuando no podía hacer nada para cambiar su situación.

El carruaje se detuvo, y abrieron la puerta. Robert bajó primero y después la ayudó a bajar a ella, que lo hizo sin mucho ánimo.

Recordó la primera y única vez que había estado allí, hacía varios meses. La mansión le había parecido extraordinaria, tenía un toque de elegancia y grandeza que dejaban impresionado a cualquiera que la viera. Sin embargo, el interior no era diferente a una cueva adornada con lujos. Recordaba los pasillos poco iluminados que le habían dado la impresión de estar dentro de una novela gótica. Si lo pensaba con detenimiento, sería acorde a su nueva vida.

Entraron en la mansión, que era tal y como la recordaba. En el vestíbulo se encontraban todos los criados esperando a ser presentados. Kate hizo su mayor esfuerzo por recordar todos los nombres, pero probablemente necesitase que le repitiesen la mitad al día siguiente, pues no tenía la concentración para memorizarlos todos. De último, se encontraban un hombre al que reconoció como el mayordomo tétrico de la vez anterior y una mujer que supuso era el ama de llaves. Esta le dedicó una sonrisa amable que Kate le devolvió.

—Este es Mathew, el mayordomo; y ella es Mary, el ama de llaves. También fue mi niñera en su momento; la quiero como a una madre. —Su tono de voz dejaba entrever un gran cariño hacia la mujer, que se ruborizó ante la declaración.

—Un gusto, Mary —saludó Kate con la certeza de que al menos ese nombre lo recordaría.

—¡Qué hermosa es usted, milady! —alabó la mujer—. Pero tiene unas ojeras terribles. Supongo que es normal; nadie puede dormir la noche anterior a su boda, por la emoción.

Kate sabía que no debía lucir su mejor aspecto, pero tampoco se había atrevido a verse en un espejo antes de salir.

Decidió omitir el hecho de que supuestamente no había podido dormir por la emoción, pues supuso que la mujer no estaba enterada de los acontecimientos que provocaron el matrimonio. En cambio, sonrió y respondió con el humor que la había abandonado todo el día:

—Mi madre se sentirá ofendida al saber que no las pudo ocultar completamente. Casi me echa toda una bolsa de polvo de arroz encima para intentar disimularlas.

La mujer sonrió y la tomó de la mano.

—Es usted encantador. Venga, le mostraré su habitación y ordenaré que le preparen un baño. Su doncella la está esperando arriba —dijo mientras la arrastraba por el vestíbulo hacia las escaleras, sin darse cuenta de que a Kate se le había borrado la sonrisa.

Mientras, Robert observaba algo sorprendido la facilidad que tenía Katherine para ganarse a las personas, estaba claro que ya se había ganado la simpatía de María. Agradeció que no fuera una de esas mujeres frívolas que desprecian a los demás por no ser de su misma clase, no lo hubiera soportado.

Se alejó en dirección a su despacho, había sido un día bastante agotador y necesitaba un trago.

Kate descubrió que su habitación era más acogedora que el resto de la casa. Las paredes eran de un confortable color marfil, era amplia y con una chimenea para calentar el cuarto en las noches frías. Una puerta adyacente daba al cuarto de baño por el que estaban saliendo los criados que hacía unos instantes acababan de llevar el agua para la bañera.

Kate se sumergió en el agua caliente y dejó que sus músculos liberaran el estrés al que había sido sometida durante todo el día; incluso se permitió cerrar los ojos por un momento, imaginar que no había sucedido nada y que estaba en su casa tomando un baño para luego alistarse para dormir. Su viaje a esa fantasía no duró ni diez minutos, pues, instante después, tenía a Anne instándola a salir de la bañera.

—Se va a arrugar como una pasa —regañó mientras le tendía una manta para que se secara.

Con desgana, Kate envolvió la tela alrededor de su cuerpo y volvió al cuarto, donde Anne la esperaba con una caja en la mano.

—Se lo dejó lady Blaiford —dijo con una sonrisa de complicidad que a Kate le generó recelo.

—¿Qué es? —preguntó, sabiendo que Anne no había podido con la curiosidad y seguro lo había abierto.

—Véalo usted misma.

Kate dudó antes de abrir la caja. Lo que encontró dentro la hizo enrojecer, y no supo si de rabia o vergüenza. Se inclinaba más por la primera.

—La mataré —afirmó, cerrando bruscamente la caja—. No le pienso volver a hablar en mi vida —declaró, aunque supiera que no era cierto.

—¡Milady, pero es precioso! —comentó la doncella volviendo a abrir el paquete para sacar el camisón de fina tela que era prácticamente transparente.

—No me lo pondré.

—Pero, milady, no tiene nada más que ponerse.

—¿Cómo que no?

—En el baúl que le prepararon para que estuviera aquí hasta que empacaran todas sus cosas no hay ningún otro camisón.

—¿Por qué no?! —Su voz había subido de tono—. Creí que lo habías preparado.

—De eso se encargó la doncella de su madre.

Kate enrojeció de rabia.

—¿Y ahora qué?

La doncella se encogió de hombros y sonrió.

—De todas maneras, no creo que lo lleve por mucho tiempo.

—Anne, vete —dijo lo más calmada que pudo.

—Pero su cabello...

—Yo lo desenredo, ahora vete.

Necesitaba estar un momento a solas.

La doncella salió, no sin que antes pudiera ver la sonrisa pícara en su rostro.

Kate se acercó a la chimenea para que el calor del fuego le secase el pelo y luego procedió a cepillarlo con lentitud, como si pudiese retrasar todo de esa manera. Cuando su cabello brilló de tanto cepillado, se dirigió al baúl para comprobar con sus propios ojos que no había un miserable camisón entre la ropa y, en efecto, no lo había. ¿Cómo se les pudo haber olvidado meter uno? Era absurdo. Además, era demasiada casualidad que su querida amiga se decidiera a hacerle ese regalo. Todo había sido un vil complot.

Miró bien la habitación como si pudiera encontrar en ella algo que la salvara, pero lo único que consiguió fue divisar una puerta que no había visto antes, aunque supo exactamente a donde llevaba.

Con un suspiro resignada, agarró el camisón y se lo puso para comprobar que daba lo mismo haberse quedado desnuda. Recordó el comentario de Anne, y se estremeció al recordar la conversación con su madre. Si se dejaba guiar por lo que le había dicho su progenitora, no le esperaba una noche agradable. Kate se negaba a ser tan pesimista, pero la duda y el miedo la carcomían por dentro. Se arrepintió de no haber hablado con Claire.

No sabía qué hacer, por lo que se limitó a sentarse frente a la cómoda y jugar con las horquillas que se acababa de quitar.

Cuando se fastidió, miró por la ventana, calculando las posibilidades de escapar por ella sin resultar herida ni muerta; y cuando su cerebro al fin comprendió que era una idea ridícula, más porque estaban en un tercer piso, se recostó en ella y miró sin ánimo los jardines que tenía enfrente. Se dijo que necesitaban un jardinero, pues no había ni una flor sembrada. Aunque no debería sorprenderle; al fin y al cabo, ¿por qué habría de interesarle a un hombre que vivía solo que uno de sus jardines se viese tan lúgubre como el de un cementerio?

—¿Pensabas tirarte por la ventana?

Kate se sobresaltó al oír la voz y se giró para enfrentar al dueño.

—¿Pensaba matarme de susto? —preguntó dramáticamente mientras se preguntaba cuánto tiempo llevaba allí y si acaso era capaz de leer la mente—. Y no, no tenía intención de tirarme por la ventana; no sobreviviría.

—No tienes intención de hacerlo, pero sí lo consideraste —se burló.

—Es usted la persona más... —se detuvo al darse cuenta de que Robert ya no la miraba a los ojos.

Con la discusión se le había olvidado que llevaba puesto el camisón casi transparente. Siguió su mirada y se percató de que sus ojos grises estaban fijos en sus senos, que se veían claramente a través del camisón. Se le erizó la piel y sus pezones se endurecieron ante el escrutinio. De inmediato se cubrió con las manos, jurando que Claire se las pagaría.

Retrocedió hasta quedar pegada a la pared cuando vio que él se acercaba. Solo el hecho de que nunca se consideró cobarde le impidió salir corriendo hacia la puerta y buscar un lugar seguro en donde ocultarse.

Robert llegó a ella en pocos segundos, obstaculizando con su cuerpo cualquier vía de escape. Puso su mano sobre su cara y le acarició suavemente la mejilla con los dedos.

—Estás temblando —comentó con dulzura.

Ella levantó la cabeza en un gesto de indignación.

—Eso no es cierto.

A pesar del esfuerzo, su voz no sonó tan firme como hubiese deseado.

Robert permitió que una media sonrisa se formara en su rostro.

—Mentirosa.

Kate abrió la boca para contrarrestar la afirmación, pero lo único que consiguió fue incitar a Robert, que aprovechó la oportunidad para invadir su boca. El cuerpo de Katherine, que sabía lo que podía esperar de sus besos, no opuso resistencia, y se recostó contra él, enroscándole inconscientemente los brazos al cuello.

El beso fue más corto de lo deseado, pero suficiente para dejarla un tanto aturdida.

—La decisión es tuya, Katherine —dijo, alejándose un poco de ella sin llegar a soltarla—. ¿Consumamos el matrimonio esta noche o prefieres algo de tiempo?

—¿Tiempo? —Seguía un tanto aturdida y su mente no daba crédito a lo escuchado. Le parecía sorprendente la oportunidad, pero ¿la deseaba?

—No pienso obligarte a nada. Sé que todo ha sido difícil, y no voy a presionarte. No pasará nada que no desees, puedes tener el tiempo que quieras para acostumbrarte. Por supuesto, tienes que ser consciente de que en algún momento el matrimonio se tendrá que consumir. — Todo eso lo dijo a la vez que le acariciaba el brazo—. Tú decides.

A Kate se le estaba haciendo bastante difícil decidir mientras seguía en sus brazos.

—¿Qué dices? —preguntó, sus labios le acariciaban la piel sensible del cuello.

A ella se le escapó un gemido.

—Es bastante difícil decidir mientras hace eso.

Él sonrió contra su piel y le murmuró con voz ronca en el oído:

—Digamos que es un método de persuasión. —Le dio un beso rápido en los labios y se alejó—. Piénsalo esta noche —dijo mientras se dirigía a la puerta que, como ella bien había supuesto antes, comunicaba a los dos dormitorios—. Buenas noches.

Dicho eso, abrió la puerta y desapareció en la otra habitación.

Kate estaba sorprendida. Tenía la mente revuelta, no sabía qué decidir, sobre todo porque todavía estaba algo aturdida por el encuentro. ¿Le acababa de dar tiempo? Tenía que admitir que había sido un gran acto de consideración, justo lo que hubiera deseado horas antes, pero en ese momento no estaba tan segura. Incluso podría decir que se sentía decepcionada. Debía de haberse vuelto loca si estaba considerando no aceptar la concesión, todo porque sentía una sensación de insatisfacción grandísima que no sabía de dónde provenía. Además, si lo pensaba con objetividad, ¿qué diferencia habría en si lo hacían en ese momento o después? Ella estaba segura de que ya no encontraría el amor, entonces, ¿valía la pena posponerlo? ¿No aumentaría los nervios al saber que de todos modos tenía que suceder y que solo estaba prolongando lo inevitable?

Lanzó una maldición por lo bajo. Nunca le había costado tanto tomar una decisión, pero claro que nunca había tenido que tomar una decisión de un tema de esa índole.

¿Dónde estaba en ese momento la Katherine que siempre sabía qué hacer?

No supo por cuánto tiempo estuvo paseando de un lado a otro de la habitación, con la cabeza hecha un lío e incapaz de decidir, hasta que al fin se llenó de determinación.

Ella no era una cobarde.

Con paso decidido, se dirigió a la puerta que comunicaba a las habitaciones. Pero cuando llegó no se atrevió a tocar, solo se quedó mirando fijamente la entrada que parecía burlarse de ella. La miró con decisión y abrió la puerta, sabiendo que no tendría el valor para tocar.

La habitación estaba a oscuras. El fuego de la chimenea era demasiado leve, por lo que no iluminaba nada más que los sillones que se encontraban al frente de esta. ¿Es que Robert no sentía frío? Casi rio por lo irónica de la pregunta. Para su suerte, no supo si buena o mala, la luz de una vela se encendió antes de que hubiera dado dos pasos. Debió haber sentido la puerta al abrirse, así que seguía despierto.

—¿Katherine? —Su voz sonaba sorprendida, y no lo culpaba, ella también lo estaba por haber llegado hasta allí.

Antes de que perdiera la voluntad, se acercó a la gran cama donde Robert se encontraba sentado y... ¡Tenía el torso desnudo! Se ruborizó.

—Yo... eh...

Sin embargo, él pareció entender, pues le hizo un gesto con la mano para que se acercara y Kate subió a la cama, agradecida de no haber tenido que decir nada.

Estaba arrodillada frente a él, quien se inclinó hacia ella. Le tomó un mechón Rubio entre los dedos y lo acarició con el pulgar mientras Kate observaba cómo sus ojos grises se oscurecían.

Cerró los ojos y entreabrió la boca en una invitación al sentir los labios de Robert posarse sobre los suyos. Sintió la necesidad de pegar su cuerpo al de él, y como si hubiese leído su mente, la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Kate sintió que el contacto la hacía derretirse por dentro, y le rodeó el cuello con sus brazos en busca de más.

Él abandonó su boca para esparcir besos alrededor de su cuello y Kate, presa de una necesidad desconocida, echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso. Sentía cada rincón de su cuerpo arder de necesidad, era como si estuviera en otro mundo donde estaba siendo invadida por sensaciones placenteras y no era consciente de otra cosa, por lo que no supo cuándo Robert se deshizo de su camión.

Se recostaron en la cama, y una nueva oleada de exquisito placer la recorrió al sentir sus labios en un punto sensible del cuello mientras sus dedos acariciaban los ya endurecidos pezones. Kate plantó la mano en su pecho y, siguiendo su instinto, empezó a recorrerlo, deseando conocer su cuerpo tanto como él exploraba el de ella. Empezó a bajar sus manos y se detuvo en el final de su abdomen, dudando si debía continuar o no. Lo escuchó contener la respiración y al final su innata curiosidad tomó por ella su decisión y bajó más sus dedos, que rodearon su miembro. Lo escuchó gemir, y eso fue incentivo suficiente para seguir moviendo su mano. Sin embargo, segundos después, la detuvo y le murmuró con voz ronca en el oído:

—Creo que por ahora es suficiente.

Su respiración estaba bastante acelerada.

Se colocó entre sus piernas y Kate se tensó al sentir la invasión. El grito de dolor fue sofocado por los labios de él y, luego de varios segundos, se relajó y se entregó completamente, intentando seguir el ritmo de sus embestidas, sintiendo cómo a cada segundo el placer crecía más hasta el punto en que ya no podía más y pareció estallar en mil pedazos.

Kate se durmió tras haber llegado a la conclusión de que tal vez sí era posible que se llevaran bien, por lo menos en algunos aspectos.

Capítulo 16

Los rayos del sol que entraban por la ventana y se reflejaban en su cara le avisaron a Kate que ya era de día. Sus ojos estaban reacios a abrirse, por lo que se colocó una almohada en la cara con el fin de bloquear el sol y seguir en el sueño tan apacible en el que estaba sumergida. Sin embargo, su cerebro ya había despertado, por lo que comprendió que tenía que levantarse y enfrentar el nuevo día que prometía ser bastante... ¿novedoso? No sabía cómo sería, pero entre menos pensase en ello, mejor. Dejaría que el destino se siguiese encargando.

Se sentó en la cama y parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz. Cuando lo hizo, percibió que la cama estaba vacía y, en el fondo, lo agradeció, pues sus mejillas empezaron a sonrojarse a medida que los recuerdos acudían a su mente. Al darse cuenta de que estaba desnuda, sostuvo la colcha a la altura de los pechos. Pensó en que había desobedecido los dictados de su madre, la cual había enfatizado que permaneciera inmóvil durante el acto. Claro que lo otro que su madre le había dicho no se asemejaba mucho a la realidad.

—Todavía es temprano.

Kate se sobresaltó. Respiró hondo y después lanzó una mirada acusadora a la persona que deseaba matarla del susto, preguntándose cómo era posible caminar con tal sigilo o si tal vez ella estaba tan inmersa en los pensamientos que era incapaz de sentir unas pisadas o la puerta cerrarse como la vez anterior.

—Suelo levantarme temprano, aunque la luz del sol tampoco me dejó muchas opciones —dijo, mirando la ventana abierta.

Robert se acercó un poco a la cama. Acababa de salir del cuarto de baño, pues llevaba un bata color azul puesta. Kate no sabía si sentirse aliviada o decepcionada de este hecho. No tardó en reprenderse por ese pensamiento. ¿Desde cuándo se había vuelto tan degenerada?

—A mi madre le daría un ataque —murmuró para sí.

—¿Por qué?

Kate enrojeció al entender que él la había escuchado y negó con la cabeza para quitarle importancia al asunto.

—Por nada —dijo, y desvió la mirada, preguntándose dónde habría quedado el bendito camisón. Aunque, si iban al caso, la sábana le proporcionaría una mejor protección que eso.

—Eres mala mentirosa —la pinchó mientras abría el armario y sacaba algo para ponerse.

—Mi padre creyó la excusa de que nos casábamos por amor. Quiero pensar que mis habilidades están mejorando.

Buscó el camisón con la vista. Si no aparecía, saldría de allí con la sábana encima.

—Sigo interesado en saber por qué a tu madre le daría un ataque —comentó Robert, haciendo caso omiso de su última observación.

Él se quitó la bata para empezar a vestirse, y Kate desvió la mirada para no ver, aunque tuviera curiosidad.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un entrometido?

—Seguramente no más de lo que te han dicho a ti.

Kate enfureció, más por no tener una réplica que por el comentario, pero enfureció, y siempre que lo hacía tenía que descargar. Sin pensarlo, agarró una de las almohadas y la lanzó hacia él. Esta le dio en la espalda, y solo fue consciente de lo que había hecho después de que era muy tarde.

No supo si reír o entrar en pánico. Al final optó por huir.

—Creo... Creo que mejor me voy, no quiero llegar tarde al desayuno.

Salió de la cama sin importarle la desnudez, agarró el camisón, que por fin localizó en el camino, y se escabulló por la puerta que comunicaba los dos dormitorios, dejando a Robert estupefacto.

Apenas entró en el dormitorio, corrió hacia la cama, donde agarró una almohada y se la puso en la boca para detener el ruido del torrente de risas que vinieron a continuación. Todo el malhumor había desaparecido y ahora solo había una risa inexplicable en su lugar.

Contorsionándose de risa entre las sábanas la encontró Anne cuando entró en el cuarto, minutos más tarde.

—¿Milady? —la llamó la doncella con el ceño fruncido.

Kate respiró hondo para dejar de reír hasta que lo consiguió. Hacía años que no le daban ataques así.

—¿Qué haces allí de pie, Anne? Llegaré tarde al desayuno.

La joven se dispuso a buscar en el único baúl que había en la habitación.

—¿Por qué los vestidos están tan arrugados? —Volvió a fruncir el ceño.

Kate recordó que no había tenido mucho cuidado con ellos cuando ella misma buscó el camisón el día anterior.

—Oh, Anne, eso no importa. Toma cualquiera. El verde limón estará bien.

—Pero están arrugados —se quejó la doncella, a quien le parecía inaceptable que su señora bajara con un vestido arrugado.

—Ya te dije que no importa. Y apresurémonos, tengo hambre.

Kate bajó de la cama. La doncella la observó y, al ver su desnudez, dijo:

—Le dije que no necesitaría camisón.

Cuando Kate bajó a desayunar con el vestido verde limón arrugado, se encontró frente a la mesa del comedor a Robert inmerso con Mary en lo que parecía una discusión.

Al verla, la mujer calló y le dedicó a Robert una mirada que daba a entender que cual fuese el tema de debate, estaba zanjado, aunque él no parecía muy dispuesto a dejarlo allí.

—Buenos días, milady, ¿cómo amaneció? ¡Por Dios! ¿Qué le sucedió a su vestido? Está bastante arrugado.

—Supongo que no tuvieron mucho cuidado al empacarlo —mintió Kate a la vez que se preguntaba por qué todos estaban tan alterados por un vestido.

—Su doncella debería ser más cuidadosa. Si desea, le puedo conseguir otra...

—¡No! —se apresuró a responder—. No fue Anne quién empacó. Está tan disgustada como usted, le aseguro que es bastante competente.

—Demasiado, diría yo —murmuró Robert a su lado lo suficientemente bajo para que solo ella lo oyera.

—Y bastante leal —continuó entre dientes, conteniendo a duras penas el impulso de fulminarlo con la mirada.

—Entonces, si todos están así, hay que hacer algo de inmediato. Iré a dar órdenes de que alguien ayude a su doncella a arreglarlos.

—Mary... —Robert estaba usando ese tono amenazante que intimidaría a cualquiera, pero la mujer parecía de los más tranquila, y salió del comedor sin mirar atrás.

Robert suspiró y le retiró la silla a Kate para que se sentara. Ella miró ceñuda su vestido. —¿Acaso está tan mal? No entiendo por qué tanto escándalo. Hoy no tengo pensado salir.

Robert también se sentó, pensando en que el vestido solo había sido la mejor excusa que encontró Mary para salir corriendo.

Se la quedó mirando un rato mientras veía cómo desayunaba, todavía un poco sorprendido por el almohadazo de esta mañana. Nunca podría haber imaginado una forma más extraña de empezar el día, sobre todo después de una noche de pasión memorable. A Robert le costaba apartar de su cabeza las imágenes. Había tenido algunas aventuras en su vida, pero ninguna le había proporcionado tanta satisfacción como estar en los brazos de Kate. Quizás fuera la novedad, su belleza o su particular atrevimiento lo que más le llamaba la atención.

—¿Sucedo algo? —preguntó al descubrirlo mirándola.

—¿Qué les pasó a los vestidos? —inquirió. Fue la mejor excusa que se le ocurrió.

—Ya lo dije, no tuvieron mucho cuidado al empacarlos.

—Es extraño que una doncella no sepa empacar correctamente unos vestidos.

—Cosas que suceden, quizás por las prisas —respondió cortante, sabiendo que él creía o estaba seguro de que ella mentía.

—Quizás.

Kate decidió ignorar la respuesta, y siguió desayunando.

Minutos después, una duda se instaló en su mente.

—¿Y tu hermana? ¿No se queda aquí?

—Para no importunarnos, manipuló a una pobre incauta con el fin de que le permitiera quedarse en su casa.

—Manipular es una palabra muy fea, querido hermano. Prefiero decir que usé diversas tácticas para convencer a una noble señora de que nos invitara a pasar unos días en su hogar.

La voz de Emily resonó en el silencio del comedor. Estaba de pie justo en la entrada, con un hermoso vestido blanco y los cabellos negros bien recogidos en la nuca.

—¿Y eso significa que...?

—Manipuló a una pobre incauta con el fin de que le permitiera quedarse en su casa —culminó Edward, que entraba en ese momento en el comedor.

Emily lo miró con desdén. No obstante, su sonrisa no tardó en volver a aparecer.

—No te recuerdo tan maleducado, ¿esa es la forma de saludar a los recién llegados? —Se dirigió a Kate—. Querida, estás hermosa; sin duda el matrimonio te sienta bien. Parece que hemos llegado a tiempo al desayuno. ¡Qué oportuno! En casa de la señora Berches no se ha despertado nadie, todos duermen hasta tarde y me ha dado vergüenza pedir el desayuno...

—¿Te ha dado vergüenza algo?

El tono de incredulidad de Robert era tan dramático que resultó divertido. Kate se dijo entonces que sí que era capaz de bromear.

—Sí, aunque no lo creas —respondió, levantando la cabeza en gesto orgulloso—. Como decía, me ha dado vergüenza pedir el desayuno, así que vine para acá con la esperanza de comer las ricas tostadas de Molly, y, por lo visto, he tenido la suerte de llegar a tiempo.

Sin esperar invitación, se sentó al otro lado de Robert mientras su marido lo hacía a su lado.

—¿Dónde está Mary? —preguntó buscándola con la vista—. Deseo mucho verla, ¿por qué no está aquí?

—No ha querido —respondió Robert.

—¿Por qué?

Él se limitó a encogerse de hombros.

Kate hizo trabajar a su cerebro con el fin de entender el ritmo de la conversación. Emily había preguntado por qué Mary no estaba allí y Robert había respondido que no había querido, pero ¿por qué habría de estar ahí? Recordó entonces la conversación de la cual no había podido

escuchar nada. La mujer parecía decidida y Robert, disgustado. Varios segundos pasaron hasta que la comprensión se abrió paso entre sus pensamientos. Robert le había dicho el día anterior que la quería como una madre, por lo tanto...

—Es por mi culpa, ¿cierto?

Todas las vistas se posaron sobre ella.

—Claro que no —la tranquilizó Robert—. Mary me dijo que ya había desayunado.

Kate le lanzó una mirada que le demostraba lo poco que le creía, pero no le pensaba explicar que Mary creía que a ella le disgustaría que compartiera la mesa con ellos. Robert había intentado convencerla, en vano, de que a Kate no le importaría; y, aunque le importara, él la quería allí. Desde niños habían comido con ella cuando su madre, aislada del mundo por su tristeza, apenas se acordaba de ellos. A pesar de los años, la costumbre no se había perdido, y él no quería cambiarla, por lo que en el fondo se alegraba de que Kate no pareciera poner ninguna objeción.

—Oh, seguramente fue eso —intervino Emily—. En un rato la busco para saludarla. Por cierto, ¿irán a la reunión de campo anual que realizará lady Pembroke? —Kate descubrió que su cuñada también era experta en cambiar de tema—. Tienen que ir. Lady Pembroke es famosa por realizar las mejores fiestas campestres, sería un sacrilegio no asistir. —Al ver que Robert mostraba un semblante indiferente y Kate fruncía el ceño, agregó—: Vamos, Kate, no me digas que no te gustan las fiestas. Estoy segura de que sí, tienes aspecto de ser una persona muy social. Debes ir y arrastrar a Robert contigo.

Robert puso los ojos en blanco y Kate sonrió.

—Claro que me gustan las veladas, pero no tengo la mejor relación con lady Pembroke ni con sus hijas.

Las cuatro hijas de Lady Pembroke eran ya unas reconocidas solteronas. La mayor tenía casi treinta años y la menor, veinticuatro. Todas eran insoportables y amargadas, además de poco agraciadas, razón por la cual seguían solteras a pesar de la enorme dote que cada una poseía. La sociedad las consideraba un caso perdido.

—Sus hijas son intolerables, lo sé, pero si se mantienen alejados de ellas, todo estará bien. ¿Qué problema tuviste con lady Pembroke?

—Hace dos años, el animal al que lady Hannah llama perro desgarró el dobladillo de uno de mis vestidos favoritos. Después mi limonada se derramó *accidentalmente* en el vestido nuevo de lady Hannah y, desde entonces, la relación no es la mejor. Su madre no me tiene en muy alta estima por ello.

—¿Tanto escándalo por una serie de accidentes? No veo que ese sea motivo para...

—Cuando dijo «se derramó accidentalmente», se refirió a que le tiró la limonada encima —interrumpió Robert.

Kate bajó la vista un tanto avergonzada, dándole así la razón, pero después sonrió ante el recuerdo.

—Ella mandó a su perro a rasgar mi vestido —se defendió—. Parecía tan complacida que perdí la paciencia.

—Oh. —Por una milésima de segundo Emily no supo qué decir, pero se recompuso rápidamente—. Has dicho que eso fue hace dos años, ya se debió haber olvidado del asunto. Tienen que ir, no nos van a dejar solos.

Robert se recostó en el asiento y Kate suspiró.

—Ni siquiera tenemos invitación, ¿cierto? —Miró a Robert, pidiendo ayuda en silencio, pero este se limitó a encogerse de hombros. Nunca valía la pena discutir con Emily.

—Deben tenerla. Cuando entré, había muchas en la mesa al lado de la puerta, y en la residencia de Londres seguramente habrá más. Entre esas debe de estar.

—Si te prometo que iremos a la próxima velada que se presente, ¿nos perdonas faltar a esta?

Emily pareció pensarlo por un segundo y luego negó con la cabeza.

—Por favor. Esa semana sería la última que pasaría con ustedes en muchos meses, de allí Edward y yo regresaremos a nuestro hogar y no nos veremos en mucho tiempo.

Kate desvió la mirada para evitar caer en la tentación de esos ojos manipuladores que la tentaban a aceptar.

Miró a Robert, que la estaba mirando a su vez. Los dos parecían haberse resignado.

—Está bien —aceptaron al unísono.

Emily sonrió.

—Excelente. Allí nos veremos. Por cierto, querida, ¿qué le pasó a tu vestido?

Kate gruñó. Rogaba no arrepentirse de la decisión tomada.

Charles contuvo a duras penas la necesidad de ponerse a patear cada una de las rocas que encontraba mientras caminaba por Hyde Park. Decir que estaba furioso era poco. Tal era su suerte que en ese momento lo único que faltaba era que un carruaje lo arrollara.

Cuando llegó a Londres, empezó a investigar el paradero de sus presas, o al menos de las que conocía, porque aún no tenía muy claro quién era Katherine Blane. Elizabeth la había descrito como «una Rubia bastante bonita de ojos azules», a lo que él había respondido sarcásticamente que eso solo dejaba como opción a la mitad de las mujeres de Londres. Elizabeth le había asegurado que donde encontrara a la esposa de Brandon la encontraría a ella, pero, con su suerte, lo dudaba. Había descubierto, después de una serie de preguntas casuales, que tanto Brandon y su esposa como Lansdow se habían trasladado al campo, y que este último probablemente terminaría en el altar debido a un escándalo, cosa que no se terminaba de creer. ¿Lansdow en un escándalo? Sería digno de ver. El hecho era que no tenía ni idea de cómo procedería a partir de ese momento. En Londres contaba con una casa en la que todavía era recibido, pero su «familia» no tenía ninguna residencia solariega, no cerca de la de Blaiford y Lansdow, y él no tenía dinero, por lo que veía difícil poder darles alcance.

Siguió caminando mientras sentía cómo su rabia crecía por la impotencia de no poder vengarse. Bien podía dejar las cosas como estaba; ninguna promesa lo ataba a Elizabeth y, si quería, no la volvía a ver, lo que no sería tan mala opción, ya que la actitud de la mujer le había dejado bastante claro que estaba mal de la cabeza. Sin embargo, la necesidad de venganza era tan fuerte como la de dinero, y tal vez una mente retorcida como la de Elizabeth le podría ayudar. Eso lo decidiría luego. Lo que sabía era que no podía hacer mucho mientras no tuviera un penique en el bolsillo.

Había decidido empezar la caza de una esposa con la dote lo suficientemente atractiva para salvarlo de la ruina. No tenía muy claro cómo la conseguiría, si poniéndola en una situación comprometida o pidiendo la mano de una de las señoritas solteras cuyos padres estaban impacientes por librarse de ella y le ponía por ello una dote generosa. Esa opción era la que le daría menos trabajo, pues en la primera necesitaría invertir tiempo para lograr que una dama le tuviera suficiente confianza para salir a solas con él, y no contaba con ese beneficio, a pesar de que no le apetecía terminar casado con una mujer que, seguramente, le causaría repulsión.

Estaba pensando cómo conseguiría averiguar quiénes eran las despreciadas de la

temporada, cuando recordó que lady Pembroke tenía cuatro hijas. Cuando él se había ido a Francia, la mayor contaba con veinticuatro años, por lo que ante la sociedad una solterona sin posibilidades de encontrar marido. Si el destino se apiadaba de él, probablemente seguiría soltera. También estaban las otras tres que, según recordaba, eran tan poco agraciadas como la primera, así que la posibilidad se multiplicaba. Y ¿no era en esa época donde lady Pembroke celebraba su famosa reunión de campo? ¡Maravilloso! La mujer llevaba celebrando esas fiestas desde hacía más de diez años, por lo que dudaba que hubiera perdido la costumbre. El único problema consistía en conseguir una invitación. Vería si sus hermanos habían recibido una. Ellos probablemente no irían, y él podría tomar el lugar de alguno. Era un plan perfecto. A esa reunión asistirían los miembros más importantes de la sociedad londinense, en los que se encontraba su hermano, que seguro iría con su esposa. Si Lansdow seguía igual de ermitaño, dudaba verlo por allí, pero tal vez encontrara a la tal Katherine Blane; y, si no, ya vería cómo localizaría a esos dos.

Charles empezaba a pensar que la suerte ahora sí le estaba sonriendo.

Capítulo 17

—Vamos, Kate. Sé que lo que hice te disgustó, pero no es tan grave para exigirme como compensación pasar una semana con lady Pembroke y sus hijas.

Claire le dio un sorbo al té y negó con la cabeza para darle más énfasis a lo que había dicho. Había decidido visitar a Kate ese mismo día para ver cómo estaba. Debió haberse imaginado que lo primero que recibiría era un reproche por el regalo del camisón, pero no se esperaba que le pidiera que aceptara la invitación de lady Pembroke, que ya había decidido declinar, para acompañarla durante toda la visita. Era demasiado. Una semana en compañía de las odiosas hijas de la mujer era pedir mucho incluso para una amistad de años.

—Lo que hiciste fue un acto de traición —declaró Kate mientras se recostaba en el sillón de la pequeña sala decorada en color ocre.

—Tienes un talento excepcional para el melodrama, debiste haber huido al teatro en lugar de a Bath.

—Me hubieses dado la idea antes y tal vez lo hubiera hecho.

—Por ello no lo mencioné antes, o habrías... —Agitó una mano para quitarle importancia—. Nos estamos desviando del tema. Lo del camisón no fue tan grave. Incluso me atrevo a decir que no te fue mal, ¿o me equivoco?

—No estábamos hablando de mi noche de bodas, sino de si aceptarás la invitación para acompañarme.

Claire sonrió, sabiendo que su negativa a responder era una afirmación silenciosa.

—Creo recordar que no me lo has formulado en forma de petición, sino de exigencia.

—Por favor, Claire, ¿me vas a dejar sufrir sola?

La miró suplicante.

—Sola no, ahora estás casada. —Ignoró la mirada despectiva de Kate y continuó—: ¿Por qué aceptaste ir?

—Digamos que no me dejaron opción —respondió, e hizo una mueca al recordar la discusión por la reunión.

—¿Lansdow no te dejó opción?

—Emily no nos dejó opción.

Claire entendió inmediatamente.

—¿Irás? —preguntó Kate esperanzada.

Su amiga suspiró.

—Iré, pero Brandon no se tomará bien la decisión.

—Hazle saber que no es mi intención importunarlo, y que aprecio que te quiera tanto para aceptar.

Claire, que sabía que su amiga le guardaba suficiente rencor a su esposo como para disfrutar de su disgusto, le lanzó una mirada de advertencia. Kate se levantó para abrazarla al otro lado de la mesa.

—Gracias —le dijo—. Si te consuela, Emily pensaba visitarte mañana para sugerirte la idea de ir.

—Y por sugerir se refería...

—A que no te dejaría otra opción más que asistir. Podríamos decir que le he ahorrado el esfuerzo de convencerte y a ti, el trabajo de escuchar los argumentos por los que deberías ir.

—Qué afortunada —comentó con sarcasmo—. En fin. ¿No piensas contarme si te sirvió

mi regalo?

Estalló en risas al ver el ceño fruncido de Kate, que le prometía venganza.

Después de la visita de Claire, Kate decidió ocupar el resto de la tarde en recorrer la casa. Habló con Mary y esta se ofreció a acompañarla, pero Kate deseaba hacerlo sola, a pesar de la advertencia de la mujer de que se podría perder, pues la mansión era grande y con pasillos por todos lados que podían representar un laberinto.

—Tengo buena memoria, Mary, no me perderé.

La mujer dudó y Kate le dedicó su mejor sonrisa, de esas que conseguía que su padre siempre aceptara lo que ella ya había decidido hacer. Además, le manifestó a la mujer su interés de que fueran amigas. En la mañana le habían dejado claro que los hermanos la querían como una madre y, por lo que Kate había observado en la mujer, no era para menos. Se notaba que era una persona maravillosa, y, aunque fuera injusto decirlo, apostaba a que sería mejor que su propia progenitora, por lo que le gustaría mucho poder tratarla con confianza, y así se lo dejó claro. Al principio Mary se mostró incómoda, pero al final terminó aceptando la propuesta, o eso le pareció a Kate cuando se dedicó a advertirle con mucho énfasis que tuviera cuidado y tratara de no perderse, ya que buscarla sería un fastidio en un lugar tan grande.

Kate se dedicó entonces a recorrer cada uno de los rincones de la mansión, excepto el estudio donde debía de encontrarse Robert. Descubrió que la casa sí era bastante amplia, con pasillos que parecían salir de todos lados y puertas que daban a un lugar diferente en cada esquina. Cuando iba por el segundo piso, ya estaba cansada, pero eso no le impidió continuar; al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer para matar el tiempo. A cada paso que daba, la impresión de encontrarse dentro del escenario de una novela gótica aumentaba. Cada pared estaba pintada, o bien de negro, o bien de marrón oscuro, y en cada salón era igual. Parecía que esa casa nunca había tenido la intervención de una mano femenina, y estaba sorprendida de que Emily, con su singular carácter, hubiera aceptado vivir tantos años en un sitio que inspiraba algo de miedo. Según le había contado Mary, la mansión era muy antigua; antes había sido un castillo que se había ido reconstruyendo de acuerdo a la moda, por eso era tan grande. Sin embargo, hacía varios años que habían dejado de redecorarlo.

En el tercer piso encontró un pequeño salón que sí parecía haber sido tocado por una mujer. Estaba decorado en un agradable verde manzana, y los muebles eran dorados. El salón daba a una terraza que proporcionaba la hermosa vista de una pradera a lo lejos. El lugar le inspiraba más calma de la que podía encontrar en el resto de la casa. Tenía una puerta adyacente que llevaba a una especie de galería.

Kate se dedicó a observar sin prisa cada uno de los retratos. En su mayoría eran hombres, y supuso que se trataban de cada uno de los marqueses de Lansdow que habían existido y que, por curioso que pareciera, todos tenían los mismos ojos grises, desde el primero que vio hasta el último. No encontró ningún retrato de Robert, pero la joven no lo veía posando para una pintura. Lo que sí le llamó la atención fue el retrato de una mujer. Era muy hermosa e idéntica a Emily, a excepción de los ojos, que la mujer del cuadro los tenía azules, por lo que Kate llegó a la conclusión de que era la madre de ambos. A quien sí no pudo ver fue al padre de Robert. Sabía que no era ninguno de los anteriores, pues cada cuadro tenía la fecha escrita, y ninguna de ella concordaba con la que había sido pintado el cuadro de la mujer, pero Kate sabía que el hombre sí tenía un retrato, el espacio vacío al lado del cuadro de la dama se lo hacía suponer. Le generó curiosidad saber por qué no estaba allí.

Cansada, decidió que ya era hora de parar; no aguantaba los pies. Tal vez un libro en la biblioteca pusiera fin a su aburrimiento hasta la cena, o tal vez podría hablar con Mary para que

le explicara cómo funcionaba la casa.

Al salir de la galería caminó intentando recordar el camino donde se encontraba la escalera, pero mientras más caminaba, más tenía la certeza de que se había perdido.

—Tiene que ser por aquí —se dijo siguiendo un largo pasillo. No tardó en comprobar que no lo había recorrido antes, por lo que la sensación de que estaba perdida fue aumentando.

¿Por qué tenía que ser la casa tan enredada? Parecía no tener fin, y estaba segura de que no la había recorrido toda. Agradeció no haberse puesto a recorrer las tierras a caballo, hubiese sido peor.

El pasillo llegó a su fin y Kate se encontró sin ningún otro camino por dónde ir. Frente a ella solo estaba una puerta que no sabía a dónde daba. Lo sensato hubiese sido regresar por donde había venido y seguir intentando averiguar en dónde estaba la escalera, y, si tenía suerte, se encontraría a algún criado que la ayudaría. Pero como su mayor defecto siempre había sido la curiosidad, abrió la puerta diciéndose que revisar un lugar más no haría daño.

La decepción fue grande cuando descubrió que solo era un ático que estaba lleno de muchas cosas y demasiada tierra. Se dio la vuelta, desaminada, y justo cuando iba a salir, la puerta se cerró de golpe. Kate intentó abrirla, pero estaba atascada, y era inútil seguir intentando. Así que se dirigió trastabillando hacia la ventana que había vislumbrado cuando había entrado y corrió las cortinas. La nube de polvo que salió de esta la hizo estornudar varias veces, pero al menos la luz del sol iluminó la habitación. Para seguir con su racha de suerte, resultó que el ático estaba ubicado en la parte trasera de la casa, por lo que la ventana daba a un campo por el que en ese momento no pasaba nadie, y dudaba que lo hiciese. Solo le quedaba esperar, ver si sentía a alguien y, entonces, gritar, porque de nada serviría hacerlo ahorita si no tenía quién la escuchase.

Kate observó con fastidio el lugar en donde se había quedado encerrada. Solo había cosas viejas, muebles rotos y otros muy anticuados, de esos que ya no estaban a la moda, pero de los que nadie se deshace. La mayoría, cubiertos por una tela gris, que debió haber sido blanca pero ahora estaba llena de polvo. En una esquina algo le llamó la atención: también estaba cubierto por una tela, pero Kate supo por la forma que no era un mueble. Lo destapó, y se ganó otra dosis de estornudos, pero lo que vio la dejó impactada.

Frente a ella se encontraba el cuadro faltante de la galería. El retrato del papá de Robert. Supo sin duda que era él, el parecido era increíble, con la única diferencia de que los ojos del antiguo marqués parecían más fríos, sin compasión.

Kate se preguntó por qué la pintura había sido exiliada allí y no estaba en la galería, como las demás. Sin embargo, no creía atreverse a preguntarlo. Volvió a cubrir el cuadro sintiendo que un escalofrío le recorría la piel solo de ver esa mirada. Siguió examinando el lugar y se encontró con unos libros desparramados por el suelo. Había cinco. Los recogió todos y arrastró uno de los muebles cerca de la ventana para poder verlos mejor.

«Cómo alejar a un pretendiente indeseado».

Ese era el título del primero. A Kate le pareció cómico que uno de esos libros se encontrara en la casa. Lo abrió. Tenía una dedicatoria.

Querida Emily, espero que este libro te ayude con tu problema.

Te quiere,
M.A

Kate sonrió, pensando a qué pretendiente no había podido espantar Emily con su lengua que había necesitado recurrir a un libro. Lo dejó a un lado y tomó otro.

«Cómo conquistar al hombre de tus sueños».

«Consejos para conseguir un buen partido».

«Cómo reconocer a tu hombre ideal».

Kate apartaba cada uno de los tomos apenas leía el título, pensando que el destino deseaba burlarse de ella, quien ya no podría conocer al hombre de su vida ni conquistarlo. Agarró el último libro.

«*Cómo comprender a los hombres*».

Ese sí logró llamar su atención. Abrió el libro, dispuesta a leerlo, no sin antes fijarse en la dedicatoria.

Querida Emily, es mi deber advertirte que este libro posee contenido no del todo apto para señoritas como nosotras, queda bajo tu responsabilidad leerlo o no. Como tu amiga, te aconsejo que lo hagas, es bastante interesante. Te quiere,
M.A

La dedicatoria solo consiguió que su curiosidad aumentara y empezara a leer el libro. Si iba a quedarse allí por tiempo indefinido, al menos leería mientras hubiera luz del sol. Kate solo esperaba que no hubiera ratones en ese lugar, les tenía un completo asco a esos animales.

—Adelante.

Robert alzó la vista de los papeles que estaba revisando para ver a una Mary nerviosa que entraba en el estudio.

—¿Qué sucede, Mary?

—Tu esposa ha desaparecido.

—¿Cómo?!

Debió haberse imaginado que los problemas tenían nombre y apellido.

—Ha desaparecido —repitió, estrujándose las manos con nerviosismo—. Dijo que iba a recorrer la casa, pero de eso ya pasaron tres horas. La fuimos a buscar a su habitación y no estaba, así que supongo se perdió.

—¿Y por qué ha ido sola?

—Ella insistió. Aseguró que tenía buena memoria y que no se perdería.

Robert suspiró, calculando cuánto tiempo tardaría esa mujer en volverlo loco.

—La casa es muy grande, Mary, tal vez sigue recorriéndola.

—Tengo la sensación de que se ha perdido .

—Entonces, es mejor que empecemos a buscarla. Avísales a los criados que busquen en cada uno de los pisos, yo buscaré en planta baja y por los alrededores.

—Mejor búscala tú en el segundo o tercer piso y nosotros, por los alrededores. Conoces mejor que yo toda la casa, y a esos pisos casi no nos aventuramos. Es más, yo iré al segundo, tu ve al tercero.

Si a Robert le pareció rara la sugerencia, no lo dejó saber, y siguió las indicaciones que le daba la mujer.

En el tercer piso empezó a buscar por cada uno de las estancias. Primero pasó por el salón verde en donde su madre solía reunirse con sus amigas. Notó que la puerta adyacente a la galería estaba abierta, lo que la daba a entender que había estado allí. Siguió buscando esta vez con mayor confianza en que a Kate no se le había ocurrido la loca idea de escaparse de la casa. Cuando pasaba por el pasillo que conducía al ático, un sonido hizo que se detuviera. Caminó rápidamente hasta llegar a la puerta en donde el mismo sonido, esta vez más fuerte, le aseguró la presencia de su mujer en el lugar.

—¿Katherine? —la llamó—. ¿Qué diablos haces ahí?

—Estoy haciéndole compañía a los ratones. —Incluso desde el otro lado de la puerta

podía escuchar su sarcasmo—. La puerta se ha trabado, ¡ayúdame!

Robert intentó abrir la puerta, pero esta estaba atorada. Al final optó por propinarle una patada que consiguió abrirla.

La luz del sol casi desaparecía, por lo que no pudo localizar a Kate, pero sí podía oír cómo movía algo. Tomó la vela del corredor y entró, y la vio intentando desatorar el cabello que se le había enredado en un trozo de madera sobresaliente de un mueble roto.

Robert suspiró, dejó la vela en la primera superficie plana que encontró, y se dispuso a ayudarla. Para cuando consiguió desenredarle el cabello, un nuevo ruido, seguido de un chasquido, les indicó que estaban de nuevo en problemas.

Con miedo de lo que se iba a encontrar, Kate volteó la cabeza para comprobar que la puerta estaba nuevamente cerrada.

—¡No puede ser!

Robert intentó empujarla, pero esta vez no estaba atascada, sino cerrada. Como era antigua, el material era demasiado sólido para derribarlo sin salir con alguna parte del cuerpo fracturada.

—Está cerrada —anunció Robert, aunque era más que obvio—. Creo que no saldremos de aquí hasta que alguien venga a abrirla.

Kate soltó una maldición por lo bajo mientras se dejaba caer en la silla donde momentos antes había estado leyendo.

Mientras, la causante del encierro se alejaba sonriendo. Los dejaría allí por unas horas. El ático no había sido su opción principal, pero la oportunidad no se podía desperdiciar. Emily había tenido razón cuando le había comentado que iban a tomar vidas separadas, que Robert se sumergiría como siempre en el trabajo, mientras Kate hacía su vida aparte, y por ello nunca se conocerían. Esa situación ella no podía permitirle. Robert se merecía más y Katherine le parecía una buena muchacha. Los apoyaría en lo que pudiera, mientras estuvieran en la casa. Por ahora, unas horas solos no harían daño. ¿Qué podía suceder? Sin duda que terminarían peleando no pasaba por la cabeza de la mujer.

Capítulo 18

—¿Acaso este lugar está hechizado? —preguntó Kate, fijando la vista en Robert, que levantaba en ese momento la tela que cubría un antiguo sofá.

—No digas tonterías, por supuesto que no —respondió, sentándose. Él tampoco estaba de su mejor humor.

—Entonces las puertas tienen en este lugar la costumbre de cerrarse solas, lo tomaré en cuenta.

—Algún criado debe de haberla cerrado creyendo que alguien la dejó abierta por equivocación.

Él sabía que no era cierto, pero ya se encargaría más tarde del responsable.

—¿Con llave? —Kate resopló—. ¿Todos los criados tienen llave de cada habitación de este lugar?

Robert no contestó y prefirió desviar el tema.

—¿Cómo terminaste aquí?

—Estaba recorriendo la casa. Cuando llegué al tercer piso, no recordaba bien el camino de regreso...

—Y te perdiste —concluyó él—. Mary me contó que le habías dicho...

—Simplemente no recordaba bien el camino. Por casualidad llegué aquí, pero cuando iba a salir, la puerta se cerró y se atascó. Estaba esperando sentir a alguien para empezar a gritar, pero después de una hora, cuando la luz ya no me permitía leer los libros y no había el mínimo ruido que indicara la presencia de un alma, me impacienté y empecé a hacer ruido con eso. — Señaló un trozo de madera y una olla de metal.

—¿Libros? —preguntó él, confundido.

—Los de tu hermana. —La joven indicó el lugar en el piso en donde los había dejado.

Robert se levantó y fue en busca de la vela que había puesto en el piso cuando fue a ayudar a Kate, luego tomó los libros con la mano libre, y volvió a sentarse para ojear los títulos.

—Así que aquí era donde Emily se escondía cuando tendía a desaparecer... —dijo después de un rato—. ¿Estaba entretenida la lectura?

Kate sabía que era una pregunta sarcástica.

—Mejor que quedarse hablando con los ratones —suspiró—. ¿Estaremos mucho tiempo aquí?

—Todos te estaban buscando, así que no creo. Tarde o temprano nos encontrarán.

«Mas tarde que temprano», pensó él, pero Kate pareció creerlo.

Pasaron varios minutos en silencio. El sol casi se había ocultado mientras la luna se alzaba en el cielo. Empezaba a hacer frío a pesar de que la ventana estaba cerrada.

Kate se abrazó a sí misma y se frotó los brazos en un intento de darse calor, pero era inútil. Solo rogaba a Dios que de verdad los encontraran pronto.

Robert dejó la vela en el piso al no encontrar dónde ponerla, y se acomodó mejor en la esquina del sofá.

—Katherine, ven aquí.

Ella frunció el ceño ante la petición, pero le hizo caso y se sentó a su lado. Robert le pasó una mano por los hombros y la atrajo hacia él, envolviéndola en sus brazos e infundiéndole así calor.

Kate pensó que ni las llamas de una chimenea hubieran podido ser más efectivas. Al

momento en que entró en contacto con su cuerpo, sintió cómo el frío era sustituido por un agradable calor que le recorrió todo el cuerpo. Nunca se hubiera imaginado que un simple contacto pudiera tener tal efecto ni que la hiciera sentir tan cómoda. Se encontró acurrucándose más contra su pecho.

—¿Mejor? —le preguntó en un murmullo, y ella solo atinó a asentir.

—¿Qué haremos si nadie nos encuentra y nos quedamos aquí toda la noche? —preguntó Kate luego de un rato.

—Eso no sucederá. Es más o menos la hora de la cena, deben estar buscándonos al no tener noticias de nosotros.

—Ni me recuerdes la cena. Tengo mucha hambre, y solo pensar en que pueden pasar horas antes de probar bocado me dan ganas de llorar.

Robert sonrió. En lo poco que la conocía se había dado cuenta de que Katherine no era de las mujeres que comían poco por miedo a engordar, de hecho, devoraba todo el plato de comida y, al parecer, no tenía reparos en decir cuando tenía hambre. Cada vez se sorprendía más de ella.

Aunque ella no veía cómo sonreía, sí pudo notar la diversión en su voz al hablar.

—Me sorprende que puedas comer tanto y seguir tan flaca.

Bajó una de sus manos al abdomen plano como para enfatizar lo dicho y Kate sintió cómo una nueva oleada de calor le recorría el cuerpo.

—Es un fenómeno que suele causar envidia. De hecho, casi nunca uso corsé, solo lo llevo en las veladas, y nunca lo aprietan demasiado...

Se calló bruscamente al percatarse de lo que estaba diciendo. Cuando estaba nerviosa, tendía a divagar sobre temas poco apropiados.

Como única respuesta, Robert soltó una pequeña risa.

Kate se giró entonces para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te parece? ¿Hablamos para distraernos?

—¿No es eso lo que estamos haciendo?

—Sí, pero de otro tema. —No le apetecía mucho seguir conversando de por qué no usaba corsé.

—¿De qué quieres hablar?

Kate lo pensó un momento. Había muchos temas de conversación, pero ella deseaba saber más de él, pues cayó en la cuenta de que no conocía nada acerca del hombre con el que había tenido que casarse. Se le ocurrió la idea de que tal vez él no deseaba darse a conocer, pero decidió arriesgarse. Lo peor que podía pasar era no obtener las respuestas deseadas.

—De ti.

Vio cómo fruncía ligeramente el ceño por la sorpresa.

—¿Qué quieres saber?

Que aceptara tan rápido la tomó desprevenida, así que meditó su respuesta. Quería saber muchas cosas, pero había una que le martilleaba la cabeza desde que conoció a Emily y que ese día volvió a recordar.

—Háblame de tu familia.

Si el hecho de que quisiera hablar de él lo sorprendió, la petición lo dejó atónito. No recordaba haber hablado nunca de su vida con nadie, ni siquiera con Brandon. Solo Emily y Mary sabían lo que había sido su infancia y por qué habían vivido con él siempre. Era demasiado reservado para comentar sus problemas con los demás. Tenía la firme teoría de que a nadie le interesaba de verdad su vida. Ella, sin embargo, tenía una sincera curiosidad.

—No hay mucho que decir —comenzó. Meditó sus próximas palabras, evaluando qué

contar y qué no—. Mi madre murió unos años después del nacimiento de Emily, cuando yo tenía cinco años, y mi padre murió hace diez.

Kate estaba segura de que su semblante revelaba que tenía ganas de saber más.

—Te llevas muy bien con tu hermana.

No era una pregunta, pero él igualmente asintió.

—La quiero bastante.

—Es una persona agradable —declaró Kate—. Vi un retrato de tu madre en la galería. Emily se parece a ella.

—Casi no recuerdo a mi madre —admitió Robert—. Pero sí, se parecía bastante a Emily.

—¿Por qué el retrato de tu padre está aquí arriba y no en la galería?

Sintió cómo él se tensaba y maldijo a su lengua. Se había prometido intentar averiguarlo, pero no había pretendido decirlo directamente. Sin embargo, las palabras habían salido sin pedir permiso, alentadas por la curiosidad.

—A él no le gustaban los retratos, así que después de un tiempo, lo mandó a quitar —respondió después de un rato que a ella le pareció eterno.

Kate sabía que mentía. Si al viejo marqués no le gustaban los retratos, ¿por qué se había dejado hacer uno? Prefirió no seguir ahondando en el tema, pues ya lo había presionado bastante. Para aligerar la tensión, hizo una de las cosas que mejor le salía: hablar.

—Mi infancia fue bastante feliz —comenzó, a pesar de que no le habían preguntado de su vida—. Mi padre me adoró desde el día en que nací, y yo también lo adoro. Me avergüenza un poco decirlo, pero lo quiero más que a mi madre. Respecto a Andrew... Siempre tuve una relación un tanto complicada con mi hermano; a veces era buena y otra veces, mala. O quizás «extraña» la defina mejor. Es cinco años mayor que yo, y cada vez regresaba de Eton por vacaciones, nos peleábamos. Siempre me molestaba por ser la más pequeña y por ello terminábamos discutiendo.

—Y los jarrones terminaban rotos —agregó Robert.

—Los jarrones y todo aquello que pudiera romperse —admitió Kate sin vergüenza—. Más adelante, mamá aprendió a mantener eso fuera de nuestro alcance. En el fondo, creo que las discusiones eran bastante divertidas, pero después de que salió de Cambridge... —Se encogió de hombros—. Digamos que no volvió a ser el mismo, supongo que maduró.

Robert creyó notar cierto pesar en su voz y, después de ese comentario, ella no volvió a hablar, parecía pensativa. Se sorprendió deseando saber qué pensaba, quería conocer cada una de sus inquietudes.

Los recuerdos le dieron a Kate cosas en qué pensar. Si bien era cierto que la relación con Andrew siempre había estado llena de discusiones, estas eran de hermanos, de esas que parecían fuertes, pero en el fondo había cariño, y ambos lo sabían. Sin embargo, después de haber culminado sus estudios, no había vuelto a ser el mismo, había cambiado, y no para bien. Empezó su afición a derrochar dinero y su hermana solo le sirvió como mercancía cuando necesitó de esta. A Kate le dolió profundamente ese cambio, pero dejó de darle vueltas al asunto cuando supo que era irremediable. Ese pensamiento le trajo otro, ¿qué habría pasado con las deudas de su hermano? ¿Robert las habría pagado? La vergüenza no le permitía preguntarlo, pero se prometió que lo averiguaría.

—¿Suced algo? —preguntó Robert.

Ella negó con la cabeza.

—Pareces pensativa.

—Estoy pensando en el regalo que me dará Anne cuando vea el estado de mi vestido.

Casi le da una apoplejía al ver que todos estaban arrugados esta mañana, imagínate cuando me vea cubierta de polvo. —No lo miró a los ojos, sabiendo que el hombre era capaz de detectar cuando mentía.

—Estás mintiendo —afirmó, haciéndole saber que sus esfuerzos fueron en vano.

Esta vez sí lo encaró.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Parecías preocupada, incluso triste —explicó—. No creo que lo estuvieras solo por lo que fuera a pensar tu doncella del vestido.

—No estaba ni triste ni preocupada.

—Sigues mintiendo.

Lo había dicho en forma tranquila, pero Kate ya estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Acaso una no tiene derecho a guardarse sus pensamientos para sí?

Se zafó de sus brazos.

—No me gustan las mentiras —continuó, y Kate se mordió la lengua a tiempo para no decirle que él acababa de mentirle respecto al retrato de su padre—. Podrías haber dicho que no querías compartir lo que pensabas y hubiera respetado tu decisión.

—Decir eso habría sido bastante grosero.

—Creo que, en otras ocasiones, nunca has tenido inconveniente en serlo.

Se paró frente a él y se cruzó de brazos.

—Tú estás siendo bastante grosero en este momento y no tienes derecho a...

Un carraspeo evitó que prosiguiera su ataque de ira.

Giró hacia la puerta y se dio cuenta de que allí estaba Mary mirándolos con el ceño fruncido. Había estado tan inmersa en la discusión que no se había percatado de que habían abierto la puerta.

—¡Oh, al fin! —exclamó dirigiéndose a la puerta abierta—. Prometo no volver a recorrer este lugar sola sin conocerlo —le dijo a la mujer que la miraba con cara de reproche, y salió casi corriendo del lugar directo al comedor.

Mary miró el lugar por donde había escapado Kate y luego fijó su vista en Robert.

—¿Qué sucedió? —preguntó la mujer.

—Eso me gustaría saber a mí —respondió. Rodeó los hombros de su hermana con el brazo mientras salían del ático. No quería perder de vista a Katherine para que no se perdiera otra vez.

—No sé de qué estás hablando.

Su semblante confundido casi lo convenció de su inocencia.

—Después de entrar, la puerta se cerró misteriosamente, con llave, y quedamos encerrados

—Oh.

—Y la única además del mayordomo que posee las llaves de todas las habitaciones eres tú —continuó.

Ella se mostró ofendida.

—Fingiré que no has insinuado lo que creo. Las llaves se las presté a un criado para que trajera algo del almacén, pero, cuando lo hizo, se olvidó de dármelas. Seguramente vio la puerta abierta y la cerró.

—¿Y cuál fue el nombre de la persona a la que se las diste?

Ella lo pensó.

—En este momento no lo recuerdo. Te lo diré en cuando lo haga.

—Qué casualidad, ¿no crees?
La mujer se encogió de hombros.
—De casualidades está llena la vida.
Solo que Robert no creía en ellas.

Capítulo 19

Los días siguientes pasaron con relativa calma, al menos en lo que a Robert respectaba, pues se pasaba casi todo el día en su estudio y solo se encontraba con Kate en algunas comidas y en la noche, lo que evitaba posibles enfrentamientos.

Por su lado, Kate juraba que sería la primera persona en morirse de aburrimiento, y llegó a desear que llegara el día en que partirían hacia Wiltshire para la reunión de lady Pembroke que comenzaría en tres días. Nada podía ser peor que estar sin hacer nada. Cuatro días habían pasado desde que se quedó encerrada en el ático, y después de ello juró no aventurarse más por esa casa ni por sus alrededores, al menos que conociera el lugar como la palma de su mano.

Emily había asistido en dos ocasiones más, una en la que le había comunicado que Claire había aceptado ir a la velada de lady Pembroke y otra en la que sacó a Robert del estudio para que las acompañara a dar un paseo. También había ido a visitar en dos días distintos a su padre y a Claire, y a pesar de eso ella sentía que el tiempo pasaba con extrema lentitud, y no tener nada que hacer la frustraba en sobremanera. No era dada ni al bordado ni a la costura, en la inmensa biblioteca no había un solo libro que le pareciera interesante, no había en toda la casa un solo instrumento musical, no podía pasear a caballo sin acompañante por miedo a perderse, no había nadie en varias millas a quien pudiera visitar, y todo parecía girar en perfecto orden en la casa hasta ahora, por lo que los conocimientos sobre cómo manejar una casa que su madre tanto se había empeñado en hacerle aprender solo requerían ser utilizados unas horas en la mañana. Kate no tenía nada que hacer y, por ende, estaba exasperada.

Ese día en la mañana un mozo le mostraría parte de las tierras a caballos; pero el destino, que ya había demostrado sentir antipatía hacia ella, decidió que era un buen día para que lloviera a cántaros. No pudo salir de la casa, que por lo menos ya conocía en su mayoría; sin embargo, eso no quitaba que no tuviera nada que hacer en ella. Incluso extrañaba las discusiones con Andrew y su madre, otra prueba fehaciente de lo mal que se encontraba. Se preguntó cuánto tardaría en caer en un estado de tristeza crónico por falta de actividad.

A punto de estallar de frustración, decidió aparecer en la cocina. Anne siempre era buena compañía, y en caso de que no estuviera, probablemente lo fueran todos los que estuvieran allí.

Todo sería mejor que estar sola.

Cuando llegó, se dio cuenta de que Anne no estaba, y en el lugar solo se encontraban la cocinera y algunas ayudantes que estaban preparando el almuerzo y que mostraron verdadera sorpresa al verla allí, pero estaban tan ocupadas que Kate sabía que no podría entablar ninguna conversación. Se ofreció a ayudar a cocinar, pero la negativa intensa de la cocinera le hizo suponer que no confiaba en sus habilidades culinarias. Y hacía bien: la última vez que intentó ayudar en algo así, la cocina de su casa terminó llena de harina. Así pues, decidió sentarse frente a la mesa donde comían los criados a esperar a ver si Anne regresaba, ya que nadie sabía dónde se había metido su doncella. Ver cómo preparaban la comida era incluso más entretenido que hacer nada.

Quien llegó minutos después fue Mary, quien frunció el ceño al encontrarla allí, sentada.

—¿Qué haces aquí?

—Espero a Anne o a algún buen conversador. ¿Tienes muchas cosas que hacer? Creo que voy a morir de aburrimiento y quiero hablar con alguien para entretenerme un rato.

Después de unos segundos en los que pareció analizar el asunto, la mujer respondió:

—No es posible.

Y salió de la habitación.

Minutos después, Mary estaba tocando —o, mejor dicho, aporreando—, la puerta del estudio

—Adelante.

Ella entró y se plantó frente a él con las manos en la cintura.

—¿Qué está pasando? —preguntó él, alzando la vista de los papeles que tenía enfrente.

—Lo mismo me pregunto yo, ¿acaso piensas pasarte todos los días metido aquí sin salir más que para comer?

—Siempre lo he hecho.

—Antes no estabas casado —le recordó—. Mientras tú estás aquí, tu pobre mujer está metida en la cocina...

—¿En la cocina?

—Sí, buscando quien quiera hablar con ella. Según sus propias palabras, está «aburrida y a punto de morir de aburrimiento» —informó.

Robert la analizó la información un momento y luego dijo:

—Katherine tiene cierta tendencia al dramatismo.

Mary se cruzó de brazos y lo miró con reproche. Robert suspiró.

—¿Qué quieres que haga?

—Sácala a dar un paseo por los alrededores o...

—Está lloviendo.

No quería decírselo a Mary, pero creía que Katherine preferiría quedarse aburrida a pasar un rato con él.

—Entonces enséñale la casa.

—¿No la conoce ya?

—¡Enséñasela de nuevo! —se exasperó la mujer—. ¿Sabes? El tercer piso aún no lo conoce bien...

—¡No! —declaró con firmeza, sabiendo a dónde quería llegar.

La mujer se encogió de hombros.

—Tengo una idea. En el primer piso, la terraza que da al jardín tiene techo es un lugar perfecto para el almuerzo. Mandaré a que lo sirvan ahí. Un almuerzo para los dos *solos*.

—Mary...

—Está hecho, entonces —lo cortó, sin hacer caso a la advertencia—. Recuerda que tu mujer está en la cocina, sería bueno si la fueras a buscar. El almuerzo se servirá en media hora.

Salió sin darle tiempo a Robert de replicar.

Si era sincera, Kate estaba bastante sorprendida de que Robert la hubiera ido a buscar y le hiciera la propuesta de pasear por la casa. Se le ocurrió que tal vez tuviera que ver con la extraña salida de la cocina de Mary hacía unos minutos, pero no le importaba. Necesitaba compañía, y Robert llegaba en el momento oportuno, así que aceptó de buena gana. Peor era nada.

La llevó a una hermosa terraza que no recordaba haber visto. Estaba techada, pero daba una gran vista hacia los descuidados jardines. Aunque se había propuesto no hacer por esa casa más que lo necesario, pues no era su hogar, se dijo que en algún momento plantearía la posibilidad de contratar a buenos jardineros. No podía permitir que tanto potencial se desperdiciara. A pesar de su estado, la lluvia les otorgaba a las plantas un toque mágico. No se imaginaba si estuvieran bien cuidadas.

—Es un lugar hermoso —comentó, mirando alrededor.

En realidad, no tenía nada de especial: unas cuantas sillas y una mesa de desayuno, además de una escalera que daba al jardín; pero comparado con el resto de la casa, tenía un aire hogareño, tranquilizador, al igual que el salón verde.

Robert no dijo nada, le apartó una silla alrededor de la mesa y Kate se sentó. Él tomó asiento en la silla del frente.

—Lo siento —dijo Kate.

Robert arqueó una ceja en gesto de pregunta.

—Mary te obligó a buscarme, ¿cierto?

Él no se molestó en negarlo.

—Creo que soy yo el que te debe una disculpa, por dejarte a merced del aburrimiento.

Kate se encogió de hombros.

—Tienes trabajo que hacer.

Kate sabía que manejar una propiedad tan grande requería trabajo, y por lo visto, él no tenía administrador, como otros lores. Se preguntó por qué. ¿Desconfiaría poner su dinero en manos ajenas, o solo le gustaba estar ocupado?

Robert guardó silencio mientras veía cómo los criados entraban para servir el almuerzo. Pensó en que tenía cosas que hacer, pero nada que no se pudiera posponer. Trabajaba todos los días porque no tenía otras cosas en las que ocupar su tiempo, y por ello varios asuntos ya estaban resueltos, lo que le podría dejar tiempo libre. Sin embargo, no había pensado que pasar mucho tiempo a solas con Kate fuera buena idea, dados los encuentros anteriores, pero ahora no veía por qué no. De hecho, en los últimos días había sentido la extraña necesidad de compartir más con ella. Bien podía ser curiosidad hacia la persona con la que se había casado u otra cosa. No había cedido, pues sabía que él no era la compañía que ella hubiera deseado, pero como en ese momento no parecía molesta por su presencia. Quería pensar que todo podía mejorar. O tal vez ya se había resignado al matrimonio.

—Mañana visitaré a los arrendatarios —comentó él—. ¿Te gustaría venir conmigo? Así te familiarizas con las tierras.

—¡Sería maravilloso! —exclamó con más efusividad de la necesaria.

—Entonces iremos —aseguró Robert, sorprendido porque hubiese accedido tan rápido.

Comieron en paz y hablaron de temas triviales que le garantizaron un almuerzo tranquilo. Cuando terminaron, a pesar de que Robert regresó a su estudio, Kate no volvió a aburrirse, pues en la conversación se había enterado de en qué parte de la biblioteca guardaba Emily las novelas que solía leer y que Robert supuso que le gustarían. Después descubrió que eran novelas de romance, como las que tanto adoraba, y se sintió agradecida. A pesar de que las historias le recordaban el final feliz que nunca tendría, las disfrutó y pasó todo el día leyéndolas.

Al día siguiente, según lo acordado, acompañó a Robert a visitar a los arrendatarios, que la trataron con mucha amabilidad. Se sorprendió con la belleza y la extensión de las tierras, y todavíale costaba creer que ahora también fueran suyas.

No cruzó muchas palabras con Robert ni durante las visitas ni en el camino, pero quizás fue lo mejor, ya que el paseo transcurrió en paz y en un silencio que no le resultó incómodo. Era como si la compañía mutua bastase para estar bien. Ya no le parecía desagradable, ni le generaba inquietud, y el lugar la había cautivado tanto que pensó en que sí podría llamarlo en un futuro hogar.

Capítulo 20

La mansión solariega de lady Pembroke dejó a Kate sorprendida por su esplendor. La fachada de piedra blanca y las columnas de granito al lado de la puerta le daban un aspecto majestuoso al lugar, que estaba rodeado de llanuras tapizadas en un verde intenso. Su tamaño superaba todo lo visto alguna vez, parecía un castillo con diseño moderno; y si se había perdido en Lansdow's House, lo mejor sería no pasear sola por esa casa. Nunca la habían invitado a una de las famosas fiestas de lady Pembroke, y no solo por lo sucedido hacía dos años, sino porque las invitaciones eran reservadas para la aristocracia. Si había alguien sin título en ese lugar, seguramente tenía algún familiar cercano que lo tuviera.

Bajaron del carruaje, que era uno de los muchos que llegaban en ese momento, y esperaron a que Brandon, Claire, Emily y su esposo bajaran de los suyos. Habían decidido salir todos juntos.

Subieron los escalones que los dirigían a la puerta de roble que estaba abierta para recibir a los invitados. Cuando entraron, fueron abordados por los Pembroke que, como anfitriones, les dieron la bienvenida, y llamaron a unos criados para que les mostraran a las respectivas parejas su habitación.

Kate tuvo que contener las ganas de sonreír cuando vio la expresión que compuso lady Pembroke al verla, y cuando se enteró de que se había logrado casar con el marqués de Lansdow. Solo pudo agradecer que las miradas no mataran.

Como habían llegado poco después de las cuatro de la tarde, tuvieron poco tiempo para tomar un baño y alistarse para la cena. Kate solo deseaba dormir luego de tan largo viaje, pero no le quedó otra opción que sacar ánimos de donde no los tenía y bajar a cenar, pues sería de mala educación no asistir. También habría un pequeño baile para inaugurar la fiesta, por lo que se resignó a no ver la cama en un buen rato.

Cuando bajaron al salón, todavía les quedaba algo de tiempo para la cena. Los invitados formaban grupos entre sí y charlaban.

Dado que los chismes corrían rápido, no tardaron en ser abordados por varias personas — a la mayoría Kate no las conocía—, que deseaban felicitarlos por su reciente matrimonio y darles sus mejores deseos y, por supuesto, enterarse de los pormenores de la boda.

No supo en qué momento Robert fue acorralado por varios caballeros que al parecer tenían asuntos muy importantes que tratar con él, y Kate se encontró sola. Buscó con la mirada a Claire y la ubicó con un grupo de mujeres en donde también estaba Emily hablando animadamente. Claire no parecía cómoda, y Kate se disponía a ir hacia allá en el momento que fue interceptada por lady Hannah, la hija mayor de lady Pembroke.

—Señorita Bla... Oh disculpe, lady Lansdow. Qué alegría verla —saludó la dama con voz chillona.

Kate hizo muy poco esfuerzo por ocultar su desagrado ante su hipocresía, así que respondió con una sonrisa igual de falsa.

—El placer es mío.

—No sabe la sorpresa que me ha causado su matrimonio —comentó Hannah—. Aunque no debería estarlo, era lo que se esperaba después del escándalo. Jugó muy bien sus cartas, querida.

Kate decidió hacer caso omiso al insulto y respiró profundamente para calmar la rabia que iba creciendo. Insultar a la hija de su anfitriona no era muy buena idea, a pesar de que esta se

lo mereciera.

—Es usted muy afortunada —continuó la víbora—. Muchos afirman que lord Lansdown se ha llevado un gran premio, no soy quién para juzgar los gustos cuestionables de algunos. Espero que no me tome a mal si le digo que lamento la pérdida de tan célebre partido. Por cierto, ¿de dónde ha sacado ese vestido?

Sabía que se arrepentiría de preguntar, pero aun así lo hizo.

—¿Algún problema con mi vestido?

Intentaba con todas sus fuerzas mantener la calma.

—Parece pasado de moda —dijo Hannah, repasando el vestido azul celeste con encaje blanco de Kate—. Si se ha molestado tanto en conseguir un marido rico, por lo menos dígle que le remodele su guardarropa.

Ya era suficiente. Sabía que necesitaba vestidos nuevos; los de las jóvenes debutantes, todos en tonos claros, distaban mucho de los que usaban las mujeres casadas, pero el insulto no lo ignoraría.

—Por lo menos, lady Hannah, yo tengo un marido. Le aconsejo que, si usted todavía tiene esperanza de conseguir uno, no se vista como una zanahoria andante. Aunque supongo que a su edad ya no importa mucho vestir en colores suaves.

Sin perder la sonrisa, Kate repasó con la mirada el vestido naranja de la mujer. Sí, parecía una zanahoria y su cabello rojo pálido no la ayudaba mucho. Se felicitó por su réplica.

La mujer enrojeció de rabia.

—Es usted una grosera.

—Me parece una acusación particular, pues, por lo que he escuchado, usted no ha sido demasiado amable —dijo una voz femenina detrás de ella.

Kate giró hacia la voz y se encontró con una mujer bastante hermosa, no más vieja que ella. Tenía el cabello del color exacto de la caoba, rasgos que no podrían describirse con nada menos que perfectos y unos ojos grises bastante llamativos que brillaban con malicia y humor.

Lady Hannah también volteó y fulminó a la recién llegada con la mirada.

—Usted no es mejor que ella. Ni siquiera sé porque la han invitado.

La mujer sonrió con frialdad y respondió:

—Porque soy una de las pupilas de los duques de Richmond y hubiera sido imperdonable no invitarlos a ellos.

Sabiendo perdida la batalla, lady Hannah les lanzó una última mirada rabiosa y se alejó sin decir nada.

—Creo que lady Hannah no se toma muy bien los comentarios acerca de su vestuario, pero si no le gusta que se lo critiquen, ¿por qué se viste así en primer lugar?

—Creo que alguien debe enseñarle cómo vestirse. Nunca ha sido famosa por su buen gusto, ni por sus modales —concordó Kate con una sonrisa.

—Lo único por lo que es famosa es por su mal carácter. —Se encogió ligeramente de hombros—. Pero definitivamente tiene un pésimo gusto, y ese vestido en especial le queda horrible. ¿Puede creer que tuvo la misma reacción de ahora cuando le pregunté por qué se había disfrazado de calabaza? —Su expresión era tan inocente que Kate no pudo hacer más que admirarla.

Miró con disimulo a donde se encontraba Lady Hannah y se percató de que había engordado bastante en esos últimos años. Sí, también parecía una calabaza.

—¿De qué hablan? —preguntó una suave voz que no podía ser otra que la de Claire.

—Lady Blaiford, ¿cierto? —preguntó la mujer, y Claire asintió—. Estábamos discutiendo

a qué vegetal se parece lady Hannah hoy. Yo digo que parece una calabaza, pero lady Lansdow afirma que es una zanahoria. ¿Usted qué cree?

Claire abrió los ojos con sorpresa. Tuvo que morderse el labio para no reír.

—Qué descortés, pobre mujer.

—Si ella puede insultarnos, nosotras también. Vamos, danos tu opinión.

Claire sonrió y echó un vistazo a lady Hannah.

—Por el rojo de su cara, yo diría que más bien es un tomate.

Las tres mujeres rieron.

—Sabía que tenías un lado perverso —comentó Kate.

—Ustedes son encantadoras —comentó la joven.

—Usted también es bastante agradable, señor...

Kate notó entonces que no conocía su nombre.

—Señorita Loughy, pero pueden llamarme Topacio si lo desean.

—A mí me puede llamar Katherine.

—Y a mí, Claire.

—Me ha llamado simpática, no es un adjetivo que se me adjudique mucho. No lo repitan en voz alta, tengo una reputación que cuidar. —Quedó pensativa un momento y luego agregó—: Ustedes dos han atrapado a los solteros más codiciados de las últimas temporadas, todas las jóvenes solteras deben verlas con envidia mal disimulada mientras lamentan la pérdida.

—¿Incluida usted? —dijo Katherine, arqueando una ceja.

—No, excepto mis primas y yo. Por mi parte, no tengo interés en el matrimonio y no creo que haya un valiente que se atreva a acercarse. —Soltó una pequeña risa como si eso le divirtiera—. Y ellas no tienen mucha prisa. Eso me recuerda que las estaba buscando, espero verlas pronto.

Dicho eso, desapareció entre la gente.

Antes de que alguna de las dos pudiera decir algún comentario sobre la extraña mujer, Robert y Brandon llegaron junto a ellas.

—Veo que hablaban con una de las señoritas Loughy —comentó Brandon.

—¿Una? —preguntó Claire.

—Creo que son cuatro —explicó Robert.

—¿Las conocen? —inquirieron las mujeres al unísono.

—Todo el mundo sabe quiénes son las Loughy —respondió Brandon—. Su historia ha sido una de las más comentadas en los últimos doce años. Actualmente son las protegidas de la duquesa de Richmond.

—Pero no son parte de su familia —dedujo Kate.

—No —confirmó Robert—. Hace años...

No pudo terminar la historia, pues alguien tropezó con él.

—¡Oh, lo siento mucho! —se disculpó la desconocida, que resultó ser una joven rubia con los ojos azules mas oscuros y bellos que Kate hubiera visto jamás—. Venía distraída y... ¡Oh, lord Lansdow! Disculpe mi torpeza, y felicidades por su reciente matrimonio. Usted debe ser su esposa —dijo dirigiéndose a Kate—. Mis mejores deseos.

Esa era la felicitación más sincera que Kate había oído hasta el momento.

—Gracias...

—Qué tonta y maleducada. No hemos sido presentadas. Soy la señorita Loughy; Sapphire Loughy, para ser exactos —se presentó ante las dos mujeres mientras los caballeros inclinaban la cabeza en forma de saludo, pues ya habían sido presentados en una ocasión.

Kate pensó que el nombre le quedaba bastante bien, pues sus ojos eran del color exacto de un zafiro.

—Un gusto, señorita Loughy —saludó Claire—. Creo que su prima la estaba buscando.

—¿Cuál?

—Topacio —aclaró Kate.

No supo si fue su impresión, pero la señorita Loughy pareció palidecer.

—Mis más sinceras disculpas.

—¿Por qué? —preguntaron las mujeres al unísono.

—Oh, bueno creí...

—Sapphire, querida, Topacio no tiene que insultar a toda persona con la que habla, deja de pedir disculpas en su nombre —comentó una nueva voz.

Todos voltearon a ver a la mujer que había llegado. Kate no necesitó presentación para saber que era otra de las señoritas Loughy. Por lo visto, todas las primas habían sido dotadas de una belleza extraordinaria. Esta poseía un cabello castaño casi rojizo y unos espectaculares ojos avellanas que en esos momentos miraban a su prima con reprobación.

—Después de lo que le dijo a lady Hannah, lo dudo —se defendió la rubia.

—Debemos admitir que si parecía una calabaza.

—¡Ruby! —la reprendió Sapphire—. Eso no significa que debió habérselo comentado, fue el colmo de la mala educación.

—Así es Topacio. —Ruby se encogió de hombros.

Kate llegó a la conclusión de que a los padres de las mujeres les encantaban las piedras preciosas.

—Disculpen —dijo Sapphire con pesar—. ¡Qué espectáculo estamos mostrando! Y ni siquiera he presentado a mi prima. —Señaló a Ruby—. La señorita Ruby Loughy.

—Un placer —contestaron las mujeres mientras los caballeros hacían otra inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Por lo que escuché, han conocido a Topacio —comentó Ruby—. Deben tener dolor de cabeza por tantas señoritas Loughy. Si algún día tienen duda de cuál es cuál, solo vean nuestras manos. —Alzó su mano y mostró su dedo ataviado con un hermoso anillo de rubí—. Cada una tiene la piedra representativa de su nombre, y aún falta una, pero mi hermana Emerald ha enfermado y no pudo venir.

—Una enfermedad bastante conveniente.

Todos se giraron para ver a Topacio.

—Emerald jamás haría lo que estás insinuando —la defendió Ruby.

—Precisamente porque nunca lo haría fue que le creyeron. Si lo hubiese intentado yo, habrían llamado al médico para comprobar si de verdad estaba enferma. Sin embargo, no puedo culpar a Emerald por quedarse en casa. Es mejor estar rodeada de esos libros románticos que tanto le gustan que convivir una semana con una sociedad llena de hipócritas.

—¡Topacio! —Las dos señoritas Loughy parecían horrorizadas por el comentario.

—Con la excepción de ustedes dos, por supuesto —dijo dirigiéndose a Kate y a Claire—. Respecto a ustedes... —Hizo señas a Robert y Brandon—. No los conozco lo suficiente para afirmar que son personas honestas.

—¡Topacio!

Sapphire Loughy parecía a punto de desmayarse.

—Sin embargo —continuó sin hacer caso al mal estado de su prima, más bien parecía divertirse—, usted, lord Lansdow, tiene fama de ser un caballero con un sentido del honor

intachable, y creo que lo ha demostrado. Y usted, lord Blaiford, tenía fama de ser un auténtico calavera, y nunca le importó que la sociedad lo considerase de esa manera, lo que puede decir algo de su personalidad. Pero, como dije, no puedo entablar un juicio sin haber tenido una conversación más o menos extensa con ustedes.

—¿Ha entablado entonces una conversación con los demás para saber que son hipócritas? —preguntó Brandon, curioso.

—Con la mayoría. Pero a veces no es necesario una conversación, a simple vista es obvio. A veces la obligada cortesía supone hipocresía.

Brandon no pudo evitar sonreír, dando su acuerdo.

—¿Alguna vez serás capaz de morderte la lengua, Topacio? —preguntó Ruby.

—La pregunta ofende, querida. Sabes que nunca. —Se encogió ligeramente de hombros, haciendo saber que no le importaba—. Nos vemos en la cena.

Su desaparición fue tan rápida que dio la impresión de estar huyendo.

—¿Por qué se ha ido de esa manera? —le preguntó Sapphire a Ruby, quien se encogió de hombro en señal de desconocimiento.

Ruby miró alrededor para ver hacia dónde había ido Topacio, pero lo que vio casi la hace maldecir en voz alta.

—¡Condenada Topacio! —exclamó sin poder evitarlo.

—¡Ruby!

La señorita Sapphire Loughy en verdad parecía afligida por la mala actitud de sus primas y lanzó una mirada de disculpa a sus acompañantes.

—Mira —dijo su prima, haciendo un gesto con la cabeza detrás de ellas, donde una mujer a quien los caballeros reconocieron como la duquesa de Richmond, se les acercaba acompañada de dos caballeros—. Al menos pudo ser capaz de avisarnos, hubiéramos escapado a tiempo; ya es muy tarde.

—Si nos hubiese avisado y hubiésemos escapado, Rowena habría iniciado una búsqueda por todo el salón hasta encontrar a dos de nosotras, y entonces había más posibilidades de que encontrara a Topacio y no la dejara escapar. Así por lo menos pudo salvarse.

—Condenándonos a nosotras. Eso es traición.

—Así es Topacio. Y yo diría que no es traición; más bien, ingenio.

—Egoísmo.

—Habríamos hecho lo mismo —argumentó Sapphire, y Ruby no tuvo nada que objetar.

—Entonces, solo nos queda ir y ver cómo Rowena los manipula para que nos pidan un baile y luego nos escolten al comedor.

—Exactamente.

La duquesa les hizo una seña para que se acercaran. Ellas se despidieron y obedecieron con desgana, pero aún mientras se alejaban se podían oír trazos de la conversación.

—Y tuvo que atrapar a Aberdeen. Sapphire, sácale conversación para que te ofrezca el baile a ti.

—¿Por qué?

—Porque a mí no me agrada y tú eres más sociable.

—Emerald es sociable, yo solo soy educada. Ya sé que no es de tu agrado, pero no por eso...

A partir de allí no se pudo escuchar más.

Después de que las señoritas Loughy se alejaron, los cuatro se miraron a la cara sin saber muy bien qué decir.

—Bien, creo que esta ha sido la conversación más extraña en la que no he participado —comentó Claire, soltando una pequeña risa.

—Tal vez porque la que llevaron la conversación son personas bastante extrañas —adujo Brandon.

—Yo no diría «extrañas», más bien *interesantes* —intervino Kate—. Me agradan.

—A mí también —concordó Claire—. Es difícil encontrar a personas como ellas.

—Estoy de acuerdo —aceptó Brandon—. A mí también me agradan, a pesar de que la señorita Topacio Loughy no descarte que sea un hipócrita más de la sociedad.

—Supongo que, viniendo de ella, que dude es un halago. Topacio Loughy no tiene fama de ser ni amable ni discreta.—Esta vez fue Robert quién habló, y Brandon soltó una pequeña carcajada.

Todavía sonriendo por el encuentro, se dirigieron al comedor cuando fue anunciada la cena.

Kate y Robert fueron sentados al lado del tal Aberdeen, que resultó ser un marqués. El hombre entabló una conversación vana con ellos y, por más que lo intentó, Kate no pudo averiguar por qué la señorita Ruby sentía hacia él animadversión; parecía un caballero y, además, también era bastante apuesto, solo algo aburrido.

La cena transcurrió tranquila y, cuando finalizó, todos volvieron al salón, donde la orquesta estaba preparándose para tocar. De repente, el murmullo de las voces fue cesando hasta que el salón quedó hundido en un profundo silencio. Todos dirigieron sus miradas hacia la entrada. Kate se quedó como una piedra y palideció al ver quién era el recién llegado. Miró hacia donde estaban los demás y vio que Claire también había perdido el color. Brandon parecía estar conteniendo la rabia y, al igual que ella, se encontraba algo pálido. Emily, que también estaba junto ella, no estaba pálida, pero sí parecía incómoda, y Robert se mostró sorprendido, a la vez que miraba al invitado con un destello de cautela.

Ella sabía por qué se había puesto nerviosa, pero no entendía a qué atribuir las reacciones de los demás. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Y por qué la llegada del hombre parecía afectarlos a todos?

Capítulo 21

La impresión. Eso era lo único a lo que Kate podía atribuir las caras pálidas de los demás cuando fijaron su vista en el señor Robinson; después de todo, el hombre podía ser el gemelo de lord Blaiford. Sin embargo, no tenía cómo explicar la rabia de Brandon. Pero no le dio muchas vueltas al asunto, ya que tenía otras cosas en la cabeza más importantes; como, por ejemplo, el hecho de que el hombre sabía que había estado hospedada en la casa de una cortesana.

Sacó de su ridículo un pequeño abanico y lo abrió de tal forma que le cubriera la mitad de la cara. Si la reconocía, estaba perdida. Una vocecilla fastidiosa en su interior le recordó que la situación se la había buscado ella, que bien podía haber aceptado su destino desde el principio y la preocupación de ser descubierta no existiera, pero Kate decidió hacer caso omiso del reproche y se dedicó a pensar en la mejor manera de pasar desapercibida. El problema radicaba en si era capaz de hacerlo por una semana entera. No, era imposible. Lo mejor sería convencer a Robert de que se inventaran alguna excusa y se fueran, estar ahí era demasiado peligroso.

Miró a los demás, que todavía no se habían recompuesto a pesar de que la orquesta empezó a tocar. Varias parejas se dirigieron a la pista de baile y Kate pudo ver por el rabillo del ojo que el recién llegado hablaba con los anfitriones.

—Parece que todos han visto un fantasma, la sangre ha abandonado sus caras —dijo, más por aligerar la tensión en el ambiente que por curiosidad.

—Tú también estás pálida —le comentó Claire—. ¿Por qué?

—Yo he preguntado primero.

—No lo has hecho, solo has mencionado que estamos pálidos.

Kate comprendió que Claire esquivaba la pregunta, pero ella no veía cómo esquivar bien la hecha a ella, ya que nunca le había contado a Claire su encuentro con ese hombre en la casa de su tía.

—Creo que me siento mal —dijeron ambas al unísono. Era la excusa más fiable.

—Lo mejor será ir a descansar —argumentó Kate.

—Estoy de acuerdo —apoyó Claire, y le lanzó una mirada de preocupación a Brandon.

—Oh, bueno, no pienso quedarme aquí sola. Así que nosotros también iremos a descansar —intervino Emily.

Del brazo de sus respectivas parejas, todos se dispusieron a abandonar el salón, pero cuando estaban a punto de salir, fueron interceptados por lady Pembroke que venía acompañada del señor Robinson. La buena educación los obligó a detenerse para intercambiar un breve saludo, pero la mujer tenía planes de conversación.

—Espero que estén disfrutando la noche —comentó la dama.

—Ha sido una velada muy agradable, milady, pero ya nos retirábamos. El viaje fue largo y las señoras no se sienten bien —habló Robert, que era el que estaba más calmado.

Kate pudo ver que Brandon miraba al señor Robinson con enojo mal disimulado. Ella, por su parte, no sabía si abanicarse fuertemente para distraer la atención de su rostro cuando el hombre la mirara o si mantener el abanico en su lugar con la esperanza de pasar inadvertida.

—Es una pena... ¡Oh, pero qué descortés he sido! No sé si alguno de ustedes ya lo conoce o lo recuerda, él es el señor Charles Robinson —presentó aunque por la cara de sus acompañantes Kate supo que ellos sabían quién era—. Señor Robinson, no sé si ya conoce a lord Blaiford y a su esposa, lady Blaiford —dijo señalando a Claire.

—No he tenido el gusto de conocer a milady. —Extendió la mano para que Claire pusiera

la suya. Esta, después de lanzarle una mirada a lady Pembroke, lo hizo, pero no de buena gana.

—Recuerda entonces al señor y la señora Hamilton.

—Por supuesto, un gusto volver a verlos —saludó con una inclinación de cabeza a Edward y a Emily le dio un beso en la mano. Por extraño que pareciese, la mujer no dijo nada.

Kate se mordió el labio y apretó con fuerza el abanico, sabiendo lo que venía.

—Por supuesto conocerá a lord Lansdown, pero no a su esposa, lady Lansdown, ya que acaban de casarse.

—Un placer, milady.

Cuando se inclinó para besar su mano, el brillo de reconocimiento en los ojos del hombre hizo que Kate maldijera mentalmente. El hecho de que no hubiera afirmado conocerla en ese mismo momento le dio esperanzas, pero no se fiaba de que fuera un caballero.

—Lansdown —saludó con una inclinación de cabeza, y Robert respondió sin inmutarse.

Tampoco se le pasó desapercibido que el señor Robinson había evitado ver a Brandon.

No se percató de quién había murmurado una despedida, pero a los pocos segundos cada pareja iba camino a su habitación.

—¡Bendita suerte! —exclamó Kate, sarcástica, dejándose caer en un sillón una vez estuvieron en la habitación.

Robert permaneció en silencio sabiendo perfectamente de qué hablaba. Se sentó en el sillón al lado de Kate y esperó a que continuara, como estaba seguro de que haría.

—¿Y ahora? ¿Qué haré? —preguntó, pero en realidad no esperaba respuesta, porque siguió hablando—. Si habla, estaré arruinada y... ¡No! —Alzó la mano para detener a Robert, que estaba a punto de hacer un comentario—. Te ruego que no hagas ningún comentario acerca de que todo esto es mi culpa; ya lo sé, no necesito que me lo recuerden.

—Pensaba decir que dudo de que comente algo. Aunque, ahora que lo mencionas, sí, es tu culpa. —Hizo caso omiso de la mirada asesina de Kate y continuó—: Vamos a tomarlo con calma. Cualquier cosa que diga se podrá desmentir, será su palabra contra la nuestra y contra la de todos aquellos que puedan afirmar haberte visto durante los días que estuviste desaparecida. Lady Blaiford, por ejemplo, y tu familia.

Kate pareció sopesar la información por un momento.

—Supongo que tienes razón, pero habrá murmuraciones y la duda estará patente.

—Siempre habrá murmuraciones —le dijo, pensando en que la llegada de Charles traería más problemas que unos simples rumores—. Podremos vivir con ello.

Ella se sintió más tranquila.

Kate se levantó e intentó desabrochar los botones del vestido en la espalda. Antes de que pudiera pedir ayuda, Robert ya estaba detrás de ella socorriéndola con habilidad.

—Espero que no estés muy cansada por el viaje —murmuró en su oído mientras deslizaba el vestido por los hombros.

El simple roce de sus dedos por la piel hizo que el cuerpo de Kate reaccionara.

—Sí. Quiero decir, no...

Prefirió quedarse callada; en cambio, se giró para quedar frente a él vestida solo con la camisola y las enaguas. Él la rodeó con sus brazos y, en un beso lleno de pasión, se olvidó del cansancio y los acontecimientos del día.

—¡No puedo creer que nos esté sucediendo esto!

Brandon paseaba de un lado de la habitación asignada, viéndose incapaz de permanecer quieto.

—No grites, despertarás a Danielle. —La pequeña dormía plácidamente en la habitación de al lado, con Lily vigilándola—. Tal vez no sea tan grave. Ha regresado, sí, pero quizás no cause problemas.

—Causará problemas. ¿Has visto cómo me miraba? ¡Me odia!

Claire se abstuvo de mencionar que el hombre había evitado en todo lo posible mirar a Brandon, pero este tenía razón: el odio en sus ojos le había sido imposible de disimular.

—¿Qué propones? —preguntó Claire—. ¿Inventamos una excusa y nos vamos?

Brandon negó con la cabeza.

—Desataría demasiadas murmuraciones. La sociedad no sabe con certeza el parentesco, pero lo sospechan, es inevitable no hacerlo. Tampoco conocen lo sucedido hace seis años. Sin embargo, se comentó bastante sobre ello cuando ambos viajaron a Francia al mismo tiempo. Si nos vamos, solo daría pie a más rumores. Por suerte, mi madre no ha venido.

—No sé si eso sea un consuelo —añadió Claire—. Si ha regresado a Inglaterra, lo más probable es que nos lo encontremos en otra velada.

Él suspiró.

—Lo sé.

La condesa viuda no sabía nada de la relación que unía a Brandon y al señor Robinson. Su hijo había hecho lo posible por ocultarla, pero Claire estaba segura de que no podrían mantener el secreto por mucho tiempo.

—Entonces, ¿crees que dará problemas? —preguntó ella.

—No lo sé, cariño. No lo sé.

Claire se acercó a él y lo abrazó por la espalda.

—Por el momento, no podemos hacer nada. En lo que resta de la semana averiguaremos sus intenciones, ahora no vale la pena sacar conjeturas —dijo ella.

Brandon sonrió y se dio la vuelta para estrecharla entre sus brazos.

—Tienes razón. Además, tengo en mente cosas más interesantes que hacer, el remedio perfecto para olvidarse de todo.

—Ah, ¿sí?

—Sí —fue todo lo que dijo antes de tomar posesión de sus labios y fundirse en un beso que fue el mejor remedio para el olvido.

Charles tomó el contenido de su copa, brindando en el silencio por su buena suerte.

No solo se había encontrado con Lansdow y su esposa, sino que sin necesidad de hacer ni una pregunta, lady Pembroke le había informado que lady Lansdow no era otra que la tal Katherine Blane, o Castle, según recordaba que le había dicho ella hacía poco más de una semana en su pobre intento de mantenerse anonimato. Pero eso ya no importaba. Pasaría con ellos una semana entera y tendría una oportunidad única de venganza, solo tenía que empezar a planear cómo.

Elizabeth le había dicho que la debilidad de Brandon era su esposa, por lo que podía atacar por ahí, aunque todavía no veía por qué Brandon se había casado con ella. La mujer no tenía nada de especial; bien podía pasar desapercibida en cualquier lugar, ya que no era poseedora de la belleza de Katherine Blane o lady Lansdow. Según Lady Pembroke, el matrimonio había sido debido a que los habían encontrado en una situación comprometida, pero a él le costaba trabajo creer que Lansdow hubiera caído en la trampa de una señorita casadera. Como fueron, la unión lo favorecía, pues, así como lady Blauford sería blanco de su venganza

contra Brandon, lady Lansdow lo sería contra Robert.

En esa semana, la seduciría y conseguiría que Lansdow se enterara y viera con sus propios ojos que su mujer le había sido infiel con él. Estaba seguro de que lo lograría, nadie podría estar feliz atada a un hombre tan frío como el marqués. El que la joven estuviera recién casada tal vez le dificultaría un poco la tarea, pero sería persistente; la induciría a pecar dejándole clara la satisfacción que podría obtener si lo hacía, y Dios sabía que no sería un sacrificio. Si la mujer no cedía, tal vez un pequeño recuerdo de su estancia en casa de una cortesana la hiciera cambiar de opinión. Respecto a lady Blaiford, si en verdad era el punto débil de Brandon, algo grave le tendría que ocurrir para que este sufriera.

Por otro lado, iniciaría un discreto cortejo a lady Hannah que, como supuso, estaba soltera, al igual que todas sus hermanas, y al verlas a todas ya sabía por qué. Lady Hannah había engordado considerablemente desde la última vez que la había visto y tenía varias arrugas en la frente, quizás porque vivía frunciendo el ceño. Además, debía rondar los treinta años, pero se veía mucho mayor. Sin embargo, nada de eso le importaba, solo le interesaba la cuantiosa dote que poseía.

Sonrió, triunfante. Al día siguiente pondría en marcha todos sus planes; con ellos su venganza quedaría satisfecha y sus problemas, resueltos. ¿Qué más podía pedir?

Capítulo 22

Cuando Kate se despertó al día siguiente, se encontró sola en la habitación. No tenía idea de a dónde pudo haber ido Robert tan temprano, pus seguramente la mayoría de los invitados estarían durmiendo y seguirían haciéndolo hasta el mediodía.

—Al menos no desayunaremos solas —oyó que decía una voz familiar a su lado izquierdo en el pasillo.

Kate se giró y sonrió a Claire a manera de saludo.

—Lo mismo digo —concordó, y ambas empezaron a caminar.

—No tengo la menor idea de a dónde pudo haber ido Brandon a estas horas —comentó su amiga—. Por lo que veo, a ti también te dejaron sola. Al menos sabemos que deben estar juntos.

Kate asintió, mostrando su acuerdo.

El día estaba particularmente hermoso, el sol brillaba sin ninguna nube que opacara su esplendor y prometía permanecer así. Kate y Claire aprovecharon que no había nadie levantado y decidieron sentarse a desayunar en la terraza para disfrutar del paisaje.

Una vez que los criados dejaron en la mesa gran variedad de comida entre la cual elegir, las mujeres empezaron a hablar.

—Qué bueno es desayunar con esta tranquilidad —comentó Claire—. No me imagino lo insoportable que sería con gente por todos lados murmurando sobre el chisme de la temporada.

Kate asintió mientras le untaba mermelada a una tostada.

—Solo bastará con levantarnos temprano todos los días durante la semana y podremos gozar de la misma tranquilidad, lo cual no creo que sea muy difícil, aunque ayudó que anoche nos hayamos retirado temprano. Por cierto, yo sé por qué me sentía mal, ¿pero tú? ¿Por qué te retiraste dando la misma excusa? Y justo después de la aparición del señor Robinson.

Kate alzó una ceja en gesto interrogante.

—¿Has visto el parecido de ese hombre con Brandon? Creo que es suficiente para causar impresión.

—¿Y por ello estabas tan pálida como un muerto?

—No. —Claire sabía que era inútil mentirle a Kate, pero tampoco diría la verdad—. Sin embargo, no te puedo decir los motivos.

Kate se sintió decepcionada, pero lo aceptó.

—Tú también te pusiste pálida —le recordó Claire.

—Me encontré con ese hombre en casa de mi tía —explicó—. Tenía miedo de que me reconociera e involucrarme en otro escándalo.

Claire pareció preocupada.

—¿Te reconoció?

—Estoy segura de que sí. Pero no hizo nada para exponerme, así que creo que por ahora todo estará bien.

Claire no parecía muy convencida.

—Sabía que esa huida tuya no traería nada bueno. No confíes en ese hombre, Kate —le advirtió, y Kate supo que había algo más tras esa advertencia. Claire conocía más al señor Robinson que ella.

—No lo hago. Robert asegura que será su palabra contra la mía y la de los que aseguren haberme visto en los días que el mencione; como tú, por ejemplo. Seguirán habiendo rumores, pero no se podrá confirmar nada.

—No soy buena mentirosa —le recordó Claire.

—Entonces visité a tu tía en esos días —le dijo, sabiendo que Lady Warwick la apoyaría.

—Esperemos no tener que llegar a tanto.

—Ese tocino se ve bastante bueno.

Ambas mujeres giraron para ver cómo sus respectivos maridos se acercaban a ellas y tomaban asiento a su lado. Fue Brandon el que hizo el comentario, miraba la comida como si estuviera famélico.

—¿Dónde estaban? —preguntó Claire.

—En la biblioteca —contestó Brandon mientras hacía señas a un criado que pasaba por ahí para que trajera dos platos más—. Hablábamos de ciertos asuntos.

Por la mirada de complicidad que se dedicaron ambos hombres, Kate tuvo la impresión de que les estaban ocultando algo, pero no dijo nada y siguió comiendo.

—Es una mañana hermosa, sería un sacrilegio desperdiciarla —dijo Claire al cabo de un rato.

—Podemos dar un paseo por los alrededores —sugirió Kate.

—Sería estupendo —concordó—. Podría traer a Danielle.

Los caballeros mostraron su acuerdo y decidieron que, después del desayuno, todos irían a recorrer el lugar.

Casi terminaban de comer cuando el sonido de una risa nada disimulada proveniente del salón atrajo su atención.

—¡Topacio, regrésame eso!

Si no se equivocaba, la voz era de Ruby Loughy.

Topacio Loughy entró corriendo en ese momento en la terraza, tenía una carta en mano y reía mientras la leía sin percatarse de su presencia.

—«Tu belleza causa envidia a las estrellas y el sol teme salir por ser opacado por tu luz...» —Otra carcajada salió de su boca, impidiéndole continuar—. Es lo más ridículo que he leído en mucho tiempo, sin duda el anónimo caballero es todo un poeta. Shakespeare sentiría envidia de su romanticismo.

—Estoy segura de que nunca has leído los sonetos de Shakespeare —replicó Ruby, haciendo su aparición en el lugar.

Ninguna de las dos parecía darse cuenta de que no estaban solas.

—No, pero no puede ser mejor que esto. —Soltó otra carcajada sin importarle que Ruby le arrancara la carta que había aparecido en la habitación de ambas esa mañana.

—Si sigues riéndote así, Topacio, despertarás a toda la casa.

Esta vez era la voz de Sapphire la que retumbó en la terraza.

—No les haría nada mal madrugar de vez en cuando —objetó esta. Respiraba hondo para tranquilizarse.

Kate podía jurar que la sonrisa de esa mujer dejaría embrujado a más de uno.

—Oh. —Sapphire se percató entonces de su presencia—. Lamentamos esto. —Señaló a sus dos primas—. No sabíamos...

—Vamos, Sapphire, empezaré a pensar que no sabes decir otra palabra que no sea «lo siento». No es para tanto —dijo Topacio, y se giró a sus acompañantes—. Buenos días.

Ellos respondieron con unos murmullos, todavía extrañados por la escena.

—Tal parece que ustedes están condenados a siempre estar presentes en una de nuestras escenas —habló Ruby para dar humor a la situación.

—Una buena forma de comenzar la mañana, diría yo —opinó Kate—. ¿Desean desayunar con nosotros?

—Será un placer —respondieron las tres al unísono, y los caballeros se dispusieron a acomodar las mesas.

—Hace un día precioso —comentó Sapphire mientras llamaba a uno de los criados para que trajera más platos y comida—. Me pregunto qué actividades tendrá planeada lady Pembroke para hoy.

—Un almuerzo en el campo, una competencia de tiro para los caballeros después del almuerzo y creo que una velada musical después de la cena —respondió Ruby.

A Topacio Loughy se le iluminaron los ojos y una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

—Una competencia de tiro. Participaré —declaró, y todas las miradas se posaron en ellas. Si antes Kate había pensado que las Loughy no eran normales, ya tenía la certeza de ello.

—No puede ser. Ruby, ¿por qué has tenido que comentarlo? —la reprendió Sapphire.

—Tú preguntaste por el itinerario de hoy —se defendió a la vez que empezaba a servir la comida que acababan de traer—. Además, he aclarado que es para los caballeros.

—Tonterías —dijo Topacio—. Estoy segura de que podrán participar las damas. Es más deberíamos hacerlo las tres. Apuesto a que dejaríamos en el terreno a muchos hombres.

Las otras Loughy tuvieron la decencia de ruborizarse.

Robert se preguntó qué le estaba pasando al mundo, tenía sentadas con él a tres mujeres que sabían disparar; cuatro, si contaba a su esposa.

—Rowena nos mataría —declaró Ruby.

—Por supuesto que no.

—Sí, lo hará. Se desmayará cuando nos vea con una pistola. ¿No piensas en ella? —regañó Sapphire.

—Ella sabe que la adoramos.

—Vaya manera de demostrarlo, haciéndola quedar mal ante todos.

—Además, ¿cómo piensas explicarle que sus tres pupilas saben disparar? —preguntó Ruby.

Topacio se encogió de hombros.

—James nos enseñó.

—James nos costará la cabeza después de que Rowena se la corte a él.

—Toda dama tiene derecho a defenderse —afirmó Topacio—. Además, dudo de que después de tantos años Rowena se sorprenda con algo de lo que hacemos.

Las otras Loughy parecían estar de acuerdo, porque ninguna protestó.

—Si quieres un incentivo, Ruby, lord Aberdeen estará ahí. ¿No te gustaría tener el placer de vencerle?

Los ojos de Ruby la miraron en forma acusadora.

—Todavía no te perdono lo de anoche, Topacio. Tuve que pasarme toda la noche con él, y Sapphire no me ayudó.

La rubia puso los ojos en blanco, negándose a cargar con la culpa.

—Pues hoy tendrás la satisfacción de vencerlo, sabes que puedes.

Todos supieron el momento exacto en que Ruby Loughy claudicó.

—Está bien —aceptó, y Sapphire no podía crear lo que había oído.

—¿En verdad te has dejado convencer? Es ridículo, Ruby, no podrás vencerlo. ¡Estuvo en la guerra!

—Será divertido intentarlo.

—Es que la competencia en sí es divertida. Kate, Claire, ¿les gustaría unirse? —las invitó

Topacio.

—Topacio, estos caballeros terminarán alejando a sus mujeres de nosotras si sigues así. Brandon y Robert se miraron como reconsiderando la idea.

Topacio no hizo caso de la advertencia de su prima y se volvió a las mujeres, esperando una respuesta.

—Me temo que no sé disparar —adujo Claire, frunciendo ligeramente el ceño.

—Es sencillo. Si quiere, en el transcurso de la mañana le podemos enseñar —propuso Ruby.

—Temo, señorita Loughy, que el ruido de los disparos pueda despertar y asustar a las personas —intervino Brandon. Aunque, si lo pensaba bien, tal vez no fuera tan mala idea enseñarle a Claire a disparar, debido a la situación.

—No si nos vamos lejos —señaló Topacio.

—Preferiría mantenerme al margen, al menos por esta vez. Dudo que en una mañana se pueda enseñar a disparar bien. —Claire estaba segura de que esa era la conversación más rara en la que hubiera participado alguna vez.

—Depende del alumno —señaló Topacio—. ¿Y, usted, Katherine? ¿Se anima a aprender?

—Sé disparar, mi padre era defensor de que una mujer debe aprender a defenderse.

Las dos Loughy asintieron en conformidad.

—Pero no creo que sea buena idea participar, sería bastante escandaloso.

Y ella acababa de salir de un escándalo. Tenía uno que podía estallar en cualquier momento y, si participaba, la gente no tendría piedad, ni con ella ni con Robert.

—Creo que a alguien todavía le queda sentido común —intervino Sapphire.

—¿Te importa el escándalo? Eso sí que es una novedad —le murmuró Robert al oído para que solo ella lo escuchase.

—Lo que piense la sociedad no me interesa —afirmó Topacio—. Siempre encontrarán algo de qué hablar.

—Es verdad —concordó Ruby.

—Pero es mi deber advertirte, querida prima, que corres el riesgo de perder a tu enamorado secreto —se burló Topacio.

—Tal vez consiga uno que sí sepa poesía.

—Participaré —declaró animadamente Kate al verse demasiado tentada para resistirse.

Topacio sonrió triunfante, pero Kate notaba que esa vez, al igual que las otras, la sonrisa era fría, cínica, no llegaba a los ojos. Topacio Loughy era un ser muy misterioso.

—Todas han perdido el juicio —afirmó Sapphire.

—Vamos, Sapphire, no sea aburrida. Anímate, será divertido. Unas mujeres en una competencia de tiro, la conmoción que causará será increíble. Si la gente quiere de qué hablar, les daremos de qué hablar. A cambio, obtendremos una experiencia única —argumentó Ruby.

—Ya tenemos varias experiencias únicas.

Miró a sus dos primas y estas debieron entender el mensaje oculto, porque sonrieron.

—Otra que añadir a la lista, entonces. Nunca sobran —insistió Topacio.

Sapphire suspiró con resignación.

—Está bien.

Todas sonrieron satisfechas por haberse salido con la suya.

Después de una agradable mañana de paseo y un almuerzo al aire libre, la mayoría de los invitados estaban en el jardín trasero de la casa, preparándose para la competencia de tiro que se

realizaría en poco tiempo. Todas las damas se encontraban sentadas a una distancia prudencial para poder observar el espectáculo y apoyar a su preferido, todas menos las Loughy y Katherine, que en ese momento revisaban sus revólveres.

—Rowena no parece tan molesta como supuse en un principio que estaría —observó Sapphire, mirando de reojo a la duquesa.

—Creo que ya nada de lo que hagamos la sorprende, pero sin duda nos llevaremos una reprimenda al finalizar esto —respondió Ruby—. Solo está guardando las apariencias.

—Valdrá la pena. La expresión de lady Pembroke cuando le comentamos que queríamos participar vale cualquier reprimenda.

—Nos miraba como si nos hubiese salido otro ojo, y tengo la impresión de que mantendrá a sus hijas lo más alejadas de nosotras —añadió Kate.

—Amén —respondieron las tres al unísono, y se echaron a reír.

Debido a que la gran mayoría de los caballeros presentes quisieron participar, las reglas se organizaron de la siguiente manera: se formarían ocho grupos de cuatro personas. Cada participante de cada grupo haría sus disparos a sus respectivas dianas y el que lograra colocar la bala en el centro o lo más cerca posible de este sería el que pasaría a la siguiente ronda con los otros ganadores del siguiente grupo. Posteriormente, se formarían cuatro parejas que se enfrentarían siguiendo la misma dinámica y los cuatro concursantes restantes formarían otras dos parejas hasta que al final solo quedarán dos jugadores, que competirán por la victoria.

Lord Pembroke se encargó de formar los grupos mediante un sorteo y, por «casualidad», las cuatro mujeres quedaron en grupos distintos. A ninguna le quedó duda de que lord Pembroke había dispuesto todo para que eso sucediera, creyendo que estando cada una en un grupo con tres caballeros serían eliminadas rápidamente.

La sorpresa no pudo haber sido mayor para los espectadores y la vergüenza para los hombres cuando las cuatro mujeres demostraron su destreza y resultaron clasificadas, junto con lord Blaiford, lord Lansdow, el señor Robinson y lord Aberdeen.

Lord Aberdeen derrotó a Lansdow, mientras que Topacio se dio el mismo gusto con Brandon. Kate estuvo más que feliz de hacer lo mismo con Charles y Ruby no encontró ningún remordimiento en hacer perder a su prima.

Al final Kate se encontró compitiendo con lord Aberdeen y Topacio, con Ruby.

La mirada de complicidad que le lanzó Topacio a Kate antes de comenzar a disparar no dejó lugar a dudas. Por lo que Kate, en su posición habitual, apuntó a la diana, pero el disparo distó mucho de los suyos y quedó bastante a la derecha del centro, por lo que Aberdeen no tuvo ningún problema para ganar. Topacio hizo lo mismo y Ruby ganó, pero le dedicó una mirada a ambas que indicaba que sabía lo que había hecho.

La tensión se apoderó del ambiente cuando ambos se enfrentaron. Ruby tenía una mirada decidida en el momento en que apuntó con el revólver a la diana; con sus ojos fijos en su objetivo, disparó, y la bala quedó a menos de media pulgada del centro. Sin duda, Ruby Loughy podría matar a alguien cuando lo deseara con tan buena puntería. El tiro de Aberdeen tendría que ser perfecto para superarlo.

El rostro de Aberdeen era inexpresivo, pero claramente se leía en sus ojos que no pensaba dejarla ganar solo porque fuera una dama. En el enfrentamiento había un asunto personal de por medio, aunque Kate desconocía cuál. Aberdeen apuntó hacia la diana y, después de unos segundos de fijar la vista en su objetivo, disparó.

La bala quedó tan cerca de la de Ruby que fue imposible decir cuál era el ganador hasta que un lacayo acercó la diana; aun así, los curiosos tuvieron que acercarse para comprobar por lo

que Ruby era la ganadora.

La mirada de satisfacción de Ruby no pasó desapercibida para nadie, se podría decir que estaba a punto de dar saltos de alegría.

Se acercó a donde estaban sentadas sus primas junto con Kate, Claire, Brandon y Robert.

—No crean que no me he dado cuenta de lo que han hecho —le dijo a Kate y a Topacio.

—Tonterías —replicó Topacio—, ya me había aburrido del juego. Prefiero participar en la carrera de obstáculos a caballo mañana. Dios sabe que no hay nada que se me dé mejor que montar; además, ahí sí permiten participar a las damas.

Claire sonrió ante lo dicho.

—Me encantaría retarte en esa actividad, Topacio.

La mujer sonrió con satisfacción.

—Será un placer.

—Espero que sea buena perdedora, querida —añadió Sapphire—. No hay nadie que monte mejor a caballo que Topacio Loughy.

—Eso es porque no han visto a Claire montar —afirmó Kate—. Y como sé que la carrera la tengo perdida, no participaré.

—Una contrincante digna, entonces. Me encantan las buenas competencias. Esperaré con ansias el día de mañana y... —Lanzó una mirada furtiva hacia atrás—. Creo que es mejor desaparecer por un rato, Rowena nos mira prometiendo una buena reprimenda.

Las Loughy siguieron la mirada de Topacio y asintieron con la cabeza antes de huir.

—¡Nos vemos en la cena! —gritó Sapphire como despedida antes de desaparecer por la multitud.

Horas más tarde, Kate estaba sentada sola en una de las sillas dispuestas en el salón esperando que anunciaran la cena y preguntándose por enésima vez por qué había hecho caso a Emily y aceptado ir a esa reunión en donde estaba en esos momentos tan sola como una ostra y al borde del aburrimiento. Claire y Brandon no habían bajado aún, no tenía la menor idea de dónde se encontraba Emily y las Loughy al parecer sí habían desaparecido. Robert había ido a buscarle una limonada... ¡hacía media hora! Seguramente alguien lo había entretenido y el resultado era que estaba sola. Aunque debía admitir que era por decisión propia, pues muchas personas se le acercaron con el fin de iniciar conversación y ella los había ahuyentado a todos o había fingido ir a algún lado para deshacerse de ellos, ya que la conversación que querían iniciar no era de su agrado. Solía comenzar sobre cómo había conseguido atrapar a Robert.

Recorrió por quinta vez el salón con la vista. Lady Pembroke estaba reteniendo a un pobre caballero soltero y supuso que le decía las cualidades inexistentes de las tres hijas que estaban con ella —no sabía en dónde estaba lady Hannah—. El resto de las personas estaban divididas en grupos hablando de algo que ella desconocía.

Se iba a levantar, dispuesta a ir a buscar a Robert o a alguien con quien hablar hasta la cena, cuando oyó el crujido de la madera en el momento en que alguien se sentó en la silla al lado de ella. Volteó para ver quién era y casi resopló de fastidio.

Tenía a su lado al famoso Charles Robinson.

Capítulo 23

—¿Qué hace una dama tan bella sin compañía? —preguntó el recién llegado con una sonrisa que a Kate le pareció detestable.

El parecido con lord Blaiford era admirable, pero las diferencias resultaban evidentes apenas Charles pronunciaba palabra. Incluso su sonrisa era diferente. Brandon sonreía de una manera encantadora que había atraído a muchas mujeres cuando estaba soltero. En cambio, la de Charles parecía falsa y hasta repulsiva.

—Tal vez deseo estar sola —respondió cortante, pero el hombre no quiso o no entendió la indirecta.

—Me encantaría felicitarla, su capacidad para manejar un arma es impresionante.

Kate arqueó las cejas con sorpresa. El señor Robinson no parecía el tipo de caballero que admirara esa capacidad en una mujer, ni al que le gustaría perder contra una. Kate había supuesto que estaría molesto por lo sucedido, y le costaba creer que no fuera así.

—Mi padre me enseñó con el fin de defenderme. Todos los que deseen hacerme algo malo deberían recordarlo —respondió, y disfrazó la advertencia con una sonrisa falsa.

—Dudo que alguien desee lastimar a un ángel como usted.

—¿Por qué no nos ahorramos los halagos y me dice qué es lo que ha motivado a acercarse? Debe tener un motivo. Si le soy sincera, su presencia no me es grata.

Charles abrió los ojos con sorpresa ante el comentario, pero se recompuso rápidamente. Al parecer las cosas no resultarían tan fáciles como lo había previsto, pero tenía un objetivo en mente y lo cumpliría.

—Disculpe si la he incomodado de alguna manera, milady, le aseguro que no era mi intención. Sé que nuestro primer encuentro no fue el mejor, y le pido disculpas por ello. Me comporté de manera grosera y mi única excusa es haber quedado prendado de su belleza. Quisiera que olvidáramos ese pequeño incidente y podamos comenzar de nuevo, ser amigos.

Kate lo miró con desconfianza.

—¿Por qué? —preguntó sin tapujos.

El hombre parecía no saber qué decir.

—Bueno... es que usted es una dama bastante admirable y eso es difícil encontrarlo entre la alta sociedad. Sería una pena no conocerla mejor.

Ella se levantó y dijo:

—Si eso era todo, señor Robinson, iré a buscar a mi esposo.

Se iba a girar para irse, cuando él la interrumpió.

—Lansdow es un hombre afortunado, espero que la sepa hacer feliz. Hay muchos hombres que desearían a una mujer como usted a su lado.

Sin responder al comentario, Kate se giró y empezó a caminar hacia algún lugar lejos de ese hombre, pero la implicación lanzada al aire la había puesto a pensar. ¿Qué habría querido decir con eso? ¿Que acaso era él uno de esos que la deseaba? No, imposible, apenas lo conocía. Era muy extraño.

Sumida en sus pensamientos, no fue consciente por dónde caminaba hasta que tropezó con un duro cuerpo que, por fortuna, resultó ser el de Robert. Después de media hora había aparecido, y sin su limonada.

—¿Dónde estabas? —lo cuestionó.

—Aberdeen me entretuvo. Quería... En realidad, no sé qué quería. Supongo que sacar

conversación a alguien para evadir a la duquesa de Richmond que está decidida a casarlo con una de las Loughy. Miraba desesperadamente a todos lados como si temiera que pudiera aparecer en cualquier momento.

—Esas son las desventajas de tener título, dinero y estar soltero. No debió aparecer por aquí.

—No. En este momento, agradezco estar casado. Cambiando de tema, te vi con el señor Robinson.

—Pudiste ir a salvarme —murmuró sin pensar.

—¿Salvarte? —inquirió, ofreciéndole el brazo para ir a un lugar despejado del salón.

Ella hizo un ademán de mano para quitarle importancia al asunto.

—Olvídalo.

—¿Qué sucedió con el señor Robinson en casa de tu tía? —preguntó una vez estuvieron en un lugar apartado de oídos indiscretos.

—¿Por qué estás seguro de que sucedió algo?

—Desde la distancia se podía ver tu cara de disgusto hacia el hombre, la misma que tenías al hablar de él en el carruaje cuando regresábamos a Londres.

—Podríamos decir que tuvimos un.... incidente.

Robert arqueó una ceja, pidiendo más explicación, y Kate soltó un bufido de fastidio.

—Me confundió con una mujer que aspiraba a ser cortesana y estoy segura de que estuvo a punto de hacerme una propuesta indecorosa. Ya sé que es mi culpa por estar en un lugar donde vive una mujer de ligera reputación, pero nunca le di ningún motivo para que pensara de tal forma de mí y me parece injusto que haya hecho esa suposición.

—¿Qué quería?

—Disculparse.

O eso era lo que había decidido interpretar de la conversación.

El aviso de que la cena estaba lista la salvó de cualquier réplica por parte de Robert, pero sí pudo notar que, cuando la condujo del brazo al comedor, estaba rígido y su expresión tenía cierto indicio de rabia y duda, como si no creyera que el hombre en verdad quisiera disculparse. No lo culpaba, ella tampoco estaba segura de que esa propuesta de amistad estuviera movida por la culpa.

El resto de la noche transcurrió tranquila, si se podía definir así el ataque despiadado que hicieron lady Hannah y cada una de sus hermanas al piano después de la cena. Kate estaba convencida de que Mozart debía estar revolviéndose en su tumba al escuchar tan mala interpretación de su música, sobre todo por parte de lady Hannah, que tocó con más ahínco de lo común, como si desease impresionar a alguien. La dama había estado actuando extraña esa noche. Durante la cena pudo notar que un leve sonrojo cubría su regordete rostro y Kate tenía la certeza de que no era de rabia, ya que su ceño no estaba fruncido; además, parecía hacer mucho esfuerzo por no desviar la mirada hacia algún lugar del salón.

Luego de finalizar el ritual de tortura a los oídos, los caballeros se fueron con lord Pembroke a la biblioteca, seguramente a fumar y hablar de política, y las damas se quedaron charlando en el salón. Más adelante, todos se retiraron a descansar.

Al día siguiente, cuando bajaron a desayunar, se encontraron totalmente solos, de nuevo todos dormían hasta tarde.

Decidieron comer otra vez en la terraza. El día no estaba tan hermoso como el anterior, pero sí aceptable.

—Qué extraño que Claire no haya bajado —comentó Kate después de un rato mientras

desayunaba—. Nunca se levanta tarde.

Robert arqueó una ceja y el gesto burlón en sus ojos le indicó lo que pensaba.

—No me respondas —dijo, sintiendo cómo se ruborizaba.

Robert sonrió y Kate se lo quedó observando.

—¿Te han dicho alguna vez que eres más guapo cuando sonríes?

Cerró la boca al comprender lo que acababa de decir, ¿en verdad había dicho eso en voz alta?

Él amplió su sonrisa.

—No. Con regularidad, cuando comienzas una frase con «¿Te han dicho alguna vez...?», no sueles decir nada bueno, al menos cuando se trata de mí.

—Nunca es nada bueno, hable con quién hable —sonrió.

Robert acercó su silla a la de ella y, sujetándole el mentón, rozó sus labios con los suyos. Pretendía ser un beso corto, pero ella se acercó más y mantuvo sus labios pegados a los de él por más tiempo. No había nada de apasionado en el beso, pero resultaba agradable.

Un carraspeo rompió el silencio de la mañana y los sacó del hechizo.

Ambos se giraron para ver que Brandon y Claire habían decidido aparecer en el momento más inoportuno. Brandon sonreía y Claire lo miraba ceñuda.

—¿Te costaba mucho dar media vuelta e irnos? —le susurró Claire a su esposo.

—Si lo hubiera hecho, me habría perdido el espectáculo.

Claire negó con la cabeza, mostrando su desaprobación, y se sentó al lado de una ruborizada Kate.

—¿Qué actividades hay para hoy?

La pregunta logró aligerar el ambiente, y la conversación tomó un ritmo normal. Poco después aparecieron las Loughy, quienes se sentaron con ellos y, por primera vez, mantuvieron una conversación con todos y no solo entre ellas. Hablaron de la competencia a caballo, entre otras cosas.

Después del desayuno, Brandon y Robert desaparecieron y las Loughy, junto con Claire, la pequeña Danielle y ella fueron a dar un paseo.

—No digas nada.

Esa fue la única advertencia que le hizo Kate a su amiga cuando esta la miró con una sonrisa pícara una vez que las Loughy decidieron pasear cada una por su lado.

Ella no le hizo caso.

—Es un buen hombre y creo que te estás dando cuenta de ello. No intentes negarlo, sabes que puedes confiar en mí.

—Claro que lo sé.

—Nunca me dijiste que tu familia tenía problemas económicos.

—¿Cómo te has enterado?

—Fue por casualidad —admitió—. Se me había olvidado reprochártelo.

—¿Cómo te enteraste? —volvió a preguntar.

—Escuché cuando Andrew le comentaba a tu madre que Lansdow se negó a aceptar tu dote diciéndole que eso era lo único que obtendría de él.

—Oh

Kate sonrió al imaginar la expresión de Andrew cuando le dijeron eso. Al menos ya sabía qué había pasado con su familia, y debía admitir que la solución fue bastante buena; no se había equivocado al pensar que Robert era un hombre inteligente.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Claire—. Te estaba diciendo...

—Algo que no me interesa oír.

Claire no dijo nada más, pero la sonrisa que tuvo durante todo el día fue suficiente para hacerle saber a Kate lo que pensaba.

Poco después se le unieron los caballeros, y pasaron la mañana bajo un árbol hablando de cosas triviales.

Luego del almuerzo, Kate se encontraba en su habitación, arreglándose el sombrero para bajar a ver la competencia a caballo cuando recibió una nota.

Kate, necesito hablar urgentemente contigo antes de la competencia, pero tiene que ser en un lugar donde nadie pueda escucharnos. Oí que a media milla del jardín trasero hay una pequeña cabaña, nos vemos allí en media hora.

Atentamente, Claire

Kate frunció el ceño cuando terminó de leer. La letra era inconfundiblemente la de Claire, pero no entendía cuál podría ser el problema. Nada grave había sucedido en las últimas horas y en la mañana todo parecía estar bien.

Salió del cuarto y se dirigió hacia donde le habían indicado. Algo grave debió haber sucedido para que Claire le enviara la nota y la citara en aquel lugar alejado de los demás.

Veinte minutos después estaba frente a la cabaña indicada, y entró. Dentro no había nadie, pero decidió sentarse en una pequeña silla que estaba frente a la chimenea.

Pocos minutos más tarde, sintió unos pasos acercarse y se puso de pie.

Quien entró por la puerta no era a quien ella esperaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntaron al unísono Kate y Robert.

Antes de que alguno de los dos pudiera responder, la puerta se cerró, y aunque no hacía falta comprobación, cuando Robert intentó abrirla estaba cerrada.

—¡Emily! —gritó.

La susodicha no le hizo caso y se alejó corriendo luego de asegurarse de que la tabla que había puesto para bloquear la puerta resistiría cualquier golpe que Robert pudiera dar.

—Kate nunca me lo perdonará —afirmó Claire a Emily mientras se acomodaba en la montura del caballo un rato después.

—Claro que lo hará. Si todo sale como espero, incluso te dará las gracias —dijo segura.

—No creo... ¡Ohh, Ohh! —dijo para tranquilizar al caballo.

—¿Qué le pasa a tu caballo?

—No lo sé, está un poco inquieto desde que lo monté.

—¿Y si lo cambias?

—No creo que sea necesario. Además, ya va a comenzar la carrera. Si pido que lo cambien, solo haré que se pierda tiempo. Soy buena jinete; cuando comience la carrera, lo dominaré.

Emily no parecía muy segura, y estaba a punto de decir algo, pero Topacio Loughy apareció a su lado.

—¿Lista, Claire?

—Lista. ¡Tranquilo! —Volvió a jalar las riendas para tranquilizar al caballo.

Topacio frunció el ceño.

—Claire, creo que el caballo no está bien, deberías...

No pudo terminar, ya que en ese momento lord Pembroke dio la señal de inicio, y todos

se prepararon para avanzar. En pocos segundos todos estaban azuzando a los caballos, dando comienzo a la carrera.

Claire se inclinó sobre la montura para ganar velocidad, pero el caballo soltó un fuerte relincho y se alzó sobre sus pies. Todo lo vio borroso. Procuró mantener el equilibrio, sin embargo, el caballo se movía como si lo estuviesen atacando. No tardó mucho en sentir cómo se resbalaba de la silla para luego quedar tendida en el suelo con un golpe en la cabeza que pronto la llevó a la inconsciencia.

Capítulo 24

—Esto se está volviendo costumbre —dijo Kate mientras se sentaba en la pequeña silla donde estaba hacía unos momentos.

—Eso parece.

Robert se sentó en la silla al lado de Kate.

—No se lo perdonaré —declaró—. No le volveré a hablar en mi vida.

—Creo que Emily podría hablar por las dos.

—Me refería a Claire. Estoy aquí por su culpa. Me mandó una carta asegurando que tenía que hablar conmigo algo urgente y caí en la trampa como una tonta. ¿A ti cómo te engañaron?

—Una doncella me avisó que Emily había salido a dar un paseo a caballo antes de la competencia y que se había caído, por lo que necesitaba ayuda y no encontraban a Edward. La doncella me trajo hasta aquí y me informó que había logrado transportar a Emily hasta la cabaña para que descansara el tobillo roto hasta que alguien viniera a buscarla, lo demás ya lo sabes.

—Fue una estrategia muy hábil —opinó Kate—. Supongo que nos dejarán aquí un tiempo.

—Supones bien.

—¿Cuánto estimas que sea?

Él se encogió de hombros.

—Una hora o más.

—Genial.

Examinó el lugar con la vista. La cabaña contaba con una sola planta. En el centro de la sala había una mesa con dos sillas alrededor. Una pequeña cama estaba dispuesta al otro lado de la estancia y, frente a esta, la chimenea que tenía, convenientemente, leña a un lado. Solo esperaba que no los dejaran allí hasta la noche. En una de las paredes había una ventana demasiado pequeña para poder salir.

Kate soltó un bufido y se preparó para una larga estadía en el lugar.

—¿Qué haremos? —preguntó a Robert.

—Esperar.

—¿Y si nos dejan encerrados hasta la noche?

—Si ese era su plan, al menos pudieron haber traído comida.

Kate sonrió.

—Estoy de acuerdo.

Silencio.

—Intenta abrir la puerta —rogó ella finalmente.

—Emily debió haberse asegurado de que eso fuera imposible. Créeme, la conozco lo suficiente para saber que detalló muy bien el plan.

Kate suspiró.

—¿Cómo pasaremos el tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Hablemos —sugirió—. ¿Qué te parece si me relatas qué sucedió en casa de tu tía con Charles Robinson?

Kate soltó un resoplido de fastidio.

—Debí imaginarme que, viniendo de ti, hablar era una sugerencia bastante extraña.

—No me has respondido.

—Lo hice anoche.

—¿Nada más sucedió ese malentendido?

Ella asintió.

—¿Y? ¿Qué quería decirte ayer cuando se te acercó?

—Te lo dije, disculparse.

—¿Nada más?

—Bueno... Aseguró que quería ser mi amigo. Una propuesta bastante extraña, a mi parecer.

—Mantente alejada de él, Katherine, no es un hombre de fiar.

—Ya me lo han advertido, pero no se han molestado en decirme por qué.

Robert pensó que tal vez ese era el mejor momento para explicarlo todo, no había ningún oído indiscreto cerca. Había hablado con Brandon esa mañana después del desayuno y habían llegado a la conclusión de que era mejor informar a Katherine, no se sabía cuál podía ser el siguiente movimiento de Charles.

—¿Te acuerdas de Elizabeth? La exprometida de Brandon.

—Es difícil olvidarla, causó más problemas que Napoleón.

—Charles era su amante, y es el medio hermano de Brandon, por eso se rompió el compromiso y por eso ambos huyeron a Francia.

Kate no supo cómo logró mantener la boca cerrada. Había sido demasiado información en una frase tan corta.

—Charles no le tiene mucho aprecio a Brandon —continuó—. Si el padre de Brandon se hubiera casado con su madre en vez de con Juliane, él sería el actual conde de Blaiford, y no una persona sin título ni fortuna. Nunca perdonó a Brandon por poseer lo que debió ser de él y, si se metió con Elizabeth por venganza, puede hacer cualquier cosa.

—Es un resentimiento absurdo, ¿no crees? ¿Qué culpa tiene lord Blaiford de las decisiones de su padre?

—El rencor es ciego, nunca entiende razones. Sospechamos que la madre de Charles se encargó de fomentar ese odio.

—¿Crees que traiga problemas?

—Nunca se sabe.

—Pobre Claire, suficiente pasó con esa bruja para tener que afrontar más dificultades.

Robert curvó los labios.

—Acabas de decir que no la perdonarás y no le volverás a hablar jamás, ¿y ahora la compadeces?

—No necesito hablarle para compadecerla. Ahora bien, ¿todo este asunto qué tiene que ver conmigo?

—Solo deseaba advertirte que no te fíes de él, yo tampoco soy santo de su devoción..

—¿Qué sucedió?

—Cuando Emily debutó en sociedad, en su primera temporada nunca le faltaron pretendientes. Algunos se marcharon porque no a todos les gusta una mujer que habla mucho. Sin embargo, siempre había uno que otro cazador de dote dispuesto a hacerle la corte.

—Charles Robinson —adivinó ella.

—Así es. Por suerte, a Emily nunca le interesó, y creo que se lo dejó claro en algunas ocasiones, pero el hombre era bastante perseverante.

Kate recordó el ejemplar del libro de *Cómo alejar a un pretendiente indeseado* que había encontrado en el ático y entendió a quién iba dirigido.

—¿Y entonces?

—Recurrió a mí como último recurso y me pidió que le negara su mano cuando la fuera a pedir.

—Y no se lo tomó a bien.

—Aseguró que había sido yo el que se negaba a la relación por ser él un candidato sin título ni dinero y eso causó cierta enemistad hacia mí. Para ese entonces no sabía qué clase de hombre era, pero luego de lo sucedido con Elizabeth, agradecí el buen sentido de Emily al rechazarlo.

—¿Crees que siga molesto por eso? Han pasado muchos años.

—No lo sé. Cuando Emily se casó con Edward, que tampoco tenía título ni una fortuna considerable, lo tomó como un asunto personal.

—Solo espero que no cause problemas, todavía recuerdo todos los que originó la bruja de Elizabeth. El secuestro de Claire fue una pesadilla.

—Ahora que lo mencionas, recuerdo que cierta señorita puso en peligro su vida.

Kate cruzó los brazos alrededor del pecho y le lanzó una mirada despectiva, dándole a entender que no se arrepentía.

—Soy capaz de cuidarme sola, no me pasó nada.

—Pudiste haber muerto —le recordó con cierto tono de molestia.

—Tonterías. Sabía lo que hacía.

—¿Por qué eres tan imprudente, Katherine? ¿No tienes idea del peligro que corriste al aparecerte allí en pleno rescate?

Robert estaba alzando la voz, pero ella no se amedrentó, sino que se levantó del asiento sintiendo cómo la rabia empezaba a apoderarse de ella.

—¡Deberían recordar que gracias a mí Claire está viva!

—¡Elizabeth estuvo a punto de matarte!

Robert también se había levantado y ambos estaban solo a unos pasos de distancia.

—¡Pero no lo hizo! Y eso no debería importarte.

—Estoy seguro de que a tu padre sí le habría importado.

—¡Pero no habría sido tu responsabilidad! —gritó—. Además, si me hubiese matado en estos momentos no tendrías una esposa no deseada —espetó a la vez que se dejaba caer en la silla.

Robert soltó algo parecido a un rugido y Kate, por primera vez, pudo notarlo verdaderamente molesto. Tenía la mandíbula tensa y el ceño arrugado. Se acercó a ella como un depredador y puso los brazos a ambos lados de su cuerpo sobre la silla, encerrándola. Su mirada hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Kate y que lamentara haber abierto la boca.

—Nunca más vuelvas a decir una tontería como esa, ¿entiendes? —Su tono era suave pero no dejaba ninguna duda de que no aceptaría una negativa por respuesta, así que ella solo se atinó a asentir—. Me encantaría demostrarte qué tan deseada puedes ser.

Antes de que pudiera decir algo, la boca de él ya se había apoderado de la suya.

—¡Claire!

El grito de Brandon se interpuso entre el sonido de los cascos de caballo.

Galopó a toda velocidad hasta llegar hasta ella y desmontó con una rapidez impresionante. Lo primero que hizo fue tomarle el pulso y casi se desmaya de alivio al notar que era normal. Seguro se había desmayado por el impacto o, en el peor de los casos, se había dado

un golpe en la cabeza. Por suerte, Claire parecía tener la cabeza dura.

La tomó con mucho cuidado entre sus brazos y miró a la multitud aglomerada a su alrededor que le impedía dar algún paso.

—¡Sería más conveniente si en vez de quedarse observando, alguien fuera a buscar a un médico!

La voz autoritaria de Brandon hizo que la multitud se dispersara de inmediato, dejándole el camino libre.

—Por supuesto, lord Blaiford —dijo lord Pembroke antes de desaparecer del lugar.

Brandon caminó con paso decidido hacia la mansión con mucho cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que pudiera herir a Claire.

La mayoría de los invitados los seguían de cerca, conscientes de que la competencia a caballo había quedado suspendida temporalmente.

Aunque los demás no se dieran cuenta, Brandon podía oír los comentarios de la gente respecto al incidente. Aseguraban que lady Blaiford no debió participar si no sabía montar bien, otros incluso manifestaron que era demasiado delicada para ese tipo de actividades. Todo eso solo conseguía que la rabia de Brandon aumentara. Él conocía lo buena jinete que era su esposa, sabía que era improbable que se hubiera caído tan fácil del caballo. Lo que sucedió no podía ser un accidente.

—Estará bien, Brandon, ya lo verás —dijo Emily, que hacía un gran esfuerzo por seguirle el paso—. Tu esposa es muy terca, le advertí que cambiara de caballo. Este desde el principio se mostró muy inquieto, pero ella no me hizo caso, insistió en que podía manejarlo. Incluso la señorita Loughy intentó advertírselo, pero era muy tarde, pues en ese momento anunciaron el inicio y luego...

—Emily, ¿podrías guardar silencio?

Lo que menos necesitaba en ese momento era una cháchara interminable.

La mujer pareció comprender y calló.

—¿Dónde está Robert? —le preguntó cuando dejaron a Claire recostada en la cama a la espera del médico.

Emily se tensó.

—¡Robert! Ahora mismo iré a buscarlo. A él y a Katherine. Querrán saber lo que le pasó a Claire. No tardaré —dijo, y desapareció por la puerta, dejando solo a Brandon con Claire. Su expresión era tan desolada que cualquiera diría que estaba en un funeral.

Topacio Loughy observó cómo cada uno de los invitados se alejaba hacia la mansión para estar atento a cualquier información sobre lady Blaiford, más por el chisme que por verdadera preocupación.

Se acercó al caballo que había hecho caer a Claire y lo observó con atención.

Todavía seguía inquieto y relinchaba como si se quejara de algo. Era muy raro que un caballo domado se comportara de esa manera.

Se acercó con lentitud a él y se percató de que una gota de sangre salía debajo de la silla de montar. Con cuidado, alzó la silla y ahogó un gemido mientras intentaba calmar al caballo que había relinchado nuevamente ante la acción.

Debajo de la silla, sujeta en la parte de abajo había unas pequeñas astillas de madera. Cuando lady Blaiford se montó, estas debieron presionar la piel del caballo, molestándolo, pero cuando se inclinó en la silla seguramente se clavaron en la piel, haciendo que este protestara y

perdiera el control para liberarse del jinete que le estaba haciendo daño.

Sacó las astillas ensangrentadas de la piel de caballo y las sostuvo en una mano mientras guiaba con paciencia al reacio caballo cerca de los establos, donde los mozos estaban llevando a los otros animales, pero ella no quiso separarse de ese por el momento.

—Sapphire —llamó a su prima, que salía en ese momento del establo después de llevar ella misma a su caballo—. Trae inmediatamente a lord Blaiford aquí, dile que es urgente.

Ella frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero Topacio la interrumpió.

—Haz lo que te digo y no preguntes.

—Un «por favor» nunca está demás, Topacio —le recordó antes de irse.

—¿Necesita ayuda con ese caballo, señorita? Es peligroso, permítame que lo lleve al establo o que llame a un mozo para que lo haga.

Topacio se giró para enfrentarse a la voz masculina que resultó ser de un hombre bastante parecido a lord Blaiford. Lo había visto la noche anterior, pero desconocía su nombre.

—Agradezco su amabilidad, pero no será necesario. Yo me encargaré.

—¿Está segura? El caballo es peligroso, señorita, ya ve lo que le ha hecho a lady Blaiford. Deje que yo lo lleve.

Intentó tomar las riendas, pero Topacio se lo impidió.

—Le he dicho que puedo sola, señor. No tiendo a vanagloriarme de mis habilidades, sin embargo, cuando digo que puedo hacer algo es porque así es.

Ella le dedicó una de sus miradas más frías y Charles dudó un momento de seguir con su objetivo. No era una mujer como otras, delicada o asustadiza.

—Me temo que no me perdonaría si este caballo la dañase, señorita. Insisto en que lo mejor será que me lo lleve.

—¿Es que acaso tiene usted poca capacidad de entendimiento, señor? —dijo Topacio, provocándolo. Nada era más eficiente para deshacerse de alguien molesto que una lengua viperina—. He dicho que *yo puedo sola* —pronunció con lentitud las tres últimas palabras, como si le estuviera hablando a un niño de cinco años al que le costaba entender—. No soy ninguna débil flor y me ofende que lo insinúe.

—Yo no he...

—Debería retirarse, señor —sugirió la voz de Ruby en algún punto detrás de Topacio—. Si mi prima asegura que puede con el caballo, es porque es verdad. Créame, no le conviene contradecirla. Con el tiempo uno se da cuenta de que es misión imposible disuadirla de una idea.

Por el rostro de Charles pasó una expresión de furia, pero fue tan fugaz que las Loughy creyeron habérsela imaginado. En cambio, inclinó la cabeza y se fue.

—¿Qué sucede, Topacio? —preguntó Ruby, acercándose.

—Pronto lo sabrás.

Posó su mirada en lord Blaiford, que caminaba hacia ella con prisas y expresión de fastidio.

—Señorita Loughy, espero que de verdad sea importante. El médico está a punto de llegar y me gustaría estar ahí cuando vea a Claire.

Como toda respuesta, Topacio abrió la mano en donde tenía las astillas y, después de asegurarse de que no había ningún chismoso a los alrededores, alzó la montura del caballo y señaló las heridas de su lomo.

A Brandon no le tomó mucho tiempo unir los cabos y soltó un gruñido ante la comprobación de lo imaginado. Alguien había intentado hacerle daño a Claire, y en ese momento

solo tenía un sospechoso en mente.

Capítulo 25

Robert se apoderó de la boca de Kate con urgencia. Nada de lo que había dicho ella desde que la conocía había sido tan insensato y estúpido como esa simple frase. «Si me hubiesen matado, en estos momentos no tendrías una esposa no deseada». ¿Cómo podía creer que él hubiera preferido su muerte a estar casado con ella? ¿Acaso no había viajado tres tediosos días en carruaje para encontrarla cuando se le había ocurrido la tontería de escaparse? Sí, no había tenido en mente casarse tan pronto, pero Dios sabía que no se arrepentía de haberlo hecho con Katherine. Desde la primera vez que la vio, supo que era una mujer diferente a las demás, que era especial. Ella le causaba más de un dolor de cabeza, pero no se arrepentía de haberse casado con ella y jamás lo haría, aunque no podía decir el porqué. Muchos hombres no habrían tolerado el carácter de Katherine en una esposa, pero él no solo la toleraba, sino que le gustaba. Por supuesto, jamás se lo diría.

La besó con una pasión salvaje, como si así pudiera borrarle esa absurda idea de la cabeza. La levantó de la silla y la apretó contra su cuerpo para sentirla cerca.

Kate se encontró respondiendo al beso y entregándose tan rápido como las otras veces. Era difícil resistirse a él cuando sus cuerpos se tocaban. A veces, pensaba que estos habían nacido para estar juntos y por eso disfrutaban tanto del contacto.

Se apretó más a su cuerpo y se dejó llevar por la pasión. Robert la condujo hasta la pequeña cama de la esquina y se recostaron en ella. Le alzó la falda del vestido y le acarició el muslo mientras alzaba su rodilla para colocar su pierna alrededor de su cadera.

Kate gimió cuando sintió una de sus manos en su pierna mientras la otra bajaba el corpiño para acariciarle un seno. Los labios de él estaban en su cuello y Kate creía estar a punto de explotar. Alzó las manos para sentir el duro pecho y se encontró con que había mucha ropa para su gusto. Con dedos torpes empezó a desabrochar los botones de chaleco, y cuando vio que era demasiado esfuerzo deshacerse de la camisa, metió las manos debajo de ella para acariciar el musculoso torso. Lo sintió gemir, y vio cómo bajaba su mano hasta el botón de sus pantalones. Estaba a punto de desabrocharlo cuando un grito ahogado proveniente de la puerta los despojó de cualquier rastro de pasión.

Kate sintió que se enrojecía desde la cabeza a los pies y escondió la cabeza en el hombro de Robert. Se estaba volviendo costumbre la interrupción en momentos como esos.

Él respiró hondo unas cuantas veces y se giró para enfrentar a Emily, que había tenido la decencia de mirar hacia algún punto en la chimenea.

—Estaba seguro de que, si te molestaste en urdir un plan para encerrarnos, por lo menos ibas a tardar más tiempo en regresar —dijo al tiempo que se incorporaba y ayudaba a Kate a hacer lo mismo. Esta de inmediato intentó arreglarse lo mejor que pudo el vestido, pero no logró hacer nada con el desordenado cabello.

Emily se ruborizó y, por primera vez en la vida, se quedó sin palabras.

—Yo... eh... —Dio un respingo cuando recordó por qué había ido—. Brandon me ha pedido buscarlos, Claire se ha caído del caballo. Cuando me fui aún estaba inconsciente, no sé si ya habrá llegado el doctor.

—¿Cómo que se ha caído? —preguntó Kate preocupada—. Eso es imposible.

—Quizás «caer» no sea la mejor palabra para explicarlo. Digamos que el caballo la ha tirado. Estaba muy inquieto desde el principio. Yo le dije que lo cambiara, pero...

Emily calló cuando se dio cuenta de que Kate ya había salido del lugar.

—Tenemos una conversación pendiente, Emily —advirtió Robert antes de salir él también.

—Espero que para darme las gracias —murmuró, a sabiendas de que ya nadie la oía.

Cuando iban pasando por los establos, se detuvieron al ver a Brandon junto al caballo que había tirado a Claire. El conde paseaba de un lado a otro tan furioso como una fiera enjaulada.

—Lo mataré —juró con un tono de voz que helaba la sangre a cualquiera que pasara por el camino.

Las Loughy, que estaban a varios pasos de él, lo miraban con algo de temor ; excepto Topacio que, más bien, parecía fastidiada. Ninguno se había percatado aún de que ellos se acercaban.

—¡Deje de caminar así, me está mareando! —exclamó —. Dudo que alguien pueda pensar realmente en algo mientras va de un lado a otro.

Brandon se giró hacia ella con la rabia presente en la mirada.

—¿Cómo quiere que esté tranquilo cuando mi esposa pudo haber sido asesinada?! Topacio alzó el mentón y lo fulminó con la mirada.

—No me grite, que yo no soy la causante de su rabia —respondió con helada calma—. Le sugiero que se ocupe de averiguar quién fue para que pueda matarlo, como tanto dice que hará. —Al ver que ellos se acercaban, hizo una leve inclinación de cabeza a modo de despedida, y se fue con sus primas siguiéndole los pasos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Robert.

—¿Cómo está Claire? —intervino Kate.

—Ella está bien, o eso espero. El médico no debe tardar en llegar, pero su pulso está estable, y con eso me conformo por el momento. Emily, por favor, ve a esperar al médico y avísame cuando haya llegado. —Ella asintió y se fue—. Intentaron matarla —dijo una vez que la mujer se perdió de vista.

Kate palideció y ahogó una exclamación.

—Estas astillas fueron encontradas debajo de la montura. Cuando Claire se inclinó en ella, lastimaron la piel del caballo y este la lanzó en protesta —explicó, y se las mostró.

—¡No! —exclamó Kate—. Pero ¿quién querría...?

No terminó la frase, la respuesta llegó rápido a su mente.

Brandon asintió y la rabia que lo había dominado un momento antes volvió.

—Lo mataré, lo juro.

—Y será bastante interesante ver cómo te cuelgan a ti por ello —espetó Robert con frialdad—. Necesitamos pruebas.

—Para mí es suficiente —aseguró Brandon.

—Para la justicia, no.

—El mozo que ensilló el caballo aseguró que todo estaba en orden cuando sacó al animal. Soy consciente de que no admitiría lo contrario, pero el hombre parecía sincero y nadie notó nada fuera de lo común. Para mí está más que claro quién es el culpable. Debió aprovechar algún momento de distracción de Claire para colocar las astillas.

—Pero ¿por qué se arriesgaría a hacer algo tan estúpido sabiendo que las sospechas recaerían en él? —replicó Kate.

—No le importa que sospechemos de él, sino que no haya nada que lo delate. Me atrevería a decir que quiere que sepamos que es el culpable, eso satisfaría su deseo de venganza.

—Deberíamos regresar a casa apenas Claire esté bien. Allí estará más segura —dijo Brandon, y se dirigió a la casa, pues Emily apareció a la vista haciendo señas de que el médico

había llegado.

Para alivio de todos, el doctor aseguró que el golpe en la cabeza no era grave. Sin embargo, Claire tenía un tobillo torcido, por lo que no podría moverlo más de lo necesario en los próximos días y no era recomendable viajar aún. Brandon apenas se contuvo para no soltar una sarta de maldiciones en frente del doctor.

Decidieron no decirle a Claire lo que en verdad había ocurrido, al menos mientras siguieran en esa casa. No querían preocuparla confesándole que se tendrían que quedar el resto de la semana en el mismo lugar en el que estaba el hombre que había intentado asesinarla. Se preocuparía, no tanto por ella como por su hija. Insistiría en marcharse, y sería perjudicial para su salud.

—Por lo menos tienes la cabeza dura —le dijo Kate, que estaba sentada en una esquina de la cama.

—Supongo que debo tomar eso como un consuelo —respondió Claire echando una mirada de fastidio al pie apoyado sobre la almohada.

—Lo es, pudo haber sido peor. Debiste hacer caso cuando Emily te dijo que cambiaras de caballo —la reprendió Brandon.

—Es demasiado terca —apoyó Emily en una esquina de la habitación.

—¿Por qué crees que tiene la cabeza dura? —dijo Kate, y todos soltaron una pequeña carcajada.

Claire bostezó.

—El láudano debe estar empezando a hacer efecto —comentó Brandon.

En pocos minutos Claire estaba totalmente dormida.

Brandon suspiró con pesar y se acercó a la ventana. Echó una mirada hacia la cuna donde dormía Danielle, miró a su hija con una leve sonrisa cariñosa y luego perdió la vista en el paisaje que podía admirar a través del vidrio.

Toda la habitación se quedó en silencio por un largo rato, después Brandon se alejó bruscamente de la ventana y se dirigió hacia la puerta.

—Ya regreso —dijo, y salió deprisa.

Todos se miraron desconcertados. Robert se acercó a la ventana, vio un momento por ella y luego se alejó también con dirección a la puerta.

—¿Y tú a dónde vas? —preguntó Emily.

—Tengo que atender unos asuntos.

Salió de la habitación, no sin antes de que Kate pudiera verlo articular: «y evitar un asesinato».

Brandon caminó con zancadas largas y silenciosas por la arboleda sin perder de vista a su objetivo, que todavía no reparaba en su presencia.

Cuando estuvo seguro de que estaban los suficientemente lejos de la casa para que nadie los escuchara ni interrumpiera, aceleró el pasó, lo que atrajo la atención de Charles, que volteó y le costó mucho disimular la sorpresa que le causó verlo ahí, pero se repuso y le dedicó una de sus sonrisas cínicas.

—Brandon, qué gusto verte. No hemos cruzado palabra desde que nos reencontramos. ¿Deseas hablar?

Brandon estrelló sin previo aviso sus nudillos en el pómulos de Charles y, sin darle tiempo a reaccionar, lo agarró por la solapa de la camisa y lo empujó contra un árbol.

—¡Malnacido! Juro que pagarás por lo que le hiciste a Claire.

El canalla tuvo la audacia de sonreír, aunque se le hacía difícil con las manos de Brandon

apretándole el cuello.

—¿Cómo está tu esposa? Sin duda fue desafortunado su incidente.

—Tú lo provocaste —lo acusó.

—No sé de qué hablas.

Brandon apretó más la mano en el cuello y Charles empezó a respirar con dificultad.

—Te mataré.

—Y tú irás a la horca. Sería interesante; al final el título pasará a algún pariente lejano, ya que ni siquiera tienes un hijo varón. —Intentó reír, pero la presión en su cuello solo consiguió que tosiera.

—Los muertos no hablan —argumentó Brandon.

—Brandon, suéltalo, no vale la pena. No por el momento —dijo Robert, detrás de él.

—Si lo dejas ir, seguirá causando problemas.

—Y tú serás juzgado por asesinato.

—No si no hay ningún testigo.

—Estoy seguro de que algún lacayo debió ver cómo me seguías. No te salvarás, querido hermano —se burló.

Brandon apretó aún más la mano y Charles comenzó a ponerse morado.

—¡Brandon, suéltalo ya! —ordenó Lansdow—. ¿Acaso quieres dejar a tu esposa viuda y a tu hija, huérfana de padre?

Brandon respiró hondo y lo soltó tras unos segundos. Charles inhaló una gran bocanada de aire.

—Si a Claire le vuelve a pasar algo, te juro que no te salvarás.

Le dio otro puñetazo para reafirmar su advertencia. Charles cayó al suelo.

Brandon se dio media vuelta, y se fue sin mirar atrás.

—Supongo que debo agradecerte mi vida, Lansdow —dijo antes de que Robert se fuera—. Pero no lo haré. Lo que sí haré es felicitarte por tu reciente matrimonio, tu esposa es muy hermosa.

Robert le dedicó una mirada helada.

—Te lo diré una sola vez, Robinson: no te acerques a ella.

Él sonrió mientras intentaba incorporarse.

—Una petición difícil, Lansdow. Es una mujer muy hermosa, cualquier hombre desearía tenerla cerca y poder disfrutar de sus...

El puño de Robert se estrelló contra su mandíbula antes de que pudiera terminar la frase, devolviéndole de nuevo al suelo.

—Cuida lo que dices, Robinson, o tal vez sea yo el que termine en un juicio por asesinato.

Se giró para irse, pero después de unos cuantos pasos se volvió hacia él.

—Se te está poniendo el ojo morado. Esos salteadores de camino que te atacaron cuando regresabas del pueblo fueron bastante crueles contigo, pero tienes suerte de seguir vivo.

La amenaza implícita en su voz no dejaba lugar a dudas de lo que quería decir.

Se alejó, dejando a Charles en el suelo frotándose la cara.

Charles maldijo por lo bajo mientras se levantaba. Las cosas no les estaban saliendo bien. A pesar de que le regocijaba saber que su hermano lo veía como un problema, lo ideal hubiera sido que nadie se enterara de que lo del caballo fue provocado. Estaba seguro de que había sido la entrometida señorita que no le había querido dar el caballo la que lo había descubierto, por lo tendría que andarse con cuidado ahora. Además, enamorar a lady Lansdow iba a resultar más

complicado de lo esperado. Lo único que le estaba saliendo bien era el cortejo a lady Hannah; la muy tonta ya debía estar enamorada de él, y solo habían hablado unas cuantas veces.

Se negó a dejarse vencer. Obtendría su venganza, aunque fuera lo último que hiciera.

Capítulo 26

Después de la cena, Kate se encontró en una de las esquinas del salón observando con el ceño fruncido cómo lady Murray, que había enviudado hacía aproximadamente un año, coqueteaba sin ningún pudor con su marido.

Tendría que aprender a no mandar a Robert por una limonada cada vez que el ambiente se tornaba incómodo para los dos. Cuando iba de camino a buscarla, la mujer se le atravesó en el camino y no había hecho ningún esfuerzo por disimular su coquetería a pesar de que debía saber que Kate los estaba viendo.

Sintió una punzada de algo recorriéndole el cuerpo. ¿Celos? No. Ella no tenía motivo para estar celosa, tenía la certeza de que Robert jamás la engañaría, él era un hombre honorable. Sin embargo, no podía librarse del sentimiento que le estaba recorriendo el cuerpo desde que esa bruja se le había atravesado en el camino.

—Katherine, cambia esa cara, cualquiera que te viera pensará que acabas de chuparte un limón.

Neutralizó el semblante y le ofreció una sonrisa algo forzada a Topacio.

—Es verdad, no sé qué me pasa hoy.

Topacio mostró una de sus frías sonrisas.

—Yo sí. —Echó una mirada hacia donde estaba Robert, que aún no se podía librar de lady Murray, y luego se volvió hacia Kate—. Esa mujer no pierde el tiempo. Debe estar buscando un amante ocasional y ha puesto los ojos en tu marido.

Kate volvió a fruncir el ceño.

—Y, por lo que veo —lanzó otra mirada a la mujer que parecía simular quitar una pelusa del abrigo de Robert mientras este se deshacía sutilmente de la mano—, no piensa descansar hasta llevárselo a la cama. Yo que tú, querida, me preparo para dormir sola.

Kate la fulminó con la mirada.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una lengua bastante afilada? Ni siquiera se supone que deberías saber esas cosas, estás soltera.

Topacio volvió a sonreír.

—Me lo han dicho varias veces. Afilada, viperina, venenosa, llámala como quieras, pero no por eso deja de decir la verdad.

Kate abrió la boca para replicar, pero la cerró. Topacio no mentía; después de todo, la mujer no descansaría hasta conseguir su objetivo, pero Robert no caería, ¿verdad? No, por supuesto que no. Sin embargo, no podía permanecer más tiempo allí, mirando cómo la mujer se comía con los ojos a su marido. Robert agradecería su intervención, o al menos eso esperaba.

—Si me disculpas, Topacio, tengo que atender ciertos asuntos.

Ella sonrió y asintió en respuesta.

—Me sorprende, señorita Loughy —comentó Emily, que apareció de repente a su lado—. Su capacidad de manipulación es impresionante.

—Es uno de los mejores halagos que me han hecho, señora Hamilton, aunque está fuera de lugar.

Emily sonrió.

—No lo creo, y le agradezco haberme ahorrado el trabajo. A mí se me habría hecho más difícil convencer a Kate de que fuera hacia ellos. Es usted una persona muy amable.

—Baje la voz, señora Hamilton, o la gente o bien se lo puede creer, o pensarán que usted

se ha vuelto loca. Esto que ha visto solo ha sido un pequeño acto de bondad hacia Katherine, que me agrada, pero no crea que soy amable o agradable. Tengo una reputación que cuidar.

—Como usted diga, señorita Loughy —concedió Emily sonriendo, y se alejó para unirse al grupo donde estaba su marido.

—Lady Murray, qué placer verla por aquí. Llegó hoy, ¿verdad? Acepte mis condolencias por la muerte de su marido, a pesar de que ya haya pasado cierto tiempo. Creo que nunca tuve tiempo de dárselas.

La fugaz expresión de disgusto que pasó por el rostro de la mujer no le pasó desapercibida a Kate, a pesar de que se apresuró a ocultarla con una falsa sonrisa.

—Y usted acepte mis felicitaciones por su reciente matrimonio. Fue toda una sorpresa, debo decir, y bastante apresurado. —La repasó de arriba abajo, y se detuvo por una décima de segundo en su vientre. Kate no le pasó desapercibida la insinuación.

—Pues...

—Si nos disculpa, lady Murray, vamos a saludar a unos conocidos que también llegaron hoy —intervino Robert, previniendo la posible disputa verbal entre las mujeres.

La dama pareció a punto de discutir, pero guardó silencio y se apartó del camino para dejarlos pasar. No valía la pena retenerlo si su esposa estaba allí. Aun así, no se abstuvo de decir:

—Piense en lo que le dije, milord.

Kate no necesitaba preguntar qué le había dicho. Tuvo que respirar hondo varias veces para no decirle a esa bruja unas cuantas verdades.

—No volveré a aceptar que me traigas ninguna limonada —comentó Kate cuando estuvieron en un rincón alejado del salón, lejos de los ojos de la gente.

—La mujer me interceptó.

—Me he dado cuenta —comentó ella con desdén—. Me atrevería a decir que se te lanzó encima. ¿No tiene moral? No, no me respondas, todos saben la respuesta.

Robert sonrió.

—Pareces una mujer celosa.

—Tonterías —replicó más rápido de lo debido—. Solo que esa mujer me cae mal, es una ofrecida.

La música del piano empezó a sonar en el salón en forma de vals, y las parejas empezaron a acercarse a la pista de baile.

Robert le tendió la mano.

—¿Bailamos?

—Creí que no te gustaba hacerlo —comentó mientras aceptaba su mano.

—¿Qué te ha dado esa impresión?

—Nunca te he visto bailar.

—Tal vez porque solo vale la pena hacerlo con la pareja adecuada.

Kate no supo cómo responder a eso, así que optó por el silencio.

Se colocaron en posición y bailaron al son de la música, colándose entre las parejas.

Kate debía admitir que Robert resultó ser un excelente bailarín y hacían una buena pareja. Se movían en la pista con tanta gracia y soltura que todos lo notaban.

Ya que estaba admitiendo cosas, también debía aceptar que sí habían sido celos los que sintió cuando vio a lady Murray hablar con Robert, pero se dijo que era solo porque él era su marido, y si ella pensaba respetarlo, él debería hacer lo mismo.

El ambiente, por primera vez desde que había llegado, estaba tranquilo. Parejas por todos lados bailaban al ritmo de la música, la mayoría sonreía y desbordaba una alegría contagiosa. Sentía como si flotase en una nube y, cuando alzó la vista para mirar a Robert a los ojos, pareció como si en verdad estuviera en el cielo, esta vez viendo dos hermosas lunas grises. Todo se vio perfecto entonces, incluso su pareja se lo parecía.

Para su desilusión, la música terminó poco después y, en pocos minutos, se vieron de nuevo en grupos separados.

Media hora más tarde, mientras la mayoría de las parejas bailaban un minué, Kate decidió salir a la terraza a tomar un poco de aire.

Cuando estaba afuera, alzó la cabeza para ver el cielo, y al observar la luna no pudo evitar que su mente la comparara con los ojos de Robert, brillantes; reservada pero hermosa, igual que todo él... Se sobresaltó al ser consciente de sus pensamientos. ¿Cuándo había empezado a verlo de esa forma?

—Hermosa noche, ¿no cree?

La reconocida voz rompió tanto sus pensamientos como la magia del lugar. Se giró para enfrentarlo. La poca luz de las velas le permitió percatarse de su ojo morado, el enrojecimiento de una de las mejillas y una herida en el labio. Kate no necesitó pensar mucho para saber cómo se lo había hecho. O quién se lo había hecho.

—Hasta ahora lo era —respondió Kate sin importarle la cortesía. Ese hombre había intentado matar a su amiga, no se merecía ni que le dirigiera la palabra.

Cuando él arqueó una ceja para que le explicara lo dicho, ella dijo:

—¿Le puedo pedir un favor señor, Robinson?

—Por supuesto, querida.

—Lárguese.

Charles abrió los ojos con sorpresa.

—¿Perdón?

—Me ha escuchado bien. Lárguese.

—¿Puedo saber por qué esa actitud hacia mí, lady Lansdow?

—No me es grata su presencia —se limitó a responder. Prefería no darle a entender que ella lo sabía todo, aunque él ya debía sospecharlo.

—¿Puedo saber por qué?

—Creo que ya sabe. Por lo que sucedió en casa de madame Charlotte, por supuesto.

Al hombre le regresó el color.

—Vuelvo a darle mis disculpas por ese malentendido, milady. Hablé en serio cuando le propuse que fuéramos amigos.

—Quizás le sorprenda saber que soy muy rencorosa, señor.

—Una mujer tan bella como usted no debería serlo. Tiene cara de ángel, y los ángeles son piadosos.

—Yo no.

—Le vuelvo a explicar lo que sucedió: en aquel momento, quedé prendado de su belleza. ¿Cree en el amor a primera vista?

—Si fue amor, señor, sus insinuaciones estaban lejos de demostrarlo. Cuando se ama, ¿no se respeta?

—Fui imprudente, lo sé, pero mi cerebro no piensa bien cuando la estoy viendo.

—Ya me estoy dando cuenta.

—¿Me permite este baile, milady? —preguntó al ver que comenzaban a tocar otra danza.

—No.

—Por favor. —La tomó del brazo—. Estoy seguro de que si nos conocemos...

—Suélteme —le ordenó mirando a los lados, para asegurarse de que no había nadie cerca.

—Milady, en verdad yo...

—Señor Robinson, tengo la mano en mi ridículo, en el cual siempre cargo una pistola. Estoy segura de que este no sería un lugar idóneo para un disparo, pero me encantaría saber cómo explicaría un golpe en su cabeza.

Él la soltó de inmediato y casi se le desencaja la mandíbula del asombro.

—No está hablando en serio.

Antes de que Kate pudiera replicar, una nueva voz se sumó a la conversación.

—Robinson, qué agradable noche, ¿no cree?

Charles dio un paso hacia atrás y se enfrentó a Robert.

—Efectivamente.

—Escuché lo de su asalto, ¡cómo lo lamento! Si me permite un consejo, no transite por lugares peligrosos, de esos que todos le recomiendan no recorrer.

La amenaza no pasó desapercibida a nadie y mucho menos a Charles, que tras hacer una pequeña reverencia, se marchó sin responder.

—¿Qué quería? —le preguntó a Kate.

—Hacerme perder el tiempo con estupideces.

—¿Y eso merecía un golpe en la cabeza con la pistola? —preguntó enarcando una ceja.

—¿Cuánto escuchaste?

—Llegué en esa parte.

—Digamos que tenía especial interés en que bailara con él para conocernos mejor. ¿Qué querrá conmigo?

La mirada de Robert se oscureció hasta el punto que a Kate no le quedaba duda de que estaba molesto.

—Mantente alejada de ese hombre, Katherine.

—No fui yo quien le pidió que me siguiera hasta aquí.

—Lo sé, pero intenta evitarlo lo más que puedas, y no te quedes sola con él.

—No necesitas decírmelo. Intentó matar a mi mejor amiga, creo que con eso es suficiente para mantenerme alejada.

Él asintió.

—Es lo mejor, puede intentar hacerte daño a ti también y... Por primera vez en tu vida, acepta un consejo antes de decir que puedes cuidarte sola.

Ella asintió, pero no pudo resistirse a replicar:

—Puedo cuidarme sola.

Ella sonrió y Robert no supo si echarse a reír o ponerse a gritar.

—Prométeme que no harás nada que pueda poner tu vida en peligro, como la estupidez que hiciste en el rescate de Claire.

—Pero...

—Prométemelo —insistió.

—Te lo prometo —cedió de mala gana—. Pero no fue una estupidez.

—¡Y volvemos a lo mismo! —dijo pasándose una mano por los castaños cabellos—. Por ahora me conformaré con la promesa. ¿Regresamos? —Señaló la entrada del salón.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero quedarme aquí un rato.

—Te acompaño, entonces.

—Creo que será inútil decirte que no, la última vez lo fue.

—Esta vez no hay nada que perder.

—No, supongo que no. —dijo en un tono de voz un tanto melancólico.

Pasaron unos minutos en silencio, mirando a la nada. El ruido del salón no parecía llegar a ellos, o al menos a Kate. Sentía que estaba rodeada de silencio.

—¿Eres infeliz, Katherine? —le preguntó Robert de improvisto.

La pregunta la cogió por sorpresa y, por ende, tardó un momento en responder. ¿Lo era? Todos sus planes se habían ido por la borda, jamás encontraría al amor de su vida, pero ¿acaso era infeliz? Se giró hacia él y lo miró a los ojos mientras negaba con la cabeza.

—No, no lo soy.

Él se acercó un poco más.

—¿Me lo dirías si lo fueras?

Ella sonrió débilmente.

—A estas alturas deberías saber que no suelo guardarme lo que pienso o siento.

Él se acercó un poco más hasta que sus rostros estuvieron solo a unos centímetros de distancia.

—Es más —añadió Kate con una sonrisa pícara—, ya ni siquiera me desagradas.

Él soltó una pequeña risa y se inclinó para rozar con suavidad sus labios.

Kate le pasó los brazos por los hombros y se colocó de puntillas para recibir mejor el beso.

—¿Y tú, Robert? ¿Eres infeliz conmigo como esposa?

Aunque no había pensado mucho en el asunto, la duda se le había instalado en la mente desde hacía tiempo. Ella había perdido toda esperanza de cumplir sus sueños, pero él también había sido obligado a casarse, y Kate estaba segura de que ella tampoco entraba en la categoría de esposa ideal que él hubiera tenido.

Robert frunció ligeramente el ceño por unos segundos, como si no entendiera la pregunta, y luego curvó una de las comisuras de la boca en una pequeña sonrisa.

—Terminé casado con una mujer imprudente, impulsiva e inmadura —calló un momento, como si analizara la situación—. Creo que podía haber sido peor.

Kate reconoció la provocación, y se disponía a replicar cuando la boca de él tomó nuevamente posesión de la suya, silenciando cualquier propuesta. Pensó que al menos tenía sentido del humor.

—¿Qué te parece si mejor continuamos en el cuarto lo que Emily interrumpió? —le susurró él en el oído.

Kate se sonrojó al recordar la vergonzosa situación en que habían sido descubiertos, pero se las ingenió para decir.

—¿Tan rápido desea retirarse, milord? —Formó en sus labios una sonrisa encantadora e inocente—. La velada está muy agradable.

Él también sonrió.

—Tengo en mente algo más interesante, milady. ¿Desea acompañarme?

Ella fingió pensarlo.

—Está bien.

Con discreción, se escabulleron del salón hasta llegar a la habitación donde Kate pensó que, a pesar de que no haber encontrado al amor de su vida, no creía que su cuerpo se amoldara a

otro mejor que al de Robert.

Ninguno de los dos fue infeliz por un buen rato.

Capítulo 27

Al día siguiente, después de otro desayuno a solas, Kate y Robert decidieron dar un paseo como todas las mañanas aprovechando el buen tiempo que surgió después de una noche de tormenta. La única excepción fue que esta vez estaban solos.

Mientras recorría con la vista los rosales del jardín principal de lady Pembroke, Kate se giró hacia Robert y comentó:

—¿Sabías que tus jardines están hechos un desastre?

Él asintió.

—Nadie le pone una mano encima desde que mi madre murió. A Emily nunca le entusiasmó la jardinería.

—A mí tampoco se me da bien —admitió—, pero sé que están horribles. Deberías contratar a un jardinero.

—Lo dejo a tu cargo —respondió aburrido.

Caminaron un rato más en silencio. Debido a que durante la noche había llovido, en el camino encontraron cierta cantidad de charcos en aquellos lugares donde la grama era escasa, por lo que anduvieron con cuidado.

Unos ladridos los alertaron pocos minutos después de que ya no estaban solos. Kate se giró hacia el lugar de donde provenían los ruidos y fulminó con la mirada al pequeño ratón de lady Hannah.

—¡Ese! —Señaló al animal—. Ese fue el perro que arruinó mi mejor vestido hace dos años. Me odia, se le ve en la cara, mira.

Robert miró al animal y luego volvió la vista hacia Kate.

—Por supuesto —dijo, pero ella sabía que lo consideraba absurdo.

Como para demostrar que ella no mentía, el animal se abalanzó hacia la joven soltando pequeños ladridos. Kate soltó un chillido no muy diferente al del perro y retrocedió al ver que el animal se acercaba. Cuando vio que no pensaba detenerse, se alzó la falda, dispuesta a echar a correr, pero en el proceso, estas se enredaron y terminó cayendo en uno de los charcos.

—¡Oh, no puede ser! —exclamó.

El perro se acercó hacia donde estaba ella, la miró por unos segundos, y luego se alejó como si ya hubiera cumplido su objetivo.

Kate empezó a soltar una serie de improperios, y se detuvo solo cuando escuchó la carcajada de Robert.

—¿Qué te parece tan gracioso?! —preguntó indignada mientras veía su vestido de muselina azul manchado de barro.

—¿Es necesario responder?

Ella soltó otra maldición, seguida de un gruñido de frustración, para luego volverse otra vez hacia él.

—Por lo menos ayúdame a levantarme.

Él se inclinó para tenderle la mano y Kate la tomó, pero antes de que él pudiera alzarla, ella lo empujó hacia adelante y con un pie le dio un golpe en el tobillo para hacerlo perder el equilibrio y que terminara también en el barro.

Él le lanzó su mirada más amenazadora, pero la joven no se intimidó, solo sonrió.

—No es tan divertido ahora, ¿cierto?

—Eres una mujer vengativa —afirmó, y ella asintió.

Él se levantó y luego la ayudó a hacer lo mismo. Debían presentar una imagen formidable los marqueses de Lansdown con la ropa, la cara y parte del cabello salpicado de barro.

—Me gustaría saber qué explicación daremos si alguien nos ve así —comentó Robert mientras emprendían el camino de regreso a casa.

Ella se encogió de hombros y soltó una pequeña risita al ver su aspecto.

—Seguramente todos siguen durmiendo.

—¿Incluso las señoritas Loughy?

Kate lo pensó un momento.

—Entraremos por la cocina —decidió—. Confío en que los criados de Lady Pembroke sean discretos.

—Trabajan para lady Pembroke, ¿en verdad lo crees?

—Está bien. Entraremos por el salón rogando no encontrarnos a nadie del servicio ni de los invitados.

La fortuna les sonrió y no hallaron a nadie hasta el camino a su habitación, donde de inmediato mandaron a pedir un baño.

Luego de verse librados del barro, fueron a visitar a Claire.

La escena que encontraron en el cuarto fue conmovedora. Recostada en la cama con el pie reposando en una almohada, Claire tenía a Danielle en brazos y jugaba con ella. Brandon estaba a su lado haciendo reír a la pequeña. Era una escena de amor familiar. Kate se preguntó si podría tener alguna vez algo parecido. Hijos sí podría tener, e incluso era posible que llevara uno en el vientre. Esa idea la hizo sentir extraña. Un hijo de Robert y ella. La idea no le desagradó en absoluto, al contrario. Sin embargo, ¿podría tener algo parecido a lo que veía en esos momentos?

Hablaron de cosas sin importancia por el resto de la mañana hasta que llegó la hora de servir el almuerzo; Kate no quería irse, pero Claire insistió en que bajaran. Cuando salieron de la habitación, Brandon los acompañó y le informó de sus planes. Había decidido contratar a un agente de Bow Street para que vigilara discretamente a Charles y estuviera pendiente de todos sus movimientos, con el fin de atraparlo ante el mínimo error que cometiera. Por otro lado, también contraría a otros agentes para que vigilaran y cuidaran su casa y a Claire cuando saliera mientras todo ese asunto se solucionaba.

Brandon no creía que Charles fuera tan tonto para intentar otro intento de asesinato sabiendo que ya andaban tras sus pasos, pero era mejor prevenir. Si tenían suerte, haría algo que provocara mandarlo a prisión y, por ende, una deportación a algún lugar que Brandon conseguiría con ciertas influencias. Sin embargo, si terminaba en la prisión de deudores, mejor para él; de ahí no saldría hasta que pagara la deuda, y estaba seguro de que sus «hermanos» no harían nada para sacarlo de ahí a pesar del escándalo que eso pudiera suponer, pues tenía entendido que no se la llevaban muy bien con Charles.

Ese día y los siguientes transcurrieron con notable calma. Habían tenido que soportar un baile más, juegos de charadas, cartas, la competencia a caballo que no se había dado por el incidente de Claire, y otras tantas actividades destinadas a entretener a los invitados, además de aguantar un último concierto de las hijas de lady Pembroke; pero, considerando los acontecimientos de los días anteriores, se podían decir que fueron días tranquilos.

Claire había mejorado y estaba lista para viajar, aunque tendrían que hacerlo lento para que su pie no sufriera por los traqueteos del camino.

El último día, Kate estaba sentada en una silla frente al tocador, mientras Anne terminaba de arreglarle el pelo para la cena. Agradecía que su estancia en ese lugar estuviera por terminar. Había hecho mucho esfuerzo por no quedarse sola, ya que Charles parecía tener siempre sus ojos

puestos en ella como un cazador que espera el mejor momento para atacar, y Kate prefería nos ser su presa, por lo que le había hecho caso a Robert y había procurado estar siempre en compañía de alguien para no ser víctima de sus indeseadas atenciones.

Anne acababa de terminar el recogido en su cabello cuando alguien tocó a la puerta. Robert había bajado hacía poco, quizás se le había olvidado algo.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre de mediana edad, bajito y flaco que le entregó una carta y, sin darle a tiempo a Kate de preguntar quién la mandaba, se retiró por donde había venido.

—Qué extraño —murmuró, y abrió la misiva.

Mi querida lady Lansdow:

Sé perfectamente que ha hecho lo posible por evitarme. Hasta ahora, me he comportado como un caballero, pero sus acciones me obligan a tomar medidas drásticas. Necesito hablar con usted, por lo que nos vemos en media hora en el templete que queda al sur del jardín trasero. Si no viene, me veré obligado a comentar su estadia en la casa de madame Charlotte. ¿Qué diría la gente si se enterara de que la marquesa de Lansdow estuvo de visita en casa de una cortesana? No crea que no me cuesta escribir estas palabras. En verdad no deseo llegar tan lejos, pero lo haré si no se presenta en el lugar acordado en el tiempo estimado.

Charles Robinson

La primera reacción de Kate fue miedo. Después, la rabia se apoderó de ella. ¿Quién se creía para amenazarla de esa forma? Iría a la cita, pero solo para dejarle claro que a ella nadie la manipulaba y no pensaba dejarse chantajear. Le aseguraría que bien podía decir lo que le viniera en gana y que ella se encargaría de que nadie creyese en su palabra. Si tenía suerte, el hombre por fin entraría en razón y ella se ahorraría un problema.

Lanzó la carta al fuego de la chimenea bajo la mirada estupefacta de la doncella y fue hasta la puerta. Con la mano en el pomo, dudó. Le había prometido a Robert que no haría nada que pudiera poner en peligro su vida ¿Se consideraría eso como tal? No lo creía. Las palabras exactas de él habían sido: «Prométeme que no harás nada que pueda poner en peligro tu vida, como la estupidez que hiciste en el rescate de Claire». Esa no sería una situación nada parecida al rescate de Claire, así que no estaría incumpliendo su juramento.

Cuando se aseguró de que su pistola estaba en su bolso, salió de la habitación. Lo mejor sería solucionar ese problema de una vez por todas.

Bajó al salón, donde varias personas se encontraban esperando la cena. Cada uno llevaba sus mejores trajes, ya que, por ser el último día de la reunión, habría un gran baile de cierre.

Vio a Robert en una esquina hablando con alguien a quien reconoció como Aberdeen, y aprovechó que estaba distraído para escabullirse hacia la biblioteca, donde una puerta ventana daba al jardín trasero. Ahí se aseguró de que nadie la viera, y tomó dirección hacia el sur. Tuvo que caminar un buen rato para encontrar el bendito templete donde, efectivamente, estaba Charles esperándola.

—Katherine, me alegra que hayas venido.

—Lady Lansdow —corrigió con desdén—. No le he dado permiso para utilizar mi nombre de pila.

—Un nombre muy hermoso, es una pena no poder utilizarlo.

Kate bufó ante el ridículo cumplido.

—Señor, he venido solo para dejarle claro que me importan poco sus ridículas amenazas. Puede hacer o decir lo que le plazca.

Él se mostró sorprendido, pero se recuperó rápidamente.

—Lamento mucho haber recurrido a esa táctica, querida, pero de verdad necesitaba hablar con usted.

—A mí no me interesa conversar con usted.

Él se acercó un poco a ella.

—Katherine. —Le tomó las manos; ella intentó soltarse, pero no lo logró, él las tenía fuertemente agarradas—. No sé qué le habrán dicho de mí, y tal vez piense que es una tontería lo que voy a decirle, pero estoy enamorado de usted. Me enamoré desde el primer día que la vi en la casa de madame Charlotte.

Kate bufó. ¿En verdad pensaba que se creería eso?

—Suéltame —ordenó mientras intentaba zafar sus manos del agarre.

—Querida, escúcheme, por favor. Yo le puedo dar lo que Lansdow no. Estoy seguro de que no eres feliz a su lado.

—¿Cómo puede estarlo?

—Solo hay que conocerlo para saberlo.

—¡Robert es mucho mejor hombre que usted! ¡Suéltame o me pondré a gritar!

—Nadie te escuchará. Por favor, Kate déjame demostrarte lo que te puedo ofrecer.

Le soltó una mano, y antes de que ella pudiera siquiera moverla, la tenía rodeada con los brazos y pegada a su cuerpo. Kate se removi6 intentando liberarse, pero era inútil, casi no podía moverse. Así pues, solo pudo mover la cabeza para evitar sus labios. Charles subió una mano y la posó en la nuca para mantenerla quieta y así poder tomar posesión de sus labios. Kate lo mordió. El hombre soltó una maldición, pero no la soltó; en cambio, los tumbó a ambos en el suelo del templo, se sentó a horcajadas sobre ella y le sostuvo las manos en la cabeza.

—Yo te voy a demostrar lo que es un verdadero hombre —le dijo antes de inclinarse hacia ella.

Kate logró alzar una de sus rodillas lo suficiente para propinarle un duro golpe en la entrepierna. El hombre gritó y le soltó las manos. Entonces, ella aprovechó y se separó de él. Se arrastró hasta tomar su bolso, que había caído a poca distancia, y sacó la pistola justo cuando el hombre había alargado la mano para agarrarla de nuevo.

—¡Aléjese o le juro que le meto un tiro entre cada ceja! Una vez halagó mi buena puntería, créame cuando le digo que no lo decepcionaré.

Charles palideció ante la visión del arma y se fue alejando poco a poco hasta quedar a una distancia considerable de ella.

Kate se levantó sin dejar de apuntar en un solo momento a su agresor.

—Debería matarte —espetó.

—De eso me encargaré yo.

La helada voz provenía detrás de ella. Giró la cabeza para encontrarse con Robert. Tenía el rostro desfigurado por la ira, las manos cerradas en puños a los costados y un brillo amenazante en los ojos que le causó escalofríos de solo mirarlo. Kate jamás lo había visto así. Su cuerpo se echó a temblar solo de verlo, y una mirada a Charles le bastó para saber que él estaba peor que ella, y debería estarlo, ya que Robert tenía la mirada fija en él, haciéndole saber que era el destinatario de su ira.

Kate bajó el arma, porque ya no la necesitaría, y se alejó del camino de ambos hombres. Le asustó ver esa expresión, era la misma que había visto en el rostro de Brandon después de lo sucedido con Claire, por eso a Kate presintió que cuando había hablado de matarlo, no lo había dicho en broma; después de todo, el serio marqués nunca bromeaba, y menos con algo así.

Se había despertado la bestia.

Capítulo 28

Kate estaba paralizada viendo cómo los dos hombres se enfrentaban a muerte solo con la mirada. Eran ajenos a todo lo que no fuera su adversario.

Ella no sabía muy bien cómo proceder, ni siquiera qué hacer. Robert parecía poseído por la furia y ella tenía miedo hasta de pronunciar una palabra, pero tenía que hacerlo o terminaría siendo testigo de un asesinato.

—¿Ro-Robert? —Odió que su voz saliera tan débil.

Ninguno de los dos le hizo caso; en cambio, arremetieron contra sí como animales salvajes en una pelea, y en pocos segundos estaban en el suelo usando todo lo que tuvieran a alcance para causarle daño al otro.

—¡Oh, Dios mío, se van a matar! —murmuró mientras veía cómo Robert le asestaba un puñetazo en la cara a Charles y otro en el estómago. Quizás la frase correcta sería «Robert lo va a matar».

Tenía que hacer algo.

—¡Paren ya! —gritó, pero no la escucharon.

Un nuevo integrante se unió a la pelea y separó a Robert de Charles. Kate sintió cómo el alivio la inundaba ante la oportuna aparición de lord Blaiford.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Robert.

—Te seguí, como tú hace unos días; la única diferencia radica en que yo te vengo a ayudar. Si vas a matarlo, tengo derecho a participar en el asesinato.

Kate no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Se han vuelto locos?!

Ninguno dio muestra de haberle prestado atención.

Casi queda con la boca abierta cuando Robert asintió ante lo dicho por Brandon, y ambos empezaron a acercarse a Charles, que acababa de incorporarse.

«Lo van a matar, lo van a matar», su mente le repetía esas palabras, instándola a reaccionar. Jamás se perdonaría si por su culpa Robert y Brandon terminaban en la horca.

Sin pensarlo dos veces, tomó la pistola y apuntó a uno de los árboles a su izquierda, y disparó. La bala quedó incrustada en el árbol y, como esperaba, el sonido del disparo atrajo la atención hacia ella.

—No lo pueden matar —dijo, intentando sonar razonable—. Se lo merece, sí, pero no vale la pena mancharse las manos de sangre por semejante alimaña. —Señaló a Charles, que se tocaba la sangre que le salía por la nariz—. Y menos aquí, un lugar donde hay docenas de invitados y, por ende, no se salvarían de la horca. —Vio cómo los hombres parecían interpretar sus palabras y, después de varios minutos de silencio, Kate explotó—. ¡Robert! ¡¿Dónde quedó tu razón?

Robert pareció volver en sí.

—Tiene razón —dijo, y Brandon se mostró desilusionado, pero no protestó. Robert se giró hacia Charles y sacó del bolsillo de su abrigo un guante, que les lanzó a los pies—. Mañana al amanecer, Robinson. Más allá del pueblo hay un lugar poco transitado. Encuentra a un padrino, necesitarás a alguien que se encargue de tu cuerpo.

Charles no dijo nada, se limitó a lanzarle una mirada de odio antes de irse.

Kate había palidecido. ¡Un duelo! ¡¿Cómo no se le había ocurrido que podía recurrir a un duelo?! Estúpidos hombres y estúpido su código de honor.

No había logrado evitar el asesinato, solo lo había pospuesto.

Aunque los duelos no eran legales, y matar a alguien durante este se consideraba asesinato, los tribunales solían tener cierta flexibilidad cuando todo se había producido por una cuestión de honor. Si el muerto no era tan influyente como el asesino, el asunto no llegaba a mayores. Es decir, Robert no iría a la horca por matar a Charles, pero ¿y si era Robert el que resultaba asesinado? No quería ni pensarlo. Por querer evitar un pequeño escándalo, Kate no solo provocaría otro mayor, sino que también podría causar la muerte de su marido. Sentía que estaba a punto de desmayarse.

Robert se acercó a ella, que aún estaba paralizada e intentando asimilar lo ocurrido. Le quitó el arma de la mano y la guardó en el bolso, que estaba tirado en el piso.

—Katherine. —Le colocó dulcemente una mano en su mejilla para llamar su atención, y cuando ella lo miró, preguntó—: ¿Estás bien?

Ella asintió, aunque eso no podía estar más lejos de la verdad. No estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo con todo lo que acababa de ocasionar?

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la instó a caminar.

—Más tarde hablaremos de esto —le susurró en el oído con una voz que a Kate le indicó que se aproximaba un buen sermón.

Para cuando llegaron a su habitación, Robert había tenido tiempo de calmar en gran medida su furia. Nunca en la vida se había sentido tan molesto como cuando escuchó a lo lejos el primer grito de Kate.

Debió haber sabido que algo no andaba bien cuando recibió la nota de Charles citándolo en ese templete para hablar con él. No tenía nada que perder, sabía que Charles no se atrevería a asesinarlo en una casa llena de gente, pero cuando escuchó ese grito... Cuando lo oyó y reconoció la voz que lo profería, imaginó lo peor. Había corrido lo más rápido posible y lo primero que vio fue en la distancia fue a Kate agarrando la pistola y apuntando a Charles. No había que ser un genio para saber qué había sucedido. Había sentido la rabia aumentar en niveles exorbitantes y todo pensamiento racional había desaparecido de su mente. Solo sentía un instinto asesino que no había sentido desde... desde hacía mucho tiempo. El único pensamiento que rondó su mente fue matar a ese desgraciado que se había atrevido a ponerle una mano encima a su mujer. Por suerte, Katherine había logrado hacerlos entrar en razón o, en ese momento, Brandon y él se encontrarían metidos en un problema legal. Sin embargo, todavía sentía la necesidad de venganza corriendo por sus venas. Entendía lo que Brandon debió haber sentido ante el intento de asesinato de Claire.

—¿Se puede saber por qué te encontraste con Charles en ese lugar? —Intentó que su voz sonara calma cuando formuló la pregunta, pero no lo logró del todo, aún ardía de rabia.

Kate se sentó en la cama. Todavía estaba pálida por lo sucedido, y pensar en lo que se avecinaba no la ayudaba.

—Yo... yo recibí una nota, en la que él me amenazaba con revelar la estancia en casa de mi tía si no iba. Quería dejarle claro que no permitiría que me amenazara y que bien podía hacer lo que le venía en gana, pero las cosas se salieron de control —explicó con la mirada fija en algún punto de la habitación, como si estuviera en un trance.

Robert se sentó junto a ella y le rodeó los hombros con los brazos.

—Creo haber recibido tu promesa de que no harías nada que pudiera poner en peligro tu vida —recordó.

—No creí que mi vida estuviera en peligro.

Robert suspiró con cansancio.

—Por lo visto, tengo que formular mis peticiones de manera más específica. Debo hacer que me prometas que no harás ninguna estupidez que los demás consideren que pueda ponerte en cualquier tipo de peligro.

—Dado que la mayoría de las cosas que hago puede ser para ti una forma de ponerme en algún tipo de peligro, no creo que sea muy conveniente hacer ese tipo de promesas.

—Katherine...

Volvía a oírse la advertencia en su voz y Kate sabía que estaba perdiendo la paciencia, pero se arriesgó a manipular la situación.

—Te lo prometeré si tú me das tu palabra de que mañana no irás a ese absurdo duelo.

—No conseguirás que acepte eso.

—Entonces tú tampoco obtendrás mi promesa.

Cruzó los brazos en gesto desafiante.

—Katherine, ese duelo será una manera fácil de librarnos de esa alimaña de una vez por todas para que no cause más problemas.

«Si se aparece», acotó él en su mente. Charles tenía tan poco sentido del honor que dudaba que lo hiciera.

—Pero... podrías salir herido o... o muerto —culminó, sintiendo cómo la sangre abandonaba su cara solo de pensarlo.

—¿Te importaría?

Ella pareció ofendida.

—¡Claro que sí! —respondió con más vehemencia de la necesaria—. Tendría que llevar luto por un año entero. ¿Tienes idea de cuánto odio el color negro? ¡Tendría que llevarlo por un año! Y luego otro año más usando colores oscuros. Sería una pesadilla.

Él sonrió y se echó hacia atrás, quedando acostado en la cama.

—Una tragedia, sí, pero creo que, conociéndote, dejarías el luto al mes.

Ella sonrió.

—Le ganaría a lady Murray, que lo dejó a los seis meses.

Se levantó un poco solo para agarrarla de los brazos y atraerla hacia sí, colocándola encima de él.

—Entonces, ¿tengo tu promesa de que no irás mañana a ese duelo?

—Tienes mi promesa de que no te librarás de mí en un tiempo.

Kate estaba a punto de protestar, pero Robert colocó su mano en su nuca y atrajo su cabeza hacia abajo para silenciar cualquier réplica.

La joven se dejó llevar y, en ese momento, se olvidó de cualquier protesta que estuviera a punto de hacer. También se olvidó de todo lo sucedido en el día.

Al día siguiente, Kate se despertó temprano, y pudo ver, por la débil luz del sol, que apenas estaba amaneciendo. Sin embargo, no tardó en notar la ausencia de Robert en la habitación.

Con un gruñido, golpeó la cama con el puño. El lugar donde él había dormido estaba frío, la constancia de que llevaba cierto tiempo levantado.

Ya debía de estar de camino a ese absurdo duelo.

A pesar de que nunca había sido muy devota, solo le quedaba rezar por que nada malo sucediese. Se le ocurrió por un instante la idea de ir ella misma a detener el enfrentamiento, pero la descartó. No sabía exactamente dónde quedaba el lugar y Robert ya llevaba mucho tiempo perdido, sería inútil. Solo le quedaba rezar. La sola idea de que le pasara algo hacía que algo le oprimiese el corazón. ¿Cuándo había empezado a importarle tanto?

Capítulo 29

—Me pregunto por qué no se me ocurrió esta idea a mí —comentó Brandon como por tercera vez desde que habían llegado al lugar acordado—. Habría sido perfecto. Prométeme que lo matarás. Si no lo haces, lo haré yo.

—Primero hay que ver si se presenta —respondió Robert.

—Espero sinceramente que lo haga, me sentiría muy frustrado si no es así.

—¿Sabes? Normalmente los padrinos tienen como función intentar evitar el duelo —recordó.

—Soy un padrino poco común.

—Se acerca alguien.

Miraron a lo lejos donde, efectivamente, se acercaba alguien a caballo, pero pasaron varios segundos hasta que pudieron distinguir quién era. Para frustración de ambos, no era Charles el que se acercaba, sino Aberdeen.

—Debo suponer que tú eres el otro padrino —comentó Robert una vez que el marqués hubo desmontado.

—Así es, aunque no creí que todo esto fuera real hasta que los vi aquí. La ofensa debió haber sido bastante grande para que hayas propuesto un duelo, Lansdow.

Solo comentó eso, y Robert pensó que, por primera vez en su vida, Charles había tomado una decisión acertada cuando eligió a su padrino. Damian, marqués de Aberdeen, se caracterizaba por ser una persona bastante discreta. Supuso que lo había aprendido en los años que luchó contra Napoleón. De hecho, su historia era bastante curiosa. Cuando Damian había regresado ileso de la guerra hacía unos meses, resultó una gran alegría para su familia, y no porque hubiera vuelto sano y salvo, sino porque el marquesado seguiría en la familia ya que, poco menos de un mes antes de su regreso, su hermano mayor, el heredero, acababa de fallecer y su familia no sabía qué podría haber sido de ellos si el título hubiera pasado a un familiar lejano. En resumen, había vuelto de la guerra solo para encontrarse siendo heredero de un título y víctima, por ende, de las jóvenes casaderas.

El tiempo pasó y Charles no aparecía.

—Creo que no va a venir —comentó Robert una hora después.

—Es un cobarde —apuntó Brandon.

—Lamento que hayas perdido tu tiempo, Aberdeen —le dijo Robert, acercándose a su caballo.

—No hay por qué disculparse, Lansdow —respondió Damian mientras subía al animal—. Anoche, cuando el señor Robinson me pidió el favor, se le veía muy nervioso. Desde entonces, tuve mis dudas de que apareciera.

—Es un cobarde —repitió Brandon, subiéndose también al caballo.

Todos emprendieron un galope lento de vuelta hacia la mansión.

—¿Alguno de ustedes me podría informar si próximamente se está planeando alguna fiesta de dudosa reputación? —preguntó Aberdeen, para aligerar la tensión en el ambiente.

Brando compuso una leve sonrisa.

—¿Piensas volver a las andadas, Aberdeen?

Él sonrió.

—Lo estoy considerando. Las matronas empiezan a creer que el título, las responsabilidades y la guerra me volvieron un crápula reformado y, por ende, un candidato apto para el matrimonio. Creo que lo mejor sería borrarles esas ideas antes de que empiece a tomar

forma. Ya tengo a lady Richmond encima de mí, y a la mínima oportunidad me pone enfrente a una de sus pupilas.

—Ah, las señoritas Loughy —comentó Robert—. Son jóvenes particulares.

—Estás locas, las tres. Aunque puede que la rubia, ¿cómo se llamaba...? Ah, sí, Sapphire. Quizás ella tenga un poco más de sentido común que las otras dos. Sin embargo, desde la competencia de tiro dudo de la cordura de todas. La morena es toda una arpía y la pelirroja es la que menos me agrada de la tres.

—Sobre todo después de que te dejara en el terreno en la competencia de tiro —adujo Brandon, pensando en que no debía ser muy agradable que una mujer venciera en tiro a un militar de guerra.

—Incluso desde antes. Pero nos desviamos del tema, no han respondido a mi pregunta.

—¿No es por estas fechas que el Pleasure club hace su famosa mascarada? —inquirió Brandon.

—Es verdad. Tengo entendido que es en unas tres semanas. Creo que asistiré.

—Si no puedes esperar para volver a dañar tu reputación —añadió Robert—, lady Murray está buscando un protector.

Los ojos marrones de Aberdeen se abrieron en una expresión de horror.

—Esperaré —dijo rápidamente—. La última aventura con esa mujer casi termina con su marido descubriéndonos. Tuve que esconderme en el armario hasta que el viejo se fue.

—Es viuda ahora —le hizo saber Brandon.

—Igual esperaré. En las mascaradas del Pleasure club, siempre se encuentran cosas interesantes.

Los tres rieron, y siguieron cabalgando de regreso a la mansión para arreglar las cosas. La mayoría de los invitados partirían ese día, y ellos no serían la excepción.

—Todavía no estoy segura de que esto sea una buena idea.

Lady Hannah acomodó lo mejor que pudo su regordete cuerpo en el asiento del carruaje mientras veía por la ventana cómo se alejaban cada vez más de su casa.

—Querida, créeme, si queremos estar juntos, es lo mejor.

Reprimió una mueca de disgusto al decir eso. Había tenido que modificar sus planes debido al encuentro con Lansdow. No negaría que por un momento sí había pensado en asistir al duelo, hasta le había pedido a Aberdeen que fuera su padrino, pero terminó desechando la idea. Había muchas probabilidades de que saliera de allí muerto, así que decidió arrancar con la parte de su plan que sí tenía más probabilidades de éxito: casarse con lady Hannah. Por eso, iban de camino a Gretna Green. Ella no había dejado de manifestar sus dudas sobre el asunto desde que había salido a hurtadillas de la casa hacía aproximadamente una hora y Charles estaba perdiendo la paciencia.

—Tal vez, si hablara con mi padre...

—¡No! —la interrumpió—. No creo que sea buena idea, querida, tu padre desea para ti un mejor partido que yo. Nunca aceptará nuestro compromiso. Si queremos ser felices juntos, esta es la única forma de lograrlo.

Ella lo pensó un momento.

—Supongo, pero nos enfrentaremos a un grave problema cuando regresemos.

—Sí, pero ya nadie podrá separarnos.

«Y tendré disposición de tu dote», dijo para sí. El viejo lord Pembroke estaría tan feliz de haberse librado de una de sus solteronas hijas que no pondría mucho reparo en el hecho de que se hayan fugado para casarse. La única razón por la que Charles no había pedido su mano directamente era porque eso tomaría demasiado tiempo. Los Pembroke querían una boda decente que no se organizaría en menos de tres meses. Sería sospechoso que él quisiera adelantarla, por lo que huir y después fingir que había tenido miedo a su reacción era más sensato.

—Está bien. Seré la envidia de toda la sociedad y, sobre todo, de mis hermanas por el marido que logré pescar. Me encantará ver la cara de todos cuando regresemos...

La mujer siguió hablando y Charles tuvo que fingir que le prestaba atención. Sería un viaje muy largo, pero si todo salía bien, valdría la pena.

Kate paseaba de un lado a otro de la habitación sintiendo cómo los nervios aumentaban por cada segundo que pasaba sin noticias. El tiempo parecía correr a una velocidad excepcionalmente lenta. A Dios gracias que estaba descalza, o las suelas de sus zapatillas ya estarían desgastadas. Cuando llegó al punto de querer arrancarse los cabellos por la desesperación, la puerta se abrió dejando ver a Robert, intacto.

—Gracias a Dios —murmuró, lanzándosele encima.

Lo abrazó un momento y luego lo soltó para revisarlo de arriba hacia abajo, para verificar que no estuviera herido. Al ver que todo estaba bien y que lo único que tenía era un golpe en la cara del día anterior, ella se cruzó de brazos y lo miró de forma amenazadora.

—¿Tienes la mínima idea de toda la angustia que me has hecho pasar? ¡Llevo horas imaginándome lo peor! ¡Eres un animal de la peor calaña por hacerme pasar por esto!

Robert se preguntó de dónde habría heredado el don del dramatismo.

—Charles no se presentó —comunicó mientras se dejaba caer en la cama—. Es un cobarde.

Parecía molesto, así que Kate eligió sus palabras con cuidado.

—¿Y ahora qué harás?

—Seguiremos con lo planeado: contrataremos agentes de Bow Street que vigilen ambas casas y que den con Charles. No podemos hacer más nada. Seguramente ya hasta se marchó de aquí.

Kate asintió y se sentó al lado de la cama.

—Me alegra que no se haya realizado el duelo. Si preguntas mi opinión, esa forma de limpiar el honor me parece muy estúpida.

Robert gruñó.

—No es solo el honor, Katherine. ¿Es que no lo entiendes? ¡Intentó abusar de ti! Merece un castigo.

Kate consideró las palabras por varios segundos. Él había hecho para vengarla. Pudo haber muerto por ella. Sintió como algo le oprimía el pecho al comprender ese hecho y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Su parte racional recordó que tal vez lo habría hecho por cualquiera que hubiera llegado a ser su esposa, pero algo en ella se negaba a pensarlo; prefería creer que era por ella, porque era especial.

—Gracias.

Él se incorporó y le acarició la mejilla con los dedos. Pasaron un rato en silencio, hasta que Kate no lo pudo aguantar más y comentó lo primero que se le vino a la mente.

—No has desayunado, ¿cierto? Yo no, y estoy muriéndome de hambre. Será mejor que comamos bien, nos espera un largo viaje. Por cierto, es la última vez que me dejo convencer por tu hermana sobre asistir a una fiesta como esta.

Él sonrió y, después de que Kate se vistió, bajaron a desayunar.

Poco antes del mediodía, ya estaban despidiéndose de sus anfitriones y saliendo de camino a sus respectivas casas. Kate no pudo dejar de notar que lady Hannah no estaba presente cuando despidieron a los invitados y que lady Pembroke tampoco parecía inquieta.

Tres días después, ya habían llegado a sus hogares. Claire estaba mucho mejor y podía apoyar un poco el tobillo. Aún no se sabía nada de Charles, pero los agentes de Bow Street llegarían de Londres al día siguiente para empezar a vigilar las casas. Kate no estaba muy entusiasmada con la idea de tener a alguien que siguiera cada uno de sus pasos fuera de la casa, pero no le quedaba otra opción. No sabían cuál podía ser el próximo movimiento del hombre. Cuando al fin llegaron a casa, ya para el atardecer del tercer día de viaje, Kate solo deseaba darse un baño y dormir hasta el día siguiente. Sin embargo, apenas entraron, el mayordomo le notificó a Robert que había llegado su pedido y Kate, curiosa, no pudo abstenerse a preguntar al respecto.

Él se limitó a tomarla del brazo y guiarla hasta el salón adjunto a la biblioteca. Era una pequeña estancia que habían usado las antiguas señoras de la casa para el bordado o para el té gracias a su maravillosa iluminación.

Kate miró dentro de la habitación y se quedó sin habla. Justo enfrente de ella, pegado a la pared, se encontraba un hermoso pianoforte.

—¿Es para mí? —preguntó en un murmullo, todavía sorprendida.

—Nunca aprendí a tocar uno, y no tengo muchas intenciones de comenzar ahora, así que...

Antes de que pudiera terminar, ya la tenía encima de él, abrazándolo. Lo hizo por varios segundos.

—¡Muchas gracias! —Le dio un fugaz beso en la boca—. ¡Es el mejor regalo que me han hecho nunca! —exclamó, y le dedicó una hermosa sonrisa llena de felicidad.

Robert se sorprendió pensando que haría lo que fuera por siempre verla así.

A la semana después de su llegada, Kate había establecido una agradable rutina en su nueva casa. Por las mañanas, después del desayuno, llenaba la sala con la hermosa música de piano. En la tarde, salía a dar un paseo a caballo o a pie; y, si llovía, se quedaba leyendo algún libro o se escabullía hasta el despacho de su marido y empezaba a hablar hasta que él, exasperado de su parloteo y sabiendo que ella no se callaría, cerraba el libro de contabilidad y comenzaba a hablar con ella. De hecho, Robert estaba pasando más tiempo con ella, lo cual no le disgustaba tanto como pudo haber creído alguna vez.

Una mañana, llegaban de un paseo a caballo por las tierras y Kate se encontró con una carta para ella.

—Parece que mi madre se ha acordado de que tiene una hija.

La abrió y empezó a leer. A cada segundo su rostro iba perdiendo más el color y, cuando terminó, estaba tan pálida como un fantasma, con lágrimas saliendo de sus ojos como un torrente de agua. La misiva cayó al suelo al mismo tiempo que ella. Los sollozos empezaron a ser audibles.

—¿Katherine? ¿Katherine? —La voz de Robert denotaba preocupación. Al no obtener respuesta, agarró la carta del piso y empezó a leerla.

Querida hija.

Lamento ser yo la portadora de malas noticias, pero son imposibles de evitar. Como sabías, la salud de tu

padre estaba bastante deteriorada, y esta mañana ha fallecido. El velorio será mañana temprano. Te esperamos.

Edwina Blane

Capítulo 30

Kate sentía cómo los sollozos iban en aumento a medida que iba asimilando las palabras leídas.

Había muerto. El ser que más quería en el mundo había muerto.

No era que no se lo esperara, todos lo hacían, pero no por esperárselo resultaba menos doloroso. Sentía un vacío inmenso en el cuerpo y temía desmoronarse. La vida acababa de arrebatárle a la persona que más amaba en esta tierra, la que siempre le brindó su apoyo incondicional cuando su madre se dedicaba a ignorarla, a la que la trató como una igual a pesar de ser mujer, el que le enseñó a defenderse y que la instó siempre a perseguir sus sueños. Por su padre, Kate habría hecho cualquier cosa en ese mundo; por él había decidido aceptar ese matrimonio.

No sabía cómo se recuperaría de ese golpe.

Alguien le rodeó los hombros y la abrazó en un intento de consolarla, pero ella sentía que no había consuelo alguno para lo que estaba sintiendo en esos momentos.

—Se fue —murmuró entre sollozos—. Se atrevió a irse y me ha dejado sola.

—Yo estoy aquí, cariño, no estás sola —le murmuró al oído, intentando tranquilizarla, y ella se apretó más contra él, buscando refugio—. Claire tampoco se sentiría muy contenta de oírte decir eso, jamás estarás sola.

Robert veía a Kate llorar y cada sollozo hacía que el corazón se le encogiera. Lamentaba la muerte del señor Blane. En las pocas ocasiones que pudo compartir con él, supo que era un buen hombre; sin embargo, lo que más lamentaba era ver a Kate así. Le partía el corazón observar cómo la vitalidad que no hacía mucho irradiaba se apagaba tan rápido como la llama de una vela ante el soplo del viento. Tenía los ojos rojos y su cuerpo convulsionaba por los sollozos.

—Kate —la llamó con suavidad—, levántate, cariño. Pediré que preparen el carruaje para salir hacia allá.

Ella asintió y dejó que la ayudara a levantarse. La llevó a su habitación y llamó a su doncella para luego bajar y preparar todo para la salida.

—Oh, Anne, él sabía cuánto odiaba el negro —dijo mientras veía entre lágrimas cómo su doncella empacaba un vestido de aquel color en la pequeña bolsa para el velorio del día siguiente.

—Milady, su padre estaba muy enfermo. Piense en que ya no sufrirá más.

Kate no dijo nada; en cambio, se recostó en el marco de la ventana y miró a lo lejos mientras las lágrimas caían silenciosamente en sus mejillas.

Horas más tarde, estaban llegando a la residencia Blane. Kate fue inmediatamente a la habitación donde el cuerpo de su padre yacía inerte en medio de la cama, esperando la sepultura. Lo contempló sin lágrimas en los ojos, pues estas se habían agotado a mitad de camino, pero no así el dolor que le desgarraba el pecho. Vio por última vez ese rostro tan parecido al suyo y le dio un último beso en la frente.

—No sabes cuánto te extrañaré, padre —murmuró antes de cubrirlo y salir de la habitación.

Esa noche no cenó. No tenía hambre ni ganas de hablar con nadie, solo se encerró en el cuarto hasta que los últimos rayos del sol desaparecieron y el cansancio la venció.

Al día siguiente, luciendo un horrible vestido negro, tuvo que soportar el funeral de su padre, además de miradas incrédulas cuando insistió en ir al entierro. Se suponía que las mujeres no podían asistir porque los aires del cementerio eran malos para la delicada salud femenina, pero Kate retó a todos los hombres a prohibirle asistir. Lo único que podía decir a favor ese día fue que tuvo siempre el apoyo de Robert y de Claire.

Para ella, esa fue la ceremonia más larga de su vida. Su madre actuó como una auténtica viuda sin consuelo y Kate supuso que ya todo el mundo debía saber de dónde había heredado las dotes dramáticas.

Su hermano permaneció un tanto apartado, absorto, como si algo lo atormentara.

Poco después del mediodía, la casa estaba otra vez vacía y su padre ya había sido enterrado. Kate buscaba a su madre para despedirse antes de partir, y unas voces en el comedor le advirtieron de su presencia; sin embargo, estas estaban subidas de todo, y ella supo que algo no andaba bien. En lugar de entrar e interrumpir la pelea como debería haber hecho, se quedó escuchando la conversación, pegada a la pared al lado del marco.

—¡Por Dios, Andrew! ¿Qué estás diciendo? —gritó su madre.

Kate sacó un poco la cabeza por el marco y vio que su hermano se pasaba las manos por los cabellos varias veces. Estaba agitado.

—Has escuchado bien, madre. Cuando fui a ver a mi padre, no estaba muerto; murió por la discusión que tuvimos.

Kate contuvo un gemido de sorpresa.

—¿Acerca de qué discutieron? —preguntó su madre.

—Estábamos... estábamos hablando. Al parecer, cuando salimos, mi padre fue visitado por su abogado y este le contó lo mucho que menguó la fortuna familiar. Cuando me mandó a llamar, estaba muy agitado, discutimos, y... y salió el tema de Katherine.

Ella acercó un poco más la cabeza, lo justo para ver la expresión de enojo que pasaba por su rostro.

—Padre nunca fue tonto, así que unió los cabos rápidamente y llegó a la conclusión de que habíamos casado a su adorada hija por conveniencia. Me puse furioso cuando él se agitó más y empezó a reprenderme como si fuera un niño. Empezamos a subir el tono de la conversación y hubo un punto en el que terminé confesándole el verdadero motivo por el cual Katherine se había casado. Le conté del escándalo en que se vio involucrada y también le expliqué cómo la necia había huido para evitar el matrimonio que la salvaría de la ruina. Padre se puso rojo de rabia, pero no dijo nada más, se empezó a quejar de un dolor debajo del brazo que cada vez era más fuerte. No supe qué hacer, y él cayó al suelo, desmayado. Cuando le tomé el pulso, ya estaba muerto.

Kate se colocó una mano en el pecho y respiró, intentando asimilar lo oído.

—¿Cómo has podido hacer eso, Andrew? —reclamó su madre—. Sabes lo mucho que tu padre apreciaba a Katherine, no debiste decírselo.

—¡Estaba cansado, madre! —se defendió—. Estaba harto de que siempre la defendiera a ella. Siempre fue su hija predilecta, a pesar de que yo era el mayor y el que heredaría todo.

—Tu siempre has sido el mi favorito, y lo sabes —argumentó Edwina—. ¿No era eso suficiente? No debiste hacer eso, Andrew. Estoy bastante decepcionada.

Kate vio a su madre salir sin que esta se percatara de su presencia. ¿Eso era todo lo que iba a decir cuando su hijo le había confesado que él había provocado la muerte de su padre? Claro, ¿qué más se podía esperar? Ella misma lo acababa de decir: era su hijo predilecto.

Hecha una furia, entró en el comedor antes de que Andrew abandonara la estancia. La expresión que este vio en el rostro de su hermana le bastó para saber que ella lo había escuchado todo.

—Lo mataste —lo acusó—. Lo mataste.

Andrew la miró de forma despectiva y su voz estaba llena de veneno cuando habló:

—En todo caso, lo mataste tú. ¿Imaginas lo decepcionado que se debió haber sentido al

enterarse de la manera tan poco decorosa en la que había actuado su hija? Seguramente la rabia que sintió al enterarse de que no eras tan perfecta como creía le provocó la muerte.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas ante las palabras de su hermano, pero no por eso su mirada fue menos furiosa.

—Te odio —le dijo en un susurro que no dejaba lugar a dudas de la veracidad de esas palabras—. ¡Te odio!

Una expresión de culpa pasó por los ojos de Andrew, e intentó tomarla por el brazo, pero ella se lo impidió.

—¡No me toques! —le gritó—. No quiero saber más nada de ti en mi vida. Para mí estás tan muerto como mi padre.

Robert ingresó justo en el momento en el que Kate le soltaba palabras llenas de rencor a su hermano.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Vámonos —pidió ella en tono de súplica—. Ya no hay nada que me ate a este lugar, no quiero volver nunca.

—Kate... —comenzó Andrew, pero ella ya se alejaba corriendo.

Robert miró de forma amenazante a su cuñado.

—No sé qué le hiciste, pero por tu bien espero que sea algo que tenga solución —dijo antes de salir del lugar.

Cuando entró en el carruaje, Katherine se encontraba en uno de los rincones del asiento. De alguna forma había logrado acomodar su menudo cuerpo de forma que pudiera abrazar sus rodillas. Miraba por la ventana y sus ojos estaban nuevamente llenos de lágrimas.

—Katherine —la llamó, pero ella no respondió—. Katherine, ¿qué sucedió?

Ella no respondió; miraba por la ventanilla con la vista perdida, como si no fuera consciente de nada.

Robert entendió que tal vez ese no era el mejor momento para iniciar una conversación y la dejó tranquila.

Kate observaba cómo se alejaban del que alguna vez había sido su hogar. Ya no regresaría nunca, no tenía motivos para hacerlo. El único motivo que podría haber tenido acababa de morir y, posiblemente, fuera por culpa de ella. Más lágrimas brotaron de sus ojos solo de pensarlo. Las palabras de Andrew rondaban en su cabeza, atormentándola. ¿Sería cierto?, ¿tal sería la decepción de su padre por lo sucedido que causó su muerte? Nada más de pensarlo sentía cómo algo dentro de ella se iba destrozando poco a poco. Admitía que siempre era de las que actuaba imprudentemente, que siempre andaba por la vida haciendo lo que ella creyera mejor sin importarle las consecuencias. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que un beso seguido de una huida en busca de sus sueños pudiera traer consecuencias tan graves como la muerte de su padre.

La culpa se hacía cada vez más presente y se volvía más pesada a cada segundo que pasaba. Las lágrimas ya no eran silenciosas, sino que salían acompañadas de fuertes sollozos que ya eran inevitables. No podía pensar que su padre había muerto decepcionado de ella. Solo esperaba que la perdonara algún día, porque si en verdad él había muerto por su culpa, ella jamás se lo perdonaría a sí misma.

Robert supo en el instante en que ella empezó a sollozar que ya no podía quedarse callado y sin hacer nada. Después del entierro, Katherine había parecido más tranquila y algo debía haber sucedido para que ahora estuviera en un estado incluso peor que cuando se había enterado de la muerte de su padre.

Se sentó a su lado y suavemente la tomó por la barbilla para girarle la cara hacia él y atraer su atención.

—¿Qué sucedió? —le preguntó con suavidad cuando estuvo seguro de que ella lo miraba a los ojos.

Por respuesta ella soltó otro sollozo. Robert estaba a punto de repetir la pregunta, cuando ella habló:

—Él... yo... Yo creo que se murió por mi culpa.

Robert frunció el ceño, dejándole saber que no entendía qué quería decir.

—A-Andrew tuvo una discusión con él antes de que muriera —explicó entre sollozos—. M-mi padre se había enterado d-de que Andrew había despilfarrado el dinero de la familia y se puso furioso, p-peleó con él y Andrew l-le contó las verdaderas circunstancias de nuestro matrimonio. Cuando padre creyó que me había obligado a casarme, le dijo el verdadero motivo que impulsó el matrimonio. Después de eso, murió.

—¿Él te dijo eso? —preguntó Robert, aparentemente tranquilo.

—Lo escuché por error —sollozó—, pero me dijo que la decepción que debió haber sentido mi padre fue tan grande que le causó el ataque al corazón y... Y creo que es cierto.

Volvió a sollozar.

—Kate, escúchame...

Ella negó con la cabeza, interrumpiéndole.

—No quiero hablar, quiero estar sola un rato.

—¿Para que tengas tiempo de convencerte de que todo fue tu culpa? No. Katherine, todos cometemos errores y la mayoría, inevitablemente, traen consecuencias. Sin embargo, no se puede cambiar el pasado, solo afrontar lo que viene. No puedes creerte culpable de algo de lo que no eres. En dado caso, sería yo el culpable por haber dado pie a la acción que ocasionó el escándalo, pero no podemos volver el tiempo atrás. ¿De verdad crees que, si tu padre siguiera vivo, te hubiera despreciado por un error, que, además, en parte causé yo? ¿Crees que te hubiera reprendido por haber escapado a perseguir un sueño en el que siempre te apoyó? —Prefirió omitir el hecho de que la manera en que había intentado perseguirlo había sido bastante irresponsable—. Conociéndolo como lo conociste, ¿eso piensas?

—Supongo que no, pero Andrew...

—Tu padre estaba enfermo —la interrumpió, sintiendo crecer la necesidad de darle una buena lección a su cuñado—. La pelea con tu hermano lo debió haber alterado en demasía y, estando su corazón tan débil como estaba, murió. Tal vez se enfadó más por el hecho de que su hijo estuviera hablando de su hermana como si fuera la peor de las mujeres que por otra cosa.

Robert supo que ella analizaba sus palabras.

—No soportaría que hubiese muerto decepcionado de mí.

—Puedo asegurar que no lo hizo.

—Él era el único que me quería, ¿sabes? —dijo sin ser completamente consciente de lo que podían significar sus palabras—. Mi madre nunca lo hizo, siempre prefirió a Andrew. Es muy duro saber que uno de tus padres no te tiene ni siquiera aprecio.

—Lo sé —dijo él, pasándole una de las manos por los hombros para atraerla hacia sí.

Ella alzó la vista hacia él y lo miró con ojos curiosos que lo veían rogándole en silencio que prosiguiera. Ella no era tonta, sabía que la infancia de Robert no había sido mejor que la suya, o incluso había sido peor. En su caso, su padre siempre había estado allí para compensar el cariño faltante, pero la historia de Robert era diferente, lo presentía. Esas profundidades grises de sus ojos siempre eran reservados y desconfiados, como si tuviese que pensar con cuidado cada

paso que daba. Su historia no le debería interesar, pero lo hacía. Deseaba que confiara en ella. Cuando él no respondió, ella se atrevió a hablar.

—También te sucedió, ¿cierto? Con tu padre. Por eso está su cuadro en el ático. No se llevaban bien —habló dulcemente mientras recostaba la cabeza en su pecho—. Si quieres, puedes contármelo, a veces es bueno un desahogo.

Él se echó hacia atrás en el asiento y soltó un suspiro cansado. Kate podía imaginar cómo su mente decidía si de verdad valía la pena hablar o no.

Justo cuando estaba segura de que él no iba a responder, habló:

—Después de que Emily nació, mi madre nunca volvió a ser la de antes. No recuerdo casi nada de eso, era muy pequeño, pero los criados me contaron que había caído en un estado de tristeza prolongado del que nadie podía sacarla. No quería comer, no salía y no tenía ánimos de nada. Cuando Emily cumplió los cuatro años, ella murió. Años después, mi padre estaba borracho y me confesó que mi madre se había suicidado ahogándose en el lago.

Kate tuvo que ahogar un gemido.

—Siempre me pregunté por qué nuestro padre no nos tenía aprecio. Nos reprendía con cualquier pretexto, e incluso nos golpeaba. Con el tiempo aprendimos a que lo mejor era ser los hijos ejemplares que él buscaba, pero hasta cuando lo conseguíamos solo se dedicaba a ignorarlos. Sin embargo, sentía especial antipatía por Emily. La trataba con desprecio, la insultaba y, en más de una ocasión, tuve que intervenir para que no recibiera un castigo por su costumbre de no guardarse sus pensamientos. Incluso le llegó a concertar un matrimonio con un viejo conde para cuando cumpliera los dieciocho, solo que padre murió antes de que pudiera realizarse la boda.

—¿Sabes por qué le tenía tanta rabia?

Él asintió.

—Me lo confesó el mismo día que me dijo lo de mi madre. Aseguró que Emily no era hija suya, que era la bastarda del hombre a quien mi madre siempre quiso, también mencionó que el único motivo por el que sabía que yo sí era su hijo era por el parecido.

Con cada palabra Robert dejaba entrever el desprecio que sentía hacia su progenitor.

—¿Emily lo sabe?

—No, nunca se lo dije, y tampoco se lo diré. Terminó por acostumbrarse al desprecio de nuestro padre y lo veía como algo imposible de resolver, así que no decidió no darle más importancia. En ese aspecto, me alegro de que haya nacido con un carácter tan vivaz. Aunque sé que en el fondo le dolía, nunca dejó que eso se interpusiera con su vida.

—Tu padre era horrible, ¡culpar a inocentes por pecados ajenos!

Él asintió.

—El día de su muerte, juré que jamás sería como él —confesó tímidamente.

—Y no lo eres —afirmó Kate—. Nunca conocí a tu padre, pero puedo decir que eres un hombre maravilloso, y con eso basta para saber que no eres como él.

—¿Maravilloso? —arqueó una ceja—. ¿Cuándo los defectos empezaron a convertirse en virtudes? —Robert pensó que debía estar tan mal que ya no sabía lo que decía.

—No lo sé —admitió—, pero sí puedo asegurarte que lo eres. ¿No es mejor haberse desahogado?

Él solo asintió y la pegó más a su cuerpo.

Pasaron un rato en silencio mientras el carruaje traqueteaba por los deformes caminos.

Robert se sentía extraño. Nunca le había contado esa parte de su vida a nadie. No obstante, ella le inspiraba confianza. Era transparente, vivaz y alegre, un tanto parecida a su

hermana, pero completamente diferente a él. Y, aun así, confiaba en ella, porque sabía que era leal.

La vida no le había dado motivos para sonreír. Su infancia no había sido muy feliz, y había tenido que acarrear con las responsabilidades del título desde muy joven. Sin embargo, cuando estaba con ella todo parecía cambiar. El aura se volvía más alegre, llena de paz a pesar de las posibles discusiones. Incluso podía decir que disfrutaba provocando algunas de estas, pues cuando estaba enojada era que Katherine desbordaba más su personalidad. No sabía dónde terminaría todo eso, pero definitivamente no podía ser en algo malo.

Miró a la mujer que descansaba su cabeza en su pecho. Un ángel. Eso fue lo que pensó la primera vez que la vio, y no solo por la belleza, sino por la pureza de su alma que pocas veces dejaba entrever. Una mujer muy diferente a la niña malcriada que todos conocían, que había renunciado a su sueño de amor por su padre pero que sabía cuándo debía estar ella primero que los demás. Una mujer extraordinaria, que podía tener un sinfín de defectos, sin embargo, él la consideraba maravillosa. Siempre pensó que estaba fuera de su alcance. Dos personas tan diferentes no podían congeniar bien, y el hecho estaba más que demostrado. No obstante, el destino se había encargado de unirlos, y después de las confesiones sentía que estaban unidos de otra forma, como si se hubiera formado entre ellos un lazo especial e íntimo. Como si algo nuevo estuviera comenzado.

Capítulo 31

—Querido Charles, al fin te vuelvo a ver. Llegué a pensar que no ibas a volver.

Elizabeth sonrió con malicia, sabiendo que si él había regresado era porque había aceptado su plan.

—Tuve que encargarme de algunos asuntos —respondió, evasivo. Si todo hubiese salido como él esperaba, no estuviera ahí.

—Debo suponer entonces que tienes el dinero que necesitamos —afirmó sin perder sonrisa.

—Sí. En estos días terminé de concretar la negociación de mi nueva esposa. Lord Pembroke estaba tan feliz de haberse librado de al menos de una de sus hijas que fue bastante generoso. Ni siquiera le importó que el matrimonio fuera realizado en Gretna Green.

—¿Gretna Green?

—Es una historia larga, que no tiene relevancia para lo que nos interesa. Estoy aquí y tengo el dinero suficiente para sacarte de este lugar y así poder usar tu mente retorcida para planear la venganza perfecta.

Elizabeth solo sonrió. Faltaba poco para cobrarse cada una de las que le habían hecho

Katherine releyó por tercera vez el contenido de la carta que tenía enfrente a la vez que echaba por cuarta vez una mirada sorprendida a la invitación que tenía en su regazo. No terminaba de procesarla.

Querida Katherine.

Antes que nada, lamento la muerte de tu padre. Comprendo el sentimiento de la pérdida porque pasé por algo similar, y por eso mi más sinceras condolecias.

Ahora, vamos al tema que nos incumbe. Sé que debes estar sorprendida al ver los nombres escritos en la invitación a la boda. Es posible que todo Londres lo esté, pero es una historia larga y bastante escandalosa. Si asistes, te la contaré. Espero que puedas ir, a pesar del luto. Soy de las que piensa vestir todo un año de negro y recluírse en el campo no devolverá a tu ser amado. Sin embargo, entenderé que si eres fiel a la tradición y prefieres seguirla. No es necesario que contestes con tiempo, me aseguraré de que seas bienvenida, aunque decidas aparecerte a último momento.

Créeme cuando te digo que Ruby estará encantada de que vayas, eso si de aquí a la boda todo sale como espero que salga, de lo contrario probablemente no notaré tu presencia. Nunca he sido una persona especialmente optimista, pero algo me dice que todo saldrá como deseo, por ende, mi prima terminará agradeciéndome el atrevimiento que me tomé al enviarte la invitación, como terminará también agradeciéndome el otro asunto por el que el ahora no me dirige la palabra. En fin, creo que eso es todo. Te espero allá.

Atentamente,
Topacio Loughy

Katherine soltó una carcajada y volvió a leer los nombres en la invitación solo para terminar de convencerse de que no se lo estaba imaginando.

«Señorita Ruby Loughy y Damian Rushforth, marqués de Aberdeen».

El mundo daba vueltas de lo más irónicas, si no sabría ella.

Tomó la carta y la invitación y salió rápidamente de su habitación con dirección al estudio.

Había pasado exactamente un mes desde la desaparición de Charles y hacía dos semanas había llegado el rumor de que él y lady Hannah habían regresado casados de Gretna Green.

Había sido el escándalo de la temporada, incluso podría decir que el suyo ya había quedado en el olvido. Sin embargo, también resultó una fuente de preocupación para todos lo que tenían cuentas pendientes con Charles. La boda con lady Hannah solo significaba que Charles había recibido la abundante dote de esta. Con dinero era mucho más peligroso que antes y aunque ambas casas estaban protegidas, el hombre no dejaba de ser una fuente de preocupación. Kate solo esperaba que todo se solucionara pronto, vivir en constante alerta no era agradable.

Entró el estudio de su marido sin molestarse en tocar, sabiendo que esa nota recibida sería un alivio momentáneo para la tensión constante a la que estaban sometidos.

—A que no adivinas lo que acabo de recibir.

Robert alzó la vista de los papeles que estaba revisando y los hizo a un lado en sus escritorios. Sabía por experiencia que si Katherine había entrado en su estudio, le sería imposible seguir con lo que estaba haciendo.

Sin necesidad de preguntar qué había recibido, ella se acercó y le tendió lo que parecía ser una invitación con una sonrisa en los labios que no veía desde hace tiempo.

Robert la leyó. Cuando vio los nombres de los contrayentes él también sonrió.

—Me pregunto cómo sucedió esto —dijo poniendo la carta en el escritorio—. Aberdeen estaba bastante interesado en volver a su vida de libertino y, creo recordar, que tenía especial interés en mantenerse alejado de esa Loughy en especial.

Kate se encogió de hombros.

—Topacio ha dicho que si vamos, me contará la historia. Ha dicho que es larga y escandalosa.

—¿Irás?

Ella asintió.

—Debí suponer que no guardarías luto ni tres meses —comentó divertido.

—Tonterías —replicó—. Seguiré con el luto, aunque sea hasta los seis meses. Mandaré a encargar un vestido gris, para no asistir de negro a un enlace. Es probable que la gente se muestre un tanto escandalizada al verme asistir a un acontecimiento social tan pronto, pero no me importa.

—Te desconocería si te importara.

Ella volvió a sonreír.

Desde el día de las confesiones en el carruaje, Kate sintió que todo cambiaba. Era como si existiera una especie de conexión invisible entre ambos. Como si un hilo transparente los hubiera atado irreparablemente desde ese día. Era complicado de explicar, pero ella en realidad no deseaba buscar explicación, tenía miedo a la conclusión a la que podía llegar.

—La boda será en un mes. Tendremos hasta entonces para viajar a Londres —informó.

—En realidad, tenemos una semana para llegar a Londres.

Kate frunció el ceño y vio como el rebuscaba algo entre los cajones. Sacó lo que parecía otra invitación y se la tendió.

—Llegó esta mañana. Pensaba mostrártela en el almuerzo, pero ya que has decidido irrumpir en mi estudio...

Ella chasqueó la lengua ante el leve reclamo que dejaba entrever la voz de Robert y tomó la invitación. Por segunda vez en el día, se quedó anonadada al leer los nombres de los novios.

—Esto es maravilloso! —exclamó sonriendo de oreja a oreja—. Claire me había mencionado algo, pero no creí que... —Agitó la carta mientras la señalaba como si eso explicara todo—. Se lo merece —culminó mientras volvía a leer los nombres escritos en la invitación.

«A la boda del conde de Hertford y la viuda lady Warwick"»

Sí, se lo merecía. Lady Warwick era una buena mujer y merecía ser feliz. Recordó el día en que Claire le había comentado que su tía estaba siendo cortejada, fue en su boda, y a pesar de que se había sentido feliz por escuchar la buena noticia, no pudo dejar de sentir un poco tristeza, ya que su mente tenía más que claro que ella nunca podría alcanzar esa felicidad. Sin embargo, hoy que veía la invitación a la boda, no sentía melancolía ni nada similar; al contrario, estaba feliz, y no solo por las futuras bodas, sino por su vida estaba resultando mejor de lo que había pensado.

Frunció ligeramente el ceño ante ese nuevo descubrimiento y se dijo que lo analizaría pronto.

—¿Sucedo algo?

Ella volvió a la realidad.

—No, no sucede nada, es solo que tantas bodas... Es maravilloso, ¿no te lo parece? Aunque lo que más intrigada me tiene es saber cómo llegó Ruby Loughy al altar con el marqués de Aberdeen después de que ambos hubieran declarado que se odiaban a muerte.

Robert frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero ella lo interrumpió.

—No, no, no digas nada, sé que no fue exactamente eso lo que dijeron, pero suena mejor. Me muero por saber la historia.

Robert estaba seguro que todos se morían por saberla.

—¡No, no y no, Brandon! —Claire se cruzó de brazos y fulminó con la mirada a su marido—. No pienso perderme la boda de mi tía por un loco sediento de venganza —declaró al final incapaz de decir un insulto más fuerte.

Lord Blaiford se recostó en la silla de su estudio y soltó un suspiro cansado. Sabía, desde que la había mandado a llamar, que Claire no tomaría nada bien su propuesta, pero no por eso podía dejar de intentarlo.

—Claire, cariño, por favor entiende, yo...

—Que tú no puedas ir no significa que yo no vaya. Sabes que quiero a mi tía como una madre. Manda a todos los policías de Bow street con nosotras en el carruaje si así te sientes mejor, pero no vas a impedir que yo vaya a ver como la mujer que tanto adoro consume su felicidad con un buen matrimonio.

Brandon tenía serias dudas de aceptar esa idea. Debido a problemas en la propiedad, se le hacía imposible viajar a Londres para la boda de lady Warwick, y ya que Charles andaba suelto y según recientes rumores ahora poseedor de una considerable fortuna gracias al matrimonio con la hija de lady Pembroke, se negaba a dejar que Claire viajara sola con su hija y la doncella. Aunque mandara a todos los agentes de Bow street con ellas como había sugerido, no sentiría que estaban seguras si él no iba. Desde el incidente del caballo se negaba a dejarla sola, temeroso de lo que pudiera suceder. Sin embargo, también era consciente de que no tenía ningún derecho a prohibirle asistir a la boda de su tía siendo conocedor del gran afecto que su mujer le profesaba.

—Está bien —aceptó, todavía reacio.

Claire sonrió y corrió hacia él para darle un efusivo y corto beso en los labios. Brandon solo esperaba no arrepentirse

Una semana después, Claire iba en el carruaje con su hija en brazos intentado dormirla y la doncella al lado. La boda de su tía sería en tres días, pero ella había decidido ir un poco antes para ayudarla en lo que necesitase. Estaba muy feliz por ella y deseaba estar ahí para compartir su felicidad, por ello, no le importaba que viajaran con ellas cuatro hombres a caballo y armados, y otro más que iba junto al chofer. Llegaría a Londres ese día en la noche y se quedaría en la

pequeña casa de su tía. Luego de la boda, permanecerían en la ciudad hasta la famosa boda de Ruby Loughy, que se realizaría en unas tres semanas. Brandon llegaría en una semana si los problemas en la propiedad se resolvían satisfactoriamente. Claire solo esperaba que se resolviera el problema de Charles, tanta angustia estaba resultando demasiado insoportable.

Aburrida, sacó la cabeza por la ventanilla mientras seguía meciendo a su niña que estaba inquieta por el traqueteo del carruaje.

De pronto, el ruido de los cascos a caballo aumentó y Claire frunció el ceño. Bien podía ser un carruaje que iba en dirección contraria a ellos y se acercaba, o uno que venía por detrás, pero algo le dijo a Claire que no era precisamente eso. El escalofrío que le recorrió desde la columna vertebral hasta los pies no era otra cosa que una inexplicable advertencia de peligro.

Un poco asustada, le entregó la niña a Lily y abrió la abertura en la parte de arriba del coche para ver lo que sucedía.

Frente a sí a una distancia todavía lejana, pero lo suficientemente cerca para observar, varios hombres a caballo con aspecto de bandoleros se acercaban. Claire tuvo el presentimiento de que no era por un simple robo. Eran demasiadas personas, al menos diez. Los hombres que estaban con ellas desenfundaron las pistolas, preparados para el ataque.

Con el corazón acelerado regresó a su asiento e intentó serenarse. Consigo estaban cinco de los mejores policías de Bow street. Nada le pasaría. Sin embargo, su corazón no estaba muy seguro de ello ya que martilleaba cada vez mas fuerte en el pecho.

—Lily, escúchame —le dijo mirándola seriamente a los ojos—. Se acercan hombres a caballo y no creo que tengan buenas intenciones. Antes de que nos den alcance, ordenaré a cochero que reduzca la marcha hasta casi detenerse para que puedas salir con Danielle por la abertura del piso y quiero que una vez lo hagas te escabullas hasta aquellos matorrales y te ocultes ahí hasta que veas que todo vuelve a la normalidad.

En el rostro de la doncella se dibujó una inconfundible expresión de angustia.

—Milady, no entiendo, ¿quiénes son esos hombres? ¿Por qué tomar medidas tan drásticas? Estamos bien protegidas.

Claire no tenía tiempo de explicarle sus presentimientos acerca de quiénes eran esos hombres. Esperaba equivocarse, que todo fuera producto de la alerta y que estos siguieran de largo o, en el mejor de los casos, que se trataran de salteadores de camino. Pero no se engañaba, eran muchos para querer realizar un simple robo y el esfuerzo de enfrentarse contra los agentes no lo valía.

—No hay tiempo para explicaciones Lily, haz lo que te digo y protege a Danielle a toda costa. La casa de Lansdown no debe estar muy lejos de aquí. Cuando veas que todo se ha calmado, corre hacia allá en busca de ayuda —ordenó.

—¿Y usted milady? Venga con nosotras.

Claire negó con la cabeza. Si lo que sospechaba era cierto, los hombres la buscaban a ella y si cuando los alcanzaran notaban que se había escabullido las buscarían por los alrededores, lo que implicaría que podían encontrar a Danielle y a Lily en el proceso. No pensaba correr el riesgo de que dieran con su pequeña.

—Imposible, Lily, prométeme que harás lo que te digo y mantendrás a salvo a la niña. A la mínima señal de peligro, huye.

—Se lo prometo, milady —dijo, pero su expresión dejaba claro que no consideraba buena idea dejarla ahí sola.

—Bien.

Claire abrió nuevamente la abertura del techo y le dio órdenes al cochero. Su nerviosismo

aumentaba a cada paso que los jinetes daban hacia ella.

Cuando el coche casi se detuvo, abrió la abertura en el suelo que había sido diseñada para salir en caso de alguna emergencia y apuró a Lily para que saliera por ella, luego le entregó a la niña no sin antes darle una rápida bendición.

La doncella tomó a la niña y siguiendo las indicaciones de su señora, se arrastró rápidamente hacia los matorrales y se ocultó ahí, no se atrevió a ver nada solamente pudo escuchar.

Claire dio órdenes al cochero de girar el carruaje y regresar, pero no habían avanzados más de unos metros cuando otra de sus sospechas se vio confirmadas: más hombre venían del otro lado del carruaje y Claire tuvo la certeza de que ya no había nada que hacer. estaban acorralados y sería un verdadero milagro que lograra salir ilesa de esa situación. Eran al menos quince hombres armados contra seis y aunque nunca había sido especialmente pesimista, no había que ser un genio para adivinar que la batalla estaba perdida.

Respiró hondo para intentar tranquilizarse, sacó de su bolso la pistola que Brandon en su extrema preocupación le había dado. Lamentablemente, no le había enseñado bien cómo usarla, y aunque lo hubiera hecho ella no se veía capaz de disparar.

Tomó el arma con manos temblorosas y rezó porque todo saliera bien y no hubiera necesidad de llegar a tales extremos.

Los ruidos de los cascos de caballo acercándose eran ya inconfundibles. Debían estar ya encima de ellos y Claire solo pudo elevar una plegaria.

Se sobresaltó al oír unos pocos disparos y agarró con más fuerza el arma entre las manos. Al momento en que sintió que alguien intentaba abrir la puerta del carruaje apuntó con el arma pidiendo perdón a Dios por lo que podía estar a punto de hacer. Cuando la puerta se abrió solo le bastó ver el rostro de su atacante para cerrar los ojos y disparar antes de que se arrepintiera. Se oyó un aullido de dolor indicando que no había fallado del todo, pero cuando abrió los ojos se dio cuenta de que tampoco había acertado. No obstante, el disparo no sirvió de mucho porque no había pasado ni un minuto cuando ya se encontraba forcejeando entre los brazos de alguno de los otros hombres y poco después estaba montada boca abajo encima de lomo de un caballo con dirección a sabrá Dios donde. Eso de los secuestros ya se estaba volviendo una mala costumbre, solo que ella estaba casi segura de que esta vez no era para pedir rescate. Esperaba que Lily hubiese logrado conseguir la ayuda.

Capítulo 32

Kate estaba acomodando la cola de su traje de montar para que no le estorbara cuando se oyó un golpe insistente en su puerta.

Anne abrió, Mary entró y dijo:

—Kate, una mujer desea verte, dice que es urgente, pero no la he querido dejar subir pues su aspecto no me convenció.

—¿Quién es la mujer? —preguntó extrañada.

—Soy yo milady —interrumpió Lily entrando a la habitación a pesar de las quejas del ama de llaves—. Ha sucedido algo terrible.

El rostro de Kate palideció cuando vio que la doncella tenía a la pequeña Danielle en brazos y esta lloraba desconsoladamente.

—¡Dios mío! —exclamó tomando a la niña en brazos y meciéndola para calmarla—. Habla ya. ¿Qué sucedió? ¿Le ha pasado algo a Claire?

La doncella asintió mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Se la han llevado, milady, han asaltado el carruaje y se la han llevado. Los hombres que venían con nosotras están inconscientes cerca de aquí y uno de ellos está herido.

Kate ahogó un gemido e intentó mantener a raya el miedo que empezaba a embargarla. No necesitaba preguntar quién se la había llevado.

—¿Dices que es cerca de aquí donde los atacaron? —La doncella asintió—. Bien, me dirás dónde es y después vendrás y te quedarás con Danielle.

Todos abrieron los ojos en un gesto de sorpresa presintiendo lo que se proponía Kate.

—Katherine —dijo Mary suavemente—, a Robert no le gustará nada esto.

Kate pensó que más que disgustarle, lo haría enfurecer bastante. Tenía la plena certeza de que si salía bien librada del asunto en el que estaba a punto de meterse, era bastante probable que no tuviera tanta suerte a la hora de enfrentarse con su marido. Pero, ¿qué más podía hacer? Él no estaba y no regresaría hasta la hora de la cena, y aunque mandara a alguien demorarían al menos una hora. Era demasiado tiempo que perder.

Era consciente de que estaba rompiendo a su promesa, pues no había duda de que eso que iba a hacer se clasificaría como una estupidez que ponía en peligro su vida, pero estaba dispuesta a enfrentar las posibles consecuencias de sus actos, la seguridad de Claire era primero.

Fue hacia su cómoda y extrajo de un cajón una hoja y un tintero. Garabateó una rápida explicación y le indicó a Mary que mandara a buscar a Robert y se la entregara apenas llegara. También le dijo que mandara a un lacayo a avisar a Lord Blauford.

Consciente de que su traje de montar llamaría mucho la atención y segura de que cuando se realizó las mudanzas de su ropa no pusieron entre ella el traje de muchacho que usó la última vez, mandó a Anne a que buscara unos pantalones y una camisa de uno de los mozos de cuadra más menudos que encontrara. La de Robert hubiera sido una opción más rápida, pero le quedaría como un saco y la fina tela desmentiría el papel que deseaba interpretar.

Mientras Mary y Anne se apresuraron a cumplir sus indicaciones, Lily la miró con recelo.

—¿Está segura de lo que va a hacer, milady? Es muy arriesgado que vaya usted sola.

—No iré sola, me llevaré a dos de los de los policías conmigo, presentaremos una imagen más creíble y menos sospechosa. Nadie le dará importancia a dos lacayos y un muchacho caminen por ahí.

Lily parecía aún recelosa e intentó convencerla de que cuando Claire habló de ayuda no

se refería a que ella fuera en su busca.

—Tonterías —replicó—. Claire me conoce, debió saber cuándo mandó por ayuda que no me mantendría al margen del asunto.

La doncella se abstuvo de mencionar que su señora seguramente pensó que se encontraría lord Lansdow en casa y que este evitaría cualquier posible intervención de su parte. Sabía la antigua señorita Blane no era de las que se le hacía cambiar de opinión con facilidad y dudaba que el matrimonio la hubiera hecho cambiar de carácter.

Anne regresó veinte minutos después con un atuendo de lo más creíble y que a pesar de quedarle un poco grande, era perfecto. Se recogió el cabello en un moño y se lo cubrió con un viejo sombrero. Kate no se engañaba, era consciente que cualquiera que la viera de cerca no tendría duda de que era una mujer, pues sus facciones distaban de ser toscas como las de un hombre, pero de lejos no parecía otra cosa que un muchacho cualquiera y eso le serviría por el momento.

Cargó su pistola y la escondió entre una de las botas, en la otra bota colocó un pequeño puñal que le había robado hace años a su hermano. Cuando estaba a punto de salir, Mary que había ya se había encargado de lo pedido e hizo un último intento por detenerla.

—Por favor, Katherine, esto es una locura. Espera a que regrese Robert, él sabrá qué hacer. Se pondrá furioso cuando se entere de lo que has hecho.

—Tardará demasiado —objetó Kate—. No hay tiempo que perder.

Salió sin dejar que el ama de llaves pudiera protestar. Su amiga estaba en posesión de un loco que ya intentó matarla una vez, cada segundo era valioso e importante.

Kate se encontró con un nuevo obstáculo cuando les dijo a los agentes lo que iban a hacer. Estos también se mostraron bastante reacios a llevarla consigo y Kate perdió tiempo importante en convencerlos de lo contrario.

Al final, después de al menos cinco largo minutos de extensa discusión, Kate salió con cinco hombres —porque ninguno quiso quedarse— hacia el lugar donde les había indicado Lily que habían sido atacados. Cuando llegaron, pudo comprobar lo grave que fueron los hechos al ver a los hombres tirados en el piso, tres de ellos estaba sentados como si acabases de despertar y se masajeaban las sienes en un intento por despejar su mente y alejar el seguro dolor de cabeza que tendrían. No parecían heridos más allá que el hilillo de sangre que les bajaba por la cabeza. Los otros dos hombres estaban en el piso atados de pies y manos. Reconoció en uno de ellos al cochero y supuso que el otro era otro policía. El único hombre que todavía permanecía inconsciente en el piso tenía una herida de bala que Kate creía pudo haberle atravesado las costillas. Uno de los agentes que venía con ella comprobó el pulso de su colega y afirmó que todavía vivía y al moverle un poco el cuerpo pudo ver que la herida estaba más al costado y que tal vez no fuera tan grave.

Ordenó a dos de los hombres que venían con ella que se quedaran y ayudaran a los otros a regresar a la casa y se fue con los otros tres a seguir la pista que las huellas de los caballos que los muy tontos se olvidaron de cubrir y que los llevarían hacia Claire.

Iban un poco lento. Los caballos que habían escogido para la búsqueda no eran purasangres, pero hubiera sido demasiado sospechoso que unos simples mozos fueran montados en unos.

Mientras más se acercaba, Kate hacía lo posible por incitar a su mente en que pensara en un buen plan, pero esta parecía carente de ideas así que solo le quedaba improvisar llegado el momento. Tal vez si fue imprudente e irresponsable haberse embarcado en una misión de ese tipo sin saber que era lo que iba a hacer, pero ya no había manera de remediarlo. No estaba

dispuesta a dar marcha atrás, la vida de Claire dependía de ello. Solo estaba segura de que, si no lograban sacarla de ahí, al menos tendría que buscar la forma de procurar que no le pasara nada mientras esperaba la ayuda que seguroa llegaría pronto.

Tardaron más de lo que imaginaron en llegar al lugar donde debían tener cautiva a Claire, una hora aproximadamente. Era una casa, no muy grande para ser considerada una mansión, pero tampoco era pequeña. Era elegante, pero estaba descuidada.

Kate no se sorprendió cuando vio a varios hombres vigilando la casa. Sin embargo, eso solo complicaba más la situación. Tenía que pensar en cómo entrar y salir si ser vistos, pero la tarea parecía imposible. Los segundos pasaban y a ella no se le ocurría nada. Supuso que toda la casa estaría rodeada y por ende iba a ser imposible entrar sin que notaran su presencia. Unos segundos pasaron cuando una idea empezó a tomar forma en su cabeza y solo tardó un momento en apartar la advertencia que su parte racional quería decirle los peligros que corría si la llevaba a cabo. Pero no tenía de otra más que poner manos a la obra.

Esto tenía que ser una broma.

A pesar de que lo que veían sus ojos, que no dejaban lugar a dudas sobre a quién tenía frente a sí, Claire todavía no podía terminar de creérselo. Elizabeth Cromwell o Lady Cork, no importaba, para ella solo era la mujer de sus pesadillas, y estaba frente a ella, viva y con la mirada aún más desquiciada de lo que recordaba.

Respiró hondo. Claire presentía que esta vez no tenían intención de pedir recate por ella, ni mucho menos de dejarla viva. Solo le quedaba rezar porque el resultado fuera el mismo de la vez anterior.

—¿Sorprendida de verme, querida? —preguntó la mujer en un tono burlón.

La sonrisa maligna en su cara acentuaba el tono blanco de la cicatriz que arruinaba lo que había sido alguna vez un rostro de ángel.

Claire no respondió a la provocación; en cambio, se dedicó a buscar una posición que no fuera tan incómoda para sus brazos atados en esa esquina del cuarto donde la mantenían retenida.

—Por mi parte, yo estoy muy alegre de volver a verte —continuó—. Charles no piensa lo mismo. Esa herida que le dejaste en el brazo le molestó mucho y no sé si querrá cobrársela luego. —Se encogió de hombros—. Pero en todo caso yo estoy primera la lista para vengarse.

Sí, confirmó Claire, si a la mujer alguna vez le había quedado algún resquicio de cordura, ya lo había perdido.

—Ya deberías saber, Elizabeth, que esto no va a salir bien.

De alguna manera consiguió que su voz no delatara su temor, y se enorgulleció por ello.

Elizabeth levantó la mano y le dio una bofetada.

Claire sintió un fuerte escozor en la mejilla, pero se negó a que una expresión suya le diera la satisfacción de hacérselo saber.

—Te equivocas, querida, todo a salir bien, no hay manera de que sepan en dónde estás, y podré tener tiempo suficiente de hacerte sufrir un poco antes de mandarte a la otra vida. Viajar sola en un carruaje con una escolta insignificante no fue muy inteligente de tu parte, has facilitado el camino a tu tumba.

Un escalofrío recorrió a Claire al escuchar las palabras, pero se obligó a tranquilizarse. Por lo visto, no vieron escabullirse a Lily con Danielle lo que le causaba alivio y esperanza. Por lo menos tenía la certeza de que su niña estaba a salvo, y que Lily ya habría ido por ayuda. Se repitió varias veces que todo saldría bien con el fin de aminorar los frenéticos latidos de su

corazón.

—Solo falta encontrar a la entrometida amiga tuya —dijo más para sí misma que para Claire mientras se dirigía a la puerta—. Ella también tiene una cuenta pendiente conmigo, y con Charles. Atraparla nos dará tanto placer como lo ha hecho atraparte a ti —dicho esto, salió del cuarto dejando a Claire sola con sus pensamientos.

El temor que tanto luchaba por contener volvió a surgir de nuevo en su interior. ¡Kate! Dios, si Kate se enteraba que estaba en peligro... No podía ni pensarlo, Kate era demasiado impulsiva y podía cometer cualquier locura en un intento de salvarla. ¿Como no había pensado en eso cuando mandó a buscar ayuda precisamente allá? «Tranquilízate Claire, estás siendo irracional», se dijo. Lansdow no permitiría que su esposa cometiera ninguna locura, no la pondría en peligro. Pero, ¿y si Lansdow no estaba en casa cuando Lily llegara? Se negó a pensar en la posibilidad. Él estaría en casa y si era un hombre inteligente encerraría con llave a Kate en un cuarto del último piso y guardaría la llave hasta que todo se solucionase. Al menos esa era la única forma que se le ocurría para que esta no cometiera una locura. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Un mensaje para el señor —repitió con desconfianza el hombre de aspecto rudo mientras veía detenidamente a Kate y a su acompañante.

Kate bajó un poco más la cabeza para que no pudiera verle bien la cara y así poder pasar por un simple muchacho como requería el plan. Sin embargo, el hombre que tenía frente a sí podía parecer un bruto, pero su renuencia a dejarlos pasar dejaba claro que no lo era, al menos no del todo. Los miró de arriba a abajo como si los examinará y solo apartó la vista cuando se oyó un disparo en la distancia. En ese momento, tal y como habían planeado, los otros dos agentes restantes se dejaron ver por un fugaz momento antes de desaparecer en la negrura del espeso bosque.

—Quédense aquí —les ordenó mientras él y otros cuatro hombres de los que rodeaban la casa se alejaban con rifles en mano hacia la dirección en la que habían desaparecido los jinetes.

«Después de todo, sí es un tonto» se dijo con júbilo al verlos alejarse. Se aseguró de que ya no estaban en su campo de visión y abrió la puerta para entrar en el lugar.

El vestíbulo estaba vacío y a Kate solo le quedaba rogar porque nadie los viese.

—No tenemos mucho tiempo —le susurró al agente—. Usted busque en esta planta y yo buscaré arriba. En diez minutos nos encontramos afuera, Espero que los otros puedan entretenerlos el tiempo suficiente.

—Lo harán, milady, y es probable que se deshagan de unos cuantos también.

Ella asintió y sin perder más tiempo subió los escalones con pistola en mano, no sin antes recordarle al agente que si veía a un hombre con la descripción de Charles, no dudara en disparar.

Arriba, Kate revisó cuarto por cuanto hasta que solo quedó uno al final del pasillo. Al igual que los anteriores no tenía iluminación y solo unos pequeños rayos del sol le dejaron vislumbrar a la figura que en una esquina se movía como si se debatiese contra algo.

—¿Claire? —susurró.

—Kate —murmuró la susodicha con menos entusiasmo del que había esperado—. ¿Qué haces aquí?

—Creo que eso es obvio —respondió mientras se acercaba a ella y se agachaba para sacar de su otra bota la navaja—. Vine a sacarte de aquí.

—Oh, Kate —se lamentó mientras pensaba qué había hecho para que sus ruegos nunca fueran escuchados—. No debiste venir.

Kate le lanzó una mirada de reproche.

—¿Acaso pensabas que te dejaría aquí en peligro mientras me quedaba tranquila en mi casa?

Cortó las cuerdas que ataban sus manos para luego ir a la de los pies.

—No, pero tenía la esperanza de ello—. Kate, no te ofendas, agradezco tu ayuda, pero esta vez es diferente. Verás, Charles... ¡Cuidado!

Con los reflejos de un guerrero en batalla, Kate se giró inmediatamente y sin detener a ver quién era disparó. Sin embargo, la bala debió quedar atascada en el techo porque el intruso estaba muy cerca y le sujetó la mano desviándola justo cuando apretó el gatillo. Empezó una batalla por conservar el arma. Kate no tardó en percatarse que su oponente no era otro que Charles. No obstante, este parecía no tener fuerza suficiente para arrebatarle el arma tan rápido como ella hubiera esperado. No sabía qué le pasaba, pero no se dio por vencida. Intentó darle un rodillazo en el estómago y él lo esquivó.

Claire decidió que no podía quedarse viendo como su amiga se peleaba con Charles con la pistola pudiendo salir herida en el proceso. Armándose de valor, tomó el cuchillo con el que le habían cortado las cuerdas y, pidiendo perdón a Dios, lo bajó sin pensarlo dos veces hacia la espalda de Charles. No obstante, una milésima de segundo antes de que el filo de la hoja se clavara en la piel de su oponente, otras manos agarraron la suya y le hicieron desviar la trayectoria. La hoja rasgó levemente la espalda de Charles formando un arco, siendo el corte no tan profundo para matarlo, pero sí lo suficiente para que soltara las manos de Kate y cayera desplomado encima de ella. Kate se dio cuenta entonces de que también tenía una herida en el brazo derecho y por eso su fuerza no había sido la misma que en circunstancias normales.

Era demasiado pesado para poder quitárselo de encima con rapidez. Pero que estuviera encima de ella no le impidió liberar medio cuerpo y sacar del bolsillo de sus pantalones las provisiones que llevaba para volver a recargar el arma que solo permitía un tiro. Ya había cargado y apuntaba lo mejor que podía a su objetivo cuando se dio cuenta de que no podía disparar. Elizabeth y Claire estaba en una pelea demasiado reñida y se movía de un lado a otro. Si disparaba bien podía darle a Elizabeth como podía herir a Claire y ese era un riesgo que no pensaba correr. Tardó solo un segundo en decidirse si no sería buena idea matar a la alimaña que tenía encima. No era que tuviese muchas ganas de condenar su alma, pero si se deshacía de él ahora podía evitar problemas futuros, estaba segura que Dios podría perdonarla por ello. En ese segundo de decisión el cuerpo de Claire fue arrojado contra ella haciéndole soltar el arma de las manos. Kate profirió una maldición en voz alta e intentó alcanzar su arma, pero Elizabeth se le adelantó.

—Oh no, querida, no te dejaré hacer eso —dijo y la apuntó con el arma en una mano mientras sostenía el cuchillo que le arrebató a Claire en la otra—. Debo decir que es bueno tenerte por aquí, no has ahorrado el trabajo de ir a buscarte.

Kate palideció al enterarse que también la querían a ella, eso fue lo que Claire trató de advertirle cuando la estaba liberando.

Elizabeth se acercó a la pequeña ventana y empezó a dar órdenes a los hombres abajo sin dejar de apuntarlas en ningún momento. Estos no tardaron en aparecer y pronto las dos estaban solas en la misma habitación, atadas nuevamente.

—Bien —dijo Kate—, ahora sí estamos metidas en un buen lío.

Claire asintió.

—¿Mi hija y Lily están bien?

—Están bien.

—¿Dónde estaba Lansdow cuando llegó la noticia?

Kate la miró frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabes que no estaba en casa?

—Estás aquí. Si hubiera estado en casa, estarías encerrada en un lugar seguro.

Ella la miró molesta.

—Una forma muy poco común de agradecer el intento de ayuda.

—Kate, ellos también te querían a ti y ahora te tienen. ¿No crees que hubiera sido mejor que te dejaran encerrada en tu casa?

Kate lo consideró un momento y luego suspiró.

—Está bien, admito que cometí una estupidez, pero solo quería ayudar. No podía quedarme en casa esperando que todo se solucionase mientras sabía que estabas en peligro.

Claire formó una media sonrisa.

—Lo sé, y te lo agradezco, no sabes cuanto, solo espero que podamos salir ilesas.

Kate no podía ser tan positiva. Aunque salieran de esa, nadie le garantizaba que lo que le esperaba con un Robert furioso fuera mejor.

Capítulo 33

—¿Se puede saber quién fue el imbécil que la dejó salir?!

La voz de Robert, más potente que el rugido de un león, se oyó en toda la casa haciendo que todos los presentes dieran un paso atrás. En esa casa había sirvientes muy antiguos, y ninguno de ellos había visto a su señor perder los estribos de esa manera, por lo que los gritos generaron miedo.

—Robert... —intervino Mary cautelosa—, intentamos disuadirla, pero fue muy insistente.

—Usted debe saber, milord, que milady es muy terca —intervino Lily mientras mecía a la pequeña Danielle. Esta había puesto sus pequeñas manos alrededor de sus oídos presintiendo que vendrían más gritos. No se equivocó.

—¿Terca?! ¡Insensata es lo que es! —gritó—. ¡Insensata e imprudente! ¡Debieron encerrarla en un cuarto sin ventanas hasta que yo regresara, no intentar disuadirla!

Por segunda vez en su vida, después del incidente con Charles en la casa de lady Pembroke, el marqués de Lansdown había perdido el control. Su mandíbula estaba tensa, sus puños cerrados y su respiración agitada. Nadie en su sano juicio se acercaría en esas circunstancias pues parecía que se lanzaría contra el primero que lo intentase.

Por más que intentaba, Robert no podía controlar la furia que lo embargaba, pero sobre todo no podía mitigar el miedo que se instaló en su pecho cuando se enteró que la insensata de su mujer había partido al rescate con muy poca ayuda. ¿Acaso no era consciente de todos los peligros a los que estaba expuesta? Sí, claro que lo era, pero aun así había decidido romper la promesa que le hizo e ir a arriesgar su vida. Esa mujer lo enviaría a la tumba de un momento a otro, si no la enviaba él primero apenas la encontrara.

—¿Dónde está el caballo que mandé a pedir?!

—Ya- ya está listo Milord —respondió un lacayo que acababa de entrar para avisarle.

—Bien —dijo dirigiéndose a la puerta—. Que alguien mande a buscar a Lord Blaiford.

—Ya fueron a avisarle —informó Mary—. Debería llegar pronto.

Sabía que lo que preguntaría a continuación probablemente lo pondría peor, pero tenía que saberlo.

—¿Hace cuánto salió mi esposa?

—Hace como hora y media, milord —respondió Anne.

Robert masculló una maldición y se apresuró a salir.

Aunque la muy insensata había tenido el tino de llevarse unos hombres consigo, Robert no más tranquilo por ello. Lily había dicho que eran al menos quince hombres armados los que se llevaron a Claire y Katherine solo iba con tres. ¡Estúpida mujer! En cuanto la tuviera en frente sana y salva él mismo la mataría.

Llegó al lugar del secuestro y siguió las huellas de los caballos. Según sus cálculos, si alguien había ido a avisar a Brandon hacía dos horas, este ya debía estar enterado y Robert podía apostar que no tardaría más de una hora en llegar. A caballo, la distancia entre las casas era de una hora o menos, si el trayecto se hacía rápido.

Cuando llevaba unos veinte minutos siguiendo las huellas, el sonido de los cascos de un caballo que venía a todo galope le advirtió del cumplimiento de sus predicciones. Brandon tardó solo unos segundos en alcanzarlo y detenerse a su lado.

—¿Has traído hombres contigo? —le preguntó Robert.

Brandon asintió y respiró hondo varias veces para recuperar el aire que perdió debido la

velocidad de la cabalgata.

—Sí, pero se quedaron atrás —respondió.

—A la velocidad que venías cabalgando, no me extraña.

Brandon hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Secuestrar a mi esposa se está volviendo una costumbre bastante mala. Gracias por tu ayuda. Espero que hayas dejado a tu esposa encerrada en su cuarto para evitarnos sorpresas como la última vez,

Robert gruñó y Brandon no necesitó más explicación para entender.

—¿No estabas en casa cuando Lily llegó con la noticia, ¿cierto?

Él negó con la cabeza.

—Y ella debe estar ahora en la misma situación que Claire —concluyó Brandon.

—Juró que la encerraré apenas la saqué de allí.

—Ahí vienen los hombres, mejor sigamos —dijo Brandon viendo cómo se acercaban jinetes caballo.

En total formaban un grupo de diez personas. Esperaban ser suficientes para salvar a las mujeres.

Veinte minutos más tarde, estaban observando, ocultos entre los árboles, la casa frente a sí.

—Tiene que ser esa —anunció Robert y Brandon asintió.

—Si no me equivoco, esa casa fue parte de la dote de lady Hannah.

—Sí, no debe ser muy complicado entrar, no hay más de quince hombres.

—Eso es porque al menos cinco de ellos están persiguiendo a dos de mis compañeros, milord.

La nueva voz era la de uno de los hombres que se había ido con Katherine. Verlo sin su esposa aumentó la preocupación de Robert.

—¿Dónde está mi mujer? —le preguntó al hombre.

Este bajó la mirada, avergonzado.

—Entramos juntos en la casa para revisarla, milord, quedamos en vernos afuera en diez minutos antes de que volvieran a reforzar la entrada, pero milady no ha salido, temo que la atraparon y se me hizo imposible volver a entrar para buscarla.

Robert soltó una maldición en voz baja.

—Me podrían decir ¿por qué la dejaron venir en un principio?! —espetó en un susurro furioso.

—No parecía dispuesta a quedarse en casa, milord. Intentamos convencerla, pero no pudimos, así que supusimos que era mejor acompañarla ya que amenazó con venir sola.

Robert suspiró. La gente debería empezar a comprender que a Katherine no se debía intentar convencerla de que no cometiera una estupidez, se debía evitar que la cometiera a cualquier costo.

—Hay que idear un plan —comentó Brandon y los demás asintieron.

—Podemos usar la misma táctica que usó milady. Nosotros empezamos a disparar y como somos varios, serán varios lo que tendrán que seguirnos. Entonces, la casa quedará desprotegida y ustedes podrán entrar con alguno de nosotros a buscar a las señoras.

—Entraremos solos, dudo que la sabandija de Charles tenga a alguien con él adentro. Seremos dos contra uno, es suficiente, y de no serlo, veremos cómo solucionamos. Ustedes encárguense de deshacerse de todos ellos. —Brandon señaló a todos los hombres que vigilaban con ahínco la casa—. Mátenlos o déjenlos vivos para arrestarlos, no me importa.

Los hombres asintieron y todos prepararon sus armas.

—¿Estás cómoda, Kate? —preguntó Charles con burla viéndola desde la otra esquina de la habitación.

Kate le dirigió una mirada que prometía venganza y se negó a moverse para no darle la satisfacción de saber que las cuerdas le molestaban.

El hombre no había tardado mucho en recuperar la consciencia, y apenas lo hizo fue a la habitación donde se encontraban y la sacó de allí para llevarla a otro cuarto. Kate se negó a pensar en los motivos que tenía, por ello y para evitarlo se dedicó a gritar a todo pulmón todos los insultos que sabía y que ninguna dama decente debería siquiera pensar.

—Eres un bastardo —espetó sabiendo que, de todos los insultos, ese era el que más le dolía porque arrugaba el ceño con rabia cada vez que lo decía—. Debí matarte cuando pude.

—Querida, si estás en esta situación es culpa tuya. De haber colaborado con mis planes, si te hubieras dejado seducir, ahora no estarías aquí —dijo como si eso explicara todo.

—¡No me arrepiento! —le gritó.

Charles negó con la cabeza como quién está regañando a un niño maleducado.

—Veo que no aprendes; te tenía por una mujer más inteligente. No importa, primero que nada necesito saber cómo nos encontraste, algo te debió guiar y si pudiste seguimos, cualquiera puede.

«Imbéciles» pensó Kate, que no entendía cómo no se dieron cuenta de que al galopar por tierra los caballos dejarían huella.

—Estaba cabalgando cuando los vi atacar el carruaje, así que los seguí.

—¿Siempre cabalgas vestida de hombre?

—Es más cómodo —respondió simplemente y el hombre pareció creerle.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —le preguntó.

—Matarte por supuesto, pero no todavía. Tenemos tiempo de divertirnos un rato. Podemos continuar lo que no terminamos en el templo de lady Pembroke.

Kate se odió por palidecer, pero no se dejó vencer.

—Me sorprendas que creas que te saldrás con la tuya.

Él soltó una carcajada. Se preguntó si se habría vuelto loco, igual que Elizabeth.

—Ya me he salido con la mía, querida, o ¿acaso no estás aquí? —Soltó una carcajada como si hubiera dicho un chiste privado—. Además, te aseguro que pronto me lo agradecerás, y me rogarás más. Lansdow no es suficiente hombre para ti.

El miedo se apartó por un momento y dio paso a la rabia. Ese último comentario no lo podía dejar pasar.

—¡Robert es mucho más hombre que tú imbécil! —le gritó—. Es un caballero y no podrías igualarle, aunque lo intentaras. Él tiene todo de lo que tu careces, es honorable, respetuoso, un caballero y...

Y estaba enamorada de él. No lo negaría más, se había enamorado de él porque, aunque fuera irónico, tenía todo lo que deseó encontrar en un hombre. Su inmadurez le había impedido verlo antes y ahora podía ser demasiado tarde. Dios no.

La fuerza de una mano contra su mejilla y el escozor de esta segundos después le impidió seguir cavilando el asunto.

—Te arrepentirás de tus palabras —prometió Charles con la ira desfigurando su rostro.

—No eres más que un cobarde —escupió sin importarle las posibles consecuencias—.

Eres tan poco hombre que le pegas a una mujer que ni siquiera puede defenderse porque está atada de pies y manos. Planeas abusar de una mujer que esta maniatada porque sabes que de otra forma no ganarías la batalla, al menos no contra mí.

Las palabras surtieron en el hombre el efecto deseado. El rostro de Charles enrojeció hasta tal punto que parecía que toda su sangre abandonó su cuerpo y se concentró en su cara. La agarró de un brazo, la levantó bruscamente sacando una navaja de su bota y cortó las ataduras de su mano, y antes de que pudiera agacharse para cortar la de los pies Kate ya había golpeado con todas sus fuerzas su hombro justo donde tenía la mal curada herida de bala que le había hecho Claire.

Charles soltó un alarido de dolor y soltó la navaja para aguantarse el hombro herido. Kate no perdió tiempo y tomó la navaja para cortarse las ataduras de los pies, apenas estuvo libre corrió hacia la puerta sin importarle los pies adormecidos. Charles intentó detenerla, sin embargo, Kate se escabulló y corrió con navaja en mano hacia el cuarto donde estaba Claire dispuesta a matar a la bruja si era necesario. No se percató de si Charles la seguía o no, lo oyó gritar, pero no tenía un objetivo en mente y no pensaba dejar a Claire ahí. Justo antes de abrir la puerta, se oyó un disparo dentro. El miedo se extendió por todo su cuerpo y abrió la puerta sin perder un segundo y lo que vio la dejó atónita. Elizabeth estaba tendida en el suelo en un mar de sangre y Claire estaba parada frente a ella con la cara pálida y los ojos desorbitados por el asombro.

—La mate —susurró como si no pudiera creérselo—. Dios mío, la mate.

Se llevó las manos a las sienes y empezó a masajearse las.

—Vamos. —Kate la tomó del brazo y la empujó hacia la puerta—. No hay tiempo que perder.

En ese momento se oyeron varios disparos y ellas supieron que habían llegado los refuerzos.

—Alto las dos.

Charles apareció frente a ellas con pistola en mano y las apuntó. El dolor de su hombro se reflejaba en la mueca de dolor de cara y el temblor de la mano que sostenía el arma.

—Un paso más y una de las dos se muere. —Miró el cuerpo de Elizabeth e hizo una mueca de desagrado para luego volver a fijar la vista en ella—. Veo que se han desecho de ella, pero ustedes correrán la misma suerte. ¿Cuál de las dos será la primera?

Kate y Claire se miraron entre sí y se tomaron de la mano. La mirada de Charles dejaba claro que dispararía en cualquier momento esa arma si nadie lo impedía. Ellas solo podían rogar que lo escuchado fuera cierto y que las habían ido a ayudar, y que no fuera demasiado tarde para cuando eso sucediese.

—Baja el arma, Charles.

El milagro llegó en la voz de Brandon. Sin embargo, ninguna de las dos se atrevió a suspirar de alivio ya que el arma seguía apuntándolas y él no parecía muy dispuesto a obedecer y bajarla.

—Baja el arma, Robinson, somos dos contra uno —Esta vez fue Robert quién habló. Su tono demostraba poco autocontrol.

Kate tragó saliva, fuera cual fuera el resultado, ella no viviría mucho tiempo.

—Pueden matarme —respondió Charles sin quitarles la vista encima—, pero una de ellas dos se va también. Tengo dificultad para decidir cuál, supongo que podemos dejarlo a la suerte.

Puso el dedo en el gatillo y ambas contuvieron el aliento. Se formó el silencio. Los segundos pasaron como si fueran horas y solo el grito de Kate lo rompió.

—¡Robert, cuidado!

El aludido se volvió a tiempo para desviar el tiro que le iba dirigido y empezó una batalla por el arma con el hombre que había aparecido de improviso para matarlo.

Charles se distrajo y desvió el arma de sus objetivos por lo que Brandon aprovechó la oportunidad para disparar sin consideración dando justo en la espalda de Charles, que se desplomó en el suelo, sin vida.

Kate buscó a Robert con la mirada, pero él y el otro hombre habían salido de su campo de visión alejándose por los pasillos. Kate lo iba a buscar, pero Brandon la detuvo con un brazo.

—No, ustedes quédense aquí, yo iré.

Se volteó para irse, pero al hacerlo fue consciente del otro cuerpo tumbado en el piso.

—No puede ser. ¿Esa es Elizabeth?

Kate asintió y Claire empezó a temblar.

—¿Qué sucedió?

—Yo... yo la mate —respondió abrasándose a sí misma—. Yo... yo no quería, solo que... la cuerda de mis manos estaban flojas...y... y pude zafarme. S-sin que se diera cuenta desaté también los pies y... y entonces... entonces ella dejó de hablar y se giró, me vio y me apuntó diciéndome que me mataría y que luego iría por nuestra hija, ¡por nuestra hija, Brandon! No podía permitirlo. Agarre el brazo en donde tenía el arma, empezamos a pelear y esta se disparó y... ¡Oh Dios mío la mate! Estoy condenada.

—No, cariño —la tranquilizó Brandon—, fue en defensa propia, las autoridades entenderán eso.

—¡No me refería eso! ¡Matar es un pecado!

—Dios también lo entenderá —intervino Kate—. ¿No dijo que iba a ayudar a Robert? Si no va usted, voy yo —apuró y Brandon se fue inmediatamente.

—Todo estará bien, Claire, todo estará bien —la calmó ya que su amiga seguía temblando—. Ya vuelvo —le dijo y antes de que pudieran detenerla, se fue tras Brandon.

El ruido de un disparó hizo que la sangre se le congelara a mitad de camino y la impulsó a ir más rápido. Cuando llegó al final de pasillo, donde comenzaban las escaleras, lo que vio consiguió que toda la sangre se le fuera de la cara. El hombre con el que Robert estaba peleando estaba tendido escaleras abajo, inconsciente, pero su esposo también estaba tendido en el piso con los ojos cerrados y una mano su sujetando un costado de donde brotaba gran cantidad de sangre.

—¡No! —gritó, arrodillándose frente a él—. No —susurró, devastada.

No lo podía perder, no después de descubrir que estaba enamorada de él.

Miró a Brandon y vio que este se había quitado la camisa y rasgaba una de las mangas.

—Ayúdame a levantarlo para vendarlo, tenemos que evitar que pierda más sangre.

Kate se apresuró a obedecer, aunque levantarlo no fue tarea fácil, consiguió alzarlo lo suficiente para que Brandon pudiera vendarlo.

El trayecto hacia la casa le pareció eterno a Kate, pero más eterno le pareció el tiempo que el doctor tardó en llegar.

Llevaba paseándose como por diez minutos por todo el salón hecha un manojo de nervios y si no llegaban noticias rápido perdería la razón.

—Todo estará bien, Kate, ya lo verás —le dijo Claire, que mecía a su niña en brazos.

Brandon tuvo que ir a resolver todo el asunto del secuestro y las respectivas muertes con las autoridades y Claire se había quedado con ella. Ver a Danielle había hecho que saliera del estado de conmoción en el que se encontraba.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Claire, esto no puede estar pasando, él no se puede morir.

El rostro de Claire se llenó de compasión.

—¿Te enamoraste?

Kate asintió y se deshizo en lágrimas.

—No es justo —dio un golpe en el piso con el pie—. No es justo que después de haber conseguido el amor de mi vida me lo arrebaten.

Claire iba a decir otra frase consoladora, pero en esos momentos vieron al doctor bajar las escaleras y Kate fue su encuentro.

—¿Y? —le preguntó con urgencia— ¿Cómo está?

—Hasta el momento, bien —respondió el doctor y Kate suspiró de alivio—. Si la herida no se infecta, pronto estará mejor

Kate prefería no pensar en esa posibilidad.

—Tiene que estar pendiente. Ante el primer indicio de fiebre, me llama.

Kate asintió y sin despedirse del doctor, subió las escaleras en dirección a la habitación de Robert.

—Debe dejarlo descansar —gritó el doctor, pero Kate ya se encontraba muy lejos para escucharlo, entonces se dirigió a Claire—. ¿Le dirá que hay que dejarlo descansar?

Claire asintió.

—Estoy segura que no lo molestará, pero créame, no iba a convencerla de no ir a verlo. Lo acompaño a la puerta —ofreció y el doctor asintió.

Kate miró a Robert tendido en la cama. Estaba dormido y todo parecía normal. Se recostó a su lado y acarició su mejilla con su mano. ¿Cómo era posible que hubiera estado tan ciega? Tuvo el amor de su vida en frente todo este tiempo y tardó mucho en darse cuenta. No quería pensar en que era demasiado tarde. Confiaría en que él se recuperaría y entonces ella se esmeraría en ganar su amor, pues no soportaría estar toda una vida amando a alguien que no la quería.

No fue consciente de cuánto tiempo estuvo ahí acostada a su lado, pendiente de la mínima reacción, solo sabía cuando vio el reloj, era tarde. Había rechazado la cena y hacía bastante rato que se había despedido de Brandon y Claire, después de asegurarles que le mantendría informados del progreso de Robert. Estaban verdaderamente preocupados, sobre todo Brandon, Robert era como un hermano para él y lo quería como tal.

Se abstuvo de avisarle a Emily de lo ocurrido. Sabía que ella tenía derecho a saberlo, pero era probable que la tuviera ahí apenas hubiera recibido la carta, y sinceramente no se veía lidiando con una Emily preocupada. No valía la pena angustiarla por el momento. Si las cosas iban bien no tendría relevancia.

La luna brillaba intensamente cuando el sueño por fin la venció.

Era muy temprano por la mañana cuando uno murmullos inquietos la despertaron. Kate se incorporó en la cama y observó a Robert que se movía murmurando incoherencias. Le puso una mano en la frente y la sangre abandonó su rostro. Estaba ardiendo en fiebre.

Capítulo 34

Los días siguientes fueron un completo calvario para Kate. Llamó al doctor inmediatamente después de haberse percatado de la fiebre y este solo le dejó unos medicamentos que costaba demasiado hacerle tomar debido a su inconciencia. Le dijo que ya no se podía hacer nada y que todo quedaba en manos en Dios. Kate rezó esos días más que en toda su vida.

Al segundo día de fiebre le envió una carta a Emily explicándole el asunto. Esta debía tardar unos dos días en llegar y seguramente la tendría a ella allí en menos de una semana.

Robert despertaba varias veces, pero nunca lúcido, murmuraba incoherencias.

Al cuarto día Kate ya estaba desesperada. Ni Mary ni Claire lograron despegarla de esa cama y tampoco la pudieron convencer de que se fuera a descansar un rato. Si era obstinada por naturaleza, en eso lo fue más, no se pensaba separar de él.

Esa noche estaba sentada al lado de su cama. Lloraba como no lo había hecho desde el día de la muerte de su padre.

—Un día me prometiste que no me libraría de ti en buen tiempo —le reprochó— Creí que siempre cumplías tus promesas. ¿Tienes que cumplir esa!

Mas lágrimas silenciosas salían de sus ojos. Esas lágrimas que no se había permitido derramar en todos esos días porque hacerlo significaría creer lo peor. No obstante, ahora no podía pararlas, ellas simplemente salían, necesitaba desahogarse.

Robert emitió un quejido en ese momento y Kate se puso alerta. Le tocó la frente y comprobó con alivio que la fiebre había bajado. Él abrió los ojos en ese momento, como para demostrarle que estaba en lo cierto.

—Katherine— susurró con la voz ronca.

—Gracias a Dios —murmuró ella y se apresuró a tomar de la mesa de al lado un vaso de agua y el frasquito de medicamento que dejó el doctor.

—Bebe un poco de agua —le dijo acercándole el vaso a la boca y levantándosela un poco para que pudiera tomar.

Él tomo unos cuantos sorbos y el líquido resultó un alivio inmediato a su seca garganta.

—Ahora bebe esto —indicó acercándole una cuchara con el jarabe del médico.

Una media sonrisa asomó a sus labios

—Pareces una madre dándole medicina a un niño.

—Solo bébelo rápido —apuró viendo como sus ojos se querían volver a cerrar.

Él obedeció y, ante el saber, hizo una mueca de desagrado.

—¿Qué es eso? —preguntó recostando nuevamente la cabeza.

Kate se encogió de hombros y colocó todo nuevamente en la mesita, cuando volteó, él se había dormido. Ella solo se permitió suspirar de alivio.

—Querida, ve a dormir un poco —dijo Mary entrando en el cuarto y repitiendo la frase por quinta vez en el día—, no puedes seguir así, te enfermarás tú también y entonces habrá doble trabajo.

—Ha despertado, Mary —informó Kate con entusiasmo—, y lúcido, ¡Ha despertado lúcido! Su fiebre ha bajado y conseguí darle un poco de medicamento.

—Oh gracias al cielo, querida. Pero estoy hablando en serio, tienes que dormir un poco.

—Estaré bien.

—No, no lo estarás, necesitas descansar o esas ojeras te cubrirán toda la cara. Además, si Robert se recupera te gustará estar aquí y no en cama muerta de cansancio. Vamos duerme un

poco, yo me quedo con él.

Kate pareció pensarlo un momento y luego asintió.

—Está bien, pero me avisas si vuelve a despertar.

Mary asintió y Kate se fue a su cuarto, apenas tocó la cama, se durmió.

Despertó con los primeros rayos del sol que atravesaron su ventana. No debió haber dormido muchas horas, pero se sentía mucho mejor, más descansada y con fuerzas suficientes para afrontar un nuevo día.

Lo primero que pensó fue en ir directamente a la habitación donde estaba Robert, pero luego lo consideró mejor y decidió cambiarse el vestido que estaba todo arrugado por haber dormido con él. Luego de hacerlo, si se dirigió a la otra habitación se sorprendió al encontrarse a Robert incorporado en la cama tomando en agua que le ofrecía Mary.

—Despertaste, ¡Y nadie me ha dicho nada! —dijo lanzándole a Mary una mirada de reproche.

—Estabas muy cansada, querida, necesitabas dormir para recuperar fuerzas. Deberías seguir durmiendo, aún es muy temprano y esas cuantas horas de sueños no compensaran las tres noches de insomnio.

—¿Tres noches de insomnio? —repitió Robert y miró a su cuidadora de forma acusadora—. ¿La han dejado pasar tres noches de insomnio?

Mary alzó la cabeza en gesto de desafío.

—Me gustaría verte intentar convencerla de lo contrario.

—Eso dista mucho de ser un gracias —intervino Kate cansada de que hablaran de ella como si no estuviera.

Robert la miró y se mostró un tanto avergonzado.

—Gracias —dijo sinceramente pero luego su expresión se tornó dura, como si acabara de recordar algo—. Sobre la situación que me trajo aquí...

—Mandaré a llamar al doctor para avisarle que ya despertaste —se apresuró a decir Kate sabiendo a donde iría la conversación—. Ya regreso.

El doctor aseguró que lo peor ya había pasado y que la herida cicatrizaba bien, por lo que, tras varios días de descanso se recuperaría por completo.

—Me has dado un susto de muerte —le reprochó cuando estuvieron a sola en el cuarto luego de la partida del doctor—. ¿Cómo has podido tener tan poco consideración hacia mí? ¿Cómo has sido capaz de causarme tal angustia?

Él la miró con un brillo amenazante en los ojos que no presagiaba nada bueno.

—No saques el tema, Katherine —advirtió—. Estoy lo suficientemente molesto para considerar encerrarte en esta habitación hasta que recuperes un poco de sentido común.

Ella tuvo la decencia de mostrarse avergonzada.

—Tenía que hacerlo, Claire estaba en peligro y..

—¿Y te costaba mucho esperar a que regresara?

—No sabía cuánto tardarías. Además, me hubieras dejado aquí.

El brillo en sus ojos se intensificó y amenazaba con convertirse en rabia.

—Por obvias razones. ¡Estuviste a punto de morir!

—El doctor dijo que no te alterarás —le recordó.

Él suspiró.

—Un día de estos me mandarás a la tumba. Creo que encerrarte en la habitación el resto de tu vida no es tan mala idea.

—No lo harías —lo retó—. Tendrías que buscar la forma de mantenerme entretenida si

no quieres que mis lamentos de fastidio se escuchen en toda la casa.

Él sonrió con picardía.

—Lo último no sería un problema, y sobre que no me atrevería a hacerlo, ponme a prueba.

Ella lo pensó un momento y al final decidió no retarlo. Nadie nunca dudaba de la palabra del marqués de Lansdown.

Mary entró en ese momento con una bandeja del desayuno e interrumpió la conversación.

Los días siguientes pasaron con relativa calma. Como supuso, Emily había llegado al cuarto día de haber sido enviada la carta, pero se marchó dos días después luego de comprobar que su hermano se encontraba fuera de peligro. Claire y Brandon iban de vez en cuando a verlo y Robert se iba recuperando notablemente, lo que no podía dejar de agradecer. A la semana ya estaba mucho mejor, o al menos eso aseguró él cuando Kate lo encontró esa mañana completamente vestido y listo para volver a la rutina.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—No pienso quedarme un minuto más en esa cama —respondió mientras se abotonaba el chaleco.

—¡Pero acabas de librarte de la muerte! —replicó como si él no lo comprendiera—. No puedes empezar a trabajar todavía, espera al menos unos días más.

Él negó con la cabeza.

—Ni un día más, estoy perfectamente bien.

—No —se empecinó Kate—, no vas a salir todavía.

Él alzó la ceja en gesto burlón como si la retara a intentar detenerlo. Lamentablemente, olvidó que Kate podía ser muy persistente cuando se lo proponía.

Kate agarró la llave que se encontraba en la mesa al lado de la puerta y pasó cerrojo. Antes de que él pudiera siquiera pensar en lo que se proponía, ella lanzó la llave por la ventana y esta quedó perdida en algún lugar del jardín.

—¿Pero que...? —Miró atónito por la ventana—. ¿Qué rayos has hecho?

Kate lo miró como si fuera un tonto.

—Evitar que salgas, por supuesto, ya nos hemos quedado encerrados dos veces, una tercera no hará daño. —Se encogió de hombros.

—Estás loca. Tengo unas ganas de retorcer ese lindo cuello tuyo en estos momentos, creo que sería lo menos que te mereces por todo lo causado.

Kate hizo una mueca.

—Si lo retuerces, ya no será lindo —respondió y, al ver que no se lo tomaba bien, dijo—: Está bien. Admito que fue imprudente de mi parte haber ido a salvar a Claire.

—Tu padre debió darte unos azotes de pequeña.

—Él nunca me pegó.

—Eso explica mucho,

Ella siguió como si él no hubiera hablado

—El hecho es que, admito que me comporté de manera impulsiva y lo siento.

Él la miró como si se determinase que tan cierta era la disculpa.

—Prométeme que no volverás a cometer una estupidez semejante, y por favor, cumple la promesa.

—Lo prometo —accedió—, pero tú prométeme que no volverás a asustarme así de nuevo, creí que morirías.

Su semblante se suavizó y se acercó a ella para poder acariciar su mejilla.

—Yo...—Kate se aclaró la voz y alzó la vista para mirarlo a los ojos—. Yo te amo — confesó y cerró los ojos, temerosa de su reacción—. Te amo y me odie por haberlo descubierto tan tarde; te amo y solo la posibilidad perderte me destrozó el alma; te amo a pesar de creer casarme contigo implicaría nunca encontrar el amor de mi vida, pero lo encontré en ti. Eres el hombre que siempre esperé y estuve ciega todo este tiempo. Te amo, y importa lo que tenga que hacer para que tú también me quieras, pero...

Los labios de él sobre los suyos le impidieron seguir hablando. Solo cuando el beso terminó, se atrevió mirarlo. La dulzura que vio en los ojos de él la dejó sorprendida.

Él la guio hacia la silla más cercana, se sentó, y luego la sentó a ella sobre regazo.

—¿Qué hice cuando te escapaste para huir del matrimonio? —le preguntó él.

—Me buscaste respondió, confundida por la pregunta.

—¿Y cuándo Charles intentó dañarte?

—Lo restaste a duelo poniendo en peligro en tu propia vida

—¿Y crees que me hubiera tomado tantas molestias si no te amara?

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas

—Creo que te amé desde la primera vez que te vi —continuó él—. Te llevo amando todo este tiempo a pesar de ponerme una y mil excusas para negarlo, para no ilusionarme con algo que tenía la certeza nunca funcionaría porque yo no era tu hombre ideal. Te amaré el resto de mi vida, aunque estoy seguro que un día me terminarás matando del coraje. No me importa que seas impulsiva, insensata y malcriada. Te has metido dentro de mi corazón y no podrás ni quiero que salgas de ahí. Dios, creo que no hay en este mundo una persona que esté en este momento más enamorado que yo.

Lágrimas de felicidad empezaron a rodar por las mejillas de Kate. Le sonrió.

—Creo, milord, que tengo que discutir ese hecho.

Y lo besó. Fue un beso lleno de ternura, pasión, pero sobre todo amor. Ese amor que se escondió durante tanto tiempo entre peleas y discusiones, entre desacuerdos y gritos, pero que siempre estuvo allí y que siempre estaría allí, porque ella había encontrado el amor de su vida en el témpano de hielo que se había derretido.

Epílogo

Cuatro años después...

Comentan por ahí que la duquesa de Richmond no cabe en su alegría, porque ayer se ha casado Emerald Loughy, la última de las cuatro señoritas Loughy, pupilas de la duquesa de Richmond. Al fin los cabellares solteros se verán libres del acoso de su excelencia y la sociedad cree poder ver controladas a las indomables jóvenes que causaron más de un desmayo por su descaro y los escándalos que siempre las precedían desde los últimos años. Por otro lado, mi persona centrará su atención en otros lados por lo que se verá libre de las continuas amenazas de cerrar esta magnífica fuente de información proferidas por la anterior llamada Topacio Loughy, nunca se sabe con aquellas a las que he apodado "Joyas de la nobleza"

Srta amante del escándalo.

—Esta mujer se ha vuelto una paria— comentó Kate leyendo atentamente el artículo— no hay chisme que se le escape y si se trata de algo escandaloso menos, ha tenido a las Loughy a zote todos estos cuatros años, parece que no tiene nada mejor que hacer que meterse en la vida de los demás.

—A algunos les gusta ser entrometidos— dijo Robert y todos rieron.

Kate los fulminó a todos con la mirada pero no replicó, ellos solo se rieron más.

Sentados todos cerca del lago que encontraba en un claro de la casa de campo de Brandon, ambas familias pasaban un buen día de campo.

—Supongo que debo agradecer que apareciera después de nuestro matrimonio— dijo mientras venía con cariño como el pequeño niño de un año de ojos grises daba unos pocos pasos y luego se tropezaba para intentar levantarse de nuevo— porque hubiéramos sido su fuente favorita.

Robert asintió y sonrió.

—Seguramente— respondió.

—Creo que la mujer no debe tener mas nada que hacer— intervino Claire— y por ello hace del chisme su profesión.

—Todo el mundo hace del chisme una profesión— dijo Brandon y los demás asintieron.

Es ese momento, dos niñas de unos cinco y cuatro años respectivamente se acercaron a ellos. Estaban completamente empapadas de pies a cabeza.

—Dios mío, ¿Qué les pasó? —preguntó Claire.

—Anabell me ha tirado al lago—acusó la niña de pelo negro fulminando con sus ojos azules a la niña Rubia que tenía al lado.

—Y luego Danielle me ha tirado a mí— respondió la Rubia mirando a su vez con unos ojos de un azul tan claro, casi grises, a Danielle.

—Y después nos quedamos jugando en el alago— continuó Danielle.

—¿Con la ropa puesta? —preguntó Katherine.

Anabell encogió ligeramente sus pequeños hombros.

—Ya estaba mojada— dijo como si no tuviera lógica la pregunta de su madre.

—Se resfriarán— se quejó Claire— lo mejor será cambiarlas de ropa.

—Estoy de acuerdo— dijo Kate— confío en que algún vestido de Danielle le quede a Anabell, pues no he traído mas ropa.

—Estoy segura de que sí, vamos.

—No le quites los ojos de los ojos de encima a Henry— le dijo Kate a Robert dándole un fugaz beso en la boca que él prolongo.

—Y tu Brandon, tampoco le quites los ojos de encima a...— miró a los alrededores

buscando a alguien— ¿Dónde está Marcus? — preguntó buscando por los alrededores al niño de tres años.

—Por allá— señaló Brandon a la criatura de cabellera negra que peleaba con un adversario invisible usando como arma una rama— no le quitaré los ojos de encima no te preocupes— le dijo mirándola con amor y tomándole una mano para besarla.

Las mujeres se alejaron cada una con su niña en mano y los hombres la miraron con el amor brillando en los ojos.

—¿Quién lo diría Robert? — dijo Brandon mientras las veía alejándose— ¿Quién hubiera dicho que el amor nos pegaría tan fuerte, o que nos encontraría, a nosotros, que no esperábamos nada mas que un matrimonio de conveniencia en esta vida?

Robert asintió.

—Y de la manera en que menos lo esperábamos— comentó y esta vez fue Brandon quién asintió

—Con gente que cuyas personalidades distaban mucho de las nuestras— dijo.

—Pero que se complementaban a la perfección con nosotros.

—Y que se ganaron irremediable y para siempre nuestra alma.

—Y nuestro corazón— culminó Robert echando una última mirada a su esposa que se alejaba.

—Bueno Kate— dijo Claire mientras caminaban— creo que al final nuestro sueño se cumplió, de una manera un poco diferente a la planead, pero se cumplió.

—Sí— confirmó Kate— no nos casamos por amor, pero al final terminamos irremediablemente enamoradas.

—Y de las personas que menos esperamos.

—A veces el destino actúa de una forma extraña.

—Pero siempre sabe lo que hace.

—Siempre, y no importaron las dificultades, al final, todo salió bien, después de todos los sueños si se cumplen Claire.

—Si— murmuró esta— no importaba que a veces la pareja parezca tan dispareja.

—Oh que se vivan peleado todo el tiempo.

Claire rio.

—Al final ganaste la batalla con Lansdow.

Kate negó con la cabeza.

—No, no la gané, al contrario, perdí en ella el corazón y la guerra la gano el amor, porque no hay nada Claire, nada mas poderoso y maravillo que ese sentimiento que pocos tienen la dicha de conocer pero que nosotras tuvimos la fortuna de encontrar.

Claire asintió. Al final, aquellas dos jovenes pudieron encontrar lo que tanto deseaban, el amor de su vida. Tal vez no de la manera pensada, quizás no eran los hombres imaginados, pero si eran los perfectos para ellas, pues cuando hay amor esa persona es perfecta, porque el amor es perfecto.

[1] Bolso pequeño utilizado por las mujeres de clase alta para llevar pañuelos u otros objetos de poco tamaño.